

Cruelty runs in
his veins...

LUCA

BOOKZINGA FORO

VITIELLO

Cora Reilly

LUCA VITIELLO

BOOKZINGA FORO

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

2

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

SINOPSIS

Nací siendo un monstruo. La crueldad corría por mis venas como veneno. Corría por las venas de todos los hombres Vitiello, pasado de padres a hijos, una espiral interminable de monstruosidad.

Un monstruo nato convertido en un monstruo aún peor por la hojilla, los puños y las duras palabras de mi padre.

Me criaron para convertirme en Capo, para gobernar sin piedad, para impartir brutalidad sin pensarlo dos veces.

Me criaron para romper a otros.

Cuando Aria me fue dada en matrimonio, todos esperaron conteniendo el aliento para ver qué tan rápido la rompía como mi padre rompió a sus mujeres. Cómo aplastaría su inocencia y amabilidad con la fuerza de mi crueldad.

Romperla me habría costado poco esfuerzo. Me venía de forma natural.

Era fácil ser el monstruo que todos temían.

Hasta ella.

Born in Blood Mafia Chronicles #0.5

LUCA VITIELLO

NOTA DE LA AUTORA

Esto es *Bound by Honor* desde el punto de vista de Luca. Si bien hay algunas escenas nuevas, reitera principalmente los eventos del libro. Si quieres averiguar lo que pasaba por la cabeza de Luca, ¡esto es para ti!

BOOKZINGA FORO

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

PRÓLOGO

Era el niño que mató a su primer hombre a los once.

Era el adolescente que aplastó la garganta de su primo a los diecisiete años.

Era el hombre que se bañaba en la sangre de sus enemigos sin una pizca de remordimiento, que disfrutaba de sus gritos como si fuera una puta sonata de Mozart.

Los monstruos se crean, no nacen.

Estupideces.

Nací siendo un monstruo. La crueldad corría por mis venas como veneno. Corría por las venas de todos los hombres Vitiello, pasado de padres a hijos, una espiral interminable de monstruosidad.

Un monstruo nato convertido en un monstruo aún peor por el cuchillo, los puños y las duras palabras de mi padre.

Me criaron para convertirme en Capo, para gobernar sin piedad, para impartir brutalidad sin pensarlo dos veces.

Me criaron para romper a otros.

Cuando Aria me fue dada en matrimonio, todos esperaron conteniendo el aliento para ver qué tan rápido la rompía como mi padre rompió a sus mujeres. Cómo aplastaría su inocencia y amabilidad con la fuerza de mi crueldad, con implacable brutalidad.

Romperla me habría costado poco esfuerzo. Me venía de forma natural.

Era fácil ser el monstruo que todos temían.

Hasta ella. Hasta Aria.

Con ella, no tenía que ocultar mi oscuridad.

Su luz brillaba mucho más de lo que mi oscuridad podría.

Con ella, no quería ser el monstruo. Quería protegerla de esa parte de mi naturaleza.

LUCA VITIELLO

Pero nací siendo un monstruo. Criado para romper a otros.

El no romperla vendría con un precio.

Un precio que un monstruo como yo no debería arriesgarse a pagar.

BOOKZINGA FORO

6

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

UNO

Luca, 9 años...

Matteo y yo nos sentamos en la mesa del comedor, con los ojos fijos en la puerta, esperando a madre. La campana para la cena había sonado hace mucho tiempo.

Nuestra niñera Marianna estaba de pie contra la pared, mirando hacia el reloj del aparador y luego de vuelta a nosotros. Padre rara vez comía con nosotros, pero madre siempre lo hacía; al menos la cena, incluso cuando apenas podía estar de pie. Siempre llegaba a tiempo por si padre decidía presentarse.

¿Dónde estaba?

¿Estaba enferma?

Ayer se veía blanca, excepto por las manchas azules y amarillas en su rostro y brazos donde padre la había disciplinado. A menudo hacía las cosas mal. Era difícil no hacer nada mal con padre. Una cosa que estuvo bien ayer podría estar mal hoy. Matteo y yo a menudo confundíamos una con la otra y también éramos castigados.

Matteo tomó su cuchillo y lo hundió en el tazón con puré de papas que había dejado de humear, antes de deslizar la hoja cubierta de puré en su boca.

Marianna chasqueó la lengua.

—Un día te cortarás.

Matteo empujó el cuchillo de nuevo en el puré y lo lamió una vez más, su barbilla sobresaliendo obstinadamente.

—No lo haré.

Empujé mi silla hacia atrás y me puse de pie. No estaba permitido levantarse antes de comer la cena, pero padre no estaba en casa, así que yo era el amo y dueño de la casa porque Matteo era dos años menor que yo.

Rodeé la mesa. Y Marianna dio un paso en mi dirección.

LUCA VITIELLO

—Luca, no deberías... —su voz se fue apagando mientras veía mi rostro.

Me parecía a padre. Por eso me tenía más miedo que a Matteo. Eso, y porque iba a ser Capo. Pronto, sería yo quien castigaría a todos por hacer las cosas mal.

Ella no me siguió cuando avancé a través del vestíbulo y subí las escaleras.

—¿Madre? La cena está lista.

Sin respuesta. Salí al rellano y me acerqué a la habitación de madre. La puerta estaba entreabierta.

La última vez que eso sucedió, la encontré sollozando en su cama, pero estaba tranquilo adentro. Empujé la puerta abriéndola, tragando con fuerza. Estaba demasiado tranquilo. La luz se derramaba a través de la puerta abierta del baño.

Abajo, escuché la voz de padre. Había llegado a casa del trabajo. Probablemente estaba enojado porque no estaba sentado en la mesa del comedor. Debí haber bajado a disculparme, pero mis pies me llevaron hacia la fuente de luz.

Nuestros baños eran de mármol blanco de Carrara pero, por alguna razón, un brillo rosado se reflejaba en la habitación. Avancé hasta el marco de la puerta y me quedé inmóvil. El suelo estaba cubierto de sangre. La había visto lo suficientemente a menudo para reconocerla, y su olor, con un toque metálico y algo dulce, era aún más dulce hoy a medida que se mezclaba con el perfume de madre.

Mis ojos siguieron el río de sangre, luego la cascada seca de rojo tiñendo la tina blanca hasta un brazo colgando flojo. La carne blanca se separaba, dando paso a un rojo oscuro por debajo.

El brazo pertenecía a madre. Tenía que ser ella, incluso si parecía alguien ajeno. Como con una máscara rígida, sus ojos de un color castaño opaco. Me estaban mirando, tristes y solitarios.

Me acerqué unos pasos más.

—¿Madre? —Otro paso—. *¿Mamá?*

No reaccionó. Estaba muerta. Muerta. Mis ojos registraron el cuchillo en el suelo. Era uno de los de Matteo, un cuchillo negro Karambit. Ella no tenía sus propias armas.

Se había cortado a sí misma. Era su sangre. Miré a mis pies. Mis calcetines estaban empapados con el líquido rojo. Me tambaleé y resbalé, cayendo hacia atrás, gritando. Mi trasero golpeó el piso duro y mi ropa se empapó en su sangre, pegándose a mi piel.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Me puse de pie y salí corriendo, con la boca abierta, la cabeza palpitante, los ojos escociendo. Choqué con algo. Mirando hacia arriba, encontré el rostro furioso de padre fulminándome. Me pegó fuerte en la cara.

—¡Deja de gritar!

Mis labios se cerraron de golpe. ¿Había gritado? Parpadeé ante mi padre pero se veía borroso. Me agarró por el cuello, sacudiéndome.

—¿Estás llorando?

No estaba seguro. Sabía que no estaba permitido llorar. Nunca lloraba, ni siquiera cuando padre me hacía daño. Me golpeó aún más duro.

—Habla.

—Madre está muerta —murmuré.

Padre frunció el ceño, fijándose en la sangre de mi ropa. Pasó junto a mí hacia el dormitorio.

—Ven —ordenó. Noté a sus dos guardaespaldas en el pasillo con nosotros. Me observaban con una mirada en sus ojos que no entendía.

No me moví.

—Luca, ven —siseó padre.

—Por favor —dije. Otra cosa prohibida: rogar—. No quiero volver a verla.

El rostro de padre se retorció de rabia, y me preparé. Estuvo sobre mí y me agarró del brazo.

—Nunca más. Jamás dirás esa palabra otra vez. Y basta de lágrimas, no habrá otra repugnante lágrima más, o quemaré tu ojo izquierdo. Todavía puedes ser un hombre de la mafia con un ojo.

Asentí rápidamente y me sequé los ojos con el dorso de mi mano. No peleé cuando padre me empujó de nuevo al baño y no volví a llorar, solo miré el cuerpo en la bañera. Solo un cuerpo. El rugido en mi pecho se calmó lentamente. Solo era un cuerpo.

—Patética —murmuró padre—. Puta patética.

Mis cejas se fruncieron. Las mujeres con las que padre se encontraba cuando no estaba en casa eran putas, pero madre no lo era. Era su esposa. Las putas se encargaban de padre para que así no lastimara tanto a madre. Eso es lo que ella me explicó. Pero no funcionaba.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¡Uno! —gritó padre.

Entró uno de los guardaespaldas. Su nombre no era “Uno”, pero mi padre no se molestaba en aprender los nombres de los soldados de bajo rango y les daba números en su lugar.

Uno se paró detrás de mí, y cuando padre inspeccionó a madre más de cerca con una sonrisa cruel, me apretó el hombro. Lo miré fijamente, preguntándome por qué lo estaba haciendo, qué significaba, pero su mirada estaba enfocada en padre, no en mí.

—Haz que alguien limpie este desastre y llama a Bardoni. Tiene que encontrarme una esposa nueva.

Mi cerebro tropezó con lo que había dicho.

—¿Esposa nueva?

Padre entrecerró sus ojos grises. Grises como los míos.

—Cámbiate de ropa y actúa como un maldito hombre, no un niño. —Hizo una pausa—. Y busca a Matteo. Necesita ver qué clase de puta cobarde era su madre.

—No —dije.

Padre me miró fijamente.

—¿Qué dijiste?

—No —repetí en voz baja. Matteo amaba a nuestra madre. Le dolería.

Padre miró hacia la mano que aún estaba en mi hombro, luego a su guardaespaldas,

—Uno, golpéalo hasta hacerle entrar en razón.

Uno retiró su mano y, con una breve mirada a mi rostro, comenzó a golpearme. Caí de rodillas, volviendo a empaparme en la sangre de madre. Apenas sentí los golpes, solo miré el rojo sobre el mármol blanco.

—Para —ordenó padre, y los golpes se detuvieron. Miré de nuevo a él, mi cabeza resonando, mi espalda y estómago ardiendo. Me observó a los ojos durante mucho tiempo, y le devolví la mirada. No. No. No. No buscaría a Matteo. No lo haría aún si Uno me seguía golpeando o no. Estaba acostumbrado al dolor.

Su boca se estrechó.

LUCA VITIELLO

—¡Dos! —El guardaespaldas Dos entró de inmediato—. Busca a Matteo. Luca solo seguirá manchando de sangre las costosas alfombras persas.

Casi sonreí porque había ganado. Intenté ponerme de pie para detener a Dos, pero Uno agarró mi brazo con fuerza. Luché y casi me liberé, pero entonces apareció Matteo en la puerta y me detuve.

Los ojos castaños de Matteo se abrieron cuando vio a nuestra madre y la sangre, luego su cuchillo junto a la bañera. Padre hizo un gesto hacia madre.

—Tu madre te abandonó. Se suicidó.

Matteo solo miró.

—Agarra tu cuchillo —ordenó padre.

Matteo entró tambaleante, y el agarre de Uno en mi brazo se apretó. Padre me echó un vistazo, luego de nuevo a mi hermano, quien recogió el cuchillo con manos temblorosas.

Odiaba a padre. Lo odiaba tanto.

Y odiaba a madre por hacer esto, por dejarnos con él.

—Ahora límpiense, los dos.

Matteo permaneció inmóvil, mirando su cuchillo ensangrentado fijamente. Agarré su brazo y lo saqué de ahí, tropezando detrás de mí. Lo llevé a mi habitación, después al baño. Todavía miraba su cuchillo. Lo arranqué de su mano y lo sostuve bajo el grifo, limpiándolo con agua caliente para deshacerme de la sangre seca. Mis ojos escocían, pero tragué con fuerza.

Sin lágrimas. Nunca más.

—¿Por qué usó mi cuchillo? —preguntó Matteo en voz baja.

Cerré el grifo y lo sequé con una toalla, luego se lo tendí. Después de un momento, sacudió su cabeza, retrocediendo hasta que chocó contra la pared, antes de hundirse en su trasero.

—¿Por qué? —murmuró, con los ojos llenos de lágrimas.

—No llores —siseé, cerrando rápidamente la puerta del baño en caso de que padre entrara a mi habitación.

Matteo sobresalió la barbilla, entrecerrando los ojos mientras empezaba a sollozar. Me tensé y agarré una toalla limpia antes de arrodillarme delante de mi hermano.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Deja de llorar, Matteo. Para —dije en voz baja. Empujé la toalla en su rostro—. Sécate las lágrimas. Padre te castigará.

—No me importa —dijo Matteo atragantándose con las palabras—. No me importa lo que haga. —Sus palabras resultaron ser falsas por la temblorosa nota de terror en su voz.

Eché un vistazo hacia la puerta, preocupado por haber escuchado pasos. Todo estaba en silencio a menos que padre nos estuviera espiando, pero probablemente estaba ocupado encargándose del cuerpo de madre. Tal vez le diría a su Consigliere Bardoni que la arrojara en el río Hudson. Me estremecí.

—Toma la toalla —le ordené.

Matteo lo hizo finalmente y la pasó bruscamente sobre sus ojos rojos. Le tendí el cuchillo nuevamente. Él lo miró críticamente.

—Tómalo.

Apretó los labios.

—Matteo, tienes que tomarlo. —Padre no le permitiría deshacerse de él. Mi hermanito al final alcanzó el cuchillo y enroscó sus dedos alrededor del mango—. Es solo un cuchillo —le dije, pero yo también solo podía ver la sangre con la que había estado cubierto.

Él asintió y se lo metió en el bolsillo. Nos miramos el uno al otro.

—Ahora estamos solos.

—Me tienes a mí —dije.

Sonó un golpe en la puerta y puse a Matteo de pie rápidamente. La puerta se abrió y Marianna entró. Sus ojos se arrugaron a medida que nos veía. Su cabello castaño, que usualmente llevaba en un moño, estaba por todas partes como si hubiera arrancado la redcilla bruscamente.

—El amo me envió a ver si se estaban preparándose. Su Consigliere estará aquí muy pronto. —Su voz tenía una nota extraña que no reconocí, y sus labios temblaron mientras sus ojos se disparaban entre Matteo y yo.

Asentí. Ella se acercó y tocó mi hombro.

—Lo siento mucho. —Retrocedí, alejándome del toque. La fulminé con la mirada, porque eso no hacía más fácil el no llorar.

—No lo hagas —murmuré—. Ella era débil.

LUCA VITIELLO

Marianna retrocedió un paso, mirándonos a Matteo y a mí, su expresión cayendo.

—Dense prisa —dijo antes de irse.

Matteo deslizó su mano en la mía.

—La voy a extrañar.

Bajé la vista a mis pies, a mis calcetines cubiertos de sangre, sin decir nada porque habría sido débil hacerlo. No se me permitía ser débil. Jamás.



Cesare aterrizó un duro golpe en mi estómago. Caí de rodillas, jadeando. Marianna dejó sus agujas de tejer con una aspiración aguda. Antes de que él pudiera aterrizar un golpe en mi cabeza, rodé y me puse de pie, luego levanté mis puños cerrados.

Cesare asintió.

—No vuelvas a distraerte.

13

Apreté los dientes y atacué, fingiendo un golpe alto, luego estrellé mi puño contra su costado. Él gruñó, pero después saltó hacia atrás. Cesare me había estado dando lecciones de lucha desde que tenía tres años.

Cesare se apartó de mí.

—Serás imbatible cuando seas mayor.

Quería ser imbatible ahora para así evitar que padre nos lastime. Ya era mucho más alto y más fuerte que los otros niños en la escuela, pero necesitaba ser aún más fuerte. Comencé a sacarme mis guantes.

Cesare se volvió hacia Matteo, que estaba sentado en el borde del ring de boxeo, con las piernas levantadas contra su pecho, y un ceño fruncido en su frente.

—Es tu turno.

Mi hermano no reaccionó, mirando en blanco hacia el lugar. Le arrojé mi guante de boxeo. Jadeó, frotándose un lado de la cabeza, desordenando su cabello castaño, luego frunció el ceño.

—Tu turno —dije.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Se puso de pie, pero podía decir que estaba de mal humor. Sabía por qué, pero en realidad esperaba que él se lo guardara para sí.

—¿Por qué no estamos en el funeral de mamá?

Marianna se estaba dirigiendo hacia nosotros. Le arrojé mi segundo guante.

—Cállate.

Él estampó su pie.

—¡No! —Saltó del ring de boxeo y se avanzó enojado hacia la puerta del gimnasio. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Matteo! —grité, persiguiéndolo.

—¡Quiero despedirme de ella! No es justo que esté sola.

¡No, no, no! ¿Por qué tenía que decir algo así cuando otros estaban cerca? No miré de vuelta a Cesare y Marianna, pero sabía que habían oído cada palabra.

Agarré el brazo de Matteo poco antes de la salida y lo empujé hacia atrás. Intentó sacudirme, pero era más fuerte que él. Me miró con los ojos llorosos.

—Deja de llorar —susurré ásperamente.

—¿No quieres despedirte? —preguntó con voz ronca.

Mi pecho se apretó.

—Ella tampoco se despidió de nosotros. —Solté a Matteo, y comenzó a llorar otra vez, Marianna puso su mano en su hombro, pero no en el mío. Había aprendido. Cada vez que había intentado consolarme en los últimos días, la había sacudido.

—Está bien estar triste.

—No, no está bien —dije con firmeza. ¿Acaso no entendía? Si padre se enteraba que Matteo estaba llorando por nuestra madre, especialmente cuando Cesare estaba alrededor, lo castigaría. Tal vez quemaría su ojo como había amenazado con hacerme. No podía dejar que eso pase. Eché un vistazo a Cesare que estaba a unos pasos atrás, desenvolviéndose la cinta de su muñeca.

—Nuestra madre era una pecadora. El suicidio es pecado. No merece nuestra tristeza —repetí lo que el pastor me había dicho cuando visité la iglesia con padre. No lo entendía. Matar también era un pecado, pero el pastor nunca le decía nada a padre sobre eso.

LUCA VITIELLO

Marianna negó con la cabeza y tocó mi hombro con una mirada triste. ¿Por qué tenía que hacerlo?

—No debería haberlos dejado solos.

—Tampoco es que alguna vez estuvo en realidad ahí para nosotros —dije firmemente, conteniendo mis emociones dentro de mí.

Marianna asintió.

—Lo sé, lo sé. Tu madre...

—... era débil —siseé, alejándome de su toque. No quería hablar de ella. Solo quería olvidar que ella alguna vez existió, y quería que Matteo dejara de mirar el estúpido cuchillo como si eso fuera a matarlo.

—No —susurró Marianna—. No te vuelvas como tu padre, Luca.

Eso es lo que la abuela Marcella había dicho antes de morir.

La abuela se veía demasiado delgada y pequeña. Su piel parecía demasiado grande para su cuerpo, como si la hubiera tomado prestada de una persona el doble de su tamaño.

Me sonrió de una manera que nadie nunca me sonreía y estiró su arrugada mano. La tomé. Su piel sintiéndose como papel, seca y fría.

15

—No te vayas —le exigí. Padre dijo que moriría pronto. Por eso me había enviado a su habitación, para entender la muerte, pero ya lo hacía.

La abuela apretó mi mano ligeramente.

—Te cuidaré desde el cielo.

Negué con la cabeza.

—No podrás protegernos cuando estés ahí arriba.

Sus ojos castaños lucieron amables.

—Pronto no necesitarás más protección.

—Los gobernaré a todos —susurré—. Y entonces mataré a padre para que así ya no pueda lastimar a Matteo y madre.

La abuela tocó mi mejilla.

—Tu padre mató a su padre para así poder convertirse en Capo.

Mis ojos se abrieron por completo.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Lo odias por eso?

—No —respondió—. Tu abuelo era un hombre cruel. No pude proteger a Salvatore de él. —Su voz se tornó más áspera y muy baja, así que tuve que inclinarme para escucharla—. Es por eso que intenté protegerte de tu padre, pero fracasé otra vez.

Sus párpados revolotearon y soltó mi mano, pero me aferré a ella.

—No te vuelvas como tu abuelo y tu padre, Luca.

Cerró los ojos.

—¿Abuela?

Fruncí el ceño, luego miré a Cesare que estaba observando todo con los brazos cruzados. ¿Había escuchado lo que había dicho Marianna? Padre estaría enojado con ella. Muy enojado.

Giré sobre mis talones y avancé hacia él, parándome justo frente a él y entornando los ojos.

—No escuchaste nada.

Las cejas de Cesare se alzaron. ¿Creía que estaba bromeando?

No había mucho que pudiera hacer. Padre tenía todo el poder.

—No le dirás nada a nadie, o le diré a padre que hablaste mierdas de él. Soy su heredero. Me creerá.

Cesare dejó caer los brazos.

—No tienes que amenazarme, Luca. Estoy de tu lado.

Con eso, giró sobre sus talones y entró en el vestuario. Padre siempre decía que estábamos rodeados de enemigos. ¿Cómo se suponía que supiera en quién podía confiar?

Luca, 11 años...

Los gritos desgarraron mi pesadilla, a través de las imágenes de riachuelos rojos sobre mármol blanco. Me senté, desorientado, escuchando gritos y disparos. ¿Qué estaba pasando?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Una luz se encendió en el pasillo, probablemente por los sensores de movimiento. Rodé hasta el borde de mi cama cuando se abrió la puerta. Un hombre alto que nunca antes había visto se detuvo en la puerta, su arma apuntando hacia mi cabeza.

Me quedé helado.

Iba a matarme. Lo podía ver en su expresión. Lo miré fijamente a los ojos, queriendo morir con mi cabeza en alto como un hombre de verdad. Una pequeña sombra se adelantó detrás del hombre y, con un grito de batalla, Matteo saltó sobre su espalda. El arma se disparó y me sacudí cuando un dolor lacerante me cortó en todo el centro.

La bala pasó mucho más debajo de lo que se suponía. Me habría matado si no hubiera sido por Matteo. Las lágrimas salieron rápidamente de mis ojos, pero tropecé fuera de la cama y saqué mi arma de la mesita de noche. El hombre levantó el cañón hacia Matteo. Alcé mi arma, apunté a su cabeza como Cesare y Uno me habían enseñado, y entonces apreté el gatillo. La sangre salpicó por todas partes, incluso sobre el rostro en shock de Matteo. Por un momento, todo pareció detenerse, incluso el latido de mi corazón, y luego todo se aceleró.

El hombre cayó hacia adelante y se habría llevado a mi hermano con él si no hubiera vuelto a saltar al último momento, todavía luciendo aturdido. Parpadeó hacia mí, después miró hacia el cuerpo. Arrastró su mirada de vuelta hacia mí lentamente, deteniéndose en mi vientre.

—Estás sangrando.

Aferré la herida en mi costado, temblando por la fuerza del dolor. Me temblaba la mano con la pistola, pero no la dejé caer. Disparos y gritos todavía sonaban abajo. Asentí hacia mi armario.

—Escóndete ahí.

Matteo frunció el ceño.

—Hazlo —dije bruscamente.

—No.

Me tambaleé hacia él, casi desmayándome por el dolor agudo en mi cuerpo. Agarré a Matteo del puño de su pijama y lo arrastré hacia el armario. Luchó, pero lo empujé dentro y giré la cerradura.

Matteo golpeó contra la puerta desde el interior.

LUCA VITIELLO

—¡Déjame salir!

Temblando de ansiedad y dolor, me arrastré escaleras abajo, hacia la sala de estar desde donde venían los sonidos. Cuando entré, vi a padre agachado detrás de un sofá en un concurso de disparos con otros dos hombres. Ambos estaban de espaldas a mí. Los ojos de padre se movieron hacia mí, y por un momento, consideré no hacer nada. Lo odiaba, odiaba cómo nos hacía daño a Matteo y a mí, e incluso a su nueva esposa Nina.

Aun así, levanté la mano y disparé a uno de los hombres. Padre se encargó del otro. El hombre cayó al piso agarrándose su hombro. Padre pateó el arma y luego le disparó en ambos pies. En algún lugar en la casa oí más disparos, después pasos pesados. Uno entró tambaleante, sangrando por una herida en su cabeza.

Padre frunció el ceño.

—¿Mataste a todos?

Uno asintió.

—Sí. Le dieron a Dos.

—No deberían haber llegado tan lejos como lo hicieron —murmuró padre. Sin previo aviso, apuntó su pistola en Uno y apretó el gatillo. Grité de sorpresa cuando el hombre cayó al suelo junto a mí. Lo había conocido toda mi vida.

Mis piernas cedieron, mi herida palpitaba. Padre me contempló mientras levantaba su teléfono y hablaba en él.

—Envía al Doc, y ven con Durant. Nadie más hasta que sepa quiénes son las ratas.

Padre se acercó a mí y me puso de pie bruscamente. Sosteniéndome en posición vertical, apartó mi mano de mi herida sangrante. La palpó, y mi visión se volvió negra a medida que retrocedía bruscamente en agonía. Padre me sacudió.

—Contrólate. No te mueras.

Mis ojos se abrieron despacio. Padre sacudió la cabeza y luego me soltó, y me hundí de nuevo en el suelo. Me apoyé en mis manos, jadeando.

Padre salió de la habitación, dejándome solo con el atacante que gemía mientras intentaba huir arrastrándose. Cuando padre volvió, llevaba una cuerda. Ató al hombre y luego sacó su cuchillo y lo apoyó contra el antebrazo del hombre. Gritó cuando padre comenzó a cortar su piel de su carne. *Es como pelar una manzana.* Eso es lo que padre siempre decía, pero una manzana no chillaba ni suplicaba.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Acunando mi estómago sangrante, observé incluso cuando la bilis subió por mi garganta. Padre siguió mirando en mi dirección. Sabía que me castigaría si apartaba la vista. Los gritos resonaron en mis oídos, y me estremecí. Mis brazos cedieron y mi mejilla chocó contra el duro suelo. La estática en mis oídos pronto ahogó los gritos, y entonces todo se tornó negro.



Los lugartenientes y capitanes esperaban en la sala de estar de nuestra mansión. Padre se paraba en el medio y me hizo señas hacia adelante. Cada ojo en la habitación me siguió a medida que me dirigía hacia él. Sostuve mi cabeza alta, intentando parecer más alto. Era alto para mi edad, pero aun así los hombres que me rodeaban se alzaban sobre mí.

Me veían como si fuera algo que nunca antes hubieran visto.

Me detuve justo enfrente de mi padre.

—El iniciado más joven que la Famiglia ha visto —anunció él, su voz resonando en la habitación—. Once años y ya es mucho más fuerte y cruel de lo que cualquier padre podría desear.

19

El orgullo se hinchó en mi pecho. Padre nunca había sonado orgulloso de mí, nunca había mostrado el menor indicio de que Matteo o yo fuéramos más que una carga. Enderecé los hombros, intentando parecer un hombre en mi traje negro y zapatos de punta.

—Nuestros enemigos susurrarán tu nombre con miedo, hijo mío. Mi *sangre*. Mi heredero.

Sacó un cuchillo y extendí mi mano, sabiendo lo que iba a venir. No me estremecí cuando padre cortó mi palma. Él me había cortado muchas veces antes para hacerme fuerte para este día. Cada vez que me estremecía, me cortaba nuevamente y echaba jugo de limón o sal en mi herida hasta que aprendí a esconder el dolor.

—Nacido en sangre, jurado en sangre. Entro vivo y salgo muerto —dije firmemente.

—Eres un hombre de la mafia de la Famiglia, Luca. Matarás y mutilarás en mi nombre. Romperás y quemarás.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Un hombre fue arrastrado a la habitación. No lo conocía ni sabía lo que había hecho. Estaba cubierto de moretones y sangre. Sus ojos hinchados se encontraron con los míos y me rogaron. Nunca nadie me había mirado de esa forma, como si tuviera todo el poder.

Padre asintió y me tendió el cuchillo, el mismo cuchillo con el que se había suicidado mi madre. Lo acepté y luego me acerqué al hombre. Luchó contra el agarre de los nuevos guardaespaldas de padre, pero no lo soltaron. Mis dedos se apretaron alrededor del mango. Todos estaban observándome, esperando una pizca de debilidad, pero era el hijo de mi padre y algún día sería Capo. Balanceé mi mano de lado rápidamente, llevando el cuchillo a lo largo de su garganta. El corte fue desordenado y la sangre brotó, salpicando mis zapatos y camisa. Di un paso atrás mientras los ojos del hombre se ensanchaban. Cayó al suelo, con los ojos horrorizados mirándome a medida que convulsionaba y se ahogaba.

Vi como la vida se drenó de él.

Dos días después, las palabras más importantes de mi vida fueron tatuadas en mi pecho, haciéndome un hombre de la mafia de por vida. Nada sería más importante que la Famiglia.

LUCA VITIELLO

DOS

Luca, 13 años...

El agarre de mi padre en mi hombro era apretado cuando entramos en el Foxy. Había estado dentro del lugar unas pocas veces antes cuando él había tenido que hablar con el gerente. Era uno de los prostíbulos más caros que teníamos.

Las putas estaban alineadas frente al bar y el gerente estaba de pie junto a ellas. Asintió a padre y luego me guiñó un ojo. Padre le hizo un gesto para que se fuera.

—Luca, tienes trece años —dijo padre. Me sorprendió que hubiera recordado que hoy era mi cumpleaños. No lo había mencionado antes—. Has sido un hombre de la mafia durante dieciocho meses. No puedes ser virgen y asesino.

Me sonrojé, mis ojos dirigiéndose a las mujeres, sabiendo que habían escuchado las palabras de mi padre. Ninguna rio, probablemente demasiado asustadas de él. Enderecé mis hombros, queriendo que me miraran con la misma cautela con la que lo observaban a él.

—Elige dos de ellas —dijo padre con un gesto hacia las putas.

El shock me atravesó cuando entendí por qué estaba aquí. Me dirigí hacia las mujeres lentamente, intentando parecer tranquilo incluso cuando los nervios retorcián mi estómago. Con casi un metro setenta, ya era muy alto para los trece, así que las mujeres estaban a la altura de mis ojos con sus tacones altos. No estaban usando mucho, solo faldas cortas y sujetadores. Mis ojos se detuvieron en sus pechos. Todas tenían tetas grandes, y no podía dejar de mirarlas. Había visto algunas chicas desnudas en nuestros clubes de striptease, pero siempre solo de pasada, nunca así de primer plano. Todas eran bonitas. Señalé a una mujer con cabello castaño y una con cabello rubio.

Padre asintió. Una de las mujeres me agarró de la mano y me llevó por la puerta trasera. La otra permaneció cerca detrás de mí. Con el tiempo, estaba solo con ellas en una gran suite en la parte trasera del Foxy. Tragué con fuerza, intentando

LUCA VITIELLO

parecer que sabía lo que iba a pasar. Había visto porno y escuchado historias que los otros mafiosos contaban, pero esto se sentía muy diferente.

La mujer rubia comenzó a desvestirse lentamente, tocándose por todas partes. Me quedé mirando, pero me tensé cuando pude sentir mis pantalones apretándose. La mujer de cabello castaño sonrió falsamente y avanzó hacia mí. Me tensé aún más, pero la dejé tocar mi pecho.

—Oh cielos, ya eres un niño grande —dijo ella.

No dije nada, mirándola de cerca. Entonces mis ojos se dirigieron de nuevo a la rubia, que comenzó a tocar su coño. Mi boca se volvió seca. La mujer de cabello castaño deslizó su mano en mi bóxer, y solté un suspiro tembloroso.

—Oh, creo que esto funcionará muy bien, ¿no estás de acuerdo?

Asentí, y luego dejé que me arrastrara hacia la enorme cama redonda en el centro.

Luca, 17 años...

—Maldición, me alegro de estar lejos de padre, pero desearía que no tuviéramos que ir con Junior para celebrar mi cumpleaños —murmuró Matteo, metiéndose la camisa en los pantalones y comprobando su reflejo. Era la cuarta que se había probado. Mierda, ¿cómo se convirtió en un bastardo tan vanidoso? Parecía empeorar todos los años. Ahora a los quince años, era bastante insoportable.

Cesare me lanzó una mirada. Él, Romero y yo habíamos estado esperando a que Matteo se preparara durante los últimos treinta minutos.

—Habría sido deshonroso rechazar una invitación de tu primo cuando organiza una fiesta para ti —dijo Romero, sonando el doble de su edad. Había cumplido catorce años hacía unos días atrás, y había sido mafioso desde que su padre murió hace unos meses. Su familia necesitaba el dinero, pero nos conocíamos desde hace muchos años.

—No confío en él —murmuró Cesare—. Él y su familia son demasiado ambiciosos.

Mi tío Gottardo y su hijo mayor Gottardo Junior definitivamente no estaban a favor de que me convirtiera en Capo después de mi padre, pero eso se podría decir de todos mis tíos. Pensaban que serían mejores Capos.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Nos quedaremos unas horas y luego volveremos aquí y haremos nuestra propia fiesta. O iremos conduciendo a Nueva York y vamos a uno de nuestros clubes.

—¿En serio crees que estaremos lo suficientemente sobrios como para regresar a Nueva York? Es un largo viaje desde los Hampton —dijo Romero, frunciendo el ceño.

Matteo rio entre dientes.

—¿Cómo es que eres tan jodidamente respetuoso con las reglas?

Romero se sonrojó.

—Vamos, Matteo. A nadie le importa una mierda tu camisa —gruñí cuando parecía que estaba considerando probarse otra.

La mansión del tío Gottardo no estaba muy lejos de la nuestra, así que fuimos caminando. Un guardia abrió las puertas para nosotros y nos dirigimos por el largo camino de entrada a la puerta principal donde Gottardo Junior estaba esperando. Frunció el ceño cuando nos vio.

—No esperaba que trajeran a más personas.

—Romero y Cesare siempre están con nosotros —le dije a medida que estrechaba su mano antes de volverse hacia mi hermano y felicitarlo. Todos entramos al vestíbulo. La música alta y las voces procedían de la sala de estar. Me quité las fundas de las armas y los cuchillos y las dejé sobre el aparador como se esperaba. Matteo, Romero y Cesare hicieron lo mismo antes de seguir a mi primo hacia la fiesta. Conocía a la mayoría de los hombres solo a distancia, ya que eran amigos de Junior y su hermano Angelo de Washington.

—¿Cómo es que estás aquí? —pregunté, a medida que me dirigía a la variedad de bebidas alcohólicas, mientras que varias chicas semidesnudas bailaban a nuestro alrededor. Junior incluso había establecido postes para ellas.

—Necesitaba unos días de descanso. Los negocios han estado chupándome las bolas.

Asentí. La Bratva nos había dado problemas a todos recientemente.

Junior sonrió ampliamente.

—¡Ahora, vamos a divertirnos!

Un par de horas más tarde, todos estábamos destruidos. Matteo y yo bailamos con un grupo de cuatro chicas. Sería una noche larga. Una de las putas comenzó a

LUCA VITIELLO

sacudirse justo delante de nosotros, con el culo reluciente, su tanga una delgada franja de nada. Romero había desaparecido con otra puta en una habitación trasera. Tal vez finalmente follaría. Cesare se desplomaba en su asiento, con los ojos medio cerrados mientras una mujer lo montaba como una profesional.

Matteo le dio una azotada a la bailarina en el culo y ella chilló, luego se giró y se frotó contra su ingle. Más chicas empezaron a rodearnos. Me dejé caer en uno de los sillones, el alcohol pasándome peaje, y una de las chicas se hundió frente a mí, masajeadando mi polla a través de mis pantalones. Una segunda subió detrás de mí y pasó sus manos por mi pecho. Estaba a punto de gruñirle por estar sobre mi espalda cuando cayó hacia adelante, su garganta cortada derramando sangre por mi camisa.

—¡Mierda!

La puta masajeadando mi polla alzó la vista con los ojos completamente abiertos. Me empujé del sillón y giré al mismo tiempo, levantando mi brazo justo cuando Junior bajó su cuchillo. La hoja rozó mi antebrazo, cortándolo. Las putas empezaron a gritar a nuestro alrededor. ¿Dónde estaba Matteo?

Junior volvió a intentar asestarme con el cuchillo y yo estrellé mi hombro contra su pecho, luego agarré su garganta y lo empujé contra la pared. Gruñidos y gritos resonaron a nuestro alrededor. Entonces, sonó el primer disparo.

Estaba enfocado únicamente en Junior. Iba a aplastarlo hasta dejarlo jodidamente en polvo. Envolví mi segunda mano alrededor de su garganta también y entonces apreté tan fuerte como pude.

—Tú, maldito traidor —gruñí. ¿En serio creía que podía matarme?

Sus ojos comenzaron a abultarse, y apreté aún más fuerte hasta que las venas en sus jodidos globos oculares comenzaron a estallar y sus huesos crujieron bajo la fuerza de mi agarre. Se sacudió una última vez, y lo dejé caer al suelo. Mis dedos estaban cubiertos de su sangre.

Me di la vuelta lentamente para encontrar a Matteo encima de otro atacante a punto de cortar la garganta.

—No —ordené, pero fue muy tarde. Matteo había rebanado al cabrón.

Respirando con dureza, me fijé del desorden que nos rodeaba. Cesare se apoyaba contra una pared, pareciendo ligeramente aturdido. Tenía un corte en el costado de su cuello y estaba mirando fijamente al cadáver que tenía delante.

LUCA VITIELLO

Romero respiraba con dificultad, solo en calzoncillos y una pistola en la mano. Dos putas estaban muertas, y las otras lloraban y me miraban como si yo fuera el demonio.

Caminé más allá de ellas hacia Romero y Cesare. Romero estaba sangrando por una herida en su hombro. Matteo se puso de pie un poco tambaleante, con los ojos muy abiertos, casi febriles. Era la emoción de la muerte que conocía demasiado bien.

—¡Aplastaste su puta garganta con tus propias manos!

—Padre no estará feliz —dije, y luego miré mis manos. Había matado a muchos, pero esto se sentía diferente. Había sido más personal, jodidamente emocionante. Sentir que la vida se le escapaba, sentir sus huesos romperse bajo mis palmas... Maldición, me encantó.

Cesare contempló mi rostro.

—¿Estás bien?

Mi boca se curvó. ¿Creía que me había molestado aplastar la garganta de mi primo?

—Llama a mi padre. —Me volví hacia Romero, quien se veía un poco agitado—. ¿Qué tan malo es?

Se encogió de hombros.

—No es nada. La bala atravesó en línea recta. Uno de los amigos de Junior sacó sus armas al mismo tiempo que yo.

Asentí, pero mi mente seguía repitiendo la muerte de mi primo. Mis ojos fueron atraídos por las putas ilesas, preguntándome si alguna de ellas había estado involucrada en esto.

Matteo se me acercó.

—Mierda. No puedo creer que nuestro primo haya intentado matarnos.

—Tenías tu cuchillo —le dije.

—Sabes que nunca voy a ningún lado sin él —dijo Matteo con una sonrisa inquietante.

—Nunca más dejaré mis jodidas armas.

Romero se acercó, pareciendo un poco tembloroso.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Crees que tu tío y tu otro primo estuvieron involucrados?

—Probablemente —murmuré. Dudaba que Junior hubiera ideado el plan por sí mismo. Encajaba con el carácter de Gottardo convencer a uno de sus hijos sobre esto en lugar de arriesgar su propia puta vida.

Cobarde.

—¿Por qué se arriesgó? Incluso si hubiera logrado matarnos, seguiría estando tu padre, y te vengaría —dijo Romero.

—No —gruñí—. Si Matteo y yo hubiéramos sido lo suficientemente estúpidos como para morir en manos de Junior, nuestro padre nos habría considerado eslabones débiles. Habría permitido que Nina tuviera un hijo, y luego habría tenido un heredero nuevo. Fin de la historia.

Matteo hizo una mueca porque era la verdad. Ambos lo sabíamos.

—Necesito una puta bebida —gruñí en dirección a una de las putas. Corrí hacia el bar y me sirvió un whisky antes de traérmelo. La contemplé atentamente mientras tomaba un sorbo, y bajó los ojos—. ¿Sabías?

Sacudió la cabeza bruscamente.

—No. Nos dijeron que era una fiesta de cumpleaños y que se suponía que íbamos a bailar. Eso es todo.

Me acerqué a uno de los sillones con mi bebida y me hundí. La puta cuya garganta había cortado Junior yacía junto a él en un charco de sangre. Al final, Matteo, Cesare y Romero se sentaron frente a mí mientras esperábamos a mi padre y sus hombres. No había nada más que hacer. Habíamos matado a Junior y sus amigos, así que no podíamos interrogarlos, y Gottardo y Angelo estaban en Washington. Capté las miradas que me dieron Romero y Cesare, una mezcla de respeto y conmoción.

Matteo negó con la cabeza.

—Mierda. No es así como quería pasar este día.

Padre, su Consigliere Bardoni y varios soldados más llegaron aproximadamente una hora después.

Padre apenas miró hacia nosotros antes de dirigirse a mi primo.

—¿Le aplastaste la garganta? —preguntó, inspeccionando lo que quedaba de Gottardo Junior. Capté el toque de orgullo en su voz. Pero no quería su puta aprobación.

LUCA VITIELLO

Asentí.

—No tenía armas porque asumí que estaba entre familia y no con un maldito traidor. Se atragantó con su sangre traidora.

—Como una Tenaza —comentó Matteo.

—Luca, el Tenazas —dijo padre con una sonrisa extraña.



Había sido un largo y jodido día, largas y jodidas semanas, una dura prueba seguida de otra. Quería matar a cada uno de mis tíos.

—Estoy tan harto de que me traten como a un jodido niño —dije mientras Matteo y yo nos dirigíamos a la entrada de la Esfera.

Matteo sonrió y se pasó la mano por el cabello por lo que pareció ser la centésima vez. Un día, lo iba a noquear y afeitar su jodido cabello para detener ese gesto molesto.

—Tienes diecisiete años, Luca. Todavía no eres un hombre. —Imitó la voz de tío Gottardo con una molesta perfección, incluyendo el tono nasal que me hacía querer arrancarle las cuerdas vocales de la garganta.

Había visto el miedo en sus ojos; el mismo miedo que veía en los ojos de muchas personas desde que había aplastado la garganta de Junior. Gottardo solo fue capaz de tramar esta mierda porque se creía a sí mismo a salvo como mi tío. No podía creer que mi padre le hubiera creído a él y a Angelo... O tal vez no lo hacía y disfrutaba verlos arrastrarse. Definitivamente había mejorado su seguridad y sus guardias desde ese día, de modo que sabía que todavía había traidores entre nosotros.

—Soy más hombre que todos ellos juntos. He matado a más hombres, he follado a más mujeres y tengo pelotas más grandes.

—Cuidado con el ego —dijo Matteo, riendo.

—Tienes un grano en la frente —murmuré. Era una mentira, pero dada la vanidad de Matteo, sabía que era mi mejor apuesta devolverle la pulla por ser un imbécil insoportable la mayor parte de estos días.

LUCA VITIELLO

Como era de esperarse, Matteo palpó su piel inmediatamente buscando el defecto ofensivo, luego estrechó sus ojos y dejó caer su mano. Puse mis ojos en blanco con una risita. Llegamos frente al portero de la Esfera.

Nos saludó con un breve asentimiento y dio un paso atrás para dejarnos pasar cuando un tipo en la parte delantera de la larga cola, esperando que lo dejaran entrar, gritó:

—¡Oye, estábamos aquí primero! Y ese tipo no tiene la edad suficiente para estar en un club.

Matteo y yo miramos al idiota. Se había estado refiriendo a Matteo, y por supuesto, tenía razón. Con quince años, a Matteo definitivamente no se le permitía estar en un club nocturno como este, pero tampoco yo; solo que, debido a mi tamaño, todos asumían que era mayor.

Matteo y yo intercambiamos una mirada y caminamos hacia Bocazas. Parte de su valentía desapareció cuando me detuve justo delante de él.

—¿Tienes algún problema?

—Hay leyes —respondió.

Matteo mostró su sonrisa de tiburón que había perfeccionado recientemente después de pasar muchas horas frente a un espejo.

—Tal vez para ti.

—¿Desde cuándo se permiten niños en los clubes? ¿Es una fiesta de graduación o qué? —preguntó Bocazas a nuestro portero.

Matteo estaba a punto de sacar su cuchillo justo en frente de todos, y estaba a medias de dejarlo por diversión cuando una mujer en la cola habló.

—A mí no me parece un niño —dijo ella coqueteando en dirección a Matteo.

—Y tú te pareces a mi próxima conquista —agregó la chica a su lado con una sonrisa hacia mí.

Levanté una ceja. Matteo con su alegre encanto juvenil siempre era un imán para las chicas, pero mi encanto de depredador más rudo definitivamente también tenía sus ventajas. Ambas mujeres eran altas, rubias, y lucían como sexo caminando.

—Déjalas entrar —le dije a nuestro portero. Abrió la barrera para que así pudieran deslizarse—. Y él y sus amigos tienen prohibido la entrada a la Esfera —agregué.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

El sonido de sus protestas nos siguió hasta el club, pero me importó una mierda. Envolví mi brazo alrededor de la rubia a mi lado, quien apretó mi trasero y me dio una sonrisa seductora.

Matteo y su chica ya estaban examinándose las gargantas como mínimo.

—¿Hay un lugar donde podamos follar? —me preguntó la rubia, presionándose contra mí.

Sonreí. Así es como más me gustaba. Mujeres que no requirieran trabajo, revolcones fáciles, sin preguntas.

—Claro —le dije, alcanzando su propio culo y apretándolo.

—¿Tu polla es tan grande como el resto de ti? —preguntó mientras la guiaba por la puerta de atrás hacia un almacén.

—Descúbrelo por ti misma —gruñí, y ella lo hizo. Para el momento en que la puerta se cerró, se puso de rodillas y succionó cualquier pensamiento sano de mi cerebro. Su lápiz de labios manchó mi polla de rojo a medida que me follaba como una puta profesional. Incliné mi cabeza hacia atrás y cerré los ojos—. Maldición —siseé cuando me llevó profundamente en su boca. Era mejor que la mayoría de las putas con las que había estado, y esas mujeres habían pasado años perfeccionando su oficio. Me relajé contra la puerta, acercándome cada vez más a derramar mi semen en su garganta.

Ella se movió y se tensó de una manera que levantó mis sospechas. El instinto hizo abrir mis ojos de golpe un momento antes de que ella empujara algo hacia mi muslo. Me aparté bruscamente, golpeando su brazo. Ella dejó caer una jeringa y volvió a intentar buscarla. Agarrando su garganta, la lancé lejos de mí. La parte posterior de su cabeza chocó con los estantes de almacenamiento con un crujido repugnante, y luego se desplomó en el suelo.

Me quedé mirando la jeringa, respirando con dureza. ¿Qué clase de mierda intentó inyectarme?

Me subí los pantalones y me acerqué a ella. No me molesté en sentir su pulso; su cuello estaba torcido en un ángulo que no dejaba ninguna duda sobre su muerte. Me incliné sobre ella y le bajé los pantalones, revelando su cadera. Había una cicatriz donde alguien había quemado un tatuaje. Sabía qué tipo de señal había estado grabada en su piel: los Kalashinkovs cruzados de la maldita Bratva que tatuaban en la piel de cada una de sus putas.

—Mierda —gruñí. Esto había sido una trampa, y había caminado directamente hacia ella, había dejado que mi polla dominara mi pensamiento, había

LUCA VITIELLO

bajado mis guardias. ¿El incidente con mi primo no debería haberme enseñado mejor?

Me levanté de golpe. Matteo. Mierda. Salí corriendo de la habitación y busqué en las otras habitaciones traseras. Sin señales de él o la otra puta traidora sin duda alguna. Crucé la pista de baile a toda prisa, buscando en la multitud una señal de mi hermano, pero no lo vi por ninguna parte. ¿Dónde estaba?

Me dirigí afuera, pasando la multitud esperando entrar y doblé la esquina hasta que llegué al pequeño callejón detrás de la Esfera. Matteo estaba ocupado consiguiendo una mamada. Sus ojos también estaban cerrados. Éramos unos jodidos idiotas estúpidos. Ninguna maldita mamada valía la pena olvidar la primera regla en nuestro mundo: no confíes en nadie.

La puta buscó algo en su bolso.

—¡Matteo! —grité, sacando mi pistola. Sus ojos se abrieron de golpe, su expresión una mezcla de molestia y confusión antes de registrar lo que ella sostenía en su mano. Alcanzó su cuchillo y ella levantó la jeringa para golpear. Apreté el gatillo y la bala atravesó su cabeza, arrojándola hacia atrás. Cayó de lado, la jeringa cayendo de su palma.

Matteo miraba fijamente a la mujer, cuchillo en mano y su jodida erección aún expuesta. Me acerqué a él y revelé la piel quemada sobre su cadera.

30

—En serio desearía que ella hubiera esperado a que yo me corriese antes de que intentara matarme —murmuró.

Me enderecé, luego hice una mueca.

—¿Por qué no te subes los pantalones? Ya no hay razón para que exhibas tu verga.

Se arrastró los pantalones por sus piernas y se ajustó el cinturón, después me miró.

—Gracias por salvarme el culo. —Me dio una sonrisa, pero fue apagada—. ¿Al menos tuviste tu final feliz antes de que tu conquista intentara terminar contigo para siempre?

Negué con la cabeza.

—La Bratva casi nos atrapa. Ambos actuamos como unos jodidos tontos, dejando que esas estúpidas putas nos guiaran por nuestras pollas como adolescentes cachondos.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Somos adolescentes cachondos —bromeó Matteo a medida que envainaba su cuchillo.

Miré hacia la mujer muerta.

—¿La otra puta también está muerta? —preguntó Matteo.

Asentí.

—Se rompió el cuello.

—Tus dos primeras mujeres —dijo con un toque de cautela, sus ojos escaneando mi cara, buscando Dios sabe qué—. ¿Te sientes culpable?

Contemplé la sangre manchando el concreto y los ojos sin vida de la mujer. La ira era la emoción prevaleciendo en mi cuerpo. Ira conmigo mismo por ser un blanco fácil, por pensar que una mujer bonita no era una amenaza. Y una furia ardiente contra la Bratva por intentar matarme... y peor aún, a Matteo.

—No —dije—. Lo único que lamento es que las maté antes de que pudieran responder algunas cuantas preguntas. Ahora tendremos que cazar algunos imbéciles de la Bratva y conseguir la información de ellos.

Matteo tomó la jeringa y me puse tenso, preocupado de que pudiera darle algo del veneno entrando en contacto con su piel por accidente. No tenía ninguna duda de que lo que hubiera allí llevaría a una muerte insoportable.

—Tenemos que averiguar qué hay allí.

—Primero, tenemos que deshacernos de los dos cuerpos antes de que los invitados o la policía los encuentren. —Levanté mi teléfono hacia mi oído y llamé a Cesare—. Te necesito en la Esfera. Rápido.

—En seguida. Dame diez minutos —dijo Cesare, sonando como si lo hubiera despertado.

Cesare era más mi hombre que soldado de mi padre, y confiaba en él para mantener la boca cerrada cuando era necesario.

—Padre no estará contento con esto —dije.

Matteo me dio una mirada curiosa.

—¿Por nosotros cayendo en una trampa o que la Bratva intentara matarnos?

—Lo primero, y tal vez lo segundo.

LUCA VITIELLO

—Me estoy cansando de que la gente intente matarnos —murmuró Matteo, su tono serio por una vez.

Tomé una respiración profunda.

—Así es como es. Cómo siempre será. No podemos confiar en nadie más que en el otro.

Matteo negó con la cabeza.

—Mira a padre. Él no confía en nadie. Ni siquiera en Nina.

Hacía bien en no confiar en su esposa considerando la forma en que la trataba. Los matrimonios en nuestro mundo rara vez llevaban a la confianza, y mucho menos al amor.

TRES

Luca, 20 años...

Al momento en que entramos en el ascensor, el sonido de la música y la risa nos rodeó.

—Parece que esta fiesta podría valer nuestro tiempo —dijo Matteo, comprobando su aspecto en el reflejo de las puertas. Excepto por nuestros rasgos faciales en general, no nos parecíamos mucho. Seguía siendo la viva imagen de mi padre, los mismos ojos fríos y grises, el mismo cabello negro, pero nunca lo usaba de la misma manera repugnante peinada hacia atrás que él.

—Esa sería una ventaja, pero la razón principal por la que estamos aquí es por las conexiones.

El apartamento pertenecía al senador Parker, quien estaba fuera por negocios con su esposa. Su hijo, Michael, aprovechó la oportunidad para organizar una fiesta, invitando a casi todos los que importaban en Nueva York.

Michael nos esperó en la puerta abierta cuando Matteo y yo salimos al pasillo. Era la primera vez que veía a Parker Junior sin traje, ya que estaba intentando seguir los pasos de su padre. Él nos saludó con una sonrisa torcida, ya ebrio.

Asentí hacia él. Por un momento, pareció como si quisiera abrazarme como tantas personas tendían a hacer con todos, pero luego se lo pensó mejor. Bien por él.

—Me alegra tanto que pudieran venir —dijo arrastrando las palabras—. Tomen una copa. Reservé unos cuantos camareros que pueden preparar cualquier cóctel que quieran.

El ático estaba lleno de invitados y la música palpitaba en mis sienes. Matteo y yo no beberíamos mucho, nada en todo caso. Habíamos aprendido de nuestros errores del pasado, incluso si la multitud actual no representara ningún peligro. La mayoría se mearían en los pantalones si supieran la mitad de las cosas que Matteo y yo habíamos hecho desde que nos habíamos convertido en hombres de la mafia. Por

LUCA VITIELLO

así decirlo, solo conocían los rumores. Oficialmente, éramos los herederos del empresario, magnate inmobiliario y propietario de clubes, Salvatore Vitiello.

Para el momento en que entramos, la gente comenzó a susurrar. Siempre era lo mismo. Michael señaló el bar y el buffet, pero apenas escuché. Mis ojos se dirigieron a la pista de baile, que se había instalado en el centro del gran espacio abierto que debe haber sido la sala de estar antes de que se retiraran los muebles para la fiesta. Varias chicas que habían estado bailando con hijos de otros políticos lanzaban miradas hacia nosotros.

Matteo y yo intercambiamos una mirada. Las amantes de las emociones fuertes estaban a punto de rodearnos. Este tipo de chicas, de buenas familias, mimadas y totalmente aburridas, eran nuestra principal presa. No acabarían intentando matarnos.

Una de las chicas, una bomba sexual rubia alta con tetas falsas y un atuendo que se aferraba a su cuerpo como una segunda piel, comenzó a follarme con los ojos de inmediato. Dejó atónito a su compañero de baile al dejarlo parado en la pista de baile y se acercó a mí seductoramente en sus tacones altos.

Michael gimió. Le eché un vistazo.

—Esa es mi hermana menor, Grace.

34

Fruncí el ceño. Esto podría complicar mis planes. Michael me miró, luego a Grace.

—No me importa si intentas conquistarla. De todos modos, hace lo que quiere. Siempre está en la búsqueda de su próxima conquista, pero muchas salchichas han sido sumergidas en ese frasco de mostaza, si me entiendes.

Mis cejas se alzaron. No me importaba si Grace se había follado a la mitad de la población masculina de Nueva York. Era para follar y mamar, nada más. Pero si yo tuviera una hermana, definitivamente me importaría si actuaba así, a diferencia de Michael.

Michael negó con la cabeza.

—Me largo. No quiero ser testigo de eso.

Se dirigió al bar y Matteo lo siguió, pero no antes de enviarme un guiño.

Grace bailó más y más cerca, luego tocó mi pecho.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Escuché que estás involucrado en el crimen organizado —dijo en mi oído. Su mano se deslizó más abajo, sus ojos ansiosos y coquetos. Definitivamente iba a por todo.

Si se estiraba hacia atrás, sentiría el arma en la funda de mi espalda baja escondida debajo de mi camiseta.

—¿Eso es lo que escuchaste? —pregunté con la sonrisa que hacía que las chicas como ella se vayan. Lo suficientemente oscura como para llamar la atención de su personaje de aburrida niña rica y mimada, pero ni remotamente cerca de mi verdadero lado oscuro para espantarla.

Ella se estremeció contra mí.

—¿Es verdad?

—¿Tú qué piensas? —gruñí, atrayéndola contra mí, dejando que parte de mi dureza se muestre. Sus labios se separaron, su expresión una mezcla de miedo y lujuria.

Presionó su boca contra mi oreja.

—Creo que quiero que me folles.

—Bien —dije sombríamente—, porque voy a follarte ahora mismo. Lidera el camino.

Agarró mi mano y me arrastró, con una sonrisa emocionada. Matteo me sonrió pero, un segundo después, volvió a empujar su lengua por la garganta de una morena.

Grace y yo entramos en lo que supuse que era su dormitorio. La empujé hacia su tocador y la alcé, derribando la mitad de sus labiales en el proceso. Ella frunció los labios.

—Estás haciendo un desastre.

Le di una sonrisa oscura.

—¿Parece que me importa un carajo? El resto de tus jodidos labiales se caerán cuando te folle.

Sus labios se separaron. Estaba acostumbrada a los chicos ricos y débiles que nunca habían alzado sus puños en todas sus vidas.

—Entonces después tendrás que recogerlos.

LUCA VITIELLO

¿Me estaba poniendo a prueba? ¿Tratando de ver si era alguien a quien podía atosigar como a sus novios tarados del pasado?

Tirando de su falda hacia abajo, comprobé la piel inmaculada de sus caderas. Era más hábito que necesidad. Definitivamente no era una asesina de la Bratva.

—No haré ninguna jodida cosa, Grace, ¿entendido? —gruñí mientras deslizaba mi mano debajo de su falda y luego empujé su tanga a un lado, encontrándola húmeda—. La gente hace lo que les digo, no al revés. Nueva York es mi puta ciudad —agregué a medida que empujaba dos dedos en ella. Sus ojos brillaron con fascinación.

Estaba fascinada por el peligro, incluso cuando no sabía absolutamente nada al respecto.

La follé duro con mis dedos.

—Ahórcame —susurró ella.

Una de esas.

Cerré mis dedos alrededor de su garganta y la presioné sobre el tocador, empujando el resto de su maquillaje al suelo. Ella se estremeció de placer. Casi no puse ninguna presión detrás de mi agarre; si ella supiera que así había matado a un hombre, si supiera cuántas cosas peores había hecho con estas manos, no me habría pedido que hiciera esto, pero para ella esto era un juego, un juego emocionante y perverso. Era lo mismo con todas las chicas. Yo era su fantasía más oscura hecha realidad.

No entendía que no interpretaba un papel oscuro para ella, que este no era mi lado oscuro, ni siquiera cerca, sino el único lado que podía mostrar en público.



Matteo y yo habíamos dormido menos de dos horas cuando nuestro padre nos levantó de la cama y nos ordenó que fuéramos a desayunar. Pero primero, quería una palabra a solas conmigo. Eso no era nunca algo bueno.

—¿Qué crees que quiere? —preguntó Matteo mientras nos dirigíamos hacia la oficina de padre.

—¿Quién sabe?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Toqué.

—Adelante —dijo padre después de hacernos esperar casi cinco minutos.

—Buena suerte —dijo Matteo con una sonrisa torcida. Lo ignoré y me dirigí a la habitación. Odiaba tener que venir corriendo cada vez que me llamaba. Era la única persona que podía darme órdenes, y maldita sea, lo disfrutaba. Se sentaba detrás de su escritorio con esa sonrisa narcisista que detestaba más que nada.

—Me llamaste, padre —dije, intentando sonar como si no me importara ni un carajo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Te encontramos una esposa, Luca.

Levanté una ceja. Sabía que él y la Organización de Chicago habían estado discutiendo una posible unión durante meses, pero padre nunca había sido muy abierto con la información. Amaba tener ese poder sobre mí.

—¿De la Organización?

—Por supuesto —respondió, tamborileando sus dedos contra el escritorio y observándome. Quería que le preguntara quién era ella, quería prolongar esto, quería verme retorcerme. Qué se joda. Metí mis manos en mis bolsillos, encontrándome directamente con su mirada.

Su expresión se oscureció.

—Es la mujer más hermosa que la Organización tiene para ofrecer. Una verdadera belleza impactante. Cabello dorado, ojos azules, piel pálida. Un ángel en la tierra, como dijo Fiore. —Me había follado a tantas mujeres hermosas. Solo la noche anterior me había follado a Grace en todas las superficies de su habitación. ¿En serio pensaba que me asombraría porque me había encontrado una esposa bonita? Si fuera por mí, no me casaría ni remotamente pronto—. Espero que disfrutes rompiendo sus alas —agregó padre.

Esperé el “pero”. Padre se veía demasiado complacido consigo mismo, como si estuviera ocultando algo que sabía que odiaría.

—Tal vez has oído hablar de ella. Es Aria Scuderi. Es la hija del Consigliere y cumplió quince años hace unos meses.

No fui lo suficientemente rápido como para ocultar mi sorpresa. ¿*Quince*? Maldita sea, ¿estaba bromeando?

—Pensé que querían que la boda se llevara a cabo pronto —dije con cuidado.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Padre se reclinó en su asiento, sus ojos buscando un destello de debilidad.

—Así es. Todos lo queremos.

—No me casaré con una maldita niña —gruñí, ya terminé de jugar. Estaba harto de sus juegos.

—Te casarás con ella, y te la follarás, Luca.

Exhalé antes de decir o hacer algo de lo que me arrepentiría más tarde.

—¿En serio crees que nuestros hombres me admirarán si actúo como un maldito pedófilo?

—No seas ridículo. Nos admiran porque nos temen. Y Aria no es tan joven. Tiene la edad suficiente para abrir sus piernas y hacer que te la folles.

No era la primera vez que consideraba poner una bala en su cabeza. Era mi padre, pero también era un bastardo sádico que odiaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Qué dice la niña de tu plan?

Padre se echó a reír.

—Todavía no lo sabe, y no es que sus sentimientos sean importantes. Ella hará lo que le digan que haga, y tú también deberías hacerlo.

—¿A su padre no le importa darme a su hija antes de que sea mayor de edad?

—No.

¿Qué clase de bastardo era Scuderi? Podía ver cuánto estaba disfrutando padre de mi furia.

—Pero Dante Cavallaro estuvo reacio a la idea y sugirió posponer la boda.

Asentí. Al menos, una persona no estaba jodidamente loco.

—Por supuesto, todavía no hemos decidido qué hacer al respecto. Te lo haré saber una vez que se tome la decisión. Estaré en el comedor en quince minutos. Dile a Nina que quiero un huevo de cinco minutos. Ni un segundo más.

Me fui, sabiendo que me estaba echando. Matteo se apoyaba contra la pared frente a la oficina de padre. Pasé junto a él, intentando controlar la rabia ardiendo ferozmente en mi cuerpo. Quería matar a alguien, preferiblemente a nuestro padre. Fui directamente hacia el área del bar en la sala de estar de la casa.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Qué hizo ahora nuestro sádico padre? —preguntó Matteo a medida que me alcanzaba.

Lo fulminé con la mirada.

—Quiere que me case con una maldita niña.

—¿De qué mierda estás hablando? Pensé que estaba intentando arreglar una unión con la mujer más hermosa de la puta Organización —dijo Matteo burlonamente.

—Deben estar sin mujeres bonitas allí, porque quieren que me case con Aria Scuderi, que tiene solo quince jodidos años.

Matteo silbó.

—Santa mierda. ¿Han perdido la puta razón? ¿Qué hizo la pobre chica para merecer semejante destino?

No estaba de humor para sus bromas. Quería golpear algo... duro.

—Es la hija mayor del Consigliere, y parece un ángel en la tierra si le crees a Fiore Cavallaro.

—Así que la casan con el diablo. Un matrimonio de infierno.

—Estás empezando a cabrearme, Matteo. —Me estiré sobre el mostrador de la barra y agarré la botella de whisky más cara, que nuestro padre guardaba para ocasiones especiales. Me la llevé a los labios y di un trago profundo.

Matteo me arrebató la botella de la mano y la echó hacia atrás, tomando una cantidad considerable del líquido ámbar antes de devolvérmela. Fuimos y vinimos así por un rato antes de que Matteo volviera a hablar.

—¿En serio van a hacer que te cases con esa chica? Quiero decir, estoy a favor de las cosas pervertidas, pero follar a una niña de quince años es demasiado pervertido incluso para mí.

—El cabrón de su padre me la entregaría mañana mismo. A ese bastardo no parece importarle.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Le dije a padre que no me casaré con una niña.

—Y él te dijo que madures y que hagas lo que te dice tu Capo.

LUCA VITIELLO

—No puede ver por qué la niña necesita ser mayor para la boda. Todo lo que tiene que hacer es abrir las piernas para mí.

Matteo entrecerró los ojos de esa manera jodidamente molesta que tenía cuando estaba intentando resolver algo.

—¿Y lo harías?

—¿Haría qué? —Sabía a qué se refería, pero me molestaba jodidamente increíble que tuviera que preguntar.

Esperaba esa pregunta de todos los demás, pero no de él. Matteo sabía que incluso yo tenía ciertas líneas que no estaba dispuesto a cruzar. Todavía. La vida podía ser una perra, especialmente si estabas en la mafia, así que aprendí que “nunca digas nunca” era un lema apropiado para vivir.

—¿Te la follarías?

—Soy un asesino, no un pedófilo, estúpido imbécil.

—Ya hablas como un verdadero filántropo.

—Jódete, y deja de leer el maldito diccionario.

Matteo sonrió y sacudí la cabeza con una sonrisa satisfecha. Ese hijo de puta sabía cómo hacerme sentir mejor.

40



Matteo apenas había dejado de hablar desde que nos bajamos del avión, y obviamente no tenía ninguna intención de hacerlo ahora que estábamos en la mansión Scuderi. Estaba a segundos de darle un puñetazo en la garganta.

—Deja de estar malhumorado, Luca. Deberías estar feliz. Hoy conocerás a tu prometida. ¿No tienes curiosidad por cómo se ve? Podría ser extremadamente fea.

No lo era. Padre no dejaría que la Organización nos engañara así. Pero no había encontrado ni una foto de ella en internet. Scuderi parecía mantener a su familia fuera del ojo público.

—Me sorprende que la criada no nos haya seguido. Parece un gran riesgo dejar que unos enemigos potenciales caminen por la casa sin supervisión. Me hace preguntarme si esto es una trampa —dijo Cesare mientras seguía mirando por encima del hombro.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Es un juego de poder. Scuderi quiere mostrarnos que no está preocupado por nuestra presencia —dije a medida que nos dirigíamos en la dirección hacia la que la criada nos había señalado.

Podía escuchar que había personas corriendo hacia nosotros. Mi mano fue a mi arma. Cesare y Matteo hicieron lo mismo cuando doblamos la esquina. Cuando vi lo que causaba la conmoción, me relajé. Unos niños se perseguían entre sí, lanzándose directamente hacia nosotros. El niño logró detenerse, pero una pequeña niña corrió hacia mí, agitando los brazos y estrellándose contra mi cuerpo. Mis manos se dispararon para atraparla. Ella me miró con los ojos completamente abiertos mientras la sostenía por los hombros.

—Liliana —gritó una de las otras chicas. Mis ojos se dispararon hacia ella, luego hacia su dorado cabello rubio, y supe quién era. Aria Scuderi, mi futura esposa. Era la mayor del grupo, pero maldita sea, se veía tan jodidamente joven. Quiero decir, no era como si hubiera esperado una mujer adulta, pero esperaba que no fuera tan jodidamente obvio que solo tenía quince años. Cuando tenía esa edad, ya me sentía y actuaba como un hombre. No estaba seguro de lo que habría hecho si Cavallaro y mi padre no hubieran aceptado esperar hasta que ella tuviera dieciocho años.

Era hermosa de una manera infantil, pero había una promesa de belleza impresionante bajo sus rasgos jóvenes. Era pequeña pero, con mi tamaño, la mayoría de las mujeres lo eran. En unos pocos años, cuando se convirtiera en mi esposa, sería impresionante. Será mejor que aprenda a esconder mejor sus emociones para ese entonces. Parecía jodidamente aterrorizada. Estaba acostumbrado a que la gente me diera ese tipo de mirada, pero con las mujeres prefería la admiración y la lujuria al terror.

—Liliana, ven aquí —dijo. Era bastante obvio que estaba intentando parecer fuerte y mayor. Habría sido más convincente si su voz no estuviera temblando y si no hubiera ese brillo petrificado en sus ojos. Aflojé mi agarre sobre su hermana, quien corrió de inmediato hacia Aria como si el diablo estuviera pisándole los talones. ¿Acaso estas chicas nunca habían conocido a otros hombres? Scuderi probablemente las mantenía en una jaula dorada, cosa que me sentaba muy bien.

—¡Ese es Luca Vitiello! —espetó la pelirroja y en realidad, arrugó su puta nariz. No estaba acostumbrado a tanta rudeza. La gente sabía que no debía faltarme el respeto. Sin embargo, las mocosas de Scuderi no estaban enteradas.

Hubo un siseo y el niño salió disparado en mi dirección y, de hecho, me atacó.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¡Deja en paz a Aria! ¡No la tendrás!

Cesare hizo un movimiento para intervenir como si necesitara ayuda contra un enano.

—No, Cesare. —Miré al niño. Su fervor era casi admirable si no fuera tan inútil. Atrapé sus manos.

Aria se arrastró hacia mí como si pensara que podría romperle el cuello a su hermano y luego el suyo. Mierda, ¿qué le había contado su familia sobre mí? Deberían haber mentido. Sabía que tenía una reputación y estaba jodidamente orgulloso de ella, pero Aria no necesitaba saberlo... todavía.

—Qué cálida bienvenida recibimos. Esta es la infame hospitalidad de la Organización —dijo Matteo, como de costumbre dando rienda suelta a su boca.

—Matteo —advertí antes de que dijera más. Estos eran niños, incluso mi futura esposa, y no necesitaban escuchar su vocabulario colorido.

El enano se estaba retorciendo en mi agarre, gruñendo y siseando como un perro salvaje.

—Fabiano —dijo Aria, sus ojos lanzándose hacia mí durante un milisegundo antes de agarrar el brazo de su hermano—. Es suficiente. Esa no es la forma en que tratamos a los invitados.

A pesar de su apariencia quebradiza, Aria parecía tener algo de poder sobre sus hermanos. Su hermano dejó de luchar y la miró como si ella fuera el centro de su mundo.

—Él no es un invitado. Quiere robarte, Aria.

Lo siento, amiguito, nada de este maldito arreglo fue idea mía. Y, sin embargo, tenía que admitir que, después de haber visto a Aria, no la dejaría escapar de mi control por nada del mundo. Ahora era mía. La contemplé mientras le sonreía a su hermano con tanta amabilidad, sorprendiéndome.

Matteo rio entre dientes.

—Esto es demasiado bueno. Me alegro que padre me convenciera de venir.

—Te lo ordenó. —Nuestro padre nunca trataba de convencer a nadie. Ordenaba, sobornaba o chantajeaba.

A Aria le costó encontrarse con mi mirada; estaba obviamente avergonzada por mi atención. Un profundo rubor se había extendido por sus mejillas. Solté a su hermano, y ella lo apretó contra su cuerpo de forma protectora. Era tan tímida y

LUCA VITIELLO

estaba tan aterrada que me pregunté si se atrevería a oponerse si realmente le hacía algo a su hermano. No es que alguna vez hiciera eso. No había honor en atacar a niños y mujeres.

—Lo siento —dijo Aria débilmente—. Mi hermano no tenía la intención de ser irrespetuoso.

—¡Sí la tenía! —gritó el chico. La mano de Aria se disparó y cerró su boca. Casi me reí. Había pasado un tiempo desde que una mujer me había hecho querer reír, incluso por accidente.

—No te disculpes —siseó la pelirroja—. No es culpa nuestra que él y sus escoltas ocupen tanto espacio en el pasillo. Por lo menos, Fabiano le dice la verdad. Todos los demás piensan que deben adularlo ya que él va a ser el Capo...

Le envié a Matteo una mirada. Esa chica tenía el mismo mal genio que él.

Después de más disputas, Aria finalmente consiguió que sus hermanos se fueran. Me alegré de verlos desaparecer. Destrozaban mis nervios. No era de sorprender que Scuderi quisiera casar a sus hijas tan rápido como sea posible.

Aria se retorció cuando me miró.

—Me disculpo por mi hermana y hermano. Son...

—Protectores contigo —terminé por ella—. Este es mi hermano, Matteo.

Aria apenas miró en su dirección, pero en realidad tampoco estaba mirándome a los ojos.

Asentí a mi lado.

—Y este es mi mano derecha, Cesare.

Ella parpadeó. Parecía que iba a saltar si daba un paso en su dirección.

—Debería ir con mis hermanos. —Se giró y se alejó rápidamente hasta que su cabeza rubia desapareció de la vista.

—Todavía lo tienes, Luca. Aterrorizando a las chicas de diestra a siniestra con tu brusco encanto —dijo Matteo.

—Vamos. Scuderi se estará preguntando qué es lo que nos está demorando tanto. —Scuderi era la última persona con la que quería encontrarme, a menos que dicha reunión involucrara cuchillos, pistolas y un baño de sangre. Lo odiaba sin haberlo conocido nunca. ¿Qué clase de padre casaba a una chica como Aria con un chico como yo? Parecía un ángel, y era tan tímida e inocente como uno, y no me

LUCA VITIELLO

hacía ninguna ilusión de lo que yo era: un bastardo frío en los mejores días y un monstruo el resto del tiempo. Al menos, a ella le quedaban tres años más antes de que tuviera la oportunidad de destruir su vida con mi oscuridad.



No había suficiente alcohol en el mundo para hacer más soportable la presencia de Scuderi y Fiore Cavallaro. No quería nada más que abrirles la garganta y verlos desangrarse hasta morir.

Matteo me lanzó una mirada de reojo, probablemente sabiendo exactamente lo que estaba pensando. No dudaría ni un segundo si le pidiera que sacara sus cuchillos. Matteo siempre estaba listo para clavar su cuchillo en la siguiente persona que lo molestara.

—Es una verdadera belleza, Luca —dijo Scuderi con orgullo—. No te arrepentirás de tu elección.

En realidad, no había habido una elección de mi parte, pero me guardé las palabras para mí mismo. No tenía sentido iniciar una discusión, especialmente cuando mi padre me observaba como un halcón.

—Es completamente pura. Nunca se le permite ir a ninguna parte sin sus guardaespaldas. Es solo tuya.

Me obligué a sonreír. No es que no lo apreciara. La idea de que alguien pudiera tocar a Aria hizo que mi sangre palpitara con furia en mis venas. Me sentía jodidamente posesivo con ella. Nunca antes me importó si las chicas con las que estaba habían follado con otros hombres, pero con Aria mataría a cualquiera que se atreviera a mirarla de forma incorrecta.

—No hay nada mejor que romperlas —dijo el primo de Aria, Raffaele. Era más bajo que yo. Si esta noche terminaba en un baño de sangre, él sería el último al que mataría, así podría tomarme mi tiempo con él. Ver si aún lograba mantener esa sonrisa fea con mi cuchillo saliendo de la cuenca de su ojo.

Dante le dirigió a su soldado una mirada dura y Raffaele miró hacia su bebida rápidamente. Era la primera vez que Dante mostraba algún tipo de reacción emocional en absoluto. Su esposa había muerto no hacía mucho tiempo.

Fiore seguía siendo oficialmente el Jefe de la Organización, pero no pude evitar preguntarme si Dante era el hombre que dirigía el espectáculo.

LUCA VITIELLO

Alguien llamó.

Cuando la puerta se abrió y Aria se deslizó, manteniéndose de espaldas a nosotros, me puse rígido. No se parecía en nada a la chica que había visto ayer. Llevaba un vestido ajustado que revelaba unas piernas largas y delgadas, piel cremosa y un bonito trasero. Maldición. Cuando finalmente se dio la vuelta, descubrí que el frente era igual de bonito a la vista. Entonces mis ojos viajaron más arriba. Aria mantuvo la cabeza gacha, sus ojos posados en el suelo, y pude verla temblando de miedo e incomodidad. Algo protector y furioso alzó su cabeza en mi pecho, sorprendiéndome. Era mía. ¿Cómo su madre podía dejarla caminar por ahí con este atuendo? Me apuesto mi bola izquierda que Aria no había tenido voz en la elección de esa puta broma de vestido. Me había follado chicas con vestidos más cortos, pero esta era mi futura esposa, y solo tenía quince años. Sus padres deberían protegerla, no tratarla así. Finalmente se arriesgó a echarme un vistazo y se encontró con mi mirada. Por el amor de Dios, parecía que quería llorar. Si alguna vez tenía la oportunidad, mataría a Scuderi y maldita sea, lo disfrutaría. Bajé mi vaso antes de poder arrojarlo contra la pared.

Los ojos de Aria revolotearon nerviosamente. Los otros hombres en la habitación la observaban con el respeto necesario, pero ese hijo de puta de Raffaele la estaba desnudando con sus putos ojos. Si esto fuera Nueva York, lo aliviaría de la carga de volver a ver algo otra vez. Y tal vez lo haría de todos modos si él no dejaba la inspección pronto.

Ignorando la falta de respeto de Raffaele, Scuderi llevó a Aria hacia mí. Me miró como si esperara que mi mandíbula cayera al suelo por Aria. Era hermosa, y en tres años podría apreciar verla vestida así, pero ahora solo me cabreaba que Scuderi intentara hacer a Aria verse como una jodida bomba sexual cuando era evidente que ella lo odiaba.

—Esta es mi hija, Aria —dijo Scuderi con una mirada ansiosa como un pastor alemán esperando que su amo arroje una rama.

Fiore me dio una sonrisa satisfecha.

—No prometí demasiado, ¿verdad?

Jódete.

—No lo hiciste.

El hermano menor de Aria se le acercó y deslizó su mano en la de ella. Mis ojos se dirigieron a sus piernas por un momento, pero los aparté de inmediato.

—¿Quizá los futuros esposos quieren estar solos por unos pocos minutos? —dijo padre con una mirada que conocía muy bien. Probablemente pensó que me estaba haciendo un maldito favor. No pasé por alto la expresión de pánico de Aria, o la forma en que prácticamente le rogó a su padre con sus ojos que lo prohibiera.

Por supuesto que Scuderi no lo hizo. Probablemente me dejaría manosearla justo delante de él, siempre y cuando no le robara su virginidad antes de la boda.

—¿Debería quedarme? —preguntó su guardaespaldas.

Alivio cruzó el rostro de Aria. No me hacía ilusiones sobre lo que era, pero en esta sala era al que Aria debería tener menos miedo.

—Dales unos pocos minutos a solas —dijo Scuderi, y Aria se quedó inmóvil. ¿Qué pensaba que iba a hacerle? ¿Violarla en el sofá? Padre me guiñó un ojo. Obviamente, pensaba que iba a manosear a mi prometida de quince años. Probablemente él lo habría hecho. Todos empezaron a irse hasta que solo quedó el niño pequeño, aferrándose a su hermana protectoramente. Tenía que concedérselo al enano, él era el único de la Organización con una pizca de coraje.

—Fabiano. Sal de ahí ahora —espetó Scuderi, y el niño soltó a Aria y me lanzó una mirada mordaz antes de irse. Me agradaba ese mocoso insolente.

La puerta se cerró y Aria y yo nos quedamos solos. Me miró a través de sus largas pestañas, mordiéndose el labio. ¿Tenía que parecer tan jodidamente aterrada? Sabía cómo me veían los demás, y para una niña pequeña como ella, probablemente parecía un gigante amenazador a punto de aplastarla, pero no tenía ni la menor intención de lastimarla, mucho menos manosearla por muy deliciosa que se viera. No era tan depravado. Nunca había forzado a una mujer, y Aria era solo una niña. Mi prometida. *Mía. Mía para proteger.*

Para distraerla de su obvio terror, le pregunté:

—¿Tú elegiste el vestido?

Ella se sacudió, sus ojos abriéndose de par en par. Unos enormes ojos azules, tan llenos de inocencia que sentí que podían limpiar incluso mis pecados. Y ese cabello dorado... maldita sea, quería tocarlo para descubrir si era tan sedoso como parecía.

—No. Mi padre lo hizo —dijo con esa voz suave y gentil.

Por supuesto que lo hizo. Podía verla temblando de frío y miedo. Decidí acortar esta reunión ridícula antes de que Aria se desmayara, y alcancé el anillo que había comprado para ella hace un par de días. Mi pequeña prometida se estremeció,

LUCA VITIELLO

y mi estado de ánimo cayó aún más. Le mostré la caja de terciopelo, esperando que la tranquilizara, pero ella solo se quedó mirándola. Quise darle una sacudida para hacerla entrar en razón, pero eso solo habría demostrado que sus temores eran correctos. Empujé la caja en su dirección y finalmente la alcanzó. Cuando sus dedos rozaron los míos, se alejó con un jadeo. Tuve que reprimir mi molestia; no hacia ella, sino a sus padres, Cavallaro, y a mi padre que nos habían metido en este lío. Era demasiado joven. Solo podía esperar que ganara algo de confianza en los próximos tres años. No quería una esposa que se acobardara frente a mí.

—Gracias —dijo ella después de haber comprobado el anillo. Sus ojos se encontraron con los míos. Le tendí mi brazo. Ella lo aceptó casi sin vacilación y la conduje hacia la sala de estar con las personas que la habían traicionado.

Al momento en que la solté, ella corrió hacia sus hermanas y su madre como si pudieran protegerla de lo que vendría.

Me acerqué a los hombres.

—¿Y? —preguntó padre con aire de suficiencia.

No estaba seguro de lo que esperaba. ¿Un comentario lascivo sobre cómo había aprovechado mi oportunidad a solas con Aria?

Matteo me lanzó una mirada de reojo.

—Aria aceptó el anillo —respondí con naturalidad.

La expresión de Scuderi cayó.

—Como debía. Mi hija fue educada para ser obediente. Ya verás.

—Luca la hará obedecerle. Él puede poner a los hombres más fuertes de rodillas. Una mujer débil solo se doblegará ante su voluntad —dijo padre con sorna.

La cena fue servida en ese momento y nos salvó de una pelea. Era una pena. Lo habría disfrutado a fondo.

Me senté junto a Scuderi como dictaba la tradición. Matteo se sentó frente a mí, con un destello de aburrimiento en su rostro. Y un Matteo aburrido siempre era una bomba de tiempo.

Fiore Cavallaro alzó su copa. Por la forma en que sus ojos se desenfocaban, diría que debería dejar de beber. Viejo bastardo. Habría preferido lidiar con su hijo, el frío Dante, pero mientras su padre todavía estuviera al mando, tendría que vivir con el tonto viejo demente.

—Por una asociación larga y exitosa.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Levanté mi copa y engullí el vino tinto. Mis ojos encontraron a Aria una vez más. Estaba sentada en el otro extremo de la mesa con las otras mujeres. Miraba su anillo como si fuera algo aterrador.

Por supuesto que lo era. La ataba a mí. La marcaba como mía. Cuando levantó la vista, nuestros ojos se encontraron. Se sonrojó y apartó la vista rápidamente, el rojo viajando también por su delicada garganta.

Matteo me dio una patada por debajo de la mesa, sonriendo.

—¿Ya estás codiciando a tu joven novia?

—Puedo esperar —respondí—. No es que no pueda mantenerme entretenido. —Pero a partir de este día, ella era mía.



Después de la cena, nos trasladamos al salón para beber y fumar. Rocco Scuderi y Fiore Cavallaro se mostraron insoportables, y padre trató de eclipsarlos con su propio alarde. Quería rellenar mis oídos con cera caliente para evitar escuchar sus estupideces. Será mejor que Aria valga la pena, porque la paz sonaba menos atractiva con cada maldito segundo que tenía que pasar con los bastardos de la Organización.

Estaba en mi cuarto vaso de whisky cuando todos finalmente habían abandonado el salón excepto por Matteo, Romero y Cesare. Mi padre había salido para reunirse con una prostituta de clase alta del mejor prostíbulo de la Organización, pero yo no tenía ninguna intención de arriesgarme a repetir el incidente con la puta de la Bratva.

Me permití relajarme contra la repisa de mármol de la chimenea. Mis ojos estaban pesados por estar alerta todo el día, y no podía arriesgarme a bajar la guardia mientras estuviéramos en Chicago. Matteo estaba tendido en un sillón como si fuera el dueño del lugar. Su sonrisa no era un buen augurio.

—Podría haber sido peor —dijo Matteo, sonriendo aún más ampliamente—. Ella podría haber sido fea. Pero, mierda, tu pequeña prometida es una aparición. Ese vestido. Ese cuerpo. Ese cabello y rostro. —Matteo silbó.

La ira rugió a través de mí. Matteo y yo solíamos hablar de las mujeres de esa forma, e incluso con palabras menos favorables, pero esto era diferente.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Es una niña —dije con desdén, ocultando mi molestia. Matteo solo me irritaría aún más si le daba la oportunidad.

—No se veía como una niña para mí —dijo, luego chasquéo la lengua. Le dio un codazo a Cesare—. ¿Qué dices? ¿Luca está ciego?

Cesare se encogió de hombros con una mirada cuidadosa en mi dirección.

—No la miré de cerca.

—¿Y tú, Romero? ¿Tienes ojos funcionales en tu cabeza?

Romero levantó la vista, luego volvió a mirar su bebida rápidamente. Ahogué una sonrisa.

Matteo echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Maldición, Luca, ¿le dijiste a tus hombres que cortarías sus penes si miraban a esa chica? Ni siquiera estás casado con ella.

—Ella es mía —dije en voz baja. Eché un vistazo a Matteo. Mis hombres me respetaban, pero Matteo era una batalla perdida. No es que tuviera que preocuparme. Jamás pondría la mano sobre mi mujer.

Matteo negó con la cabeza.

—Durante los próximos tres años, estarás en Nueva York y ella estará aquí. No puedes mantener siempre un ojo en ella, o tienes la intención de amenazar a cada hombre en la Organización. No puedes cortarles a todos sus penes. Tal vez Scuderi conoce a unos eunucos que puedan mantenerla vigilada.

—Haré lo que tenga que hacer —respondí, girando la bebida en mi vaso. Había considerado lo que Matteo había dicho antes, y no me sentó bien. No me gustaba la idea de estar tan lejos de Aria. Tres años era mucho tiempo. Y ella era hermosa y vulnerable, una combinación peligrosa en nuestro mundo—. Cesare, encuentra a los dos idiotas que se supone deben proteger a Aria —le ordené.

Cesare se fue inmediatamente y regresó diez minutos después con Umberto y Raffaele. Scuderi estaba un paso detrás de ellos, pareciendo enojado.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Quiero tener unas palabras con los hombres que eligió para proteger lo que es mío.

—Son buenos soldados, ambos. Raffaele es el primo de Aria y Umberto ha trabajado para mí por casi dos décadas.

LUCA VITIELLO

Los reuní a los dos.

—Me gustaría decidir por mí mismo si confío en ellos. —Me acerqué a Umberto. Era casi una cabeza más bajo que yo—. Oí que eres bueno con el cuchillo.

—El mejor —intervino Scuderi. Quise silenciarlo de una vez por todas.

—No tan bueno como su hermano, según los rumores —dijo Umberto con un gesto hacia Matteo, quien le mostró su sonrisa de tiburón—. Pero mejor que cualquier otro hombre en nuestro territorio —admitió Umberto eventualmente.

Matteo *era* el mejor con un cuchillo.

—¿Estás casado? —pregunté a continuación. No es que el matrimonio hubiera impedido a un hombre tener otra mujer.

Umberto asintió.

—Hace veintiún años.

—Eso es mucho tiempo —dijo Matteo—. Aria debe verse muy deliciosa en comparación con tu *vieja* esposa.

Le disparé a Matteo una mirada. ¿No podía mantener la boca cerrada por un segundo?

La mano de Umberto se movió un centímetro hacia la funda que rodeaba su cintura. Mi propia mano ya estaba apoyada en mi arma. Me encontré con la mirada de Umberto. Se aclaró la garganta.

—Conozco a Aria desde su nacimiento. Ella es una *niña*.

Lo dijo con un toque de reproche. Si él pensaba que eso me haría sentir culpable o algo parecido, era un tonto.

—No será una niña durante mucho más tiempo —dije.

—Siempre será una niña ante mis ojos. Y soy fiel a mi esposa. —Umberto fulminó a Matteo—. Si insultas a mi mujer de nuevo, le pediré a tu padre permiso para desafiarte en una pelea con cuchillos para defender su honor y te mataré.

Eso haría el día de Matteo. No había nada que disfrutara más que una sangrienta pelea con cuchillos, probablemente ni siquiera un coño.

—Podrías intentarlo —dijo Matteo, enseñando los dientes—, pero no tendrías éxito.

LUCA VITIELLO

Umberto no era una amenaza. Ni para Matteo, ni para Aria. Podía decir que él la protegía de una manera paternal.

—Creo que eres una buena opción, Umberto.

Me volví hacia Raffaele. Si hubiéramos estado en Nueva York, ya le habría puesto una bala en la cabeza. Tal vez pensaba que no había visto las miradas que le había dado a Aria cuando pensó que nadie estaba prestando atención. Me detuve justo delante de él. Tuvo que estirar el cuello para encontrarse con mi mirada. Intentaba parecer tranquilo. No me estaba engañando. Tenía miedo. Bien.

—Él es de la familia. ¿Honestamente vas a acusarlo por tener interés en mi hija? —interrumpió Scuderi desde el otro lado.

—Vi cómo veías a Aria —le dije a Raffaele. Sus ojos parpadearon nerviosamente.

—Como un melocotón jugoso que quieres follarte —añadió Matteo, disfrutando de esto demasiado.

Los ojos de Raffaele se lanzaron a Scuderi como el pelele sin bolas que era. Conocía a los tipos como él. Se deleitaban atacando a los débiles, especialmente a las mujeres, porque era la única forma en que podían sentirse fuertes.

—No lo niegues. Conozco el deseo cuando lo veo. Y tú deseas a Aria —gruñí. Raffaele no lo negó—. Si descubro que la estás mirando así otra vez... si descubro que estás en una habitación a solas con ella... si descubro que tocas aunque sea su mano, te mataré.

Raffaele se puso rojo.

—Tú no eres miembro de la Organización. Nadie te dirá nada incluso si la *violo*. Podría iniciarla para ti. Tal vez incluso lo filmaré para que puedas verlo.

Agarré al maldito bastardo y lo arrojé al suelo. Su rostro golpeó el suelo con fuerza y clavé mi rodilla en su espalda. Quería romperle la columna vertebral en dos y arrancarle las jodidas bolas. Así nunca más pensaría en usar las palabras “violación” y “Aria” en la misma oración nuevamente.

Raffaele luchó y maldijo. Era como una mosca molesta: débil y repugnante. Valía menos que la suciedad de mis zapatos. Que incluso se atreviera a pensar en tocar a Aria, en romperla... agarré su muñeca y saqué mi cuchillo.

Debería cortarle las bolas y la polla. Eso era lo que se merecía. Pero este no era mi territorio. Incluso aunque eso me cabreaba, miré a Scuderi para pedir permiso.

LUCA VITIELLO

Scuderi asintió. Bajé mi cuchillo sobre el meñique de Raffaele, cortando huesos y carne y saboreando sus gritos de marica.

Un grito femenino resonó a través de las paredes.

Solté a Raffaele y me puse de pie. Acunaba su mano como un bebé, un desastre lloriqueando. Asqueroso.

Romero y Cesare habían sacado sus armas.

Scuderi se acercó a abrir una puerta secreta, revelando a la hermana pelirroja y a Aria.

—Por supuesto —siseó Scuderi—. Debí haber sabido que eras tú causando problemas otra vez. —Agarró a la pelirroja ferozmente alejándola de Aria y hacia el salón, levantó la mano y la abofeteó con fuerza en el rostro. Mis dedos sobre el cuchillo se apretaron.

Y luego el hijo de puta dio un paso hacia Aria, levantando su brazo nuevamente. La furia ardió a través de mí.

Mía.

Atrapé su muñeca, deteniéndolo. Me tomó toda mi fuerza de voluntad no clavar el cuchillo ensangrentado en su estómago y dejarlo sangrar como un cerdo.

Por el rabillo de mi ojo, vi a Umberto sacando su cuchillo y a Scuderi alcanzando su arma.

Matteo, Romero y Cesare habían sacado sus propias armas.

Odié las palabras que tuve que decir a continuación.

—No era mi intención faltarle el respeto, pero Aria ya no es su responsabilidad. Perdió su derecho a castigarla cuando la hizo mi prometida. Ella es mía para lidiar ahora.

Scuderi echó un vistazo enojado al anillo en el dedo de Aria, marcándola como mía. Él asintió y lo solté.

—Eso es cierto. —Se apartó de mí e hizo un gesto a Aria—. Entonces, ¿te gustaría el honor de hacerla entrar en razón?

Volví mis ojos a Aria. Estaba pálida. Sus ojos temerosos se lanzaron al cuchillo en mi mano cubierta de sangre, luego de vuelta a mi rostro. Se congeló. La idea de levantar mi mano contra ella era ridícula. ¿Qué tipo de hombre golpeaba a

LUCA VITIELLO

una mujer? ¿Y Aria? No, la mera idea me puso al borde. Pesaba menos de la mitad que yo. Era inocente y vulnerable.

—Ella no me desobedeció.

Scuderi parecía jodidamente infeliz. Como si me importara un carajo.

—Tienes razón. Pero como yo lo veo, Aria estará viviendo bajo mi techo hasta la boda y ya que el honor me impide levantar la mano contra ella, tendré que encontrar otra manera de hacer que me obedezca. —Golpeó a la hermana de Aria por segunda vez, y estuve a punto de intervenir nuevamente, pero eso ya estaba fuera de mi control—. Por cada una de tus malas acciones, Aria, tu hermana aceptará el castigo en tu lugar —dijo Scuderi. Aria parecía preferir que la golpeará a ella en lugar de su hermana. Era demasiado inocente y amable para alguien como yo.

Scuderi se volvió hacia el guardaespaldas.

—Umberto, lleva a Gianna y a Aria a sus habitaciones y asegúrate que se queden allí. —Umberto enfundó su cuchillo y las sacó. Aria evitó mirarme a medida que ayudaba a su hermana.

El gemido de Raffaele atrajo mi atención hacia él. Todavía estaba aferrando su mano, llorando como el maldito pelele que era. Matteo me tendió un pañuelo. Lo tomé y limpié mi mano y el cuchillo bruscamente. Necesitaba agua y jabón para deshacerme de eso por completo.

—Confío en que mantendrás a Aria a salvo de la atención masculina —dije con frialdad, clavándole una mirada dura a Scuderi—. No lo quiero cerca de ella. Si escucho que alguien tan solo la mira de una manera equivocada, nada me impedirá arrastrar a Chicago a la guerra más sangrienta que puedas imaginar. No comparto lo que es mío, y Aria es mía. Solo mía. Está bajo mi protección desde este día en adelante.

La boca de Scuderi se estrechó, pero Fiore perdería su jodida cabeza si se rompía la paz porque Scuderi no podía proteger a su propia hija.

—No te preocupes. Estará protegida. Como dije, asiste a una escuela católica para niñas y nunca está sola con los hombres.

Me arrodillé junto a Raffaele y él retrocedió, con el terror destellando en sus ojos. Me incliné aún más cerca.

—Esto no fue nada —gruñí—. Este dolor es una puta broma en comparación con el tipo de agonía en la que estarás si te acercas a Aria de nuevo. Si alguna vez

LUCA VITIELLO

tocas tan solo un pelo de su cuerpo —mi voz se tornó aún más letal, temblando con la fuerza de mi rabia—, un solo jodido pelo, empujaré mi cuchillo por tu culo y te follaré con él lentamente hasta que te desangres por el culo. ¿Entendido?

Él asintió bruscamente.

—Quiero escucharlo.

—No la tocaré —soltó, pareciendo que iba a vomitar sobre mis zapatos en cualquier momento.

Me puse de pie y retrocedí, mi labio curvándose con disgusto hacia el cobarde que tenía delante de mí.

—Hemos terminado aquí —dije.

—Te acompañaré hasta afuera —dijo Scuderi con voz tajante.

Romero, Cesare, Matteo y yo lo seguimos. No nos estrechamos la mano cuando nos separamos. Ese tipo de amabilidades falsas podrían esperar hasta mi boda.

Después de regresar a nuestro hotel, nos reunimos en el bar para tomar otra copa. Romero fue el único que apenas tocó el suyo, siempre obediente. Lo contemplé un momento. Lo conocía desde que éramos niños. Estaba cerca de la edad de Matteo, y habían ido a la escuela juntos. Era un buen soldado y un hombre confiable.

Frunció el ceño, notando mi atención.

—¿Sucedo algo?

—¿Qué piensas de Aria?

Cesare y Matteo se callaron.

Romero dejó su vaso, su cuerpo tensándose.

—Va a ser tu esposa.

—No quiero que señales lo obvio. Quiero escuchar tu impresión de ella.

—Es tímida y obediente. Bien educada. No creo que cause problemas en los próximos tres años.

Sus palabras habían sido elegidas cuidadosamente.

LUCA VITIELLO

—Ahora es hermosa. Será alucinantemente impresionante en tres años. Necesito que alguien sea su guardaespaldas, alguien en quien pueda confiar para que no toque lo que no es suyo ni de nadie más.

Los ojos de Romero se abrieron por completo, finalmente comprendiendo. Matteo y Cesare también parecieron sorprendidos.

—Luca —dijo en voz baja—, si me eliges para proteger a Aria, te juro que estará a salvo. Y nunca voy a pensar en ella de una manera inapropiada.

Matteo resopló.

—No jures eso. Tengo el presentimiento de que será difícil no tener pensamientos inapropiados con Aria.

Fijé a Romero con una mirada dura.

—Sabes que confío en ti, y eres uno de mis mejores soldados, pero lo que acabo de decirle a Raffaele es válido para *cualquiera* que la toque. —Mis ojos se deslizaron sobre los tres hombres antes de sonreír y levantar mi brazo, pidiendo al tabernero otra ronda. Ellos habían captado el mensaje.

CUATRO

Casi 3 años después...

Matteo agitó un periódico en el aire cuando entró en mi ático. Levanté mis cejas, dejando mi taza de café.

—¿Desde cuándo lees el periódico? —pregunté. Por supuesto que teníamos que estar al tanto de los acontecimientos políticos, especialmente de la legislación, pero para eso estaba el Internet. ¿Acaso Matteo pensaba que eso lo haría lucir mejor? ¿Cómo un jodido hípster de Brooklyn?

No le dejaría pasar por alto el hecho de cargar un periódico con él por motivos de moda.

Su sonrisa en respuesta levantó mis sospechas.

—Vi un artículo interesante en línea cuando revisé las noticias en la cama esta mañana y decidí conseguir una prueba física.

—¿De qué?

Matteo se acercó a la barra de la cocina y puso el periódico frente a mí. Mis cejas se alzaron sorprendidas cuando vi el titular y la foto.

¡Esta es la mujer que arrebató del mercado al soltero más codiciado de Nueva York!

Debajo del titular había una foto mía y, al lado, una foto de Aria. Me congelé por un segundo. No había visto a Aria en los últimos tres años desde nuestro compromiso. No había ninguna razón para hacerlo.

Le envié regalos para Navidad, el aniversario de nuestro compromiso, el día de San Valentín y su cumpleaños; el último ayer por su decimoctavo cumpleaños.

Aria era dolorosamente hermosa. La foto no era oficial. Parecía como si los paparazzi la hubieran tomado sin que ella lo supiera, de modo que su mirada era distante mientras miraba hacia la cámara. Caminaba por las calles de Chicago, llevando algunas bolsas de compras, y era seguida por Umberto y su segundo

LUCA VITIELLO

guardaespaldas. Estaba vestida con un abrigo de invierno corto y gris, un jersey blanco inmenso de lana, una pecaminosa falda corta a cuadros y botas de gamuza gris hasta las rodillas que mostraba sus pantorrillas y piernas esbeltas.

Su largo cabello rubio se arrastraba por sus hombros y buen Señor, su rostro... ni siquiera estaba seguro si usaba maquillaje, pero era impresionante.

—Estás babeando —dijo Matteo a medida que se inclinaba frente a mí.

Mis ojos se movieron hacia él de golpe.

—Pero él también. —Matteo señaló a un hombre en la foto que casi se rompe el cuello mirando a Aria, observándola. Sentí la necesidad de descubrir quién era y matarlo solo por la emoción de hacerlo. Pero tenía el presentimiento de que no dejaría de matar si castigaba a todos los que habían observado a mi prometida.

—Tengo que decir que me ofende un poco que no me consideraran el soltero más codiciado de Nueva York. Quiero decir, mírame. —Matteo dio un paso atrás para que así pudiera admirarlo con su atuendo. Unas putas botas de motero, chaqueta de cuero y jeans rasgados.

—Ya no tienes que preocuparte por eso. Según esto, ahora estoy fuera del mercado —dije secamente.

—¿Sabías que la noticia se filtraría a la prensa?

Negué con la cabeza. Padre no me había dicho cuándo saldría exactamente el anuncio. Revisé el artículo para ver lo que habían escrito sobre Aria.

La larga fila de conquistas de Luca Vitiello ciertamente derramará un par de lágrimas al descubrir que el heredero con un patrimonio neto estimado de 600 millones de dólares ya no está disponible.

—Incluso te desheredaron en su artículo —le dije a mi hermano. Él y yo heredaríamos la fortuna de padre, y se acercaba a los 700 millones de dólares, pero ¿qué eran cien millones más o menos para la prensa? Mantenían su comprobación de hechos al mínimo como de costumbre.

Su futura esposa, Aria Scuderi, italiana-estadounidense como se esperaba, es la hija mayor del dueño de la cadena de restaurantes Rocco Scuderi.

Casi resoplé. Rocco definitivamente tenía sus manos en varias cadenas de restaurantes, pero esa no era la descripción de su trabajo.

LUCA VITIELLO

Sus conexiones con el bajo mundo de Chicago han sido rumoreadas, pero nunca confirmadas. Lo mismo puede decirse de los Vitiello, lo que lleva a la pregunta de cómo se originó la conexión.

Salvatore Vitiello y Rocco Scuderi declinaron hacer cualquier comentario. Uno no puede evitar preguntarse cómo Aria Scuderi convenció al heredero Vitiello de que renunciara a su soltería.

Cerré el periódico. Qué mierda.

Sonó mi teléfono y el nombre de Grace apareció en la pantalla. Usualmente sabía que no debía llamarme. Yo era quien solicitaba verla, no al revés.

—Es una llamada enojada —dijo Matteo con alegría.

Contesté pero, antes de que pudiera decir una palabra, la voz de Grace sonó en mi oído.

—¿Cuándo pensabas decirme? —Su voz sonaba cabreada y chillona.

Matteo se echó a reír entre dientes y tomó el resto de mi café.

—¿Decirte qué?

—¡Que te vas a casar, por supuesto!

—No es de tu incumbencia.

—¿Qué? —gritó ella—. Hemos estado follando durante tres años. Creo que merezco...

—No mereces ni una mierda, Grace. Es como dijiste. *Follamos*, y si no recuerdo mal, ambos también follamos con otros en ese tiempo.

Silencio.

—Habría aceptado ser exclusiva si me hubieras preguntado.

—No quería hacerlo. No me importa a quién te follas.

Matteo se estaba riendo en voz baja, haciéndome querer arrojar mi teléfono a su bonita cabeza.

—Entonces, ¿crees que te dejaré seguir follando conmigo cuando estés casado como si nada hubiera cambiado?

—En primer lugar, todavía no estoy casado. Segundo, ya has follado con chicos casados antes. Y tercero, no eres nada especial, así que me importa una mierda si me dejas follarte o no.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Luca —su voz se tornó aún más chillona—. No lo dices en serio. ¿Por qué no nos vemos más tarde y nos divertimos un poco?

Colgué. Esa mujer no tenía orgullo.

Matteo sonrió.

—Tu drama con Grace ilumina mi día una vez más.

—Vamos al dojo. Quiero reorganizar tu bonito rostro con mis puños.

Matteo aplaudió una vez.

—De acuerdo.

Sacudí la cabeza y lo seguí hacia el ascensor. Había varias razones por las que necesitaba una buena pelea, y Grace solo era una de las menores. La principal era que necesitaba liberar el deseo reprimido agitándose en mi cuerpo desde que había visto a Aria.

Todavía quedaban seis meses hasta que finalmente pudiese tocar ese cuerpo. Seis jodidos largos meses.

Seis meses después...

—Entonces, ¿estás nervioso, Luca? —Matteo sonrió.

—No. Nunca estoy nervioso.

—Pero no has visto a Aria en tres años. ¿Y si no se ve ardiente en persona? Las fotos pueden ser engañosas. Entonces estarás atrapado follando con una mujer fea por el resto de tu vida.

Como de costumbre, el pasatiempo favorito de Matteo era cabrearme.

—Eres un jodido imbécil. —Había sido bonita hace tres años. Solo podía imaginar lo hermosa que sería ahora. Las fotos de ella habían sido el peor tipo de tortura que podía imaginar. Cuando era menor de edad, me las arreglé para evitar imaginarme follando pero, desde hace un tiempo, cada vez que miraba su foto me había puesto más duro que una roca.

Llegamos a la puerta de la suite de Aria. Hice una pausa, buscando a su guardaespaldas que se suponía que debía vigilar. No estaba allí.

LUCA VITIELLO

—Debí haberte enviado a vigilar a Aria hace años —le dije a Romero y luego llamé.

Unos pasos ligeros se precipitaron hacia nosotros y la puerta fue abierta por una chica con cabello rubio oscuro. Estaba vestida como una chica rockera barata. Obviamente, estaba intentando impresionarme con sus caderas apenas allí y su pecho moderado. Tuve problemas para recordar su nombre; tenía que ser la hermana menor.

—Hola, Luca —dijo ella, de hecho sonriendo de una manera coqueta. Tuve que sofocar una risita.

¿En serio pensaba que no veía lo joven que era? Entonces finalmente hice clic.

—Eres Liliana, la hermana más joven.

—Ya no soy tan joven.

—Sí, lo eres —dijo una voz suave y familiar—. Ve con Gianna.

Y allí estaba ella. Maldición. Hace tres años se había mostrado prometedor, pero hoy parecía un jodido sueño húmedo hecho realidad. Cabello largo y rubio, piel suave, piernas magras y tetas firmes. No podía esperar a ver cada jodido centímetro de su cuerpo.

—No sabía que nos encontraríamos en mi suite —dijo ella con un toque de desaprobación. Qué bienvenida tan cálida.

—¿Vas a dejarme entrar?

Ella se hizo a un lado. Le di a Cesare una señal para que esperara afuera antes de que el resto de nosotros entráramos en la suite.

Matteo avanzó directamente hacia la pelirroja. Como de costumbre, se sentía atraído por la alborotadora. Mis ojos quedaron una vez más atraídos por el jodido cuerpo ardiente de Aria. Solo unos días más y sería mía. No podía esperar.

—No deberían estar aquí a solas con nosotras. No es apropiado —murmuró Gianna.

Por supuesto que no lo era. Por eso se suponía que había un guardia delante de su puerta.

—¿Dónde está Umberto?

Aria se encogió de hombros.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Probablemente está en el aseo o fumándose un cigarrillo.

—¿Sucede a menudo que las deja sin protección?

—Oh, todo el tiempo —dijo Gianna burlonamente—. Verás, Lily, Aria y yo nos escapamos cada fin de semana porque tenemos una apuesta de quién puede ligar con más chicos.

Matteo me lanzó una sonrisa. No estaba seguro de cómo podía estar de tan asqueroso buen humor. Si tenía que pasar más tiempo con la pelirroja bocaza, perdería mi mierda.

—Quiero tener unas palabras contigo, Aria —dije.

Gianna tuvo que meterse otra vez, por supuesto.

—¡Estaba bromeando, por el amor de Dios! —La mocosa de hecho intentó interponerse entre Aria y yo. Afortunadamente, Matteo la arrastró lejos. En serio esperaba que el brillo de fascinación en sus ojos fuera solo eso.

—Suéltame, o te voy a romper los dedos —gruñó Gianna. Matteo levantó las manos con una amplia sonrisa. Esos dos eran más de lo que incluso el santo más paciente del mundo podía manejar.

—Vamos. —Me volví hacia Aria y apenas le toqué la espalda baja. Ella tragó con fuerza y se tensó. ¿Todavía no había superado su miedo a mí?—. ¿Dónde está tu habitación?

No, definitivamente no lo había hecho. Por lo general, solo veía ese tipo de expresión en los rostros de mis enemigos después de ponerles mis manos encima. Aria señaló hacia una puerta a nuestra derecha y la empujé en esa dirección, intentando ignorar la forma en que temblaba bajo mi toque. Estaba empezando a molestarme seriamente.

Por supuesto que la gran bocaza tenía que tener la última palabra.

—¡Voy a llamar a nuestro padre! No puedes hacer eso. —Como si a Scuderi le importara.

Entramos en el dormitorio y cerré la puerta antes de enfrentar a Aria, que me miraba con los ojos muy abiertos inundados de terror.

—Gianna estaba bromeando. Ni siquiera he besado a nadie, lo juro. —Se sonrojó deliciosamente cuando lo dijo. ¿Por eso estaba tan asustada? Tenía que admitir que escucharla confirmar lo que sabía, hacía que una bestia posesiva en mi pecho alzara su cabeza.

LUCA VITIELLO

—Lo sé.

Sus jodidos labios besables se separaron debido a la sorpresa. Maldición. Quería empujarla contra la puerta y besarla.

—Oh. Entonces, ¿por qué estás enojado?

—¿Me veo enojado contigo? —Su expresión era como un libro abierto. Me haría las cosas más fáciles—. No me conoces muy bien.

Ella me lanzó una mirada indignada.

—Esa no es mi culpa. —Esta era la primera señal real de desafío en ella, y estaba jodidamente contento por ello. En realidad, no podía vivir con una esposa asolada por el terror. No era el tipo más sensible del mundo y perdería mi paciencia bastante rápido si tenía que andar de puntillas alrededor de Aria como si fuera frágil.

Tomé su barbilla entre mis dedos pulgar e índice. Ella se puso rígida, y el desafío quedó reemplazado por la preocupación.

—Eres como una cierva nerviosa ante las garras de un lobo. No voy a atacarte. —Le haría muchas otras cosas, pero ella las disfrutaría todas.

Apretó los labios, obviamente sin creermelo. Se veía jodidamente hermosa, y su piel era como terciopelo bajo mis dedos. ¿Se sentiría así de suave cada centímetro de ella? Me incliné para besarla, queriendo saber si me dejaría. Las mujeres rara vez me rechazaban, pero Aria no era como ellas.

Sus ojos se abrieron por completo.

—¿Qué estás haciendo?

Hombre, ¿tenía que actuar como si fuera un perverso que la había atrapado en un callejón oscuro?

—No voy a tocarte así si eso es lo que te preocupa. Puedo esperar unos días más. Después de todo, he esperado tres años.

La furia cruzó su bonito rostro, y maldición, me encantó verla.

—Me llamaste niña la última vez.

¿Recordaba eso? Dejé que mis ojos recorrieran su increíble cuerpo, luego sonreí.

—Pero ya no eres una niña. —Maldita sea, la deseaba más de lo que nunca había querido a una mujer, pero el brillo horrorizado en sus ojos impidió que mi

LUCA VITIELLO

polla tuviera alguna idea. Me moví aún más cerca—. Estás haciendo esto realmente difícil. No te puedo besar si me miras de esa manera.

—Entonces tal vez debería darte esta mirada en nuestra noche de bodas —dijo la pequeña zorra. Dos podían jugar ese juego.

—Entonces tal vez voy a tener que tomarte desde atrás, así no tengo que verla.

Lo pensé como una broma, incluso si la idea de tener su perfecto trasero apoyado frente a mí era demasiado buena. Aria palideció y se apartó de mí antes de chocar contra la maldita pared. Por amor de Dios, mierda, ¿en serio pensaba que la arrojaría en la cama y la montaría desde atrás en nuestra primera noche juntos? No es que no tuviera la intención de tenerla apoyada a cuatro patas delante de mí mientras la embestía, pero eso tendría que esperar hasta más tarde. Por su expresión temerosa, realmente pensaba que tomaría su virginidad como una bestia.

Sofocando mi molestia, dije con la voz más tranquila que fui capaz de convocar:

—Relájate. Estaba bromeando. No soy un monstruo.

—¿No lo eres?

¿Qué carajo? No había venido aquí para dejar que me insultara. Si quería verme como un monstruo, entonces con mucho gusto podía actuar como tal. La fulminé con la mirada.

—Quería discutir la cuestión de tu protección contigo. Una vez que te mudes a mi ático después de la boda, Cesare y Romero serán responsables de tu seguridad. Pero quiero a Romero a tu lado hasta entonces.

—Tengo a Umberto —dijo con el ceño fruncido.

Seguro. Por eso pude entrar en su suite sin que nadie intentara detenerme.

—Al parecer, él está tomando demasiados descansos para ir al baño. Romero no dejará tu lado a partir de ahora.

—¿También va a vigilarme cuando me duche?

Ni en un millón de años.

—Si quiero lo hará.

El desafío regresó con toda su fuerza.

LUCA VITIELLO

—¿Permitirías que otro hombre me vea desnuda? En serio debes confiar en que Romero no tomará ventaja de la situación. —Intentó enderezarse para parecer más alta, cosa que le dejó aún más que una cabeza por debajo de mí.

—Romero es leal —dije, luego me incliné hasta que estuvimos al nivel de los ojos—. No te preocupes, voy a ser el único hombre que alguna vez te vea desnuda. No puedo esperar. —Hice todo un espectáculo al desvestirla con mis ojos y, por supuesto, se rodeó con los brazos, pareciendo como si estuviera a punto de llorar. No podía lidiar con mujeres llorando.

—¿Qué hay de Lily? —preguntó en voz baja. Si no dejaba de verse tan condenadamente vulnerable, podría sentir la necesidad de consolarla, y eso sería toda una jodida primera vez para mí. No era el tipo de hombre que consuela a nadie—. Ella y Gianna comparten esta suite conmigo. Viste cómo puede ser Lily. Va a coquetear con Romero. Hará cualquier cosa para llamar su atención. No se da cuenta en lo que podría meterse al hacerlo. Necesito saber que está a salvo.

—Romero no tocará a tu hermana. Liliana solo está jugando. Es una niña. A Romero le gustan sus mujeres maduras y dispuestas —le dije. Confiaba en Romero. Tomaba su trabajo en serio, y sin importar cuánto coqueteara la hermana pequeña de Aria, no cambiaría el hecho de que ella era una niña. Sabía que había mafiosos que no dudarían en aprovecharse de una chica de esa edad, e incluso algunos que las preferían tan jóvenes, pero esos pedazos de mierda nunca estarían en mi círculo íntimo.

Los ojos de Aria encontraron la cama, y me pregunté qué estaría pensando. Antes de que mi propia mente sucia pudiera empezar a imaginar todas las cosas que quería hacer con ella, dije:

—Hay algo más. ¿Estás tomando la píldora?

—Por supuesto que no. —Era casi lindo lo ofendida que estaba por mi pregunta.

—Tu madre podría haber hecho que empezaras a tomarla como preparación para la boda. —No tenía ninguna intención de usar un maldito condón con mi esposa. Quería enterrar mi polla en el coño de Aria sin nada entre nosotros. Era el único hombre que la tendría, y siempre me había asegurado de usar un condón con las mujeres con las que había follado en el pasado.

El labio inferior de Aria temblaba.

—Mi madre nunca haría eso. Ni siquiera quiere hablar conmigo de estas cosas.

LUCA VITIELLO

Me encantaba que Aria fuera solo mía, pero no estaba acostumbrado a este nivel de inexperiencia. Solo bromeando a medias, pregunté:

—¿Pero sabes lo que sucede entre un hombre y una mujer en una noche de bodas? —Si tenía que darle la charla del sexo, tendría que matar a alguien o, en serio perdería mi mierda.

—Sé lo que ocurre entre las parejas normales. En nuestro caso, creo que la palabra que estás buscando es violación.

La furia estalló a través de mi cuerpo, haciéndome querer atacar a cualquier cosa y a cualquiera. Con el paso de los años, me había vuelto mejor controlándome, pero aun así tuve que esperar un momento antes de estar seguro que no le gruñiría.

—Quiero que empieces a tomar la píldora —Le entregué el paquete que el Doc me había dado.

—¿No necesito ver a un médico antes de empezar a tomar anticonceptivos?

—Tenemos un médico que ha estado trabajando para la familia durante décadas. Esto proviene de él. Tienes que empezar a tomar la píldora inmediatamente. Tarda unas 48 horas para que empiecen a funcionar.

—¿Y si no lo hago? —preguntó desafiante. La ira todavía estaba hirviendo bajo mi piel, pero ¿cuándo no era así?

—Entonces voy a utilizar un condón. De cualquier manera, en nuestra noche de bodas serás mía. —Abrí la puerta. Aria se tambaleó. No había querido aterrorizarla, pero sería mejor que se acostumbrara. No era un hombre amable.

CINCO

Padre se sentó con una expresión de rectitud en el banco del frente, como si esta boda fuera su triunfo final. No pensé que un matrimonio con Aria llevaría a una paz indefinida con la Organización. Tal vez la euforia de la unión nos llevaría a tener algunos años tranquilos, pero eso era todo.

Matteo se inclinó más cerca cuando el cuarteto de cuerdas y el piano comenzaron a tocar, anunciando la entrada de Aria.

—¿Nervioso? Estos son tus últimos momentos como un hombre libre.

Le puse los ojos en blanco. Un matrimonio no me uniría de la misma manera que a Aria. ¿Y libre? Eso no es algo que alguna vez haya sido. Desde mi nacimiento, había estado vinculado a la Famiglia, y eso no cambiaría hasta mi muerte. La Famiglia era lo único que importaba en mi vida.

Matteo dejó escapar un silbido bajo y yo seguí su mirada hacia la parte de atrás.

Aria estaba al final del pasillo, blanca y dorada. Mis ojos devoraron cada centímetro de su cuerpo, pero un velo cubría su rostro. Mi estómago se apretó solo por un momento antes de contenerme.

Cuando su padre y ella llegaron al frente, él finalmente levantó su velo y, por un breve momento, antes de que Aria pudiera enmascararlo, pude ver el miedo en sus ojos. Maldición. Los maldigo a todos por obligarla a casarse conmigo. Pero sobre todo, me maldigo a mí mismo, porque nada en el mundo me habría impedido que fuera mía, nunca más, ni jamás.

Extendí mi mano y Scuderi me la dio con casi la misma sonrisa de rectitud que mi padre tenía en su rostro. Aria no me miró. Estaba luchando por recomponerse. Su mano estaba fría en la mía, y un temblor recorrió su cuerpo.

No estaba seguro de lo que esperaba de mí.

El sacerdote con su hábito blanco nos saludó, luego a los invitados, antes de comenzar su oración de apertura. Era tradición conseguir la bendición de la iglesia, pero no creía en un Dios. Dudaba que todos estuviéramos aquí si hubiera uno.

LUCA VITIELLO

—Luca y Aria —se dirigió el sacerdote a nosotros—. ¿Han venido aquí libremente y sin reservas para darse a sí mismos en matrimonio? ¿Se amarán y honrarán mutuamente como marido y mujer por el resto de sus vidas?

Amor. Como si este matrimonio fuera por amor. No amaba a nadie y nunca lo haría. El amor era una debilidad. La mano de Aria se puso rígida, y me pregunté si ella era lo suficientemente estúpida como para esperar algo así. La trataría con respeto y tal vez incluso la toleraría como compañera, ¿pero la amaría? Casi me rio. La Famiglia, ese era el único amor que tenía.

—Sí —dije, porque se esperaba que lo haga.

El propio sí de Aria no vaciló.

El sacerdote asintió, satisfecho.

—Dado que es su intención casarse, unan sus manos derechas y declaren su consentimiento ante Dios y su Iglesia.

Tomé las manos de Aria en las mías y me volví hacia ella. Por primera vez desde que levantó el velo, se encontró con mis ojos. Su rostro no delataba nada, pero sus ojos no podían ocultar sus emociones. Temor. Desesperación.

Desesperanza.

La ira llenó mis huesos.

—Yo, Luca Vitiello, te tomo a ti, Aria Scuderi, como mi esposa. Prometo serte fiel en los buenos y malos momentos, en la enfermedad y en la salud. Te amaré y te honraré todos los días de mi vida. —Intenté ignorar su temblor cuando puse el anillo en su dedo—. Aria, acepta este anillo como un signo de mi amor y fidelidad. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Ahora era mía.

Fue el turno de Aria de poner el anillo en mi dedo, pero estaba temblando jodidamente demasiado. Estabilicé su mano. La gente no necesitaba ver lo aterrorizada que estaba de mí. Matteo con sus jodidos ojos de halcón se dio cuenta, por supuesto, y me dio una sonrisa engreída. No escucharía el final de esto.

—Puedes besar a la novia —dijo el sacerdote.

La cabeza de Aria se levantó de golpe. Se puso aún más rígida y sus ojos mostraron temor y vergüenza. Mierda.

Apreté sus manos. Ni siquiera estaba seguro de por qué.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Odiaba compartir este momento con todos los cabrones que había aquí. Había besado a tantas mujeres, follado a otro tanto, pero esta primera probada a mi esposa... no era algo que quería compartir. Sabía que Aria habría preferido más privacidad; por supuesto que lo haría, este era su primer beso.

Su primer jodido beso.

Me incliné y rocé mis labios sobre los de ella. No fue nada. Más aire que toque. No lo suficiente para pensarlo dos veces, pero maldita sea, mi cuerpo saltó a la vida de todos modos. Aria era mía.

Un rubor se extendió por sus mejillas, y necesité cada onza de autocontrol para no arrojarla sobre mi hombro y llevarla a nuestra habitación de inmediato. No podía esperar para tener su cuerpo desnudo debajo de mí, para enterrar mi polla en ella. Como si pudiera leer mi mente, Aria se estremeció violentamente, y mi lujuria se evaporó.

No quería ni considerar la posibilidad de que pudiera reaccionar de la misma manera a mi toque esta noche.

Mierda.

Tomé su mano y la guie por el pasillo. Los hombres de la familia me saludaron con la cabeza mientras aplaudían. Un camarero se dirigió hacia nosotros en seguida, balanceando una bandeja con copas de champán en su palma. Tomé una para mí y otra para Aria, entregándosela.

Aria aferró la copa con sus delicados dedos, pero no reaccionó de otra manera, ni siquiera mirando en mi dirección. Pronto nuestros invitados se reunieron a nuestro alrededor para ofrecernos sus bendiciones. Era una tradición necesaria que no podíamos evitar, incluso cuando todo lo que quería era avanzar rápidamente a mi primera noche con mi esposa.

La mirada de Aria era distante, sus labios una delgada línea en su pálido rostro. Incliné mi cabeza hacia ella.

—Sonríe. Eres la novia feliz, ¿recuerdas?

Como si hubiera activado un interruptor, el rostro de Aria se convirtió en una máscara de felicidad, toda falsa. Tomé un sorbo de champán, sofocando mi frustración por su aparente infelicidad. Este matrimonio no había sido mi idea. No me habría casado en absoluto. Mi vida estaba dedicada a la Famiglia, y una mujer no tenía lugar en ella. Los primeros invitados aparecieron ante nosotros, mi padre y Nina. Ella estaba un paso detrás de él como se esperaba.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Mi padre puso una mano en mi hombro. Era de mi estatura, el único hombre en la fiesta que lo era, y sus ojos se encontraron con los míos. De ojos grises y cabello oscuro como yo. Pero ese era el alcance de nuestras similitudes, si no hacías caso a nuestra veta de crueldad.

—Luca, mi hijo mayor —dijo con voz atronadora, atrayendo la atención de los invitados que nos rodeaban—. Hoy marca un día especial para ti y la Familia. —Le di una sonrisa tensa. Se inclinó más cerca, bajando la voz para que solo yo pudiera escucharlo—. Esta noche te envidio. No hay nada mejor que mirar a los ojos de una mujer cuando se dé cuenta que puedes hacerle lo que sea que quieras, incluso aplastar esas estúpidas esperanzas y romper su espíritu y su cuerpo. Y debo decir que, tu esposa tiene unos ojos expresivos. Será emocionante ver el terror en ellos.

Algo oscuro y cruel rugió en mi pecho, pero definitivamente no estaba dirigido a la mujer vulnerable a mi lado. Le di a mi padre otra sonrisa, sin decir nada por temor a revelar mis pensamientos. Padre dio un paso atrás, y su mirada se posó en Aria a medida que se movía para felicitarla. Todo mi cuerpo estalló de tensión cuando él le besó la mano. Entonces, Nina apareció ante mí y se inclinó para besarme en la mejilla, diciendo en un susurro conspirativo:

—Oh, Luca, esa chica es pequeña. No la rompas en su primera noche juntos. Habrá muchas más noches para que las disfrutes.

Ella debía saberlo. Mi padre disfrutaba rompiéndola casi a diario. El rencor de Nina me hizo odiarla ferozmente, pero sabía que era la única armadura que tenía. Finalmente, mi padre y su esposa se excusaron y permitieron que otros invitados dieran un paso adelante.

Como dictaba el honor, era la familia de Aria. Scuderi parecía que había ganado el premio Nobel cuando me dio la mano y luego abrazó a Aria. Su madre Ludevica se me acercó. Me miró a los ojos brevemente, y luego bajó la mirada sumisamente. Por eso Aria era así. Por un momento, Ludevica pareció como si quisiera decir algo, su mirada pasando de Aria a mí, su rostro llenándose de preocupación antes de que pudiera enmascararlo. Tragó con fuerza y me sorprendió acercándose más y tomando mis manos.

—Aria es una chica buena. No te dará ninguna razón para lastimarla. Cumpliré tus deseos... —Su voz era apenas audible.

—Ludevica, los otros invitados quieren su turno —dijo Scuderi bruscamente, y su esposa se apartó de mí de inmediato. Con una última mirada suplicante a mí, se acercó a su marido. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que significaban sus palabras veladas. Me acababa de rogar que no maltrate a su hija esta

LUCA VITIELLO

noche porque eso era lo que haría un hombre como yo. No le ofrecí palabras de consuelo. Aria ya no era su responsabilidad. Era mía. Padre permaneció atrás como un patrón benevolente, pero sus agudos ojos observaban cada uno de mis movimientos.

No vería ni una pizca de debilidad. Hoy no, ni nunca.

Dante Cavallaro y sus padres fueron los siguientes. Me sorprendió que Dante estuviera al frente. Era una clara señal de que pronto se convertiría en el jefe de la Organización incluso aunque su padre todavía era oficialmente el jefe.

Su expresión fue estoica cuando besó la mano de Aria, rompiendo el protocolo al saludarla primero y no a mí. Lo contemplé atentamente, mis ojos estrechándose. Cuando finalmente se me acercó, nuestras miradas se encontraron y la misma cautela que sentía se reflejaba en sus ojos. Se suponía que este matrimonio aseguraría la paz, pero ni Dante ni yo confiábamos en esta tregua frágil.

—Felicitaciones por tu matrimonio —dijo sin emoción alguna.

—Gracias por darme a la mujer más hermosa de la Organización, considerando que también necesitas una esposa. —Algo feroz destelló en los ojos de Dante, pero no fue la única emoción que mis palabras habían invocado. Había habido un destello de tristeza y dolor en su expresión antes de que la máscara fría hubiera regresado. Dante extrañaba a su esposa muerta. Y la realización me sorprendió. Lo archivé para posibles usos más tarde. Mi padre no había esperado mucho tiempo para casarse con Nina una vez que mi madre murió. Las mujeres eran objetos de placer reemplazables para él.

—Mi hijo tiene gustos peculiares en lo que respecta a su próxima esposa —interrumpió Fiore, poniéndose al lado de su hijo.

No dije nada. Los ojos de Dante ya lucían asesinos y, aunque me habría gustado matarlo a él y a todos los cabrones de la Organización en la habitación, una boda no era el lugar ni el momento adecuado. La señora Cavallaro esperó con una expresión de aprehensión junto a su esposo e hijo. Apenas habló. Tal vez Fiore se lo prohibió.

Mis ojos se dirigieron a Aria, que estaba con las manos cruzadas delante de su estómago. Su expresión reflejaba un interés cortés y una felicidad falsa, pero podía ver la gran cantidad de emociones más oscuras acechando debajo de su máscara exterior. ¿Acaso pronto sería como su madre, Nina o la señora Cavallaro? ¿La rompería?

No miró en mi dirección, pero estaba seguro que notó mi mirada.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Después de que su prima Bibiana hablase con Aria, y yo con su viejo esposo gordo, el comportamiento de mi esposa cambió. No podía precisar por qué, pero siguió arriesgándose a mirarme de reojo. Estaba hablando con uno de mis capitanes cuando Aria me miró de nuevo, y finalmente me giré para encontrarme con su mirada. En ella vi curiosidad y un destello de esperanza. Esto último era en nuestro mundo aún más mortal que todo lo anterior.

Entonces un vestido rojo brillante y unos tacones de charol rojo me llamaron la atención. Mis ojos volvieron a la línea de los buenos deseos, y una maldición murió en mi lengua.

El senador Parker y su familia. Apenas presté atención al hombre cuyas campañas pagamos o su hijo igualmente ambicioso que también estaba en nuestra nómina. Detrás de ellos estaba la última persona que quería ver en mi boda: Grace.

Estaba bastante seguro que había mandado a coser su maldito vestido alrededor de ella. Estreché las manos de su padre y hermano antes de que ella se acercara a mí. El senador Parker le envió una mirada de advertencia, que Grace ignoró como siempre ignoraba un consejo sensato.

—Felicidades, Luca —dijo ella, sus ojos prácticamente intentando follarme. Si no lo detenía pronto, tendría que echarla.

—Grace —dije con voz aburrida.

Se acercó demasiado, más cerca de lo que era apropiado, y la habría empujado si no hubiera causado una gran escena.

—Estoy tan jodidamente mojada por tu polla, Luca. Quiero saborear tu semen en mi boca —ronroneó en mi oído—. Tal vez pensarás en mí esta noche cuando te folles a tu pequeña y aburrida esposa. Ella no será ni la mitad de buena que yo.

Mantuve mi rostro neutral, incluso si mi sangre hervía con furia. Dudaba que esa hubiera sido la maldita intención de Grace. ¿En serio creía que pensaría en ella cuando estaba con Aria?

Aria era absolutamente preciosa. Era honorable. Era mi esposa.

Grace no era nada.

Por supuesto, Aria no me volaría la mente con sus habilidades. Nunca antes había estado con nadie, pero le enseñaría. Maldición, no podía esperar para hacerlo.

Luego, Grace de hecho abrazó a Aria y, cuando se retiró, Aria parecía que iba a vomitar. ¿Qué diablos le había dicho Grace? Era una maldita criatura traicionera.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Tomé la mano de Aria y ella se estremeció tan violentamente que supe que Grace debe haberle revelado una de nuestras aventuras más duras. Como si pensara en tratar a Aria como trataba a Grace. Esa puta nunca debería haber sido invitada. Mi jodido padre probablemente lo había hecho a propósito para meterse conmigo.

Cuando la jornada terminó y finalmente nos movimos hacia las mesas, casi gemí de alivio. Deseé poder saber lo que estaba pasando por la cabeza de Aria, pero ella ni siquiera me estaba mirando, con la intención de fingir que no estaba allí, incluso aunque sostenía su mano.

—No puedes ignorarme por siempre, Aria. Ahora estamos casados.

“Beso, beso”, los gritos se levantaron de la multitud cuando estábamos a punto de sentarnos. Aria todavía estaba congelada a mi lado. Sofocando mi molestia, la atraje contra mí y la besé otra vez. No quería nada más que profundizar el beso, reclamar esa dulce boca, pero sabía que ella habría odiado experimentar un beso más íntimo frente a tanta gente. Ya estaba jodidamente avergonzada por el beso que acabábamos de compartir, y eso que fue tranquilo.

Para el momento en que nos sentamos, la pelirroja alborotadora se sentó junto a Aria. Esperaba que ella no hiciera una escena. Por otro lado, tal vez eso los distraería de la escena que Matteo sin duda haría.

Mi hermano tomó un gran sorbo de vino antes de inclinarse hacia mí.

—A lo largo de la iglesia, no pude pensar en nada más que clavar mi cuchillo en unos cuantos hijos de putas de la Organización. Una boda sangrienta sería mucho más interesante que esta farsa. Y no me refiero a nuestra maldita tradición de las sábanas sangrientas. Al menos podrás derramar un poco de sangre esta noche.

Matteo se echó a reír y lo seguí, pero luego me puse serio nuevamente. Había estado en algunas presentaciones de las sábanas en los últimos años. Matteo y yo siempre nos habíamos burlado de ello. Mis ojos encontraron a Aria, que estaba escuchando algo que su hermana le susurraba al oído. Aria ahora era mi esposa. Era mía para protegerla. Odiaba la idea de presentar unas sábanas con su sangre por la mañana. Estaría jodidamente avergonzada, eso era seguro.

—Tienes una mirada extraña en tu cara, Luca. ¿Preocupado de que no sangre?

Entrecerré los ojos hacia Matteo.

—Espero que no estés insinuando que Aria no es honorable.

Matteo resopló.

LUCA VITIELLO

—Oh, por favor, es obvio que nunca ha estado cerca de un hombre, por la forma en que actúa alrededor de ellos, y de ti. —Sonrió—. Pero tal vez no puedes seguir adelante con esto.

Le di una mirada incrédula.

—¿En serio? ¿Crees que algo o alguien podría impedir que tome a mi esposa esta noche?

Matteo sonrió.

—No, ni un solo hombre en esta sala podría detenerte, y probablemente ni siquiera todos ellos juntos. Pero tal vez ella lo haga. —Asintió hacia Aria, que sostenía la mano de su hermana, viéndose pálida y pequeña.

—Has perdido tu jodida cordura, Matteo. Deberías conocerme mejor que eso. Me la voy a follar.

Matteo se encogió de hombros.

—Tal vez.

Matteo se levantó de su silla después de que todos se hubieran acomodado y chocó su cuchillo contra la copa de champán para silenciar a la multitud. Le envié una mirada de advertencia, que solo lo hizo sonreír. Un día de estos lo mataría.

—Damas y caballeros, viejos y nuevos amigos, hemos venido hoy para celebrar la boda de mi hermano Luca y su increíblemente hermosa esposa, Aria... —Matteo hizo una reverencia exagerada en su dirección.

Aria sonrió tensamente y Gianna le lanzó su mejor mirada fulminante a mi hermano. Como si eso lo desanimara.

—Por terrenos inexplorados. Nada mejor que pisar nieve fresca, dejando las primeras marcas. —Me guiñó un ojo y luego a Aria, antes de volverse hacia la multitud—. ¡Estoy seguro que todos aquí están de acuerdo! ¡Por terrenos inexplorados!

Los hombres rieron y repitieron sus palabras hacia mí, levantando sus copas en mi dirección.

Sacudí la cabeza con una sonrisa. Matteo era una maldita molestia. Mi sonrisa murió cuando vi a Aria.

Había puesto una expresión valiente, pero su piel estaba roja brillante por la vergüenza y sus ojos reflejaban ansiedad. Gianna estaba agarrando una de sus manos, pero la otra estaba en un puño sobre su vestido blanco puro. Por alguna

LUCA VITIELLO

razón, quise estirarme y extender sus dedos para enlazarlos con los míos. Era una idea ridícula que jamás haría, especialmente no en una habitación con mis enemigos y soldados.

Me alegré cuando mi padre y Scuderi terminaron con sus brindis y la comida fue finalmente servida. No solo me estaba muriendo de hambre, sino que estaba cansado de sus estúpidos discursos.

Los camareros comenzaron a llenar las mesas con antipasto.

—Quería hacer un brindis como tu dama de honor, pero padre lo prohibió. Parecía preocupado de que dijera algo que avergonzara a nuestra familia —dijo Gianna en voz alta.

Miré hacia ella, luego puse los ojos en blanco y llené mi plato con antipasto. Aria tomó un gran trago de su vino y levantó la copa para pedir otra. La detuve con mi mano sobre la de ella.

—Deberías comer. —Su plato estaba vacío, y no había tocado ninguno de los aperitivos durante la recepción además del champán. Sus labios se apretaron, pero tomó un pedazo de pan y le dio un mordisco antes de dejarlo en el plato. No comió mucho más cuando se sirvió el plato principal, y tuve que contener mi frustración, especialmente cuando siguió bebiendo más vino. Tal vez pensaba que no me había dado cuenta porque mi padre y los Cavallaro me metieron en una conversación sobre la Bratva, pero no estaba ciego.

Cuando llegó el momento de nuestro baile, me levanté y extendí la mano. Por supuesto, la multitud pidió otro beso al segundo en que Aria se paró a mi lado. La atraje contra mí, apretando mi agarre cuando se balanceó. Su mirada no estaba tan enfocada como debería estarlo. Definitivamente había tomado demasiado alcohol.

Tuve que guiarla por la pista de baile con fuerza suficiente para mantenerla erguida y evitar que tropezara, todo a medida que luchaba contra mi ira.

Me alegré cuando finalmente terminó el baile, pero antes de llevar a Aria a la mesa, le susurré al oído:

—Cuando regresemos a la mesa, comerás. No quiero que te desmayes durante nuestra celebración, y mucho menos durante nuestra noche de bodas.

Si estaba borracha, definitivamente no la follaría, y eso no iba a suceder. Bajo mis ojos vigilantes, Aria comió su plato principal y bebió dos vasos de agua. Cuando padre se acercó a Aria para pedirle un baile, casi le gruñí, pero tuve que esconder mis sentimientos y le di una sonrisa tensa.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Como era tradición, tuve que bailar con Nina mientras mi padre bailaba con mi esposa. Nina estuvo sorprendentemente callada a medida que la guiaba por la pista de baile, pero de todos modos mi atención entera estuvo dirigida a mi padre y a Aria. Podía decir que ella se sentía incómoda en su agarre; no que se hubiera relajado cuando bailamos.

—¿Celoso? —preguntó Nina.

—No —respondí con frialdad.

Matteo pasó junto a los otros bailarines y tocó el hombro de padre, pidiendo bailar con Aria. Me envió una sonrisa rápida al momento en que hizo girar a mi esposa por la pista de baile. Nina finalmente siguió adelante, y bailé con Ludevica y luego con Liliana. Cuando noté que Grace se dirigía en mi dirección, me disculpé rápidamente y salí de la pista de baile hacia la mesa. De ninguna jodida forma bailarían con Grace. Su hermano la agarró del brazo y la obligó a bailar con él, para consternación evidente de Grace.

—Habrían sido una pareja muy atractiva —dijo Matteo mientras se detenía a mi lado. Seguí su mirada y me tensé.

Dante bailaba con Aria.

—“La pareja dorada” es como algunas personas los apodaron en la Organización. Incluso hubo rumores de que Fiore consideró cancelar tu compromiso con Aria para que así su hijo pudiera tenerla.

—Eso habría significado la guerra. Habría caminado personalmente directo a Chicago, aplastado el cuello de Dante y llevado a Aria a casa conmigo.

Matteo rio entre dientes.

—Eso suena mucho más divertido que esto.

Lo dejé parado allí y me dirigí hacia Dante y mi esposa. Habían bailado lo suficiente. Era hora de que Aria volviera a mis brazos.

Dante se fijó en mí primero.

—Creo que tu esposo está ansioso por tenerte de vuelta en sus brazos —dijo arrastrando las palabras de esa manera molesta suya. Dio un paso atrás con una expresión calculadora, y tomé la mano de Aria rápidamente y la alejé antes de que empezáramos a bailar.

—¿Qué quería Cavallaro?

Aria dudó un momento antes de responder.

—Felicitarme por las fiestas.

Eso definitivamente no había sido todo de lo que habían hablado, pero la música se detuvo ante una señal de Matteo y silenció a nuestros invitados con fuertes aplausos.

—¡Hora de lanzar la liga!

La multitud nos rodeó de inmediato. Había presenciado esta tradición tan a menudo que, sabía lo que se esperaba. Me puse de rodillas y arqueé las cejas expectantemente hacia Aria. Sabía que su madre la había instruido sobre nuestras tradiciones. Pero no estaba seguro si era igual en la Organización.

Aria levantó su vestido, revelando unos tacones blancos, unas pantorrillas delgadas y luego unas hermosas rodillas. Mierda. Ni siquiera sabía que las rodillas hermosas eran una cosa.

Acuné las pantorrillas de Aria, ahogando un gemido al sentir su piel caliente. Por Dios, esta era la primera vez que tocaba sus piernas. La primera vez que un hombre tocaba esas piernas. Deslicé mis palmas lentamente hasta que alcancé sus muslos. Se congeló y la piel de gallina se erizó en ella. Evalué sus ojos, intentando descubrir la emoción detrás de su reacción, pero ella tenía colocada su expresión de novia feliz.

76

En este momento, no quise nada más que estar solo con ella. La sensación de los muslos de Aria me hizo querer llegar más alto, descubrir el resto de sus curvas, pero mis dedos rozaron su liga sobre su pierna derecha. Usé una mano para empujar su vestido aún más alto y revelar la liga, incluso si no me gustaba la idea de que todos los hombres en la habitación vieran sus muslos.

Aria aferró su vestido y crucé mis brazos detrás de mi espalda y entonces, me incliné hacia adelante, acercando mi rostro a su pierna. Se suponía que debía agarrar la liga con los dientes, pero antes de hacerlo, no pude evitar besar la piel justo debajo de ella. Aria contuvo el aliento y ahogué un gemido cuando su dulce aroma se deslizó por mi nariz. Mis ojos se alzaron de golpe, pero desafortunadamente la tela arrugada me impedía ver sus bragas.

Finalmente cerré los dientes alrededor de la liga y la arrastré por la pierna de Aria hasta que cayó al suelo.

Aria levantó el pie, y yo agarré la prenda y me puse de pie con ella agarrada en mi mano para que todos la vieran. Nuestros invitados aplaudieron salvajemente.

—Solteros —grité—. Reúnanse alrededor. ¡Quizás seas el afortunado en casarte a continuación!

LUCA VITIELLO

Llevó un par de minutos para que todos se reunieran, o para que las madres arrastraran a sus hijos adolescentes protestando al frente.

Aria dejó escapar una risa tintineante. Aturdido por el primer sonido despreocupado que escuchaba de ella, le eché un vistazo. Estaba sonriendo radiante a su hermano menor Fabiano, que estaba de pie con los brazos cruzados entre los hombres. ¿Alguna vez se vería tan feliz cuando viviera conmigo en Nueva York?

Empujando el pensamiento a un lado, levanté mi brazo y arrojé la liga a los hombres.

Por supuesto, mi hermano se lanzó a ella, empujando a algunos tipos menos motivados y atrapándola.

—¿Alguna mujer de la Organización está dispuesta a fomentar el vínculo entre nuestras familias? —gritó, sacudiendo las cejas.

Me reí entre dientes. Él sabía tan bien como yo que era difícil encontrar ese tipo de entretenimiento en nuestra reunión. La mayoría de las invitadas femeninas eran de nuestro mundo y no forasteras, de modo que estaban totalmente prohibidas.

Envolví mi brazo alrededor de Aria y ella se estremeció. Mi buen humor se evaporó a la vez.

Obligándome a mantener la calma, observé cómo Matteo comenzaba a bailar con Liliana, que parecía extasiada por ser el centro de atención. Puse a Aria a mi lado ya que se esperaba que tuviéramos otro baile. Esta vez, ella apenas se tensó. Miré su cabeza rubia y la forma en que su rostro se inclinaba hacia mi hermano y su hermana.

—Si mi hermano se casara con tu hermana, tendrías familia en Nueva York —dije.

—No le dejaré tener a Lily —murmuró Aria, sorprendiéndome con la nota protectora en su voz.

—No es Lily a quien quiere —dije, echando un vistazo a Gianna, que estaba escondida en la periferia de la pista de baile. Aria pareció escandalizada por mi comentario. ¿No había notado las miradas que mi hermano le había estado dando a su hermana? Tal vez no reconocía el deseo en la cara de un hombre. Eso cambiaría pronto.



CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Cuando sonaron los primeros gritos sugiriendo que me acostara con Aria, tuve que evitar saltar en marcha, arrojlarla sobre mi hombro y llevarla a nuestra habitación.

—¡Te casaste con ella, ahora acuéstate! —gritó Matteo, levantando los brazos y tropezando con una silla.

Me reí de las travesuras de mi hermano y me levanté de mi silla. Aria también se puso de pie.

—¡Mancha las sábanas de rojo! —gritó padre con una sonrisa lasciva. Ignorándolo, guie a Aria hacia nuestra habitación bajo los aplausos y gritos de los otros invitados. Algunos de sus comentarios me dieron ganas de golpearlos en la cara, incluso si tenía la intención de hacer todo lo que sugirieron, eventualmente. No podía recordar la última vez que me había sentido a punto de estallar de deseo. En realidad, esperaba poder contenerme como me había prometido.

Mi padre y mis tíos me dieron palmadas en el hombro y la espalda cuando me detuve con Aria frente a la puerta de nuestra habitación.

Aria permaneció en silencio a mi lado, mirando hacia abajo de modo que no pudiera ver su rostro. Le mostraría lo mucho que la deseaba. Abrí la puerta y ella entró. Finalmente mía.

SEIS

Cerré la puerta de golpe en el rostro de Matteo mientras él seguía arrojando sugerencias de todas las formas en que podía follar a Aria. Si no tuviera mejores cosas que hacer, lo llevaría afuera y patearía su puto culo.

—Cállate Matteo y ve a encontrar una puta a la que follarte —grité.

Finalmente cerró su jodida boca, o tal vez se había desmayado. Por la cantidad de alcohol que había bebido, no me sorprendería. Aria soltó una respiración apresurada detrás de mí y me volví hacia ella, mi cuerpo ya zumbando de deseo. Tuve que mirarla toda la noche con su sexy vestido, sin mencionar los tres años que había pasado esperándola antes. Pero esta noche, la espera finalmente había terminado.

Era jodidamente hermosa. Su cintura estrecha, su piel suave, sus labios rosados. No pude evitar preguntarme si sus pezones serían del mismo color. Mierda. La necesitaba. Arrojé mi chaqueta sobre el sillón. En serio esperaba que ella estuviera lista para más de una follada esta noche. No creía que mi polla estuviese satisfecha después de una sola ronda.

— Cuando mi padre me dijo que tenía que casarme contigo, me dijo que eras la mujer más hermosa que la Organización de Chicago tenía para ofrecer, aún más hermosa que las mujeres de Nueva York. No le creí —dije. Odiaba que mi padre hubiera tenido razón, pero, maldita sea, en este caso había estado en lo cierto. Caminé hacia Aria y la agarré de la cintura. Ella se quedó inmóvil por completo, sin mirarme a los ojos. Me incliné, inhalando su dulce aroma—. Pero dijo la verdad. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás y esta noche eres mía. —Me incliné para besarla en la garganta, pero ella siguió ignorándome. ¿Acaso era alguna clase de juego que ella estaba jugando? Debería saber que los juegos que yo solía jugar eran de una variedad más oscura, y siempre ganaba.

—¡No! —siseó y se alejó tambaleante de mí, con los ojos muy abiertos y horrorizados.

¿Qué demonios querría decir?

—¿No?

LUCA VITIELLO

Ella me fulminó con la mirada, pero detrás de su valentía estaba otra emoción que estaba demasiado enojado para leer.

—¿Qué? ¿Nunca antes has escuchado la palabra “no”?

—Oh, la escucho a menudo. El tipo al que le destrocé la garganta la dijo una y otra vez hasta que no pudo decirla más.

Ella retrocedió.

—Entonces, ¿también vas a aplastar mi garganta?

Realmente sabía cómo presionar mis putos botones. ¿En serio pensaba que hacerme enfadar en nuestra noche de bodas era el camino a seguir? Me había jurado a mí mismo que me contendría por ella.

—No, eso desafiaría el propósito de nuestro matrimonio, ¿no lo crees?

—No creo que mi padre esté feliz si me haces daño —respondió con altanería.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté en voz baja, sintiendo mi pulso martillando en mis venas. Tuve que luchar contra las ganas de arrojarla a la cama y mostrarle lo que en realidad quería hacerle. Tal vez se parecía más a su insolente mocosa hermana, Gianna, de lo que había dejado ver. Tal vez el acto tímido e inocente había sido puro espectáculo.

Pero entonces bajó la mirada y pude verla temblando mientras susurraba:

—No.

La ira aún hervía a fuego lento bajo mi piel, y no estaba de humor para dejarla ir fácilmente.

—¿Pero me niegas lo que es mío?

—No puedo negarte algo que no tienes derecho a tomar en primer lugar. Mi cuerpo no te pertenece. Es mío —dijo con fiereza, con los ojos disparando dagas en mi dirección. No podía creer su audacia.

Alcancé su hombro para atraerla contra mi cuerpo y silenciarla con un beso antes de que dijera algo más que me llevara al borde, pero Aria se estremeció violentamente y cerró los ojos como si esperara un golpe. Dejé caer mi mano, aturdido por su reacción. ¿Creía que la golpearía? Era un hombre violento sin apenas una pizca de paciencia, y mi reputación brutal me precedía, pero me juré a mí mismo que nunca abusaría de mi esposa. Había visto a mi padre violar y golpear a

LUCA VITIELLO

mi madre antes de que ella se suicidara. No quería convertirme en él al menos en ese sentido. En todas las demás áreas de mi vida, ya me parecía mucho a él.

—Podría tomar lo que quiero —dije, porque no estaba seguro de qué más hacer.

Aria no necesitaba saber que era una amenaza vacía. Si bien ciertamente podría seguir adelante con ello, nunca lo haría.

Odiaba mi propia confusión. Siempre sabía qué hacer, pero con Aria las cosas eran más complicadas.

Ella me miró de reojo con sus hermosos ojos.

—Podrías. Y te odiaría por ello hasta el fin de mis días.

El odio era la emoción predominante en la mayoría de los matrimonios en nuestro mundo, por lo que sabía.

—¿Piensas que me importa eso? Esto no es un matrimonio por amor y ya me odias. Puedo verlo en tus ojos.

De todos modos, esta discusión era una pérdida de tiempo. Teníamos nuestras tradiciones. Tanto Aria como yo estábamos atadas a ellas. Señalé las sábanas blancas.

—¿Escuchaste lo que mi padre dijo acerca de nuestra tradición? —Era algo ridículo. No todas las mujeres sangraban la primera vez, a menos que el hombre se asegurara de ser brusco, lo que algunos esposos de hecho hacían para garantizar la mancha de sangre esperada. No tenía absolutamente ninguna intención de ser rudo con ella. No la lastimaría más de lo absolutamente necesario, pero era un tipo grande. Le dolería, y ella sangraría.

Aria se alejó de mí y se dirigió a la cama, mirándola como si fuera su perdición. ¿Había pensado que podía convencerme de no consumir nuestro matrimonio si no fuera por nuestra tradición? Entonces no me conocía muy bien.

Me acerqué a ella. Parecía una diosa. No podía esperar para sacarla de su vestido, para saborear cada centímetro de ella. Puse mis manos sobre sus hombros desnudos. Era cálida y suave, pero no se volvió. Sofoqué mi molestia por su negativa a reconocer mi presencia. Sería paciente, incluso si ella me provocaba. Pasé mis manos por sus clavículas hasta la suave cima de sus pechos. Podía sentir mi polla respondiendo a la sensación de su piel perfecta, a su aroma tentador. Mierda, ardía por enterrarme en ella.

LUCA VITIELLO

Algo húmedo cayó en mi mano. No tenía que verlo para saber que era una lágrima, una puta lágrima.

Estaba llorando. La agarré por los hombros y la giré antes de colocar mi dedo debajo de su barbilla e inclinar su rostro hacia arriba. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Sabía que algunas mujeres podían llorar cuando quisieran, pero la mirada en los ojos de Aria me dijo todo lo que necesitaba saber. Estaba aterrorizada y desesperada. Era bueno juzgando el carácter humano; tenía que serlo para mantener a mis hombres bajo control. Aria no lucharía conmigo si la empujaba hacia la cama, le arrancaba la ropa y la tomaba. Ella se recostaría y dejaría que suceda. Lloraría, pero no me rechazaría, ya no. Era mía para poseer. Se esperaba de mí que la poseyera, que la hiciera mía. Las lágrimas nunca habían debilitado mi resolución. Pero antes de este momento, esas lágrimas nunca habían pertenecido a mi esposa, a la mujer con la que se suponía que debía pasar el resto de mi vida.

Maldita sea, no podía creer que la visión de mi esposa aterrorizada me afectase. Me aparté, maldiciendo y tan cabreado que apenas podía ver con claridad. Golpeé la pared, contento por el dolor cegador que me desgarró los nudillos y me castigó. Iba a ser Capo en unos años. Había matado, chantajeado, torturado, pero no podía tomar la virginidad de mi esposa contra su voluntad. ¿En qué me convertía eso? Padre me llamaría un marica. Tal vez él decidiría que no era digno de ser su heredero si ni siquiera podía follar con mi esposa.

Pero sabía que no me estaba ablandando, no en general. Podría salir ahora mismo y matar a todos los miembros de la puta Organización de Chicago sin ningún tipo de remordimiento. Demonios, podría bajar ahora mismo y cortarle la garganta a mi padre, y mierda, lo disfrutaría jodidamente.

Por supuesto, todavía teníamos que asegurarnos que todos creyeran que me había follado a Aria. Solo había una forma de hacerlo. Me volví hacia mi mujer temblorosa y saqué mi cuchillo. No solo me estaba negando el placer de estar dentro de su apretado coño esta noche, sino que también iba a sangrar por ella.

El pensamiento no me sentó bien, y no porque me importara un mísero corte. Había sufrido heridas mucho peores, pero no pude evitar sentir que mi acción le daría a Aria demasiado poder sobre mí.

Pero sabía que ya había tomado una decisión.

Ella me observaba con un temor apenas oculto y, cuando me acerqué a ella, se estremeció. Otra vez. Esperaba lo peor porque yo era un monstruo. Me corté el brazo, dejé mi cuchillo sobre la mesita, y agarré un vaso para atrapar algunas gotas de sangre. La sorpresa de Aria habría sido divertida, si no estuviera enfadado

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

conmigo mismo. Me dirigí al baño para agregar unas gotas de agua a la sangre, de modo que se viera convincente. No había estado con una virgen antes. Mis gustos siempre habían corrido hacia lo rudo, así que las mujeres con experiencia habían parecido la mejor opción, pero a lo largo de los años había presenciado algunas presentaciones de las sábanas, y sabía lo que se esperaba.

Aria no se había movido de su lugar cuando me dirigí de regreso al dormitorio y hacia la cama donde extendí algunas gotas del líquido rosa. Por el rabillo del ojo, pude verla acercarse a mí cuidadosamente. Se detuvo a pocos metros de mí, con la esperanza mezclándose con la confusión en su bonito rostro. Algunas chicas eran horribles cuando lloraban. No creía que Aria pudiera verse menos impresionante. El profundo rubor en sus mejillas me hizo odiarme aún más por mi debilidad. Podría haber tenido su hermoso cuerpo debajo de mí esta noche, pero en lugar de eso estaba pintando un maldito cuadro con mi propia sangre para las malditas arpías de mi familia.

—¿Qué estás haciendo?

—Ellos quieren sangre. Tendrán sangre.

—¿Por qué el agua?

—La sangre no siempre tiene el mismo aspecto.

—¿Es suficiente?

¿Qué le habían contado las mujeres de su familia de sus primeras veces?

—¿Esperabas un baño de sangre? Es sexo, no una lucha a cuchillo.

Se mordió el labio nuevamente y una imagen de ella haciendo eso en medio de la pasión se deslizó en mi mente.

—¿No van a saber que es tuya? —preguntó en voz baja. Se veía jodidamente hermosa con ese puto rubor y una pequeña sonrisa esperanzada. Quería ver si podía hacer que su precioso rubor se extendía por todo su cuerpo.

Necesitaba una jodida bebida. Si no echaba un polvo hoy, al menos me emborracharía. Maldito desperdicio de noche.

—No.

Me serví whisky en el vaso con la mezcla de agua y sangre. Aria no apartó sus ojos de mí cuando eché mi cabeza hacia atrás y engullí mi bebida. Me dio una mirada de disgusto.

—¿Qué tal con una prueba de ADN?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

¿Hablabas en serio?

—Van a aceptar mi palabra. Nadie va a dudar que he tomado tu virginidad durante nuestro momento a solas. No lo van hacer porque soy quien soy. —Tenía una reputación. Nunca había rehusado hacer algo que se suponía que debía hacer. Entonces, ¿por qué no estaba quitándole a Aria su vestido para follarla?

El miedo llenó su rostro y dio un paso atrás como si pudiera leer mi mente y estuviera pensando en correr.

Esa era la jodida razón. Si bien me gustaba ver el miedo en las caras de mis enemigos y, ocasionalmente, de mis propios soldados, la idea de tener a Aria debajo de mí con una expresión similar no me excitaba en absoluto. No la quería aterrorizada de mí.

—No —dije—. Esta es la quinta vez que retrocedes de mí esta noche. —Dejé mi vaso y tomé mi cuchillo de la mesa antes de caminar hacia ella. Parecía que quería huir—. ¿Tu padre nunca te enseñó a ocultar tu miedo de los monstruos? Te persiguen si corres.

No dijo nada, pero podía verla empezar a temblar cuando me miró. Mierda, ¿pensaba que iba a cortarla? Si en realidad fuera ese tipo de monstruo, no estaríamos parados aquí. Ella estaría tumbada de par en par en la cama, llorando porque la habría follado.

—Esa sangre en las sábanas necesita una historia —dije, con la jodida esperanza de calmarla, pero se estremeció *otra vez*—. Con esta son seis veces. —Bajé el cuchillo hasta el borde de su vestido, asegurándome que la hoja no tocara su piel impecable. Rasgué la tela lentamente hasta que el vestido finalmente cayó y se agrupó alrededor de sus tacones—. Es una tradición en nuestra familia desnudar a la novia de esta forma. —Aria quedó en nada más que un corsé ajustado y unas bragas de encaje blancas. Maldición. Era como jodido sexo con piernas. Y luego se estremeció *de nuevo*—. Siete —dije, deseando poder apartar los ojos de su hermoso cuerpo. La cima de sus pequeños pechos perfectos, su cintura estrecha, la delgada tela de sus bragas apenas ocultando su coño—. Date la vuelta.

Mierda. La espalda de Aria era aún más tentadora que su frente. ¿Qué era esa cosa que llevaba puesta? Tenía un puto lazo por encima de su culo perfectamente redondo, prácticamente invitándome a desenvolverla. Sería tan fácil desgarrar sus bragas endebles y enterrarme en ella. Olía dulce y perfecta, y era mía, solo mía. Tiré del lazo. Sería tan fácil.

LUCA VITIELLO

—Ya sangraste por mí —susurró en voz baja—. Por favor, no. —Mi esposa me rogaba que no la lastimara. Tal vez era un monstruo. Pasé mis nudillos sobre la piel sedosa de su espalda, necesitando tocarla, antes de cortar su corsé.

Se aferró a él antes de que pudiera vislumbrar sus senos. Envolví mi propio brazo alrededor de ella, atrayéndola contra mí. Ella jadeó y se puso rígida cuando mi polla se hundió en su espalda baja, y el rubor en sus mejillas se profundizó aún más.

—Esta noche suplicaste que te evite, pero un día me vas a pedir que te folle. No creas que porque no reclamo mis derechos esta noche no eres mía, Aria. Ningún otro hombre tendrá nunca lo que me pertenece. Eres mía. —Asintió rápidamente—. Si atrapo a un hombre besándote, le cortaré la lengua. Si atrapo a un hombre tocándote, le cortaré los dedos, uno por uno. Si atrapo a un hombre follándote, le cortaré la polla y sus pelotas, y se las daré de comer. Y te haré observar. —Sabía que no estaba bromeando. Había visto lo que le había hecho al bastardo de su primo años atrás. Y eso no era nada.

La solté. Su proximidad me estaba dando ideas que realmente no necesitaba en este momento. Avancé hacia la silla y me serví otro trago cuando Aria desapareció en el baño. Oí que la cerradura encajaba en su lugar y tuve que contener una carcajada. Mi esposa se escondía de mí detrás de una puerta bloqueada. Todo el mundo en esta jodida mansión probablemente conseguiría más acción que yo esta noche. Maldición.

Me había bebido tres vasos más de whisky cuando Aria finalmente emergió. Esta era una jodida tortura.

Llevaba un camisón ligero y transparente que no ocultaba nada a la vista. Mierda, ¿estaba bromeando?

—¿Eso es lo que eliges usar cuando no quieres que te folle?

Sus ojos se movieron entre la cama y yo. No necesitaba leer su mente para saber que todavía no confiaba en mí. Con ese atuendo, probablemente tenía razón en no confiar en ningún hombre.

—Yo no lo escogí.

Por supuesto que no lo había hecho.

—¿Mi madrastra? —Esa mujer era una perra sádica entrometida.

Asintió rápidamente. Estaba harto de su expresión aterrorizada. Dejé mi vaso y me puse de pie. Como de costumbre, Aria se estremeció. Ni siquiera me molesté en decir nada. Estaba jodidamente cabreado. Sin otra palabra, me dirigí al baño y

LUCA VITIELLO

dejé que la puerta se cerrara de golpe detrás de mí. Me quité la ropa y me metí en la ducha. Bajo el agua tibia, me masturbé con las imágenes del delicioso cuerpo de Aria. Me sentí como un puto adolescente, e incluso en ese entonces nunca tuve que usar mi mano cuando compartía la habitación con una chica hermosa. Disparar mi semen en la ducha no me dio ningún tipo de satisfacción, pero al menos mis bolas ya no sentían que estuvieran a punto de estallar.

Cuando regresé al dormitorio quince minutos después, Aria estaba casi escondida debajo de las mantas, solo su cabello dorado se extendía como un halo sobre la almohada. Apagué la luz y me metí en la cama.

Estaba tan inmóvil que bien podría no haber estado allí en absoluto. Sabía que no estaba dormida. Su respiración sonaba apagada. Gritaba miedo.

Crucé los brazos detrás de mi cabeza y miré a la oscuridad, y entonces lo escuché.

Un sollozo.

Pronto, más le siguieron, y pude sentir el colchón vibrar mientras Aria se sacudía bajo la fuerza de su llanto. Estaba furioso, pero más allá de eso, había una emoción de la que no creía que era capaz: compasión. Quería consolarla. Odiaba esa parte débil de mí mismo. Un Vitiello nunca mostraba simpatía, y ciertamente nunca se inclinaba ante los ridículos caprichos de una mujer. Eso es lo que mi padre nos enseñó a Matteo y a mí.

—¿Llorarás toda la noche? —pregunté bruscamente, dejando que mi ira se libere. Era la elección más familiar. Aria no respondió, pero todavía podía escuchar sus sollozos ahogados—. No puedo ver cómo podrías haber llorado mucho más si te hubiera tomado. Tal vez debería follarte para darte una verdadera razón para llorar.

Este era el hombre que mi padre me había criado para ser. Dejar salir mi furia siempre se había sentido bien, entonces ¿por qué no era así esta vez? Aria se movió, pero sus chillidos solo empeoraron. Encendí la luz y me incorporé. Por un momento, me sorprendió ver a mi esposa acurrucada en posición fetal a mi lado, con los hombros encogidos de forma protectora y el cuerpo temblando debido a los sollozos. Era difícil aferrarme a mi ira, viéndola así.

Había hombres que se ponían duros si una mujer lloraba. Nunca los entendí.

El problema era que no tenía ni idea de qué hacer con una mujer llorando. Nunca había consolado a nadie en mi vida. Toqué su brazo. Ese obviamente no era el camino a seguir, porque se estremeció y habría salido rodando de la puta cama si no la hubiera agarrado por la cadera y la hubiera atraído hacia mí.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Es suficiente —dije, intentando mantener mi frustración bajo control. Ya estaba absolutamente asustada; si dejaba que mi ira la envolviese, las cosas definitivamente no mejorarían. La hice rodar sobre su espalda. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados fuertemente como si esperara a que yo hiciera un movimiento contra ella—. Mírame. —Sus ojos se abrieron, grandes y azules, y llenos de lágrimas—. Quiero que dejes de llorar. Quiero que dejes de estremecerte por mi toque.

Ella parpadeó una vez, luego asintió. Habría aceptado cualquier cosa en ese momento. Había visto esa mirada antes en los ojos de otras personas.

—Ese asentimiento no significa nada. ¿No crees que reconozco el miedo cuando me devuelves la mirada? Para el momento en que apague la luz, estarás de nuevo llorando como si te hubiera violado de una jodida vez. —La violación era una de las pocas cosas despreciables de las que no era culpable, y no tenía ninguna intención de cambiar eso—. Así que para darte paz mental y callarte, voy a hacer un juramento.

La esperanza llenó su rostro, haciéndola lucir aún más impresionante. No estaba seguro de por qué siquiera me importaba. No debería. Ella lamió sus labios, y casi gemí.

—¿Un juramento?

87

Tomé su pequeña mano y la presioné contra el tatuaje sobre mi corazón. Su palma era cálida y suave, y se sentía muy bien. Dije parte de las palabras que pronuncié hace muchos años atrás durante mi iniciación.

—Nacido en sangre, jurado en sangre, juro que no voy a tratar de robar tu virginidad o lastimarte de ninguna manera esta noche. —Si Matteo pudiera verme ahora mismo, no me dejaría oír el final de ello. Señalé mi corte—. Ya sangré por ti, así que eso lo sella. Nacido en sangre. Jurado en sangre. —Cubrí su mano, y luego esperé a que ella dijera las palabras.

—Nacido en sangre, jurado en sangre —dijo en voz baja. Había una pequeña sonrisa tirando de sus labios, y verla no debería haberme hecho sentir tan... contento. La solté y apagué las luces.

No volvió a llorar otra vez. Con el tiempo, su respiración se tornó más profunda. Por supuesto que yo permanecí absolutamente despierto, pero ni siquiera podía salir de la habitación. Si alguien me veía vagando por ahí cuando debería estar follando a mi esposa, eso no terminaría bien. Nadie podía enterarse.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Escuchando la respiración de Aria, me pregunté si podría dormir un poco esta noche. Nunca había dormido cuando tenía que compartir una habitación con alguien. Tenía el sueño ligero, siempre vigilante, esperando que alguien me clavara un cuchillo en la espalda o en el globo ocular, y bajar la guardia estaba fuera de cuestión cuando había otros alrededor. Pero Aria era mi esposa. Y para ser honesto, no era una amenaza en ningún aspecto. No porque era más débil y no estaba entrenada, eso no importaría si me envenenaba en secreto, sino porque no me parecía una persona que pudiera herir gravemente, y mucho menos matar a alguien. Eso no estaba en su naturaleza.

Mis músculos se relajaron lentamente. La respiración de Aria nunca volvió a entrecortarse. Era tranquila, suave, su sueño imperturbable. Ningún horror en su pasado la perseguía de noche. Sabiendo qué clase de hombre era, esperaba que su sueño siguiera siendo tan inocente como era en este momento.

SIETE

Algo suave cosquilleaba mi puta nariz. Mis ojos se abrieron de golpe, y me quedé mirando hacia el cabello del color del oro.

Estaba abrazando el pequeño cuerpo de Aria por detrás, mi brazo envuelto alrededor de su estrecha cintura, y ella estaba completamente relajada en mi abrazo. Había dormido con su cuerpo contra el mío. Nunca dejaba dormir a una mujer en mi cama. Pensé que pasarían meses antes de poder dormir lo suficiente ahora que me vería obligado a compartir la cama con mi esposa.

Mierda. Aria era mi esposa.

Y todavía una jodida virgen.

Me apoyé sobre mi codo. Ella no se inmutó. Sus pestañas pálidas descansaban sobre su piel de porcelana, sus labios ligeramente separados. La jodida perfección, eso es lo que era ella.

Su estómago se alzaba y caía bajo mi palma a medida que respiraba pacíficamente. Podía sentir su calor a través de la pequeña nada que llevaba puesta. Quería deslizar mi mano entre sus piernas, quería sentir el calor allí. Quería enterrar mis dedos en ella... y mi polla. Maldición. Mi polla saltó a la vida.

Quería reclamarla, porque era mi derecho.

Era mía.

Mi mujer. Y por eso. Quería protegerla, incluso de mí mismo; la tarea más difícil de todas. La respiración de Aria cambió, su estómago se tensó bajo mi palma, luego todo su cuerpo se puso rígido.

Me tenía miedo, de lo que podía hacer.

—Bien, estás despierta —murmuré.

Se puso aún más rígida y, lentamente, sus ojos se abrieron. Tomando su cadera, la giré para así poder verle mejor el rostro. Incluso sin una pizca de maquillaje, con el cabello despeinado y soñolienta, Aria era impresionante. Sus ojos se posaron en mi pecho, un rubor extendiéndose en sus mejillas. Aunque nunca había dormido junto a una mujer, había pasado más que suficiente tiempo en la cama con ellas, pero para Aria, esta era la primera vez que estaba tan cerca de un

LUCA VITIELLO

hombre. El sol de la mañana iluminaba su cabello en brillantes tonos dorados. Alcancé una hebra, maravillándome con la sedosidad. Todo en ella era suave, delicado, sedoso... invitándome a tocarla, a reclamarla.

—No pasará mucho tiempo hasta que mi madrastra, mis tías y las otras mujeres casadas de mi familia llamen a nuestra puerta para recoger las sábanas y las lleven al comedor, donde sin duda, todos los demás ya están esperando que empiece el jodido espectáculo.

Su rubor se tornó más profundo, con una vergüenza apremiante titilando en sus ojos. El epítome de la inocencia, tan diferente de mí y, aun así, a mi merced. Echó un vistazo al corte en mi antebrazo.

Asentí.

—Mi sangre les dará lo que quieren. Será la base de nuestra historia, pero esperarán que completemos los detalles. Sé que soy un mentiroso convincente. Pero, ¿serás capaz de mentirles a todos en la cara, incluso a tu madre, cuando les cuentes de nuestra noche de bodas? Nadie puede saber lo que sucedió. Me haría parecer débil.

Débil. La gente decía muchas cosas de mí. Débil no era una de ellas. No tenía problemas para hacer lo que era necesario, ni problemas para lastimar y romper a otros. No debería haber dudado en reclamar a Aria, no debería haberme molestado por su terror y sus lágrimas. Debería haberla empujado sobre sus rodillas de modo que no tuviera que ver su miedo y follarla por detrás. Eso es lo que la gente esperaba de mí.

—¿Débil porque no quisiste violar a tu esposa? —preguntó, con la voz temblorosa.

Mis dedos se tensaron en la cintura de Aria. Violar... ambos sabíamos que nadie en nuestro mundo lo vería así. Sin importar qué tan brutalmente me follara a Aria, lo verían como mi privilegio, mi derecho.

Mis labios se estiraron en una sonrisa tensa.

—Débil por no tomar lo que era mío para tomar. La tradición de las sábanas ensangrentadas en la mafia siciliana es tanto una prueba de la pureza de la novia como de la implacabilidad del marido. Entonces, ¿qué crees que dirá sobre mí el que te tuve yaciendo medio desnuda en mi cama, vulnerable y mía, y aun estás aquí intacta como lo estabas antes de nuestra boda?

El miedo hirvió a fuego lento en los ojos de Aria.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Nadie lo sabrá. No le diré a nadie.

—¿Por qué debería confiar en ti? No hago un hábito de confiar en la gente, especialmente la gente que me odia.

Aria tocó la herida en mi antebrazo, sus ojos más suaves que antes.

—No te odio. —Tenía todas las razones para odiarme porque yo era su dueño, porque nunca la liberaría ahora que era mía. Estaría atrapada en una costosa jaula dorada, a salvo de la violencia porque me lo prometí a mí mismo, pero condenada a vivir sin amor ni ternura—. Y puedes confiar en mí porque soy tu esposa. No elegí este matrimonio, pero al menos puedo elegir hacer lo mejor con nuestro vínculo. No tengo nada que ganar al traicionar tu confianza, pero mucho que ganar al mostrarte que soy leal.

Tenía razón. Era una cuestión de instinto de supervivencia que intentara ganarse mi confianza, incluso si era un esfuerzo inútil. Estaba a mi merced y necesitaba estar en mi buena gracia. Aria era una mujer inteligente, pero no conocía a mis tíos y primos traidores como yo.

—Los hombres esperando en esa sala de estar son depredadores. Se aprovechan de los débiles y han estado esperando por más de una década por una señal de debilidad de mi parte. Porque en cuanto vean una, van a abalanzarse.

91

Mi tío Gottardo nunca me había perdonado por aplastar la garganta de su hijo. Estaba esperando una oportunidad para deshacerse de mí.

Aria frunció las cejas.

—Pero tu padre...

—Si mi padre cree que soy demasiado débil para controlar a la familia, con mucho gusto dejará que me desgarren. —No le importaba a mi padre. Era su garantía para preservar la línea de sangre. Mientras me considerara su opción más fuerte y brutal, me mantendría con vida. Si él pensaba que me estaba debilitando, si pensaba que no estaba en condiciones de convertirme en Capo, acabaría con mi vida como un maldito perro.

—¿Qué hay de Matteo?

Padre aún creía que Matteo probaría la sangre en el momento en que viera su oportunidad de convertirse en Capo en lugar de mí. Jamás entendería que Matteo y yo no éramos enemigos, que no estábamos vinculados por la necesidad y el pragmatismo. Mi hermano y yo moriríamos el uno por el otro. Padre odiaba a sus hermanos tanto como ellos lo odiaban a él. Los mantenía vivos porque el honor lo

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

dictaba y porque le provocaba una puta emoción el darles órdenes como su Capo, hacer que se arrastren a sus pies y traten de mantenerse en sus buenas gracias.

—Confío en Matteo. Pero Matteo es sumamente imprudente. Conseguiría matarse tratando de defenderme.

Aria asintió como si entendiera. Tal vez lo hacía. Era mujer, protegida de la mayor parte de la violencia de nuestro mundo, pero eso no significaba que no hubiera escuchado de ella.

—Nadie dudará de mí —dijo—. Les daré lo que quieren ver.

No conocía a Aria lo suficientemente bien como para evaluar sus habilidades para mentir. Me senté lentamente, lo que me permitió ver mejor a mi esposa. Se tumbaba de espaldas, con el cabello alrededor de su cabeza, y el contorno de sus senos burlándose de mí a través del material ligero de su camión. Los ojos de Aria se arrastraron por la parte superior de mi cuerpo con curiosidad, y mi ingle se tensó ante su evaluación inexperta. Cuando sus ojos finalmente se encontraron con los míos, sus mejillas estaban enrojecidas.

—Deberías estar usando más que esta mala excusa de camión cuando lleguen las arpías. No quiero que vean tu cuerpo, especialmente tus caderas y muslos. Es mejor que se pregunten si dejé marcas en ti —dije, mis ojos deteniéndose en esos labios rosados—. Pero no podemos ocultar tu rostro de ellos.

Me moví más abajo, alcanzando la mejilla de Aria para besarla cuando cerró los ojos y se estremeció como si pensara que la iba a golpear. La repulsión me inundó con la mera idea de levantar mi mano contra mi esposa.

—Esta es la segunda vez que piensas que voy a golpearte —dije en voz baja.

Ella me miró confundida.

—Pensé que habías dicho...

—¿Qué? ¿Que todos esperan que tengas moretones en tu rostro después de una noche conmigo? No golpeo a las mujeres.

Incluso Grace, que tenía talento para llevarme al límite, jamás había sido receptora de mi violencia. Pasé mi infancia y juventud escuchando el llanto roto de mi madre y, una vez muerta, los de Nina. Eso no era lo que quería en un matrimonio. Si sentía la necesidad de romper a las personas, tenía suficientes enemigos para elegir.

—¿Cómo se supone que crea que puedes convencer a todos de que hemos consumado nuestro matrimonio cuando sigues encogiéndote ante mi toque?

LUCA VITIELLO

—Créeme, el encogimiento hará que todos crean la mentira incluso más porque definitivamente no habría dejado de alejarme de tu toque si hubieras tomado *lo que es tuyo*. Cuanto más me aleje más te tomarán por el monstruo que quieres que piensen que eres.

Me reí entre dientes.

—Creo que podrías saber más sobre el juego de poder de lo que esperaba.

—Mi padre es el Consigliere —dijo ella. Aria no solo era hermosa, también era inteligente.

Presioné mi palma contra su mejilla. Esta vez, logró no inmutarse, pero aun así se quedó rígida de la tensión. Antes de que pudiera molestarme, me recordé que no estaba acostumbrada al toque de un hombre.

Que yo fuera su marido no la haría sentir mágicamente cómoda con la desconocida cercanía.

—Lo que quise decir antes es que tu rostro no parece que haya sido besado.

Los ojos de Aria se abrieron por completo.

—Nunca he...

Nunca había sido besada. Toda mía. Siempre solo mía.

Estrellé mis labios sobre los de ella, y la mano de Aria voló hacia mi pecho como si fuera a alejarme, pero no lo hizo. Sus palmas temblaron contra mi piel. Intenté suavizar mi beso, sin querer asustarla, pero era una puta lucha ser gentil e ir lento cuando todo lo que quería era reclamar a la mujer que estaba a mi lado.

Mi lengua acarició sus labios abiertos, y Aria respondió vacilante. Sus ojos azules revolotearon con inseguridad, pero no dejé que se preocupara. Tomé la iniciativa, no le di más remedio que entregarse.

La sensación y el sabor de ella agitaron las brasas de mi deseo a un fuego furioso. Presioné más fuerte contra ella, mi beso tornándose más duro incluso aunque intentaba contenerme. Mis dedos temblaron contra su mejilla, queriendo viajar al sur, queriendo acariciar y descubrir cada centímetro de su cuerpo. Me alejé antes de que pudiera perder el control. Aria parpadeó hacia mí, lamiendo sus labios, casi aturdida. Sus mejillas estaban ruborizadas, sus labios rojos.

La deseaba.

LUCA VITIELLO

Un golpe en la puerta estalló a través de mi bruma lujuriosa. Me di la vuelta y me levanté, contento por la distracción. Aria jadeó. Le eché un vistazo, sorprendiéndola observando mi erección fijamente con sus ojos ensanchados.

—Se supone que un hombre tenga una erección cuando despierta junto a su esposa, ¿no lo crees? Ellos quieren un espectáculo, tendrán un espectáculo. —Mis tías, primas, y especialmente Nina, estaban ansiosas por recibir chismes nuevos que hicieran que sus aburridas vidas sean un poco más brillantes. Nos abordarían como hienas sedientas de sangre si sospechaban que no había reclamado a Aria—. Ahora ve y agarra una bata —ordené.

Aria obedeció de inmediato, prácticamente saltando de la cama y corriendo al baño. Tenía que admitir que su espíritu luchador de la noche anterior me había complacido más que su obediencia.

Mis ojos se desviaron hacia las falsas manchas de sangre en la sábana y un arrebatado de arrepentimiento me sorprendió.

Había una razón por la que la Famiglia insistía en la tradición de las sábanas sangrientas, mi padre particularmente. Todavía recordaba las sábanas después de su noche de bodas con Nina, y en ese entonces solo había sido un niño.

Suspirando, me dirigí hacia la mesa y recogí mis armas. Los golpes se hicieron más insistentes, pero me importaba una mierda. Aria regresó vestida con una larga bata blanca de satén y sosteniendo su corsé cortado en una mano. Me observó atarme las fundas de mis cuchillos y armas a mi cuerpo desnudo con curiosidad, una de ellas cubriendo el pequeño corte en mi antebrazo. Antes de dirigirme a la puerta, acomodé mi erección de modo que fuera aún más prominente. Eso les daría a las arpías de mi familia algo de qué hablar.

La mirada de Aria se deslizó hacia mi ingle una vez más, y el rubor volvió a sus mejillas.

Aria se dirigió hacia la ventana, envolviendo sus brazos alrededor de sí misma, luciendo frágil y perfectamente hermosa.

Alejando mis ojos de ella, abrí la puerta a las caras ansiosas de Nina, Cosima y Egidia. Detrás de ellas, más mujeres de mi familia como la de Aria se habían reunido.

Sus ojos viajaron a lo largo de mí. Algunas de ellas fingieron conmoción, incluso cuando era obvio que disfrutaban de la vista, considerando a los viejos y feos tontos con los que estaban casadas. Solo Nina ignoró mi estado de desnudez deliberadamente, pero la conocía y atrapé su gesto nervioso al tragar con fuerza.

LUCA VITIELLO

Era imposible no reconocer las muecas y los gestos de una persona si los has visto en su punto más bajo. Estando casada con mi padre, había visto más que suficiente de ese lado de ella.

—Hemos venido a recoger las sábanas —dijo, poniéndose su máscara habitual, sonriendo con rencor.

Les permití entrar.

Prácticamente se empujaron entre sí para llegar primero a la cama. Susurraron cuando vieron la mancha, luego miraron a Aria, que se retorció bajo su atención. Ya estaba avergonzada como estaba. Me pregunté cuánto peor habría sido si realmente hubieran sido la prueba de su virginidad perdida.

Nina y Cosima quitaron las sábanas, riéndose de esa manera falsa que me daba un jodido dolor de cabeza.

—Luca —dijo Nina con fingida indignación—. ¿Nadie te dijo que fueras gentil con tu novia virgen?

Más de esas putas risitas. Sostuve la mirada de Nina, mi boca dibujando una sonrisa fría.

—Estás casada con mi padre. Te parece que él es un hombre que enseña a sus hijos a ser gentiles con alguien.

Su sonrisa se tornó aún menos honesta, y un destello de puro miedo animal brilló en sus ojos castaños. En esta habitación, probablemente nadie sabía lo que ella tenía que soportar.

—¡Déjenme pasar! —chilló Gianna y entró en la habitación a toda prisa. Como mujer soltera, no se suponía que ella estuviera aquí, pero claro que a la niña no le importaba. Sus ojos azules se posaron en las sábanas antes de que se giraran hacia Aria. Su rostro reflejaba preocupación y miedo, y mi molestia con ella disminuyó ligeramente. Estaba preocupada por su hermana.

Se volvió hacia mí con una mirada que probablemente tenía la intención de intimidar. Levanté mis cejas hacia ella y la pequeña bruja de hecho dio un paso en mi dirección para hacer solo Dios sabía qué. Al igual que su hermana, solo me llegaba hasta el pecho y pesaba menos de la mitad que yo, por no mencionar que la única experiencia de pelea que probablemente tuviese sería con el enano de su hermanito.

—Gianna —dijo Aria bruscamente, sus ojos lanzándose entre su hermana y yo—. ¿Me ayudas a vestirme? —Aria se dio la vuelta y caminó hacia el baño, sus

LUCA VITIELLO

movimientos rígidos como si estuviera dolorida. Estaba dividido entre la admiración por su espectáculo y la frustración por el hecho de que incluso hubiera una razón para que ella fingiera.

Después de enviarme otra mirada mordaz, Gianna siguió a su hermana y cerró la puerta.

Nina negó con la cabeza y se volvió hacia Ludevica Scuderi.

—Gianna no sabe cómo comportarse. Dudo que su futuro marido tolere ese tipo de comportamiento.

Teniendo en cuenta lo poco que le importaba a Rocco el bienestar de sus hijas, probablemente la entregaría a un bastardo sádico que pusiera a Gianna en su lugar, pero eso no era de mi incumbencia.

Nina sostuvo las sábanas dobladas en sus palmas, las manchas de sangre en exhibición.

Ludevica no estaba mirándolas ni a mí intencionadamente.

—No tengo todo el día —dije—. ¿Por qué no van abajo y preparan todo para el show?

Las mujeres se fueron y yo cerré la puerta, contento de que se fueran. No habían sospechado nada, eso estaba claro, ¿y por qué lo harían? Era el maldito Luca Vitiello. Perdonar a mi esposa definitivamente no encajaba con mi reputación.

Me dirigí al baño. Necesitaba un buen afeitado y una puta ducha fría. Empujé la puerta para abrirla cuando me encontré con una resistencia y la cara enojada de Gianna apareció en la brecha.

—No puedes entrar —siseó ella, entrecerrando los ojos. Era como un gatito intentando asustar al tigre.

—Soy su esposo, ahora retrocede —le dije. Podría haber abierto la puerta sin problemas, pero apartar a una chica de mi camino no era mi opción favorita.

—No me importa que seas su esposo —murmuró.

De acuerdo, le había dado toda mi pobre paciencia a Aria la noche anterior. Empujé más fuerte y Gianna tropezó hacia atrás, sus ojos fulgurando con indignación. La fierecilla se interpuso en mi camino, intentando detenerme, pero mis ojos se vieron atraídos por el movimiento en la ducha donde Aria se giró, dándonos la espalda. Dulce Jesús. La espalda de esa mujer ya era suficiente para darme otra erección.

LUCA VITIELLO

—Vete. —El siseo de Gianna atrajo mi atención hacia ella.

—Tengo que arreglarme, y no hay nada aquí que no haya visto ya. —Una gran mentira, una que tendría que decir una y otra vez hoy cuando se presentaran las sábanas.

Fulminé a Gianna con la mirada.

—Ahora sal, o verás tu primera polla, niña, porque voy a desnudarme en este instante.

Alcancé mi bóxer, pero era una amenaza vacía, desafortunadamente. Scuderi perdería la puta cabeza si le mostraba mi polla a su hija; al menos, la que no estaba casada conmigo. Probablemente no le importaba lo que le hiciera a Aria, considerando que me habría dejado casarme con ella cuando solo tenía quince años. No es que me importara un carajo Scuderi, pero eso habría sido deshonroso.

—Idiota arrogante, yo... —comenzó Gianna, y estaba cerca de olvidarme de hacer lo honorable cuando Aria le dijo a su hermana que se fuera y finalmente la pelirroja se dirigió hacia la puerta—. Eres un cerdo sádico —murmuró ella antes de cerrar la puerta.

Nunca nadie me había insultado así y había vivido para ver otro día, pero ella estaba a salvo, porque era una niña y la hermana de Aria.

Sofocando mi ira, me dirigí hacia el lavabo, pero mis ojos permanecieron en Aria. Se tensó cuando la puerta se cerró y nos quedamos solos. Todavía me tenía miedo, aunque había sangrado y mentido por ella. Ni siquiera podía culparla por su desconfianza. Con un hombre como yo, ella tenía todas las razones para esperar lo peor. Tomé mi brocha y comencé a esparcir crema de afeitar en mi cara cuando ella finalmente cerró el grifo de la ducha. Luego se dio la vuelta, y me detuve en mis movimientos. Mis ojos devorándola. Era perfecta.

Su piel relucía y parecía seda, incluso su coño. La habían afeitado para su noche de bodas, solo quedaba un pequeño triángulo rubio, pero nada ocultaba el delicioso pliegue entre sus muslos, un lugar donde podría haber hundido mi polla la noche anterior. Aria me dejó admirarla, de pie completamente inmóvil, pero un sonrojo recorrió su garganta y su cara.

Dejé mi brocha y tomé una de las toallas del estante antes de moverme hacia ella. Los ojos de Aria se mantuvieron inseguros cuando abrió la puerta de la ducha y tomó la toalla con un pequeño agradecimiento. No pude dejar de mirarla y, de cerca, su desnudez clamó aún más fuerte a la peor parte en mi interior, al monstruo en mí invitándome a liberarlo.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Aria se envolvió en la toalla y salió de la ducha. Me miró de reojo. Era pequeña, vulnerable, increíblemente hermosa e incondicionalmente mía.

—Apuesto a que ya estás lamentando tu decisión —dijo, sus ojos evaluando los míos, buscando algo que todas las mujeres esperaban: ternura, afecto, amor. No encontraría ninguna de esas cosas en mis ojos... o en mi corazón.

No podía y no le daría esas cosas, pero podía tratarla con el respeto que se merecía como mi esposa, como la mujer que juré proteger. Respetaría su cuerpo, honraría su “no” como si fuera mío. Eso era todo lo que podía darle.

Regresé al lavabo y recogí mi brocha de afeitar. Aria pasó junto a mí y estaba casi fuera de la puerta cuando le di una respuesta:

—No. —Ella me miró por encima del hombro—. Cuando reclame tu cuerpo quiero que te retuerzas debajo de mí de placer y no de miedo.

Los ojos de Aria se abrieron de par en par, sus labios se separaron, y luego se fue rápidamente.

Volví a dejar la brocha, agarré el borde del lavabo y miré mi reflejo. No tenía problemas para ser un monstruo; estaba en mi naturaleza y lo disfrutaba, pero al segundo en que vi a Aria, hice un voto para mantener esa parte de mí lejos de ella.

Las mujeres con las que había follado durante años habían ansiado mi cercanía porque habían estado buscando emociones, querían ser dominadas y someterse a alguien peligroso. Para ellas había sido un juego, un juego de rol sexual que las excitaba, porque esas mujeres no entendían que no era un rol, ni un juego de mierda. Era un monstruo. No estaba interpretando un rol cuando estaba con ellas, y definitivamente no interpretaba un rol cuando torturaba y mataba. Aria sabía todas esas cosas. Ella conocía al monstruo que albergaba porque había crecido en un mundo donde los hombres dominaban a las mujeres, donde las poseían, donde las fantasías de violación no eran solo eso. Eran historias de terror contadas en voz baja entre las mujeres casadas.

Eran los temores sin forma de las chicas antes de su noche de bodas.

Disfruté siendo rudo con esas mujeres despistadas, tratándolas como una mierda, porque se excitaban con eso y porque era la única forma en que al menos podía ser en parte yo mismo, pero con Aria, no tenía que fingir que era otra persona.

Ella sabía lo que era, y por alguna razón eso me hacía querer ser bueno con ella, para demostrarle que había más que brutalidad. Al menos en lo concerniente a ella.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

OCHO

Me tomé un largo tiempo duchándome y masturbándome como un maldito adolescente. Con una hermosa mujer en mi cama toda la noche, en realidad no debería estar sufriendo de bolas azules, y sin embargo, aquí estaba. Salí del baño, con una toalla colgando alrededor de mi cintura.

Aria estaba sentada en el taburete frente a su tocador, con el cabello rubio arrastrándose por su espalda y usando lo que las mujeres solían aplicar para acentuar sus ojos, no que Aria lo necesitara. Sus ojos se abrieron en shock cuando me vio. Se arrastraron a lo largo de mí, la fascinación reflejándose en su rostro. Reprimiendo un gemido por su evaluación inocente, me acerqué al armario y tomé algunas prendas. Sabiendo que ella seguía observando, dejé caer mi toalla al suelo. Ella contuvo el aliento y mi polla dio una puta contracción, imaginando cómo se estaba sonrojando. Cuando me puse calzoncillos y pantalones, me di la vuelta. Como era de esperar, las mejillas de Aria estaban enrojecidas. Fingió estar ocupada inspeccionándose las uñas, pero no me estaba engañando.

Estaba demasiado avergonzada para mirarme a la cara.

Y eso era algo nuevo para mí. No tenía experiencia con una chica como ella. Las mujeres de mi pasado habían sido directas con sus demandas y practicadas en sus avances. Aria no lo era, y no estaba completamente seguro de cómo manejarla.

Tomando las armas de la mesa, comencé a atarlas a mis fundas como lo hacía todos los días, como lo he hecho desde que tengo memoria.

—¿Alguna vez vas a alguna parte sin armas? —preguntó Aria en voz baja, girándose en su taburete para enfrentarme. Llevaba una especie de vestido largo con un cinturón dorado y sandalias doradas, recordándome a una princesa egipcia, incluso si su cabello no se ajustaba a la imagen. Todavía era extraño pensar que ella de hecho era mía, que sería mía hasta el final. Esto no era por una noche o unas pocas semanas de placer sin sentido. Esto no era algo sin ataduras. Esto era para siempre, para los dos. Era mi responsabilidad desde este día en adelante. Recordando cómo mi padre había fallado a sus esposas, tanto a mi madre como ahora a Nina, parecía un maldito desafío imposible.

—No si puedo evitarlo. ¿Sabes cómo disparar un arma o usar un cuchillo?

LUCA VITIELLO

—No. Mi padre cree que las mujeres no deberían estar envueltas en peleas.

—Algunas veces las peleas llegan a ti. La Bratva y la Tríada no hacen diferencias entre hombres y mujeres. —La Tríada se había derrumbado. La mayoría de sus territorios habían sido reclamados por la Bratva, de modo que ellos eran los que nos preocupaban.

Aria inclinó la cabeza.

—¿Entonces nunca has matado a una mujer?

—No dije eso. —Aria no necesitaba saber cómo la Bratva casi me había atrapado. No era algo que quisiera que la gente supiera.

Aria se levantó de la silla, alisando su largo vestido al hacerlo. Me alegraba que hubiera elegido algo hasta el suelo.

Haría las cosas más fáciles. La gente podría sospechar que había dejado mis marcas en la parte superior de sus muslos.

—Bueno elección. El vestido cubre tus piernas.

—Alguien podría levantar mi falda e inspeccionar mis muslos.

Había visto la forma en que ayer muchos hombres la habían mirado lascivamente cuando pensaban que no estaba prestando atención.

—Si alguien trata de tocarte, va a perder su mano. —Los ojos de Aria se abrieron en shock. Tendría que acostumbrarse a mi posesividad—. Vamos. —La llevé al pasillo y más cerca del corredor principal. Algunos invitados hombres todavía estaban en el vestíbulo, pero la mayoría de las voces provenían del comedor.

Aria se puso rígida.

—¿Están esperando para ver las sábanas sangrientas? —Su piel se puso roja.

—Muchos de ellos, especialmente las mujeres. Los hombres podrían esperar detalles sucios, otros podrían esperar para hablar sobre negocios, pedir un favor, ponerse en mi lado bueno.

Aria no hizo ningún movimiento para bajar las escaleras, así que la empujé suavemente hacia adelante. Caminamos muy juntos y tuve que reducir mis pasos considerablemente para adaptarme a sus piernas más cortas. Nunca había caminado de la mano con una mujer, así que esto era algo nuevo.

Romero nos saludó con una sonrisa.

LUCA VITIELLO

—¿Cómo estás? —le preguntó a Aria y luego pareció querer tragarse la lengua.

Hacerle a una novia ese tipo de pregunta después de su primera noche era definitivamente inapropiado. Me reí entre dientes, pero mi estado de ánimo cayó cuando los hombres reunidos me enviaron guiños y sonrisas. Todos pensaban que me había pasado la noche follando a mi impresionante esposa. Aria me sorprendió cuando se acercó más a mí. Me tomó un segundo darme cuenta que estaba buscando protección de su atención. Envolví mi brazo alrededor de su cintura y les envié una mirada de advertencia. Ellos desviaron sus ojos.

—Matteo y el resto de tu familia están en el comedor —dijo Romero.

—¿Observando las sábanas?

—Como si pudieran leerlas como hojas de té —confirmó Romero, entonces le dio a Aria una mirada de disculpa.

—Vamos. —Conduje a Aria hacia el comedor a pesar de su tensión. La presentación de las sábanas era algo que no podíamos evadir. Todos nos esperaban y se callaron cuando entramos. Mi padre, los lugartenientes de la Famiglia, los Cavallaro y Scuderi se habían reunido alrededor de la mesa del comedor.

La mayoría de los hombres de más rango de la Organización ya se habían ido con sus familias esta mañana para regresar a sus respectivos territorios.

101

Aria se retorció bajo la atención. Pronto tendría que enfrentarse a las mujeres que parecían perros hambrientos con la vista puesta en un trozo de carne. Padre asintió hacia mí con una mirada en sus ojos que me hizo querer empujar a Aria detrás de mí. Afortunadamente, Matteo eligió ese momento para avanzar hacia nosotros, luciendo como un desastre con bolsas debajo de sus ojos y un rastrojo de barba. Para él, eso era el equivalente a un elegante colapso.

—Te ves como la mierda —le dije mientras tomaba un sorbo de su expreso.

Los ojos de Matteo se desviaron de mí a Aria.

—Mi décimo expreso y todavía no despierto. Anoche bebí mucho.

—Estabas más que ebrio. Si no fueras mi hermano tendría que cortarte la lengua por algunas cosas que le dijiste a Aria.

Matteo le dio a Aria una sonrisa.

—Espero que Luca no hiciera la mitad de las cosas que le sugerí.

LUCA VITIELLO

Aria se sonrojó furiosamente y se apoyó en mí una vez más. Acaricié su costado para tranquilizarla. No tenía que tener miedo de mi hermano. Se estremeció, mirándome sorprendida. Para ser honesto, no estaba seguro de por qué había sentido la necesidad de consolarla.

—Toda una obra de arte lo que nos presentas —dijo Matteo, asintiendo en dirección a las sábanas ensangrentadas, haciendo que Aria se ponga rígida en mi abrazo.

Evalué el rostro de Matteo, sin saber si sospechaba que yo había preservado a Aria. No podía ser por las sábanas, porque si algo en ellas pareciera falso, me lo habría advertido.

Los ojos de Matteo tenían un brillo de complicidad. El muy imbécil me podía leer demasiado bien. Padre y Fiore nos hicieron señas para que nos acercáramos a ellos. Sofocando un gemido, le indiqué a Matteo que tendría que dirigirme a la mesa. Matteo sonrió, pero no se movió ni un centímetro, obviamente sin ganas de hablar con ellos.

Aria me siguió hasta la mesa. Su rostro reflejaba ansiedad, y solo podía esperar que pudiera mantener la farsa. Los hombres se levantaron. La mirada de padre me hizo querer arrastrar a Aria de vuelta, pero esa no era una opción.

Scuderi extendió sus brazos y solté a Aria a regañadientes de modo que él pudiera abrazarla. No pude escuchar lo que dijo, pero Aria no pareció feliz por eso. Fiore sonrió y me estrechó la mano.

—Parece que todavía estás satisfecho con nuestra elección para ti.

Asentí. Sabía que esto era solo el comienzo. Para el momento en que Aria estuviera fuera del alcance del oído, los hombres intentarían sacarme los detalles de mi noche con ella.

Padre puso una mano en mi hombro antes de que nos diera a Aria y a mí su falsa sonrisa benévola.

—Espero que podamos tener pequeños Vitiello pronto.

Los ojos de Aria se ensancharon un poco antes de que pudiera ocultar su sorpresa. No tenía ni la menor intención de tener hijos pronto; no mientras mi padre estuviera en el poder. Todavía no era tan viejo, solo estaba a mediados de los cincuenta, pero esperaba que pronto encontrara su final.

—Quiero divertirme con Aria por un largo tiempo. Y con la Bratva cerca, no quiero tener niños de los que preocuparme.

LUCA VITIELLO

Padre me dio una sonrisa cómplice, pensando que quería follar en paz a mi joven esposa por un tiempo.

—Sí, sí, por supuesto. Entendible.

—Escuché que la Bratva envió un nuevo Pakhan a su territorio —dijo a Fiore, queriendo sacar de la mesa el tema de mi esposa.

Fiore asintió y luego miró a Dante, quien frunció el ceño.

—Sí, Grigory Mikhailov. Todavía estamos intentar comprobar sus antecedentes. Solía trabajar directamente bajo el Pakhan en Ekaterimburgo, y ahora se está haciendo cargo de todo en Chicago. Impredecible y brutal. Lo llaman Stalin.

Aria me miró de reojo y aflojé mi agarre sobre ella. Esto no era algo de lo que ella necesitara preocuparse. De todos modos, las mujeres estaban lanzando miradas ansiosas hacia ella. Se alejó rápidamente y avanzó hacia ellas, deteniéndose junto a su madre y su hermana.

—¿No puedes apartar los ojos de tu esposa? —preguntó padre con una risita.

Solo sonreí fríamente. Cuanto menos dijera, mejor. Nina señaló las sábanas y las risitas se alzaron entre las mujeres. Solo Aria parecía querer ser tragada por la tierra.

Scuderi se volvió hacia nosotros.

—Debo decir que encuentro esclarecedoras su tradición de las sábanas sangrientas.

—Tal vez es una tradición que te gustaría reintroducir una vez que seas Capo —le dijo padre a Dante, quien estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos, viéndose completamente desinteresado. Sus cautelosos ojos azules se posaron en mi padre.

—Prefiero centrarme en el futuro y no mirar tradiciones del pasado.

—Es bueno escuchar eso —dijo Fiore enfáticamente a su hijo.

Mi padre me miró. Él también había notado la tensión entre los hombres Cavallaro. Fiore obviamente no estaba contento con Dante. Solo podía suponer que tenía algo que ver con el hecho de que Dante todavía no se había casado a pesar de que su esposa anterior hubiera muerto hacía años.

—¿Qué hay de ti, Luca? ¿Estás pensando en cambiar las viejas tradiciones una vez que seas Capo? —preguntó Dante.

LUCA VITIELLO

Sonreí.

—La Famiglia se basa en la tradición —dije, y entonces hice un gesto con la cabeza hacia mi padre con falso respeto—. No voy a ser Capo en mucho tiempo. Mi padre es fuerte y confío en su liderazgo.

La sonrisa en respuesta de padre me hizo querer retractarme de mis palabras y terminar con él aquí y ahora.

Dante asintió, pero sus ojos albergaban cálculo.

La paz entre nosotros tenía fecha de expiración.

—No te sigas conteniendo, Luca —dijo Durant—. Cuéntenos más acerca de tu primera noche con tu hermosa esposa.

—Debo decir que habría esperado más sangre considerando tu tamaño y el de ella —dijo el tío Gottardo con una carcajada y un guiño. Había algo en sus ojos que me hizo considerar aplastar su garganta como lo había hecho con la de su hijo. La boca de Dante se crispó en disgusto. A Scuderi, por otro lado, no pareció importarle que alguien hablara así sobre su hija. Si alguna vez tenía una hija, cortaría la cabeza de cualquiera que se atreviera a hablar de esa manera sobre ella.

Todos los hombres miraron hacia Aria y luego a mí. No me molesté en disimular mi enojo y posesividad. Si mi máscara civilizada me condujo a ese tipo de preguntas, prefería dejarla caer antes de que mis tíos consiguieran más sangre de la que esperaban.

—Me temen entre mis enemigos y mis soldados. No necesito reclamar a mi esposa sin preparación alguna para que sangre más y ganarme el respeto de cualquiera, tío.

Estas palabras ya eran más de lo que quería compartir, incluso si no hubiera pasado nada entre Aria y yo. Padre se echó a reír, pero su mirada era evaluadora. Tendría que estar en estado de alerta. ¿A dónde había ido Matteo? ¿Estaba durmiendo su intoxicación en una habitación tranquila?

Por el rabillo del ojo, vi a Liliana y Fabiano escabullirse en la habitación. Ninguno de los dos debía asistir a la reunión.

—¿Por qué hay sangre en las sábanas? ¿Alguien está muerto? —bramó Fabiano, señalando las sábanas con los ojos muy abiertos.

Los hombres a mi alrededor se echaron a reír, excepto Dante y yo. Nos miramos el uno al otro. Nunca nos habíamos agradado entre sí, pero tal vez podríamos establecer una base de respeto para mantener la paz por unos pocos años.

De repente, Aria salió corriendo de la habitación con su brazo alrededor de su hermana Liliana.

Me disculpé para ver cómo estaba mi esposa, sin gustarme para nada no tenerla a la vista. Romero se inclinaba junto a la puerta cerrada del baño de invitados, y me relajé.

—Aria y Liliana están dentro —dijo.

—¿Qué pasa?

—Liliana se veía enferma.

La puerta se abrió y Aria salió, cerrando rápidamente la puerta antes de que pudiéramos echar un vistazo al interior.

—¿Tu hermana está bien?

Aria tiró de un mechón de cabello detrás de su oreja, mirando entre Romero y yo con obvio nerviosismo. Tuve que recordarme otra vez que esto era nuevo para Aria, que era una de las primeras veces que estaba sola en presencia de hombres que no pertenecían a su familia.

—Las sábanas la hicieron marearse —dijo con un pequeño encogimiento de hombros.

La expresión de Romero se oscureció.

—No deberían permitir a chicas jóvenes presenciar algo así. Solo las asustará. —Romero me lanzó una mirada de disculpa, pero no me importó que criticara esa tradición en particular. Tampoco me importaba mucho, pero era una de las tradiciones que sería más difícil de abolir.

—Tienes razón.

—Lily necesita un poco de té —dijo Aria, mirándome, y me di cuenta que no estaba segura si le permitían entrar a la cocina y preparar uno.

—Puedo conseguirlo y quedarme con ella para que así puedas regresar con tus invitados —dijo Romero.

La sonrisa de Aria fue vacilante.

—Eso sería agradable, pero Lily no quiere que la veas.

Fruncí el ceño, preguntándome qué había pasado. Romero en realidad no era alguien que asustara a las mujeres. Era uno de los pocos soldados con su talento que podía ocultar su violencia casi por completo.

LUCA VITIELLO

—¿Me tiene miedo?

Aria se rio.

—Suenas como si eso no fuera posible. Eres un soldado de la mafia. ¿Por qué no habría de temerte? —Miró hacia la puerta cerrada del baño antes de continuar en un susurro—. Pero no es eso. Lily tiene un tremendo flechazo contigo y no quiere que la veas de esa manera.

Le di a Romero una mirada divertida.

—Romero, todavía lo tienes. Capturando los corazones de niñas de catorce años a diestra y siniestra. —Romero negó con la cabeza, obviamente incómodo con todo el asunto. Giré para enfrentar a mi esposa, que seguía sonriendo, luciendo relajada y casi feliz. Sabía que mis palabras cambiarían eso—. Pero tenemos que volver. Las mujeres estarán mortalmente ofendidas si no les das toda tu atención.

—Me haré cargo de Lily —dijo Gianna.

Mirando por encima de mi hombro, encontré a la hermana y hermano de Aria avanzando hacia nosotros. La pelirroja me ignoró deliberadamente, pero el enano me dio su mejor mirada de muerte.

Conduje a Aria de vuelta al comedor. Para entonces, los hombres se habían reunido alrededor de las sábanas mientras las mujeres revoloteaban alrededor de la mesa. Solté a Aria a regañadientes para que así pudiera regresar con las arpías.

Los hombres reían de algo que dijo Durant. Probablemente era mejor que no lo hubiera escuchado.

—Ahí está el novio afortunado —entonó mi padre, tendiéndome un vaso de whisky. Lo acepté a regañadientes. A juzgar por la forma en que él y sus hermanos sonreían, probablemente ya habían disfrutado más de uno. Solo Scuderi, Dante y Fiore se veían sobrios, lo cual no era una sorpresa, considerando que estaban en nuestro territorio.

Los ojos de escarabajo de Gottardo albergaban desafío cuando me detuve a su lado.

—Entonces, Luca, ¿no vas al menos a decirnos cuántas rondas tuviste anoche? ¿No compartirás al menos esa información con nosotros?

Durant sonrió de una manera que me hizo querer deslizar mis cuchillas de una puta esquina de su boca a la otra para ver cuánto más amplia podía ser su jodida sonrisa.

LUCA VITIELLO

—No compartiré, nunca, ni siquiera el más mínimo jodido detalle de mi esposa —gruñí. Mi padre y sus hermanos eran repugnantes pedazos de mierda. La misma vena sádica teñía su sangre. A veces me preocupaba que también corriera por mis venas y solo estuviera esperando para mostrar todo su potencial. Era cruel y despiadado, pero no como mi padre. Aún no.

Padre sacudió la cabeza con una carcajada, pero la risa no llegó a sus ojos. Lucían vigilantes y sospechosos, y por un momento me preocupé de que hubiera visto a través de la farsa que estaba jugando. Pero mi padre siempre sospechaba porque tenía razones para hacerlo. No había nadie en quien confiara, y con plena razón. Todos lo odiaban y le temían. Esa no era la base para la confianza. No es que yo tuviera mucha gente en la que confiara, definitivamente no sin reservas. Matteo tenía mi confianza y Romero hasta cierto punto, pero todos los demás podían ser un enemigo disfrazado de aliado.

—Oh, oh, tan posesivo con tu hermosa y joven novia —dijo Durant riendo—. Teniendo en cuenta su belleza y tu racha posesiva, me sorprende que hayas aceptado esperar tres años antes de casarte con ella. —Sus jodidos ojos de escarabajo se clavaron en Aria mientras hablaba con las otras mujeres, y algo en ellos me hizo querer clavar mi cuchillo en su globo ocular antes de empujar la maldita cosa en su garganta para que así pudiera ahogarse con el globo viscoso.

—Me gustan mis mujeres maduras —gruñí. Podía sentir mi presión sanguínea elevándose, mi furia chamuscando mi autocontrol. Tomé un sorbo del whisky incluso si era demasiado temprano para un licor fuerte y eché un vistazo a mi esposa. Ella estaba sonriendo, pero la vergüenza flagrante brillaba en su rostro y sus mejillas estaban pintadas de rosa. Podía imaginar muy bien de qué hablaban las mujeres. Sus ojos se dispararon hacia mí como si notara mi atención y, por un breve momento, una pequeña sonrisa de complicidad tiró de sus labios, un momento sin su cautela habitual y su temor sumiso, un vistazo a su verdadera personalidad cuando estaba cerca de personas en las que confiaba. Era un lado de ella del que quería ver más.

—Todavía recuerdo mi primera noche con Criminella —dijo Durant con una sonrisa retorcida.

Después de eso, todos se lanzaron a las historias de sus propias noches de bodas.

Mi estado de ánimo estaba al borde de ser homicida cuando la prueba finalmente había terminado y la mayoría de los invitados se habían ido. Toqué la espalda de Aria cuando la llevé fuera del comedor y subimos a nuestra habitación

LUCA VITIELLO

para empacar. Estaba callada y tensa a mi lado, y no estaba seguro si era por la presentación de las sábanas o por algo más.

Casi habíamos llegado a nuestra habitación cuando apareció mi hermano. Le fruncí el ceño. Podría haberme venido muy bien su ayuda en la presentación, aunque conociendo su temperamento, especialmente cuando tenía dolor de cabeza por la noche anterior, probablemente era mejor que se hubiera perdido.

—Me temo que los dos enamorados tendrán que posponer su sesión de apareamiento. Necesito hablar contigo, Luca —dijo arrastrando las palabras, pareciendo inexplicablemente alegre de repente. No era una buena señal. Aria me miró con evidente incertidumbre, una vez más preguntándome en silencio qué hacer.

—Adelántate. Comprueba si las criadas empacaron todas tus cosas. Vuelvo pronto.

No necesitó que se lo dijera dos veces y se apresuró a entrar en nuestra habitación. No se sentía cómoda con mi hermano, o conmigo a decir verdad, y no estaba completamente seguro que fuera solo porque éramos hombres.

Matteo sonrió como un lobo.

—Las sábanas eran falsas, ¿verdad? Mi gran hermano malvado salvó a su pequeña novia virgen.

Me acerqué a su rostro, estrechando mis ojos hacia él.

—Baja la puta voz. —Estábamos solos en el corredor, pero eso podía cambiar en cualquier momento y entonces tendría muchas cosas que explicar.

Matteo ladeó la cabeza.

—¿Qué pasó? ¿Bebiste demasiado y no pudiste levantarlo?

—Jódete. Como si el alcohol alguna vez me hubiese detenido —murmuré. Cuando Matteo y yo habíamos salido de fiesta toda la noche, siempre terminábamos follando a una chica.

—Entonces, ¿qué? —preguntó, honestamente curioso, como si fuera incomprensible que pudiera contenerme.

El recuerdo del miedo puro de Aria hacia mí y sus lágrimas sin esperanza apareció ante mis ojos.

—Se puso a llorar —admití, mis ojos lanzándose a mi antebrazo por un segundo. Matteo lo captó, por supuesto, y empujó la funda de cuchillos a un lado,

revelando mi herida. Aparté mi brazo de su agarre bruscamente y volví a colocar la funda de cuero en su lugar.

—Te cortaste —dijo, evaluando mi rostro. Matteo era la persona que mejor me conocía y, sin embargo, estaba sorprendido. Su boca tembló, luego sacudió la cabeza con otra risita—. Lo sabía. Anoche le dije a Gianna que no tenía que preocuparse por Aria. Tienes una debilidad por las damiselas en apuros.

Eso era una estupidez. Nunca había sentido la necesidad de contenerme por nadie.

—Yo no... —comencé cuando registré por completo sus palabras—. ¿Estuviste a solas con Gianna?

Matteo asintió con una sonrisa que no me gustó ni un poco. Me hizo un gesto para que lo siguiera lejos de la habitación. Aunque dudaba que Aria estuviera detrás de la puerta espiándonos.

—La besé, y sabe incluso mejor de lo que parece.

—Maldita sea, no puedo creer que tuviste más acción que yo en mi jodida noche de bodas.

Matteo se pasó una mano por el cabello.

—Las damas no pueden resistirse a mi encanto.

¿En serio pensaba que esto era gracioso? Agarré sus hombros.

—Esto no es un asunto de broma, Matteo. A la Organización no le resultará divertido si andas desflorando a sus chicas. —Padre tendría que compensar a la Organización si eso ocurriera, y no estaba seguro que estas no incluyeran entregar a Matteo a Scuderi por la desfloración. O tal vez padre me ordenaría que impartiera el castigo esperado y matara a mi hermano. Mataría a mi padre y a todos los cabrones que quisieran matar a Matteo, pero eso nos llevaría a todos a perder nuestras vidas.

—No desfloré a nadie. La besé —interrumpió Matteo mis pensamientos.

—Sí, como si eso fuera todo. —Me había fijado en la forma en que Matteo observaba a la pelirroja, pero había esperado que fuera más sensato en lugar de perseguirla.

—Quiero desflorarla. Pero no soy idiota.

Los hechos hablaban un idioma diferente. Besar a una mujer con la que él no estaba casado, especialmente de la Organización, era el tipo de idiotez más grande que se pueda imaginar. Si Gianna se lo contaba a alguien, estaríamos condenados.

LUCA VITIELLO

Lo único que probablemente la detenía era que también quedaría arruinada.

—Quiero casarme con ella.

Me quedé helado.

—Dime que estás bromeando.

—No lo hago. Por eso necesito tu ayuda. Padre no hablará con Scuderi en mi nombre si cree que quiero a Gianna por cualquier otro motivo que no sea el rencor o la venganza. Lo conoces.

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Ayúdame a convencerlo de que ella me odia y me insultó, y que quiero casarme con ella para hacerla miserable.

—¿Y no es la verdad? La chica no te soporta, y la quieres por eso. ¿Cómo eso es diferente a la historia que vamos a contarle a padre?

—No quiero hacerla miserable.

—El resultado final podría ser el mismo. Esa chica te va a volver loco, te das cuenta de eso, ¿no? En realidad, no estoy seguro si la quiero en Nueva York.

—Te ocuparás de eso. Y Aria estará feliz de tener a su hermana con ella.

110

Tenía razón, pero no estaba seguro si quería que estuvieran juntas tan seguido. La influencia de Gianna no haría que mi matrimonio con Aria fuera menos difícil. Ya sería bastante difícil hacer que funcione. No necesitaba complicaciones adicionales.

—En serio crees que lo pensaste bien, ¿no? —dije.

—Sí. Y en cualquier momento padre elegirá una perra que me hará sentir miserable.

—Así que prefieres elegir a tu propia perra que te hará sentir miserable.

Apartó mi mano de golpe, viéndose enojado.

—Gianna no es una perra.

—Quieres golpearme por culpa de ella.

—Quiero golpearte por muchas razones.

Matteo hablaba en serio. Podía decir lo mucho que esto significaba para él, incluso si lo consideraba una mala idea, sabía que tenía que ayudarlo. Como su

LUCA VITIELLO

primogénito, mi padre valoraba mi palabra más que la de Matteo. Solo podía esperar que esto no viniera después a mordernos el culo a Matteo y a mí.



Después que padre prometió hablar con Fiore y Rocco sobre Gianna, me pidió que me quedara para tener una conversación privada. Matteo articuló “buena suerte” antes de dejar la oficina de padre.

Crucé los brazos frente a mi pecho, esperando a que mi padre hablara. Me contempló de cerca, y por un momento me pregunté si sospechaba que las sábanas eran falsas, pero si este fuera ese tipo de conversación, no habría estado a solas conmigo. Las cámaras de vigilancia no le salvarían la vida.

—Ahora que estás casado, quizás quieras considerar mudarte a la mansión conmigo y con Nina. Después de todo, es la casa de nuestra familia.

—Esa es una oferta generosa —dije, incluso cuando las palabras dejaron un sabor amargo en mi boca—. Pero como dije antes, a estas alturas de mi matrimonio quiero disfrutar de mi esposa tanto como sea posible, donde quiera y cuando quiera.

111

Padre asintió con una risa oscura, inclinándose hacia adelante.

—No me importa si haces eso en la mansión.

Como si no lo supiera. Pero jamás volvería a vivir bajo el mismo techo que mi padre, no especialmente con Aria.

Al darse cuenta de mi renuencia, padre añadió:

—No esperaba que fueras tan posesivo con tu esposa. Es un lado nuevo en ti. —Se echó hacia atrás—. Muy bien. Quédate en tu ático por ahora. —Golpeteó sus dedos contra el escritorio, haciéndome esperar para ver si iba a decir algo más. Solo asintió—. Eso es todo.

Giré sobre mis talones y salí, sintiendo que mi vena palpitaba ferozmente en mi sien. Cada día se hacía más difícil que mi padre me dijera qué hacer; que soportara su presencia.



CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Matteo y yo cargamos nuestro equipaje en mi auto ya que Matteo estaría montando su Kawasaki de regreso a casa. Después esperé a que Aria se despidiera de sus hermanos. Ella se aferraba a Gianna.

—Pensarías que está de camino a la cárcel y no a vivir contigo —murmuró Matteo, luego me dio un guiño—. Supongo que no hay mucha diferencia.

Lo ignoré e intenté sofocar mi impaciencia. Quería volver a Nueva York. Para empezar, porque no quería pasar más tiempo bajo el mismo techo que mi padre, y porque tenía una reunión a la que asistir. El negocio había descansado estos últimos tres días y, en estos momentos, eso era demasiado tiempo.

Scuderi pareció perder su paciencia al mismo tiempo que yo.

—¡Gianna, por el amor de Cristo! ¿Tengo que ir por ti?

Aria finalmente vino hasta mí, luciendo como si hubiera sido devastada.

—Irte de Chicago no es el fin del mundo —le dije. Sus hermanas podían ir de visita ocasionalmente.

Aria negó con la cabeza, mordiéndose el labio como si intentara contener las lágrimas.

—Bien podría serlo. Nunca he estado separada de mis hermanas y hermano. Ellos eran mi mundo entero.

112

Matteo y yo nunca nos habíamos separado por mucho tiempo, pero aun así no entendía por qué ella estaba tan afectada emocionalmente por eso.

—Debemos irnos. Tengo una reunión esta noche.

Mantuve la puerta abierta para Aria y ella entró. Cerrándola, di la vuelta alrededor del auto.

—Estaré detrás de ti —dijo Matteo, luego se dirigió a su moto.

Me deslicé detrás del volante y aceleré el motor. Matteo ya estaba corriendo por el camino de entrada como un demente.

—¿Ningún guardaespaldas? —preguntó Aria mientras se abrochaba el cinturón.

—No necesito guardaespaldas. Romero es para ti. Y este auto no tiene exactamente espacio para pasajeros adicionales.

Aria no dijo nada, solo se quedó mirando por la ventana. Al ver el rostro miserable de mi esposa, me pregunté cómo sería la vida con ella. Nunca había

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

compartido mi apartamento. Había ido y venido como me placía, pero ahora siempre habría alguien alrededor.

Sería difícil fingir las veinticuatro horas del día. Aria vería mi verdadero ser ya sea que quisiera o no. Me pregunté si sería capaz de soportarlo. Parecía tan frágil e inocente. ¿Y si mi oscuridad era demasiado para ella?

BOOKZINGA FORO

113

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

NUEVE

No hablamos durante el viaje a Nueva York. En realidad, no me importó. Hablar con las mujeres nunca había sido una prioridad. El único tema que me importaba era la mafia, y las mujeres tenían un conocimiento limitado de las realidades de la vida de la mafia, en todo caso. Salí del auto sin decir una palabra, y agarré nuestro equipaje. Matteo podía recoger más tarde su maleta con la llave de repuesto del auto. Cuando me dirigí al ascensor, me di cuenta que Aria todavía estaba junto al auto, con los brazos envueltos alrededor de su cintura, mirando a su alrededor con temor.

—¿Pensando en correr?

Sacudiendo la cabeza, se dirigió hacia mí finalmente.

—Me encontrarías.

—Lo haría. —Ahora que era mía, buscaría en todo el mundo por ella. El ascensor se abrió y entré, seguido poco después por Aria que miraba alrededor con curiosidad y examinaba el número de pisos.

—El ascensor es privado, solo conduce a los últimos dos pisos. Mi ático está en la parte superior y Matteo tiene su apartamento en el piso de abajo.

Aria se volvió hacia mí.

—¿Puede venir a nuestro ático cuando quiera?

No pude leer el tono de su voz.

—¿Tienes miedo de Matteo?

—Tengo miedo de los dos. Pero Matteo parece más volátil, aunque dudo que tú hagas alguna vez algo que no quieres hacer. Pareces alguien que siempre está bajo control.

Si ya me tenía miedo cuando solo mostraba mi lado civilizado, no quería saber qué sucedería si alguna vez me veía en mi peor momento.

—A veces pierdo el control.

Aria miró su alianza de boda y la retorció. En serio deseaba que al menos me mirara de modo que pudiera medir sus emociones.

LUCA VITIELLO

—No tienes nada de qué preocuparte en lo que concierne a Matteo. Está acostumbrado a venir a mi casa cuando quiere. Pero las cosas cambiarán ahora que estoy casado. La mayor parte de nuestros negocios se llevan a cabo en otro lugar, de todos modos. —Matteo y yo no habíamos discutido el tema hasta ahora, pero considerando que Aria podría caminar desnuda por el apartamento en algún momento, definitivamente no quería que mi hermano apareciera sin anunciarse.

El ascensor emitió un pitido y se detuvo, luego las puertas se abrieron. Aria se puso tensa y tomó una respiración profunda cuando le indiqué que entrara en mi apartamento... *nuestro* apartamento de ahora en adelante.

Era extraño permitir que una mujer entrara en mi dominio. En realidad, no contaba a mi ama de llaves Marianna como “mujer” en este caso. Después de todo, trabajaba para mí. Nunca había tenido aquí a una de mis amantes o aventuras de una noche, e incluso Nina solo había logrado abrirse paso dentro una vez cuando acompañaba a mi padre. Pero esta ahora sería la casa de Aria, no solo la mía.

Mientras la veía entrar en mi ático, me di cuenta que probablemente esa era la razón por la que se veía tan tensa. No había elegido este lugar como no me había elegido a mí, pero tendría que llamarlo casa a partir de este día.

Me pregunté si a ella le gustaba. No había volantes por ahí o colores suaves, ni almohadas lujosas o alfombras mullidas. Le pedí a los diseñadores de interiores que lo mantuvieran funcional y moderno, con grises, blancos y negros. Los únicos trazos de color eran las pinturas de arte moderno que colgaban de las paredes... y ahora Aria.

Se acercó a las ventanas francesas. Con su vestido naranja brillante y su largo cabello rubio, llamaba toda la atención en mi apartamento incoloro. No estaba seguro de cuánto tiempo la había estado mirando cuando finalmente salí del estupor.

—Tus cosas están en la habitación de arriba, Marianna no estaba segura si querías acomodarlas por ti misma, así que las dejó en las maletas —le dije. Su familia había enviado la mayoría de sus pertenencias a Nueva York hace un par de días.

—¿Quién es Marianna? —preguntó Aria sin volverse. Caminé hacia ella hasta que pude ver su rostro en la ventana.

Por una vez su expresión estaba en blanco, imposible de leer.

—Es mi ama de llaves, está aquí un par de días por semana.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Aria. Intentó sonar casual, pero el delicado sonrojo recorriendo su garganta delató el motivo de la pregunta.

LUCA VITIELLO

—¿Estás celosa? —pregunté. Toqué sus caderas y, como siempre, se congeló por una fracción de segundo antes de recuperarse. Había estado haciendo todo lo posible para tratarla bien, pero seguía actuando como si la hubiera maltratado. Nunca antes me había sentido más como mi maldito padre que en este momento.

Aria se apartó de mí y se dirigió hacia las puertas. Cuando me miró, su expresión era perfectamente controlada una vez más, y lo odié.

—¿Puedo ir afuera? —preguntó.

—Esta también es tu casa ahora —gruñí, intentando contener la oscuridad que amenazaba con desgarrar mi pecho para salir.

Aria salió y se dirigió directamente a la barandilla. La seguí, de repente sospechoso de sus motivos.

—No estás pensando en saltar, ¿verdad? —pregunté a medida que me inclinaba a su lado. La idea de que Aria pudiera elegir la muerte sobre mí como mi madre había elegido la muerte sobre mi padre, y en última instancia Matteo y yo, se sintió como un puñetazo en el estómago.

Aria me miró con un pequeño ceño fruncido.

—¿Por qué me mataría?

—Algunas mujeres en nuestro mundo lo ven como la única forma de obtener libertad. Este matrimonio es tu prisión. —Ella lo sabía tan bien como yo. No tenía sentido mentirle.

—No le haría eso a mi familia. Le rompería el corazón a Lily, Fabi y Gianna.

Por supuesto que sí, y por supuesto que Aria pensaría en ellos. Aun recordaba su angustia por tener que dejarlos.

—Volvamos adentro —dije, deseando que terminara esta conversación. Conduje a Aria en el apartamento, mi mano en su espalda baja. A pesar de su tensión constante, no podía dejar de tocarla. Y eso me molestaba muchísimo—. —Tengo una reunión en treinta minutos, pero estaré de vuelta en algunas horas. Quiero llevarte a mi restaurante favorito para la cena.

—Oh —dijo Aria, con los ojos muy abiertos—. ¿Como una cita?

También me sorprendió mi sugerencia. Era una decisión del momento, queriendo mostrar a Aria que la vida en Nueva York no sería tan sombría como temía.

LUCA VITIELLO

—Podrías llamarlo de esa manera. Aún no hemos tenido una cita real —dije, envolviendo mis brazos alrededor de ella. Aria se tensó como de costumbre—. ¿Cuándo vas a dejar de tenerme miedo? —pregunté en voz baja. La gente siempre me tenía miedo, pero no las personas que importaban: Matteo y Romero.

Aria se mordió el labio inferior.

—¿No quieres que te tenga miedo?

Una diversión oscura se alzó en mí, pero la empujé hacia abajo.

—Eres mi esposa. Vamos a pasar nuestras vidas juntos, no quiero a una mujer encogida de miedo a mi lado.

Parte de la tensión desapareció del rostro de Aria y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Hay gente por ahí que no te tenga miedo?

—Algunos —respondí. Con la forma en que ella sonrió, no pude resistirme a besarla. Se congeló brevemente, pero hice mi mejor esfuerzo para mantener nuestro beso suave, mis labios saboreando los de ella sin exigir que se abra para mí. Era jodidamente duro, pero el cuerpo delicado de Aria fue mi recompensa. Al final separó sus labios para mí y me zambullí en su interior, jugando con su lengua. Ella tomó mi cuello, sorprendiéndome con el gesto. Fue un toque suave como siempre. Tan suave y cuidadoso. Cuando puso su palma contra mi pecho, justo sobre mi tatuaje de la Famiglia, una oleada de deseo me inundó, pero no fue la única sensación que sentí. Por primera vez, un beso me provocaba un sentido extraño de... pertenencia. Retrocedí, mirando fijamente los ojos azules y pesados de mi esposa.

Sentí que mi teléfono vibró en mi bolsillo y casi gemí.

—Tengo casi decidido cancelar esta puta reunión —murmuré, acariciando los labios hinchados de Aria—, pero todavía hay más que suficiente tiempo para esto más tarde. —Miré mi reloj. Solo quedaban veinte minutos hasta la reunión con todos los lugartenientes de la Famiglia. Que yo mismo sugerí, considerando que todos estaban en el área debido a la boda, pero ahora realmente lamentaba mi sugerencia—. En verdad necesito irme ahora. Romero estará aquí cuando me haya ido. Tómate tu tiempo y mira alrededor.

Me aparté de Aria rápidamente antes de que su cuerpo suave y su aroma seductor me hicieran llegar tarde. Sin otra mirada a mi esposa, me dirigí hacia el ascensor. Me llevó al garaje y cerré con llave el piso con un código que solo tenía Romero. Revisando mi teléfono, encontré un mensaje de él diciéndome que estaría aquí en cinco minutos. Eso había sido hace un par de minutos. Me acerqué a mi auto

LUCA VITIELLO

y entré en él. De camino afuera, pasé a Romero en el suyo. Le di un rápido asentimiento antes de acelerar.

La reunión se llevaría a cabo en la mansión Vitiello. Nunca entendería por qué padre llevaba a cabo los negocios en casa. La moto de Matteo ya estaba estacionada en el frente, justo en el paseo marítimo, y todavía estaba posado encima de ella, alisando su cabello hacia atrás, y luciendo como si estuviera esperando que un fotógrafo viniera.

Estacioné, luego me uní a él.

—¿Todavía no entras?

—Estaba esperando apoyo moral.

—¿Te refieres a alguien que te impida clavar tu cuchillo en uno de nuestros tíos?

—No tengo ningún historial de asesinatos familiares, así que si alguien termina aplastando las gargantas de nuestros tíos, serás tú —dijo con su sonrisa de tiburón.

Sacándole el dedo medio, me dirigí hacia las escaleras. Matteo se mantuvo cerca de mí. Metí el código en el panel de seguridad y entramos. Voces masculinas provenían de la parte posterior de la casa donde se encontraba la sala de reuniones. Cuando entramos en la habitación, todos ya habían tomado sus respectivos asientos. Solo las dos sillas en el lado derecho de padre aún estaban vacías, nuestros asientos.

Padre frunció el ceño.

—Llegan tarde.

Mis ojos se dirigieron a mi reloj. Un minuto tarde.

—Estoy seguro que el muchacho se distrajo con su impresionante esposa —dijo Mansueto Moretti, lugarteniente de Filadelfia, con una sonrisa torcida. Era varios años mayor que mi padre, razón por la cual se atrevía a hablar en absoluto, y su edad era también la razón por la que iba a sobrevivir a llamarme “muchacho”.

—Debería poner en orden sus prioridades. Una puta puede ser reemplazada —dijo padre arrastrando las palabras, girando hacia su estante de licores.

Matteo agarró mi muñeca con fuerza, y mis ojos se volvieron hacia él. Su mirada de advertencia me hizo tomar una respiración profunda. No estaba seguro de lo que había visto en mi cara, pero debe haber sido malo. Me volví a los hombres reunidos, la mayoría de ellos enfocados en mi padre, quien se servía un whisky, pero

LUCA VITIELLO

Mansueto y tío Gottardo tenían sus ojos en mí. El primero no me preocupaba tanto como el segundo.

Me acerqué a mi silla y me hundí. Matteo se sentó a mi lado, todavía vigilándome con cautela. Podía parar. No mataría a nuestro padre en una habitación llena de lugartenientes. Estaba bastante seguro que los lugartenientes de Filadelfia, Boston, Charleston y Baltimore estarían de mi lado, incluso si la última ciudad estuviera gobernada por el esposo de mi tía Egidia, Felix. Ella odiaba a su hermano y su marido definitivamente compartía ese sentimiento. Pero los hombres restantes no estarían de mi lado. El Consigliere de padre, Bardoni, porque sabía que no lo mantendría en esa posición en el momento en que estuviera en el poder, y los otros hombres porque eran leales a mi padre o querían convertirse ellos mismos en Capo.

Mi padre se sentó a la cabecera de la mesa y tomó un sorbo de su whisky. No ofreció nada para nosotros, pero no esperaba que lo hiciera. Era su manera de mostrarnos a todos que éramos sus súbditos, que también era la razón por la que se sentaba en un amplio sillón de cuero mientras nosotros nos sentábamos en unos putos taburetes de madera.

Mi padre hizo un gesto con su vaso hacia su Consigliere, que obviamente era su señal para informar sobre los últimos ataques de la Bratva en nuestro territorio. Ya sabía de la mayoría de ellos. Me aseguraba de obtener actualizaciones de los lugartenientes al menos una vez al mes, cuando mi padre nunca se molestaba en estar involucrado. Él prefería que las cosas fueran manejadas por él, especialmente en los últimos años. Mantenía a algunos de los lugartenientes, principalmente a mis tíos, haciendo lo que quisieran en sus territorios. Eso cambiaría al momento en que llegara al poder, pero conociendo a mi padre, viviría para siempre por despecho.

119



La reunión se prolongó durante horas, y cuando finalmente salimos de la casa, estaba oscureciendo.

Matteo dejó escapar un suspiro.

—¿Supongo que no estás para pasar una noche en la Esfera? —preguntó con una sonrisa torcida, pero sus ojos lucían cansados.

—Tú mismo lo dijiste, mis días como un hombre libre han terminado. Tengo una cita con Aria.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Matteo negó con la cabeza.

—Es extraño pensar en ti como un marido. ¿Por qué no la traes? Estoy seguro que puede sacudir su trasero con el ritmo.

—La única persona por la que va a sacudir su trasero es por mí —murmuré. La idea de Aria en un club lleno de gente, incluso conmigo a su lado, no me pareció buena.

Matteo montó su moto y luego se puso el casco.

—Disfruta de tu esposa, mientras encuentro una chica para una revolcada sin sentido en la cabina del baño. —Se echó a reír, después bajó su visor y salió corriendo.

Disfrutar de mi esposa era algo que estaba jodidamente ansioso por hacer... si ella me lo permitía.



Era extraño volver a casa, sabiendo que alguien me estaba esperando. Alguien que estaría esperándome por el resto de nuestras vidas.

120

Pero cuando entré en mi ático, no fue a Aria a quien vi. Romero se sentaba en el sofá, pero se levantó cuando me vio.

—Está arriba, preparándose —dijo.

—¿Qué tal fue? —pregunté, contemplándolo de cerca. Confiaba en Romero, razón por la cual le permitía estar solo con Aria, pero seguía siendo un hombre y ella era una mujer demasiado hermosa para las palabras.

—Estuvo arriba la mayor parte del tiempo. —Vaciló.

—¿Qué?

—Creo que lloró, pero no fui a comprobarlo.

Di un asentimiento conciso.

—Matteo está de camino a la Esfera. ¿Por qué no te unes a él?

Romero miró su reloj.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

—Mi madre y mis hermanas me esperan para cenar. Se ofenderán si lo cancelo.

Cuando Romero se fue, subí las escaleras. La puerta del dormitorio estaba entreabierta, y decidí entrar. Aria salió del baño, vestida con una fluida falda blanca y una blusa sin mangas rosa con tacones altos y rosas. Un toque de color. Entonces mis ojos registraron sus ojos rojos y la foto de su familia en la mesita de noche más lejos de la puerta.

—No estaba segura de cuál era tu lado. Puedo moverme a la otra mesita de noche si quieres —dijo ella, señalando la cama.

En realidad, no tenía un lado en el que durmiera, porque siempre dormía solo. Tenía la cama entera.

—No, está bien —dije. El lado más alejado de la puerta era una buena elección ya que eso significaba que estaría entre ella y un posible atacante entrando por la puerta, incluso si era casi imposible conseguir entrar al ático sin mi permiso. Ni siquiera una tortura me obligaría a ceder el código de seguridad.

—¿La reunión fue bien? —preguntó Aria, revoloteando a unos pasos de mí.

—No hablemos de ello. Estoy hambriento. —Extendí la mano, deseando que la distancia entre nosotros se fuera.

Aria puso su mano en la mía, y cerré mis dedos alrededor de los suyos, maravillándome de lo pequeña que era en comparación con la mía. La guie hacia el garaje subterráneo en silencio. Mi mente seguía desviándose hacia padre y su falta de interés a la hora de luchar contra la Bratva. Consideraba superior a la Familia y a la mafia italiana en sí, y ni siquiera consideraba que la Bratva podía vencernos en nuestro propio juego. Era un ciego, y un día nos costaría partes de nuestro territorio. La tregua con la Organización no cambiaría eso.

Miré hacia Aria, la mujer que estaba destinada a traer la paz. Parecía extraño que ella pudiera haber sido mi enemiga si nuestros padres no hubieran arreglado nuestro matrimonio.

Aria notó mi mirada y se volvió hacia mí.

—Luces genial —comenté. Genial ni siquiera comenzaba a cubrirlo. Aria era increíblemente hermosa.

Me dio una sonrisa pequeña.

—Gracias.

Estacioné mi auto en un área de estacionamiento cerrado que siempre usaba cuando estaba en el área. En nuestro camino al restaurante coreano que había elegido para la cita, capté la mirada de los hombres, capté su admiración y asombro cuando vieron a Aria. Mi esposa. Mía. La mirada que les di hizo que sus ojos se movieran a otro lado rápidamente.

La sorpresa cruzó el rostro de Aria cuando la llevé al restaurante. Matteo y yo disfrutábamos de la comida asiática y había descubierto el lugar debido a unos negocios hace un par de años.

Uno de los camareros se acercó a nosotros de inmediato y nos llevó a una mesa vacía en la parte de atrás. El lugar no era lujoso. No había mantel blanco de seda ni servilletas de lujo. En cambio, había mesas estrechas y apenas espacio entre ellas.

Pedí un lychee-martini, una de sus bebidas exclusivas, mientras Aria escaneaba el menú de las bebidas con las cejas fruncidas.

—Pediré lo mismo —dijo eventualmente, viéndose un poco abrumada y todavía aturrida por mi elección de restaurante.

—Te ves sorprendida —dije cuando el camarero se había ido.

—No pensé que te decantaras por la comida asiática, teniendo en cuenta *todo*.

—Este restaurante es el mejor restaurante asiático de la ciudad y no pertenece a una *cadena* asiática. Es independiente. —La Tríada no había sido tan fuerte en los últimos años. Habían centrado sus fuerzas en la Costa Oeste, cosa que me venía muy bien.

—¿Hay restaurantes independientes en Nueva York? —preguntó Aria, sorprendida.

—Algunos, pero ahora mismo estamos en negociaciones. —O nos pagaban a nosotros por protección o lo hacían a los rusos.

Realmente no había otra opción.

Aria resopló, sus ojos ocupados explorando el menú.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté cuando se hizo evidente que estaba abrumada por las opciones.

Aria me dio una sonrisa avergonzada.

—Sí, nunca he probado comida coreana.

LUCA VITIELLO

Lo había sospechado. Scuderi no me parecía un hombre que se aventurara a salir de su zona de confort muy a menudo.

—El tofú suave marinado y el bulgogi de ternera son deliciosos.

Los ojos de Aria se abrieron por completo.

—¿Comes *tofu*?

—Si está preparado así, entonces sí.

Aria me contempló como si me viera bajo una luz diferente. Tal vez finalmente dejaría de estremecerse cada vez que estuviese cerca.

—Solo pide lo que creas que es lo mejor. Como de todo, excepto hígado — dijo Aria, cerrando su menú.

Me alegré de que no fuera una de esas mujeres cuya lista de cosas que no comían era más larga que la lista de cosas que sí lo hacían.

—Me gustan las mujeres que comen más que ensaladas.

Cuando el camarero se detuvo en nuestra mesa, ordené para los dos mientras Aria batallaba contra los palillos.

—¿Nunca antes has utilizado palillos? —pregunté una vez que el camarero se fue. Tuve que sofocar una carcajada ante la mirada de profunda concentración en el rostro de Aria.

—Mis padres solo nos llevaban a su restaurante italiano favorito y no se me permitía mucho ir sola a ningún sitio.

Por supuesto que no. Rocco Scuderi me había mantenido informado sobre el estado de las cosas.

—Ahora puedes ir a donde quieras.

Aria levantó sus cejas rubias.

—¿De verdad? ¿Sola?

Me incliné hacia delante de modo que la gente en la mesa vecina no me escuchara.

—Con Romero o conmigo, o Cesare cuando Romero no esté disponible.

Me di cuenta que Aria no estaba feliz por eso, pero en serio no podía haber esperado que la dejara vagar por ahí sin protección. Decidiendo distraerla, levanté mis propios palillos.

LUCA VITIELLO

—Ven, deja que te enseñe. —Le mostré a Aria cómo abrirlos y cerrarlos.

Mordiéndose el labio de una manera muy distractora, intentó imitar los movimientos, otra vez con una mirada de absoluta concentración en su rostro.

—Con razón las neoyorquinas están tan delgadas si comen todo el tiempo así.

—Eres más hermosa que todas ellas —dije sin vacilar.

Aria levantó la vista de inmediato como si no estuviera segura si estaba hablando en serio. Era la mirada más larga que le hubiera dado a mis ojos, y me pregunté qué estaba intentando encontrar. Estaba pisando la línea, tratando de hacerla sentir cómoda y siendo bueno con ella sin hacerla desear algo tan ridículo como el amor.

Aria había sido completamente protegida; incluso si conociera las reglas de nuestro mundo y qué tipo de hombre era. Su ingenuidad e inocencia aún la harían esperar algo que nunca sucedería.

Tomé un trozo de la carne bulgogi y se lo tendí a Aria. La sorpresa brilló en su rostro. Levanté mis cejas en desafío. Ella separó sus labios, y entonces los cerró lentamente alrededor de los palillos, casi gemí. ¿Se daba cuenta de qué clase de imágenes creaba en mi mente?

—Delicioso —dijo ella, sonriendo dulcemente.

Ver su inocente alegría por algo tan simple como comer comida coreana me llenó con una apreciación nueva.

124



Aria se puso tensa al momento en que regresamos a nuestro apartamento y desapareció en el baño rápidamente. Me pasé una mano por el cabello mientras mis ojos descansaban en la cama. Esta sería nuestra primera noche en nuestro apartamento, en esta cama.

Ver a Aria divertirse durante la cena había reavivado mi deseo por ella. Era difícil leerla. ¿Por qué estaba tan tensa?

La puerta del baño se abrió y Aria salió con un largo camisón azul oscuro que contrastaba hermosamente con su cabello dorado y su piel pálida. Mis ojos quedaron atraídos a la hendidura mostrando una pequeña pizca de su suave muslo.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

Desafortunadamente, Aria tenía el aspecto de un venado frente a los faros. Pasé junto a ella en dirección al baño, necesitando refrescarme. Me salpiqué un poco de agua fría en el rostro. Mi cuerpo palpitaba con las ganas de reclamar a la mujer en mi habitación. Nunca había tenido que contenerme, nunca quise hacerlo, pero Aria lo necesitaba. Mierda. Mirando hacia la erección en mis calzoncillos, me aparté del lavabo.

Aria era mi esposa. No debería seguir siendo virgen. Tal vez esta noche estaba lista. Tal vez solo había estado aterrorizada por la presión en nuestra noche de bodas.

¿No tenía curiosidad? Recordaba lo jodidamente ansioso que había estado antes de mi primera vez a pesar de mis nervios.

Cuando salí del baño, encontré a Aria frente a las ventanas panorámicas, de espaldas a mí, mirando hacia el horizonte.

Avancé hacia ella, notando la forma en que su cuerpo se tensó. Se puso peor cuando la alcancé. Su obvio nerviosismo me hizo apretar mis dientes al límite, porque no sabía cómo tranquilizarla.

Las palabras de consuelo o tranquilidad no eran realmente mi jodida fortaleza. Mi primer instinto era darle una orden para que dejara de tensarse, pero eso no habría ido bien.

Me estiré a ella y se puso aún más rígida, como si pensara que la agarraría y empujaría hacia arriba su camisón y la follaría justo contra esa puta ventana; que era lo que quería hacer, pero nunca haría, a menos que ella quisiera que lo hiciera. Apoyé mis nudillos sobre su suave piel y los corrí ligeramente por su columna vertebral, intentando mostrarle que iba a contenerme por ella, que tendría cuidado con ella.

Aparte de la piel de gallina erizando su piel, no reaccionó de otra forma. Obviamente no actuaría bajo su propia cuenta. No tenía problemas para dirigir; el problema era que mi estilo de liderazgo generalmente no era para mujeres sensibles, y Aria era frágil.

Extendí mi mano hacia ella, sabiendo que seguiría mi orden silenciosa porque había sido educada para obedecer. Al final se volvió hacia mí, pero su mirada se posó en la cicatriz de mi palma, la cual trazó con sus dedos. Mi piel hormigueó por el toque casi inexistente. Era extraño ser tratado con cuidado.

—¿Eso es por el juramento de sangre? —preguntó y alzó la vista, finalmente, encontrando mi mirada. A menudo desviaba sus ojos, y no estaba seguro si era por

LUCA VITIELLO

mi reputación o si su educación le había enseñado a mantener la mirada baja. Era algo que quería que se fuera lo antes posible.

—No, es esta —dije, mostrándole la cicatriz en mi otra mano. Era mucho más pequeña que la que Aria seguía tocando—. Esa ocurrió en una pelea. Tuve que prevenir el ataque de una navaja con mi mano.

Los ojos de Aria se ensancharon, sus labios separándose debido a la sorpresa. Necesitaba besar esa boca. Envolviendo mis dedos alrededor de su muñeca, la conduje hacia la cama. Ella me siguió obedientemente, aunque podía sentir su pulso corriendo en sus venas con miedo. Decidí ignorarlo por ahora, porque tenía la sensación de que ella seguiría siendo virgen dentro de un año si esperaba a que se relajara a mi alrededor.

La atraje hacia la cama donde me hundí y la coloqué entre mis piernas. La besé, disfrutando de su sabor, la forma en que se adaptaba a mis exigencias. Me dejé caer y la llevé conmigo, mi beso cada vez más duro, más exigente. La sensación del cuerpo de Aria sobre el mío despertó mi polla. Tracé su cintura, su caja torácica, y acuné su pecho. Esa ropa tenía que irse. Necesitaba sentir su piel. Su calor, su olor, eran como una droga para mí. Besé su garganta y oreja.

—Nunca he querido follar a una mujer tanto como he querido follarte a ti en este momento —jadeé.

126

Aria se puso rígida y volvió su rostro cuando intenté besarla nuevamente. Intentó sentarse. Por un momento, consideré apretar mi agarre, pero luego la solté, confundido por su cambio de humor. Había estado inmersa en nuestro beso. Apuesto a que estaba mojada por mi toque. ¿Por qué se retiraba?

—No quiero esto —dijo, sonando de hecho disgustada, y la expresión de su rostro me hizo sentir como mi maldito padre.

La ira surgió a través de mí. Si pensaba que este era un maldito juego, sería mejor que lo pensara de nuevo. Se deslizó de mi agarre y se metió debajo de las sábanas. No me lo podía creer. Nunca antes había sido rechazado por una mujer, mucho menos dos veces, y definitivamente no por mi propia esposa.

Apagué las luces, sofocando mi frustración. No me harían el tonto. Si Aria no tenía intención en convertir esto en un matrimonio real, que así sea. Nunca había querido casarme, y si ella prefería mantener su distancia, podría mantenerme entretenido. No necesitaba que este matrimonio funcione. De todos modos, era solo por las apariencias.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Esperé a que se durmiera antes de salir de la cama. Habría sido una falta de respeto dejarla mientras estaba despierta. Era un código de honor silencioso que los maridos intentaban mantener lejos de sus esposas, incluso si ellas preferían que buscaran a otras mujeres.

Agarré mi celular y algo de ropa antes de bajar las escaleras. La expresión de Aria, llena de disgusto y ansiedad, siguió apareciendo en mi mente, haciéndome sentir como mi padre. Eso era lo último que quería ser.

Mis días buscando mujeres en los clubes habían terminado, y no podía arriesgarme a que la prensa me atrape. Envíe un mensaje de texto a Grace, incluso si estaba empezando a cansarme de ella.

En mi apartamento. Treinta minutos.

Tendría que darse prisa para llegar allí a tiempo. Salí del ático, cerrándolo para que Aria estuviera a salvo, y conduje hasta el apartamento donde Grace y yo nos reuníamos para follar. Mi enojo por el rechazo de Aria se convirtió en ira hacia Grace, porque sabía que ella le había dicho algo a Aria el día de nuestra boda. ¿Era por eso que no podía soportar mi maldito toque?

Grace llegó casi a tiempo, un poco sin aliento, pero como de costumbre con una gruesa capa de maquillaje. O se acostaba con esa mierda en la cara o se había apresurado a ponérsela para poder encontrarse conmigo.

—Llegas dos minutos tarde —dije fríamente.

Ella se sonrojó.

—Lo siento mucho, Luca. Vine tan rápido como pude. —Se quitó el abrigo, revelando unas ligas, una mini falda y un sujetador donde asomaban sus pezones. Por lo general, esa vista me excitaba, y me estaba poniendo duro, pero por alguna razón se sintió diferente, lo que jodidamente me cabreó. Si no podía disfrutar de mi esposa, al menos quería disfrutar de otras mujeres, pero incluso eso parecía imposible ahora que estaba con Aria. Mierda.

Me concentré en mi ira, en el monstruo dentro de mí.

—No espero a nadie. —Me alejé de la pared, pero Grace se paró frente a mí rápidamente, tocando mi pecho. Estreché mis ojos hacia ella.

—Voy a compensártelo. Te daré cualquier cosa que necesites. Mi coño está goteando por tu polla, Luca.

LUCA VITIELLO

Me agarró a través de mis pantalones y apretó fuerte. Mi polla se sacudió. No me había acostado con una mujer en dos semanas. Ese era el período de sequía más largo que había sufrido desde que tenía trece años. Todo por Aria.

Maldición.

—Sabía que ese coño virgen no podría mantenerte entretenido.

Agarré el cuello de Grace con fuerza y acerqué nuestros rostros.

—No vuelvas a mencionar a mi esposa, ¿entendido? Y no creas que no sé qué hablaste con ella el día de nuestra boda.

Grace hizo una mueca de dolor, pero mi rudeza la excitó. Sus pezones se fruncieron, y sus labios se separaron. Solo tenía que sacar la jodida ira de mi sistema, el maldito deseo por Aria.

—Ponte de rodillas. Me voy a follar tu boca.

Grace se estremeció y se arrodilló ante mí. Abrí mi cremallera, agarré su cabello y guie su boca a mi polla. Me follé sus labios con fuerza y rapidez, y hundiéndome profundamente. Ella gimió alrededor de mi polla unas cuantas veces. Me aparté, de repente, incapaz de soportar sus gemidos, el sonido húmedo de sus labios golpeando alrededor de mi polla.

Se puso de pie con una sonrisa.

—Condón —ordené. No tenía ninguno conmigo. Les había dado todo a Matteo poco antes de mi boda porque asumí que no los volvería a necesitar. Porque asumí que mi esposa querría mi toque y no me miraría como Nina miraba a mi maldito padre.

La mera idea de que yo pudiera ser como él, que Aria pudiera pensar que era así, me volvía loco.

Grace sacudió la cabeza.

—No lo necesitamos —dijo con una sonrisa seductora—. Estoy tomando la píldora, y nunca fui sin nada con ninguno de los otros hombres con los que estuve.

Mi labio se curvó. ¿En serio pensaba que me la follaría sin condón? Maldición, no confiaba en ella ni un poco. En su mente retorcida, probablemente pensaba que, si quedaba embarazada, realmente me quedaría con ella.

—No voy sin nada, Grace.

Ella hizo un puchero.

LUCA VITIELLO

—Apuesto a que lo haces con tu esposa.

Me puse rígido. Sacudiendo mi cabeza, alcancé mis pantalones.

—Te lo advertí.

—¡Luca, espera! —gritó, agarrando mi mano—. Ven. No seas así. Fóllame. Te necesito. Tengo un condón en mi bolso.

Quitándomela de encima, la dejé parada desnuda en la habitación. Mierda. ¿Por qué tenía que seguir mencionando a Aria? ¿Y por qué carajo me importaba? Aria no quería que esto fuera un matrimonio real. Ella ni siquiera podía aguantar mi jodida cercanía.



Cuando volví a casa, me fui directamente a la ducha, sin mirar siquiera a mi esposa dormida, y me limpié debajo del caliente rocío. Volver a la cama con Aria después de lo que había hecho, se sintió... mal. Me arrastré a través de la oscuridad, pero incluso en la tenue luz podía distinguir el halo dorado de su cabello en la almohada. Ella se volvió hacia mi lado.

129

Me deslicé con cuidado en la cama. Aria no se movió. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguí su rostro y su hombro desnudo. Su dulce aroma floral se deslizó por mi nariz y de repente sentí la necesidad de ducharme otra vez. Mierda. Nunca quise casarme, nunca quise una mujer a mi lado, en mi vida. Pero ahora tenía una esposa, una esposa que no quería mi toque cuando todo lo que podía hacer era pensar en tocarla.

Me di la vuelta, dándole la espalda. No estaba seguro de lo que esperaba Aria, pero sabía que no lo conseguiría. Y al mismo tiempo, obviamente estaba decidida a no darme lo que quería.

A la mañana siguiente, salí temprano de la cama, sin querer enfrentar a mi esposa. No me preocupaba que ella se diera cuenta en dónde había estado; Aria no tenía experiencia con los hombres, de modo que no podría relacionar mi comportamiento con mi visita nocturna, pero desconfiaba de estar en su presencia porque, incluso sin tener que mirarla, mi puta conciencia ya me estaba dando problemas. Antes de Aria, había estado convencido de que no había tenido una para empezar.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Nunca me había sentido así, y ni siquiera tenía sentido. Aria no quería este matrimonio. Había sido obligada a hacer esto y dejó perfectamente claro lo poco dispuesta que estaba.

BOOKZINGA FORO

130



CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

DIEZ

Me sentía como un intruso en mi propio ático. Intentar evadir a Aria era casi imposible. Adondequiera que fuera, su olor parecía persistir. Me estaba cansando de tener que andar de puntillas por el maldito apartamento, de no saber manejar a la mujer delante de mí. Mi reacción con cualquier otra persona habría sido la dureza, tal vez incluso una amenaza o violencia. Mi padre nunca había caminado sobre cáscaras de huevo alrededor de sus esposas. Las había roto hasta que ellas anticiparan cada una de sus demandas antes de siquiera pronunciar una palabra. Mis ojos siguieron a mi esposa a medida que se hundía en el sofá con un libro. Mantenía su distancia de mí, y yo también, pero maldita sea, no podía dejar de mirarla.

—Tengo trabajo que hacer todo el día —le informé. Como si a ella le importara una mierda.

—Está bien —dijo simplemente.

Sofocando mi frustración, me di la vuelta y me dirigí hacia el ascensor. Romero me había enviado un mensaje indicando que ya estaba casi allí. La puerta se abrió en el piso de Matteo y él se unió.

—¿Aún sin suerte?

Lo fulminé con el ceño fruncido, sabiendo exactamente lo que quería decir.

—No. No puede ni soportar mi toque.

Matteo me contempló con curiosidad.

—Tal vez solo estás intentando el enfoque equivocado.

—¿Y qué tipo de enfoque sugieres? —gruñí.

Se encogió de hombros.

—No conozco a tu esposa lo suficiente como para decirte qué tipo de enfoque requiere ella. Tal vez deberías preguntarle a Romero, después de todo, él pasa más tiempo con ella que tú. —Matteo sonrió desafiante.

—Jódete.

LUCA VITIELLO

Cuando entramos en el garaje subterráneo, casi me topé con Romero, que estaba a punto de tomar el ascensor hasta el ático.

—Luca, Matteo —dijo con un pequeño asentimiento.

—Estaré fuera todo el día para comprobar el laboratorio de drogas que reportó camiones de reparto sospechosos en sus calles y no regresaré hasta la medianoche. Mantén a Aria ocupada.

—Sí, mantenla ocupada —dijo Matteo, sacudiendo las cejas.

Casi lo golpeo. Hoy estaba presionando todos mis botones.

Romero nos contempló con curiosidad.

—Últimamente sales mucho.

Así era, cuando debería estar pasando cada segundo follando a mi hermosa esposa.

—Está ocupado follándose a su puta, Grace —dijo Matteo.

La desaprobación cruzó el rostro de Romero antes de que pudiera ocultarlo.

—Aria es una buena mujer.

—Es mi mujer y no es asunto tuyo, Romero —gruñí—. Asegúrate de cuidarla y mantenerla entretenida. —Me acerqué a él—. Y ni una palabra sobre Grace con ella.

Romero asintió con fuerza y entró en el ascensor sin otra palabra.

Matteo rio entre dientes a medida que me seguía hacia mi auto. Su moto estacionada justo al lado.

—Sabes cómo hacer que la gente te odie. Aria, Romero...

—Me importa una mierda si me odian, siempre y cuando lo hagan lo que digo. Ambos están unidos a mí para siempre por sus putos votos.

Matteo montó su moto. Me subí a mi auto antes de que pudiera decir algo más para volverme loco.



Más tarde ese día recibí un mensaje de mi padre.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Matteo me lanzó una mirada inquisitiva.

—Parece que te tragaste una píldora amarga.

—Padre quiere vernos.

Matteo hizo una mueca.

—¿Otra vez?

—Ven. Vayamos allí. Quiero terminar con esto lo antes posible.

Cuando llegamos frente a la mansión en el Upper West Side donde Matteo y yo habíamos crecido, mis entrañas se tensaron como siempre lo hacían. Odiaba este maldito lugar, odiaba los recuerdos conectados a él. Desde el exterior era blanca, pero solo albergaba oscuridad. La luz no había sido parte de nuestra infancia, o nuestro presente.

Matteo ya estaba esperando en la parte inferior de las escaleras conduciendo a las puertas dobles. Siempre era más rápido en su moto. Su expresión reflejaba la misma aprensión que yo sentía.

No dijimos nada mientras subíamos las escaleras. La cámara giró hacia nosotros. Tecleé el código que apagaría el sistema de alarma y abrí la puerta. Los guardias ya habrían visto nuestros rostros y se habrían quedado en sus habitaciones en la parte trasera de la casa. Matteo y yo nos congelamos en el vestíbulo cuando escuchamos el grito de Nina.

—Lo siento, Salvatore. Por favor... —gritó de nuevo.

Mi mano se curvó en un puño apretado.

—¡Padre, estamos aquí!

Matteo negó con la cabeza, apretando los labios.

—Deberíamos matarlo —susurró—. Eres un mejor Capo. Eres mejor todo.

—Shhh —gruñí. Matteo había hablado en voz baja, pero padre estaba paranoico. No me extrañaría que el anciano tuviera micrófonos escondidos en algún lugar para así poder escuchar todo lo que pasaba en su casa. No había nada que quisiera más que matar a mi padre, pero la Famiglia jamás aceptaría el parricidio.

Padre apareció en el rellano, solo usando una bata de baño. Ni siquiera se molestó en cerrarla, y tuve que evitar hacer una mueca de disgusto. Estaba cubierto de sangre y todavía lucía una maldita erección de lo que fuera que le hubiera estado

LUCA VITIELLO

haciendo a Nina. Sus ojos fríos se posaron en Matteo y en mí, y su boca dibujó una sonrisa espeluznantemente benévola.

—Hijos, que bueno verlos.

Sabía que estaba intentando obtener una reacción de nosotros, desafiándonos a apartar la vista de su repugnante y vieja polla. Pero Matteo y yo éramos sus hijos. Habíamos visto y hecho tantas cosas horribles. De ninguna jodida forma mostraríamos debilidad frente a ese bastardo.

—Nos llamaste —dije simplemente. Matteo se quedó en silencio, lo cual era lo mejor.

Mi padre contempló a mi hermano y supe que lo estaba desafiando a decir algo. Mis músculos se tensaron.

Tenía al menos seis guardias en la parte trasera de la casa. Si Matteo perdía la cabeza yuviéramos que matar a nuestro padre y sus hombres, sería desagradable. Afortunadamente, Matteo le dio una sonrisa tensa. Era jodidamente falsa, pero padre no lo sabría.

Su sonrisa satisfecha se amplió.

—Tengo algunos asuntos que discutir con ustedes. Me iré a duchar y vestir. Comprueben a Nina y vean si todavía está respirando.

134

Di un asentimiento conciso. Satisfecho con nuestra obediencia, padre se volvió y se dirigió a su dormitorio.

Matteo se encontró con mi mirada, y la mirada en sus ojos me preocupó.

—Vamos a ver cómo está Nina —le dije con firmeza.

Sin decir una palabra, nos dirigimos escaleras arriba y hacia el dormitorio donde dormía Nina. Padre no compartía cama con ella; solo la buscaba cuando quería follar o cuando tenían eventos sociales a los cuales asistir.

La puerta estaba entreabierta. Respiré hondo, y la abrí con la esperanza de no tener que deshacerme de un cuerpo o inventar una historia demente sobre cómo había muerto Nina para que así pudiéramos enterrarla públicamente.

Un suave sollozo provino desde adentro. Mis ojos se posaron en la cama donde estaba atada Nina, con las extremidades abiertas de par en par.

Estaba magullada, sangrienta y desnuda.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Mierda —murmuró Matteo. No era la primera vez que padre hacía algo así. Saqué mi cuchillo, y también Matteo. Nina gimió cuando corté las ataduras alrededor de sus tobillos mientras Matteo liberaba sus brazos. Intentó sentarse, pero debe haber estado atada por un tiempo y no pudo.

Alcancé el vestido de satén descartado en el suelo y lo coloqué sobre ella antes de sentarla. Me agaché de modo que estuviera al nivel de los ojos con ella.

—¿Por qué no huyes?

Nina miró hacia Matteo.

—Te enviaría a buscarme. —Matteo era el mejor cazador de la Famiglia. Había cazado a algunos traidores.

—Matteo no te encontraría —murmuré.

—No puedo —dijo con firmeza—. ¿A dónde iría? ¿Qué haría? Este es mi mundo.

Me endrecé. Nina toleraba el sadismo de mi padre porque amaba el lujo y el dinero que él podía ofrecerle. No lo entendía, y no tenía la paciencia para intentarlo.

Resonaron unos pasos y me moví hacia atrás. Padre apareció en la puerta, vestido con un traje oscuro y una camisa de cuello alto.

—Salvatore. —Nina sonrió sumisamente.

Padre ni la miró, solo a mí y a Matteo.

—¿Por qué no se aprovechan de ella? No me importa compartirla con mis hijos.

Él nos la había ofrecido antes. No estaba seguro si era otra forma de probarnos y si en realidad nos dejaría tocar lo que era suyo. El odio me llenó. No podía entender el razonamiento de mi padre. Era un monstruo asqueroso. En lugar de protegerla, la trataba como una mierda. Jamás lastimaría a Aria de esa manera, mucho menos permitiría que alguien la vea desnuda, o, Dios no lo permita, la toque. Mataría a cualquiera que pensara que tenía derecho a mi mujer. Ella nunca tendría que someterse a nadie más que a mí.

—Ya Luca tiene a su joven esposa. ¿Por qué me querría? —dijo Nina rápidamente, como si realmente pensara que lo consideraría. No lo había hecho la última vez, y no lo haría ahora. Ya era bastante malo que tuviera que soportar el toque de padre; no la rompería más de lo que estaba—. Es tan tímida y pequeña. Solo puedo imaginar lo divertido que es romperla, ¿no? —dijo Nina como si

necesitara que otras mujeres sufrieran de modo que su propio sufrimiento se tornara más llevadero.

La odiaba y la compadecía igualmente.

—¿Qué hay de ti, Matteo? —preguntó padre.

—Prefiero a mis mujeres jóvenes, y más bonitas —soltó. Era una mentira. Nina no era mucho mayor que las mujeres con las que ambos nos metíamos a nuestras camas, y era hermosa con su largo cabello castaño y su figura esbelta.

Padre se encogió de hombros, y entonces, finalmente se volvió hacia su esposa, que ya se había puesto la bata de baño.

—Llévate a uno de los guardias y cómprate unos zapatos y vestidos nuevos. —Ella sonrió y asintió—. Pero ponte maquillaje, te ves como una mierda —agregó.

Giré sobre mis talones y salí de la habitación, sin importarme ni mierda si padre todavía me quería allí. Matteo me siguió de cerca, sus ojos ardiendo de rabia. La misma rabia que sentía. Tal vez simplemente deberíamos matarlo. Matarlo hoy mismo, e intentar que parezca que alguien más lo había hecho. Nadie estaría triste de verlo desaparecer. Ni una jodida alma.

—A mi oficina —ordenó padre cuando nos siguió.

Se tomó su tiempo para sentarse y recostarse en la silla de su oficina, contemplándonos a Matteo y a mí.

—¿Todavía estás satisfecho con tu esposa? —preguntó padre con la boca crispada en desprecio.

La satisfacción no había sido parte de mi matrimonio hasta ahora, pero eso era algo que padre no podía descubrir.

Sonreí.

—Así es. Como dijiste, Aria es más hermosa que cualquier otra mujer que haya visto.

—Lo es —dijo padre con voz extraña, y mis vellos se erizaron.

Matteo lo miró y luego a mí, y sus ojos me enviaron un mensaje claro. Me apoyaría. Degollaría al bastardo si daba la señal. Y lo consideré seriamente, porque lo odiaba por lo que le había hecho a madre, por lo que le hizo a Nina y todas las demás mujeres, lo odiaba por cómo había arruinado nuestra infancia y todavía arruinaba nuestras vidas tanto como podía, pero justo en este segundo lo odiaba aún más por la puta nota codiciosa que había tomado su voz cuando habló de Aria.

LUCA VITIELLO

Padre entrecerró los ojos. Sabía que no había sido lo suficientemente rápido para ocultar mi posesividad, y mucho menos mis pensamientos asesinos. Mis músculos se tensaron, intentando considerar la mejor manera de matarlo... disparar a la cámara en la esquina y luego matar a los guardias antes de que pudieran pedir refuerzos. Sabía que padre era odiado entre nuestros hombres, pero incluso el respeto que me brindaban no sería suficiente para hacerme Capo, al menos no de una Famiglia unida. Estaríamos divididos en dos entre los hombres que eran leales a mi padre, o fingían serlo porque les convenía más, y mis partidarios. Sería el fin de la Famiglia. La Organización usaría nuestro momento de debilidad para atacar, con tregua o sin ella. La Famiglia era mi futuro, mi puto derecho de nacimiento.

Me obligué a relajarme. Lo mataría otro día, cuando descubriera una manera de hacerlo sin que la gente se enterara. Padre sonrió.

—¿Disfrutas rompiéndola?

Lo miré directamente a los ojos, mi sonrisa tornándose áspera.

—No voy a hablar de mi esposa, padre. Es mía y lo que sea que pase entre ella y yo es solo para mi conocimiento. No compartiré ni un maldito recuerdo con nadie. Solo mía.

Padre rio entre dientes, pero luego se puso serio.

—Bien, bien. Siempre y cuando no confundas tu propiedad sobre ella con otra cosa. No dejes que un coño te guíe por tu polla. Las mujeres son buenas solo para tres cosas. —Esperó a que recitara cuáles eran.

Mis manos ansiaban tomar mi arma, o mejor aún mi cuchillo. Esta matanza tendría que ser personal. Quería que su sangre cayera sobre mis dedos, quería su último aliento contra mi piel. Quería arrancarle las entrañas una tras otra mientras él observaba.

—Follar, chupar y exhibirse —espeté entre dientes.

Padre carcajeó.

—¿Supongo que no nos llamaste para que pudiéramos desatar a Nina por ti?
—preguntó Matteo con las cejas enarcadas.

Le envié una mirada fulminante.

Padre entrecerró los ojos.

—No. La Famiglia en Sicilia está luchando. La Camorra de allí es mucho más fuerte que en los Estados Unidos.

LUCA VITIELLO

Ese era un tema más seguro que el de las mujeres, pero mi ira aún hervía bajo mi piel.



Aria estaba contenta ignorándome. Nunca buscaba mi cercanía y dormía profundamente a mi lado en las noches mientras yo no podía dejar de mirarla y preguntarme por qué me miraba como si fuera mi padre cuando juré tratarla bien.

Mierda. Me estaba convirtiendo en un puto marica.

Habían pasado dos días desde mi último encuentro con Grace, pero hoy volví a encontrarme con ella, y no esperé mucho. Grace no me miró con disgusto. Con ella, no me sentía como el sádico bastardo de mi padre, incluso cuando ella no era la mujer que quería.

A los pocos minutos de su llegada, la había empujado a cuatro patas en la cama y la estaba follando por detrás.

Mi mente seguía dirigiéndose a Aria con cada embestida. Empujé a Grace más debajo de modo que solo viera su cabello; rubio pero muy diferente del dorado de mi esposa. Intenté imaginar que era Aria, intenté imaginar su aroma a flores, pero el dulce perfume de Grace atacó mi nariz y sus gemidos siguieron distrayéndome.

Mi agarre en sus caderas se apretó aún más y empujé más fuerte en ella, pero en realidad podía sentirme ablandándome ante su jodida vista. Eso nunca había sucedido, con nadie.

Cerré los ojos para así no tener que ver a la mujer que estaba delante de mí, y en su lugar se formó una imagen de la mujer que realmente quería ante mi ojo interior.

—¡Sí! ¡Más duro! —gritó Grace, y casi le gruñí que se calle. En cambio, apreté mi agarre en sus caderas y embestí enfurecido contra ella, la ira consumiendo mis venas. ¿Qué mierda estaba haciendo?

—Dios, sí —gimió ella.

Una tabla crujió. La tensión se disparó a través de mí un segundo antes de alcanzar mi arma en la cama junto a mí y abrí los ojos, esperando que un maldito ruso intentara atraparme por sorpresa. Maldita sea. Aria me devolvió la mirada con los ojos completamente abiertos y horrorizados. La conmoción me inundó y me

LUCA VITIELLO

quedé inmóvil. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? ¿Cómo había encontrado este lugar? Jamás había querido una emboscada de la Bratva más que ahora. Cualquier cosa era mejor que la mirada herida en el rostro de mi esposa.

—¿Qué pasa, Luca? —Grace empujó su trasero hacia atrás, hundiendo mi polla en su interior, pero ya estaba flácido. Aria todavía no se había movido, y yo tampoco. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas, y mi pecho se apretó incómodamente. Jamás debería haber visto esto.

Antes de que pudiera decidir qué hacer o decir, ella se giró y comenzó a correr.

—¡Mierda! —gruñí.

Alejé a Grace cuando ella intentó alcanzarme.

—Deja que se vaya.

Me subí los pantalones, jodidamente contento de que casi nunca me desnudaba cuando me follaba a Grace. Comencé a perseguir a Aria con mi camisa aún desabotonada y mi cremallera abierta, sin importarme una mierda si alguien veía. Aria desapareció en el ascensor y, antes de que pudiera alcanzarlo, las puertas se cerraron y comenzó a descender.

Maldición. Tomé las escaleras, intentando abotonarme la camisa. No podía salir en público medio desnudo. Ese era un artículo del periódico que no quería tener que explicarle a mi maldito padre.

Salí precipitadamente del edificio, y alcancé a ver a Romero corriendo detrás de Aria, que se apresuraba a bajar los escalones hacia el metro. Corrí tras ellos. Mierda. Necesitaba alcanzarla, necesitaba evitar que hiciera algo estúpido, necesitaba explicarme. A la mierda todo. La gente saltó fuera de mi camino con los ojos abiertos en shock.

Me detuve bruscamente en la plataforma justo cuando las puertas se cerraron. Romero estaba a unos pasos por delante, pero él tampoco había logrado abordar el metro.

Vi desaparecer el metro con Aria en él. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, no solo por la carrera, sino también por la preocupación por mi esposa. Mi esposa llorando, herida.

—¡Maldición! —gruñí.

Romero se volvió hacia mí, jadeando.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Lo siento, Luca. No sé cómo se enteró. Me engañó y se escabulló.

Estaba demasiado preocupado por Aria para cabrearme con Romero por dejarla escapar.

Busqué a tientas mi celular y me lo llevé a la oreja, llamando a Matteo.

—Pensé que estabas follándote a Grace —fue lo primero que salió de su boca. En el fondo, podía oír a unas mujeres riendo.

—Necesito tu ayuda. Aria me atrapó, y ahora está desaparecida. Tenemos que atraparla antes de que algo le pase.

—¿Dónde estás?

Le dije a dónde íbamos, luego colgué y llamé a Cesare. Romero ya estaba revisando las paradas del metro en su teléfono.

—¿Por dónde deberíamos empezar? —preguntó.

Respiré hondo, intentando anticipar el próximo movimiento de Aria, pero no conocía a mi esposa lo suficiente como para adivinar a dónde iría, y ella no estaba lo suficientemente familiarizada con Nueva York para tener lugares favoritos.

—Quiero que vuelvas al ático en caso de que ella regrese allí.

140

Romero abrió la boca como para protestar, pero le envié una mirada de advertencia. Lo había jodido, no tan mal como yo, no tanto como yo, pero, aun así.

Volví a mi auto y conduje hasta la primera parada del metro. Dudaba que Aria se hubiera bajado ahí, pero no sabía dónde podía estar.

Matteo se detuvo a mi lado en su moto y abrió el visor de su casco.

—¿Alguna pista de a dónde podría ir? —Negué con la cabeza—. ¿Te das cuenta que tu camisa está mal abotonada?

Ignoré su comentario. ¿Dónde podría estar Aria? Era responsable y consciente de los riesgos de nuestro mundo. Se quedaría en un lugar público, probablemente en algún lugar de Manhattan o tal vez en Brooklyn, pero eso dejaba un millón de opciones. Cerré los ojos brevemente. Si algo le pasaba...

—¿Luca?

Miré a Matteo, que me fruncía el ceño.

—La encontraremos. Aria no va a huir. Ella regresará eventualmente.

¿Eventualmente?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Por qué no llamas a Gianna?

Asentí. Esa era una buena idea, pero dudaba que Gianna me dijera nada. Tomando mi teléfono, me di cuenta que no tenía el número de la pelirroja.

—¿Tienes su número? —le pregunté a mi hermano. Después de todo, él la había besado, así que quién sabía si habían intercambiado más que saliva.

Matteo negó con la cabeza.

—Llamar a Scuderi está fuera de discusión —murmuré. El padre de Aria llamaría a mi padre, y entonces las cosas se pondrían feas.

Cesare se detuvo en su auto y salió. Solo éramos tres hombres para buscarla en todo Nueva York. Teníamos que encontrar a Aria. No había otra opción.



Habíamos estado buscando a Aria por casi dos horas, pero todavía no había señales de ella. Mi sien palpitaba, y de hecho consideré llamar a Scuderi después de todo. A la mierda las consecuencias. Lo único que importaba era recuperar a Aria.

141

Sonó mi teléfono, y contesté de inmediato.

—Aria acaba de llegar a casa —dijo Romero.

Me hundí con alivio.

—¿Está bien?

—Sí —contestó Romero sin dudar.

—Vigíla. Estaré allí tan rápido como pueda.

Matteo, Cesare y yo llegamos menos de quince minutos después a mi ático. Romero se sentaba en un taburete, pero saltó al momento en que entramos.

—Está arriba, duchándose.

Su rostro reflejaba el mismo alivio que sentía.

Pasé junto a él, y luego continué escaleras arriba. Bajé el picaporte de la puerta, pero estaba bloqueada. Toqué.

—¿Aria?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Ninguna respuesta.

Golpeé más fuerte. Todavía nada. Podía escuchar movimiento detrás de la puerta.

—¡Aria, déjame entrar! —Estrellé mi puño contra la puerta una vez más. Necesitaba verla con mis propios ojos, asegurarme que estaba bien, ilesa—. Voy a patear la puerta si no me dejas entrar. —Matteo y Cesare subieron lentamente las escaleras, mirándome con preocupación. No me importaba un carajo—. Aria, ¡abre la maldita puerta!

Finalmente, la cerradura se destrabó, empujé la puerta y entré a toda prisa. Aria estaba de pie en medio de la habitación, vestida con un camisón de seda, sus ojos hinchados y rojos. Me acerqué a ella y la agarré del brazo, necesitando saber dónde había estado, necesitando explicarle lo que había visto.

—¡No me toques! —gritó, liberándose de mi agarre.

—¿Dónde has estado? —pregunté con aspereza. Quería volver a tocarle el brazo. Mierda, necesitaba tocarla, como si el simple hecho de verla no fuera suficiente para confirmar que estaba ilesa. Aria saltó hacia atrás, sus ojos fulgurando con ira.

—¡No! Ni se te ocurra tocarme otra vez. No cuando usaste esas mismas manos para tocar a tu *puta*.

—Fuera, todo el mundo. Ahora —gruñí.

Los pasos sonaron alejándose y entonces se escuchó el familiar sonido del ascensor.

—¿Dónde has estado? —Mi pulso latía salvajemente. ¿Acaso Aria no entendía cuánto peligro había corrido?

Aria me fulminó con la mirada, pero detrás de la ira persistía un dolor profundo, y no lo entendía.

—No te estaba engañando si eso es lo que te preocupa. Nunca haría eso. Creo que la fidelidad es lo más importante en un matrimonio. Así que puedes calmarte ahora mismo, mi cuerpo todavía es solo tuyo. Solo caminé por la ciudad.

Si ella supiera lo ansiosa que probablemente estaba la Bratva por poner sus manos sobre mi esposa, entonces no lo habría hecho.

—¿Caminaste por Nueva York en la noche, *sola*?

LUCA VITIELLO

—No tienes derecho a estar enfadado conmigo, Luca. No después de lo que vi hoy. Tú me engañaste.

La culpa estalló en mi pecho, pero la empujé hacia abajo. Nunca fui culpable de nada.

—¿Cómo puedo estar engañándote cuando ni siquiera tenemos un matrimonio real? Ni siquiera puedo follarme a mi propia esposa. ¿Crees que voy a vivir como un monje hasta que decidas que puedes soportar mi cercanía?

Aria tragó con fuerza.

—Dios no lo quiera. ¿Cómo me atrevo a esperar que mi marido me sea fiel? ¿Cómo me atrevo a esperar esta pequeña decencia en un monstruo?

¿Fiel? ¿Esto siquiera era un matrimonio real? Aria podría haber dicho que sí, pero no actuaba como si quisiera ser mi esposa. Me había mirado como si yo fuera mi padre.

—No soy un monstruo. Te he tratado con respeto.

—¿Respeto? ¡Te atrapé con otra mujer! Tal vez debería salir, traer a un individuo al azar de vuelta conmigo y dejarlo que me folle delante de tus ojos. ¿Cómo te haría sentir eso? —siseó Aria, y algo se rompió dentro de mí.

La agarré por las caderas y la levanté sobre la cama, presionándola con mi peso mientras sostenía sus muñecas por encima de su cabeza. Nadie la tocaría jamás. Nadie excepto yo.

—Hazlo. Tómame, así realmente puedo odiarte —susurró Aria con dureza, las lágrimas resplandeciendo en sus ojos.

Los cerró y volvió el rostro hacia un lado. Mi mirada trazó su piel enrojecida, su labio inferior temblando, las lágrimas que se aferraban a sus pestañas. Asustada. Estaba asustada de mí. Mierda. Aria. Mi esposa. Mía para proteger y honrar. Tenía que controlarme mejor. Bajé la cabeza y la presioné contra su hombro, respirando su aroma floral. Exhalé, aferrándome a mi ira.

—Dios, Aria.

Solté sus muñecas y alcé la cabeza. Aria no se movió, sus brazos aún extendidos sobre su cabeza sumisamente. La vista de su rendición dejó un jodido sabor amargo en mi boca. Intenté tocarle la mejilla, pero ella retrocedió.

—No me toques con *ella* en ti.

Tenía razón. No se merecía esto.

LUCA VITIELLO

Me levanté.

—Voy a tomar una ducha ahora, ambos vamos a calmarnos y luego quiero que hablemos.

Aria me miró.

—¿De qué hay que hablar?

—De nosotros. Este matrimonio.

Lentamente, bajó los brazos desde donde yo la había empujado en la cama.

—Te follaste a una mujer delante de mis ojos hoy mismo. ¿Crees que todavía hay una oportunidad para este matrimonio?

—No quería que vieras eso —murmuré. Maldición, la mirada en sus ojos cuando me había atrapado me perseguiría durante mucho tiempo, lo que era ridículo teniendo en cuenta lo mucho que había hecho y visto.

—¿Por qué? ¿Así podrías engañarme en paz y con tranquilidad a mis espaldas?

Aria tenía razón, pero nunca había mostrado ningún indicio de que le importara este matrimonio.

—Déjame tomar una ducha. Tienes razón. No debería faltarte más el respeto tocándote así.

No dijo nada, solo me contempló con esos ojos tristes que se sentían como una cuchilla en mi pecho. Di media vuelta y me dirigí al baño. No estaba seguro de cuánto tiempo permanecí bajo el chorro de agua caliente hasta que sentí que podía regresar con mi esposa, como si hubiera lavado todo rastro del perfume y toque de Grace. No me gustó el pesado sentimiento que las lágrimas de Aria habían dejado en mi cuerpo. Era una sensación con la que no tenía experiencia y no tenía ganas de experimentarla más a menudo.

Después de envolver una toalla alrededor de mi cintura, regresé a la habitación donde Aria estaba sentada contra la cabecera. Sus manos estaban dobladas en su regazo, y sus rubios rizos caían en cascada sobre su elegante espalda.

Me sentí aún más idiota por ir con Grace cuando tenía a alguien como Aria en mi cama, pero ella todavía no me quería, lo cual se hizo evidente una vez más cuando dejé caer mi toalla y apartó la mirada rápidamente como si no pudiera soportar verme. No era vanidoso como Matteo, ni mucho menos, pero sabía cómo me miraban las mujeres. Trabajaba duro por mi cuerpo. Después de ponerme el

LUCA VITIELLO

bóxer, me hundí en la cama junto a Aria. Mi mirada se posó en sus ojos hinchados. Y eso me sorprendió con la guardia baja.

—¿Lloraste? —Aunque la pregunta correcta sería ¿por qué?

Había pensado que sería feliz si la dejaba en paz y buscaba a otra mujer, como tantas esposas en nuestros círculos.

Ella inclinó su cabeza hacia mí con un pequeño ceño fruncido.

—¿Creíste que no me importaría?

—Muchas mujeres en nuestro mundo están contentas cuando sus maridos usan prostitutas o adquieren una amante. Como tú dijiste, hay pocos matrimonios por amor. Si una mujer no puede soportar el toque de su marido, a ella no le importa que él tenga romances para satisfacer sus necesidades.

Su boca se estrechó.

—Sus *necesidades*.

—No soy un buen hombre, Aria. Nunca pretendí lo contrario. No hay hombres buenos en la mafia. —Había estado intentando ser bueno con ella incluso cuando sabía que fallaría eventualmente, pero esperaba que no sucediera tan pronto.

Su mirada se hundió en mi pecho, al lugar sobre mi corazón.

—Lo sé, pero me hiciste pensar que podía confiar en ti y que no me lastimarías.

—Nunca te lastimé. —¿No se daba cuenta de lo duro que estaba intentándolo?

—Me dolió verte con *ella* —admitió Aria en un susurro, mirando a otro lado y tragando una vez más como si tuviera que luchar por contener más lágrimas.

La necesidad de tocarla era increíblemente fuerte, pero me contuve.

—Aria, tenía la sensación de que no querías dormir conmigo. Pensé que estarías contenta si no te tocaba.

Aria negó con la cabeza.

—¿Cuándo dije eso?

—Cuando te dije que te quería, te echaste hacia atrás. Parecías disgustada. — Su expresión me había perseguido esos últimos días; ¿cómo podía no recordarlo?

LUCA VITIELLO

—Nos besamos y dijiste que querías follarme más que a cualquier otra mujer. Por supuesto, me alejé. No soy una puta que puedes usar cuando quieras. Nunca estás en casa. ¿Cómo se supone que voy a conocerte?

Ella sabía todo lo que importaba sobre mí, y las cosas que no sabía eran mejor que permaneciesen así.

Aria suspiró.

—¿Qué habías pensado? Nunca he hecho nada. Eres el único hombre que he besado. Sabías eso cuando nos casamos. Tú y mi padre incluso se aseguraron que fuera así, y a pesar de eso, esperabas que fuera de nunca haber besado a un chico a extender mis piernas para ti. Quería ir lento. Quería conocerte para poder relajarme, quería besarte y hacer *otras cosas* primero antes de que durmiéramos juntos.

Mierda, mi mente se puso a toda marcha.

—¿Otras cosas? ¿Qué tipo de otras cosas?

Aria frunció el ceño y se dio la vuelta.

—Esto es inútil.

—No, no lo es —murmuré, tocando su mejilla y girándola gentilmente hacia mí. Dejé caer mi mano a regañadientes—. Lo entiendo. Para los hombres la primera vez no es un gran paso, o al menos no lo fue para los hombres que conozco. —No había considerado que Aria necesitaría tiempo para acostumbrarse al toque de un hombre, a mi toque. Había esperado que estuviera ansiosa y curiosa.

—¿Cuándo fue tu primera vez? —preguntó Aria de inmediato.

—Tenía trece y mi padre pensó que era momento para que me convirtiera en un hombre real ya que ya había sido iniciado. “No puedes ser virgen y un asesino a la vez”. Eso fue lo que dijo. Pagó a dos nobles prostitutas para pasar un fin de semana conmigo y enseñarme todo lo que sabían. —Todavía recordaba los dos días que pasé en el Foxy.

Aria hizo una mueca.

—Esto es horrible.

—Sí, supongo que lo es —dije. Para mí, había sido lo que se esperaba—. Pero era un adolescente de trece años que quería probarse a sí mismo. Era el miembro más joven en la familia de Nueva York. Y no quería que los hombres más viejos pensarán en mí como un niño. Sentí un gran orgullo cuando el fin de semana acabó. Dudo que las prostitutas estuvieran demasiado impresionadas con mi

LUCA VITIELLO

actuación, pero pretendieron que era el mejor amante que habían tenido. Mi padre probablemente les pagó extra por eso. Me tomó muy poco descubrir que no a todas las mujeres les gustaba si te venías sobre su cara cuando te dan una mamada.

El disgusto se reflejó en el rostro de Aria, y no pude evitar reírme, incluso cuando esperaba que ella no mostrara la misma reacción cuando me corriera en su boca.

—Sí... —Dejé que un mechón de su cabello se deslice sobre mi dedo, disfrutando de la sensación sedosa de él. Aria me miró con curiosidad, pero no se apartó—. Estuve realmente preocupado esta noche —admití.

—¿Preocupado de que dejara a alguien tener lo que es tuyo? —dijo Aria. No pasé por alto la insinuación de vulnerabilidad en su tono.

¿Me había preocupado que Aria buscara a otros hombres? Nunca. Aria no era de ese tipo.

—No, sabía, sé que eres leal. Las cosas con la Bratva están escalando. Si logran hacerse contigo...

La lastimarían. Si la hubiera tomado en nuestra noche de bodas, incluso contra su voluntad, no habría sido nada en comparación con lo que le harían pasar. Mi estómago se contrajo en una mezcla de furia y preocupación.

—No lo hicieron.

—No lo *harán* —gruñí. Protegería a Aria sin importar lo que me costara. Pasé mis dedos por la garganta de Aria, pero ella se echó hacia atrás—. Harás esto realmente difícil, ¿verdad? —Me miró indignada—. Me disculpo por lo que viste hoy —añadí. Disculparme era algo que no hacía. Mi padre me había golpeado por hacerlo, pero aquí estaba haciendo precisamente eso.

—Pero no por lo que hiciste.

—Raramente digo que lo siento. Cuando lo digo, es en serio. —Y lo hacía. Aria no debería haber visto lo que vio, y yo no debí haber ido con Grace. Si no quería ser como mi padre, no podía actuar como él, ni siquiera en ese sentido.

—Quizás deberías decirlo más a menudo.

—No hay forma de que salgas de este matrimonio, tampoco para mí. ¿Realmente quieres ser miserable?

Después de un momento de consideración que casi me hizo perder la paciencia, Aria sacudió la cabeza.

LUCA VITIELLO

—No. Pero no puedo pretender que nunca te vi con ella.

Solo podía imaginar qué tipo de imágenes aparecieron ante su ojo interno. Aria nunca había visto algo así, y entonces tuvo que verme follándome a Grace.

—No espero que lo hagas, pero pretende que nuestro matrimonio empiece hoy. Un comienzo limpio.

El anhelo brilló en su rostro, pero aun así parecía dudosa.

—No es así de fácil. ¿Qué hay de ella? Esta noche no fue la primera vez que estuviste con ella. ¿La amas? —Se veía jodidamente vulnerable.

—¿Amar? No. No tengo sentimientos por Grace. —Nunca había tenido sentimientos por ninguna de las mujeres en mi vida, o en realidad por nadie, excepto por Matteo, quizás.

—Entonces, ¿por qué la sigues viendo? La verdad.

Esperaba que pudiera aceptar la verdad.

—Porque sabe cómo chupar una polla y porque es muy buena follando. ¿Suficientemente sincero?

Las mejillas de Aria se pusieron rojas, y otra vez tuve que tocar su piel caliente, necesitaba sentirla.

148

—Amo cuando te ruborizas cada vez que digo algo sucio. No puedo esperar para ver tu rubor cuando te haga algo sucio.

—Si realmente quieres hacer que este matrimonio funcione, si incluso quieres una oportunidad de hacerme algo sucio, entonces tienes que dejar de ver a otras mujeres. Quizás a otras esposas no les importa, pero no dejaré que me toques mientras haya alguien más.

Tenía razón, y no era como si alguna mujer pudiera mantener mi interés. Solo había pensado en Aria desde que había visto su foto en el periódico, incluso cuando estaba con Grace.

—Lo prometo. Te tocaré solo a ti de ahora en adelante.

Aria me miró con los ojos entornados.

—A Grace no le va a gustar.

A Grace definitivamente no le gustaría.

—¿A quién carajo le importa lo que ella piense?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Su padre no te dará problemas?

—Nosotros pagamos sus campañas y tiene un hijo siguiéndole los pasos que necesita dinero tan pronto como pueda. ¿Por qué le importaría una hija que no es buena para nada más que comprar y que eventualmente se casará con un hombre rico?

—Probablemente esperaba que tú fueras ese hombre.

Por supuesto que sí.

—No nos casamos con personas ajenas a la mafia. Nunca. Ella sabía eso, y no es que fuera la única mujer que me follé.

Aria parpadeó, obviamente aturdida por mi admisión.

—Lo dijiste tú mismo. Tienes tus necesidades. ¿Cómo puedes decirme que no me vas a engañar otra vez si te cansas de esperar para dormir conmigo?

—¿Intentas hacerme esperar demasiado? —pregunté.

—Pienso que ambos tenemos conceptos muy diferentes de la palabra “esperar demasiado”.

—No soy un hombre paciente. Si demasiado significa un año... —Estos últimos días ya fueron un infierno. La idea de dormir en una cama con Aria durante meses sin dormir con ella... eso no era algo que quisiera considerar.

Aria me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres que te diga, Aria? Mato, chantajeo y torturo a personas. Soy el jefe de los hombres que hacen lo mismo cuando se los ordeno, y pronto seré el Capo dei Capi, el líder de la organización criminal más poderosa en la Costa Este y probablemente de Estados Unidos. ¿Pensaste que te tomaría en nuestra noche de bodas y ahora estás enojada porque no quiero esperar meses para dormir contigo?

La resignación cruzó el rostro de Aria mientras cerraba los ojos y se deslizaba sobre la cama.

—Estoy cansada. Es tarde.

Me incliné hacia ella y le toqué la cintura ligeramente.

—No. Quiero que entiendas Soy tu esposo. No es como si fueras como otras chicas que pueden elegir al hombre con el que van a perderla. ¿Estás asustada de que vaya a ser rudo contigo por lo que viste hoy? —Aria tuvo un pequeño escalofrío, confirmando mi sospecha, pero por Dios, no necesitaba estar asustada—. No lo seré.

LUCA VITIELLO

Te dije que quiero que te retuerzas debajo de mí de placer, y aunque eso probablemente no sucederá la primera vez que te tome, te haré venir tan a menudo como quieras con mi lengua y mis dedos hasta que puedas venirte cuando esté dentro de ti. No me importa ir lento, pero ¿por qué quieres esperar?

Los ojos de Aria se abrieron despacio y la mirada en ellos me dejó sin ningún aliento en mis pulmones. No estaba seguro de por qué, pero no me gustó. Esta vez, logré no pasar mis dedos por el halo dorado sobre la almohada.

—No te haré esperar por meses —susurró Aria, sonando exhausta. Cerró los ojos nuevamente, pareciendo una reina durmiendo cuando lo hizo. Tragué con fuerza, sin saber qué hacer para hacerla feliz en este matrimonio, sin saber si debía intentarlo.

Me acosté a su lado, escuchando su respiración que ya se había nivelado al caer en el sueño.

Sabía que yo no me dormiría pronto.

ONCE

Desperté antes del amanecer después de menos de dos horas de sueño, con mi brazo alrededor de Aria. Me quedé así por unos momentos, disfrutando de ella relajada en mi abrazo mientras dormía. Me retiré al final, y alcancé mi celular en la mesita de noche. Le escribí un mensaje a Matteo rápidamente, diciéndole que tendría que hablar solo con el gerente de uno de nuestros burdeles, luego le escribí a Romero. No tendría que cuidar a Aria hoy.

—¿Negocios? —preguntó Aria con voz adormilada.

Le eché un vistazo y sacudí la cabeza.

—Cancelé mis planes para el día de modo que podamos pasar un tiempo juntos y conocernos.

Aria parpadeó, poniéndose más alerta a la vez.

—¿En serio?

—En serio —contesté. Resistiendo el impulso de besarla, balanceé mis piernas fuera de la cama—. Me prepararé y luego pensaré en algo que podamos hacer hoy.

—Está bien —dijo Aria con una pequeña sonrisa.

151



Treinta minutos más tarde, estaba mirando la nevera, intentando averiguar qué podíamos hacer para desayunar.

Marianna había abastecido muy bien la nevera, pero no vendría a cocinar hoy. Aria bajó la escalera en pantalones cortos, mostrando esas piernas suyas.

—¿Sabes cocinar?

Aria resopló a medida que se dirigía hacia mí.

—¿No me digas que nunca has hecho el desayuno por tu cuenta?

—Por lo general agarro algo en mi camino al trabajo, a excepción de los días en que Marianna está aquí y prepara algo para mí. —No podía dejar de evaluarla—. Amo tus piernas.

Aria ignoró mi comentario y miró dentro de la nevera. Su brazo tocó el mío y tuve que mirarla fijamente, a la corona dorada de su cabeza y la forma en que su nariz se arrugó al pensar.

Aria metió la mano en la nevera, sacando los huevos y los pimientos rojos. Parecía que sabía lo que estaba haciendo. Al menos uno de los dos sabía. Retrocedí un paso atrás y me apoyé en la encimera para verla cocinar, pero Aria no lo hacía. Arqueó las cejas.

—¿No me ayudarás? Puedes picar los pimientos. Por lo que he oído, sabes cómo usar un cuchillo —dijo burlona.

Tomé un cuchillo y me acerqué a ella. Aria me miró fijamente. Alcanzó mi pecho y otra vez una oleada protectora me inundó. Aria me entregó el pimiento y señaló hacia una tabla de madera. Había visto a Marianna usarla antes para cortar. Mientras cortaba los pimientos, Aria revolvió los huevos, luego los vertió en una sartén caliente.

—¿Qué hay de estos? —Le mostré los pimientos que había picado.

152

—Mierda —dijo Aria con una mueca, mirando entre los huevos chisporroteando y los pimientos.

—¿Alguna vez has cocinado? —pregunté.

Aria tomó los pimientos y los arrojó en los huevos cocinándose. Dudaba que estuvieran listos antes de los huevos. Apoyándome contra la encimera una vez más, disfruté viendo a Aria intentando despegar los huevos de la sartén. Su expresión se tornaba cada vez más frustrada.

—¿Por qué no preparas café para nosotros? —preguntó con una mirada aguda.

En serio era muy linda cuando estaba intentando parecer enojada.

La complací y fui a la cafetera mientras Aria murmuraba maldiciones en voz baja, intentando salvar los huevos.

Cuando finalmente puse dos tazas de café en la barra, Aria sirvió los huevos quemados en dos platos. Mi estómago podía soportar muchas cosas, pero esto sería un nuevo desafío. Me hundí en un taburete y Aria se sentó en el que estaba a mi lado, mirándome expectante. A pesar del olor a quemado llegando hasta mi nariz,

LUCA VITIELLO

levanté el tenedor y metí un trozo de los huevos en mi boca. Fue, con mucho, la peor tortilla que he probado. Aria también tomó un bocado y arrugó la cara, luego escupió los huevos inmediatamente antes de tomar un gran trago de café. Me miró con ojos llorosos.

—Oh, Dios mío, eso es repugnante.

—Tal vez deberíamos salir a desayunar —sugerí. Tenía el presentimiento que, si Aria intentaba cocinarnos algo más, o nos intoxicaríamos con la comida o quemaría el ático.

La vergüenza brilló en el rostro de Aria a medida que fulminaba su café.

—¿Qué tan difícil puede ser hacer un omelet?

Mi pecho vibró debido a la risa reprimida, pero murió cuando mis ojos se hundieron en las piernas desnudas de Aria. Estábamos sentados lo suficientemente cerca para tocarnos y, evaluando su reacción, puse mi palma sobre su rodilla. Aria se detuvo con su taza contra sus labios. No me apartó ni se inmutó, lo que tomé como una buena señal. Pasé mi pulgar suavemente sobre su piel.

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

Las cejas de Aria se fruncieron mientras veía entre mi mano sobre su rodilla y mi rostro. ¿Disfrutaba de mi toque?

—La mañana después de nuestra noche de bodas, me preguntaste si sabía cómo luchar, así que tal vez me puedes enseñar cómo utilizar un cuchillo o una pistola y tal vez un poco de autodefensa —dijo.

Eso no era lo que esperaba. De compras o algo así, sí, ¿pero pelear?

—¿Estás pensando en usarlos contra mí?

Aria puso los ojos en blanco.

—Como si alguna vez pudiera vencerte en una pelea limpia.

—No peleo limpio —bromeé.

—Entonces, ¿vas a enseñarme?

—Quiero enseñarte muchas cosas —murmuré mientras acunaba su rodilla.

—Luca, lo digo en serio. Sé que tengo a Romero y a ti, pero quiero ser capaz de defenderme por mi cuenta si pasa algo. Tú mismo lo dijiste, a la Bratva no le importa que sea mujer.

Aria no conocía a la Bratva. Incluso si pudiera defenderse, esos cabrones aún podrían lastimarla, si alguna vez se acercaban lo suficiente.

—De acuerdo. Tenemos un gimnasio en el que ejercitamos y nos entrenamos en combate. Podríamos ir allí.

Aria sonrió ampliamente y saltó del taburete.

—Voy a buscar mi ropa de entrenamiento.

No había esperado que ella estuviera tan emocionada por la posibilidad de pelear.



En el momento en que Aria y yo entramos al gimnasio de la Famiglia, todos los hombres en la sala detuvieron lo que habían estado haciendo para mirar a mi esposa. Una mirada furiosa de mi parte hizo que miraran hacia otro lado rápidamente.

—Nuestros vestuarios son solo para hombres. Por lo general no tenemos visitas femeninas.

154

Aria sonrió.

—Sé que vas a asegurarte que nadie me vea desnuda.

—Por supuesto que lo haré. —No es que ninguno de mis hombres se atrevería a mirarla. Sabían que los aplastaría si lo hacían.

Aria se echó a reír, pareciendo feliz.

La conduje hacia el vestuario.

—Déjame ver si alguien está ahí dentro —le dije. La única polla que Aria iba a ver sería la mía. Entré y tres hombres estaban en diferentes etapas de desvestirse. Se volvieron hacia mí y asintieron con respeto—. Estoy aquí con mi esposa, y ella necesita cambiarse —dije, dándoles una sonrisa fría.

Intercambiaron miradas de sorpresa y luego se pusieron rápidamente la ropa de gimnasio. Después de irse, guie a Aria al interior.

Su rostro hizo una mueca ante el hedor. Qué niña.

LUCA VITIELLO

—Sé que no es apto para las sensibles narices femeninas —le dije con una sonrisa.

Aria tomó su bolso de mi mano y se dirigió a uno de los casilleros. La seguí de cerca, y después dejé caer mi propio bolso en un banco.

Aria agarró el dobladillo de su camisa, y entonces se detuvo.

—¿No vas a darme algo de privacidad?

¿Estaba hablando en serio? Desaté mi pistolera y la dejé en el banco, luego pasé mi camisa sobre mi cabeza. Los ojos de Aria se fijaron en la parte superior de mi cuerpo, indignación destellando en sus ojos.

Me dio la espalda antes de sacarse la camiseta de la cabeza. Aria alcanzó su sujetador, pero le di un golpecito y desenganché el broche con un dedo, rozando su piel. No quería nada más que darle la vuelta y besarla, pero di un paso atrás y me puse mis pantaloncillos deportivos a medida que observaba atentamente a Aria mientras se bajaba sus pantalones. Dos perfectas nalgas aparecieron a la vista. Llevaba una puta tanga, que luego bajó también antes de agacharse para subir sus pantalones cortos y la visión casi me deshizo. ¿No se daba cuenta qué clase de vista me acababa de dar? Exhalé. El pequeño vistazo de su coño envió sangre a toda prisa a mi polla.

155

Casi me sentí aliviado cuando terminó de vestirse con unos pequeños pantaloncillos para correr. Cuando Aria se giró para mirarme, sus ojos se clavaron en el bulto en mis pantalones y sus cejas se dispararon a medida que sus mejillas se ponían rojas una vez más.

—¿Eso es lo que vas a usar para las clases de defensa personal? —Los pantalones cortos apenas cubrían la parte superior de sus muslos y eran absolutamente ajustados, así como su camiseta sin mangas.

—No tengo nada más. Esto es lo que llevo puesto cuando salgo a correr.

—Te das cuenta que tendré que patear el culo de cada tipo que te mire de manera equivocada, ¿verdad? Y al verte así mis hombres tendrán un momento difícil para *no* mirarte de la manera equivocada.

—No es mi trabajo que ellos se controlen. El hecho de que estoy usando ropa reveladora no significa que estoy invitando a que miren. Si no pueden comportarse, ese es problema de ellos.

Oh, se comportarían...

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

Asentí hacia la puerta y conduje a Aria afuera, mi mano en la parte baja de su espalda. Unos cuantos hombres alzaron la vista, y luego la bajaron rápidamente. Dirigí a Aria hacia las esteras de combate, que dos soldados abandonaron con asentimientos respetuosos al momento en que nos acercamos. De la serie de cuchillos colgando de la pared, escogí uno que era bueno para principiantes y no demasiado pesado, después se lo tendí a Aria, quien lo tomó con una mirada confundida.

Nos enfrentamos en la colchoneta.

—Atácame, pero trata de no cortarte.

—¿No vas a usar un cuchillo también?

—No necesito uno. Tendré el tuyo en un minuto. —Mi mayor desafío sería luchar contra Aria sin lastimarla. Nunca antes había tenido que tener cuidado en una pelea, pero ella era pequeña en comparación a mí.

Aria obviamente estaba molesta por mi comentario, pero era la verdad.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó, mirando el cuchillo con incertidumbre. Era obvio por la forma en que lo sostenía que nunca antes había luchado con uno.

—Trata de lanzar un golpe. Si logras cortarme, ganas. Quiero ver cómo te mueves.

Aria miró a nuestro alrededor por un momento antes de enderezar sus hombros. Se lanzó hacia adelante, y me sorprendió la rapidez con la que podía moverse, pero esquivé su ataque sin práctica fácilmente. Fue aún más difícil agarrar su muñeca sin aplastarla, y luego la giré hasta que su espalda se presionó tentadoramente contra mi frente.

—Al menos no conseguiste mi cuchillo —dijo Aria sin aliento.

Apreté mi agarre en su muñeca ligeramente y luego bajé la cabeza a su oreja.

—Tendría que hacerte daño para conseguirlo. Podría romper tu muñeca, por ejemplo, o simplemente quebrarla. —Aria contuvo el aliento, su pulso martillando bajo mis dedos. La solté y ella escapó de mi alcance rápidamente, girándose para mirarme nuevamente—. Una vez más —dije.

Pelear contra Aria fue divertido, y me di cuenta que se estaba molestando cada vez más por su incapacidad de golpearme. Nunca me habían golpeado en una pelea, y esos hombres habían sido mafiosos con años de experiencia y el doble de peso de Aria.

LUCA VITIELLO

Cuando intentó patear mis bolas, agarré su pie y tiré. Subestimé su impulso y ella aterrizó con fuerza sobre su espalda, jadeando y soltando el cuchillo.

Me arrodillé a su lado, tocando su vientre.

—¿Estás bien? —murmuré, intentando parecer calmado porque mis soldados estaban mirando.

Los ojos de Aria se abrieron lentamente.

—Sí. Solo tratando de recuperar el aliento. —Miró hacia atrás, hacia mis hombres—. ¿No tienes un soldado que solo mida un metro cincuenta y algo, y esté aterrado de su propia sombra dispuesto a pelear conmigo?

Definitivamente había unos cuantos hombres alrededor que serían oponentes más fáciles para Aria, pero jamás dejaría que nadie peleara con ella, ni siquiera en broma.

—Mis hombres no tienen miedo de nada —dije en voz alta mientras ayudaba a Aria a levantarse antes de enfrentarlos—. ¿Alguien está dispuesto a luchar con mi mujer?

Algunos de ellos rieron, y otros sacudieron la cabeza rápidamente.

—Tendrás que pelear conmigo —le dije a Aria.

157

Aria definitivamente no quería rendirse, pero podía decir que estaba cansándose. La estaba abrazando contra mi cuerpo una vez más cuando un dolor agudo en mi bíceps me sobresaltó. Aflojé mi agarre y Aria logró escabullirse, pero antes de que pudiera hundir el cuchillo, agarré su muñeca. Mis ojos se dirigieron a la mancha en la parte superior de mi brazo donde ella había dejado unas marcas de dientes.

—¿Me mordiste?

—No lo suficientemente fuerte. No hay ni siquiera sangre —dijo ella, sus labios retorciéndose con diversión.

Mi estómago se estremeció, pero contuve la risa. Los ojos de Aria brillaron con orgullo a medida que me veía. Mierda. Quería reírme, pero con mis hombres observando, no podía. Unas pocas risas bajas escaparon de todos modos. Y Aria sonrió.

Negué con la cabeza.

—Creo que has hecho suficiente daño por un día.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.



Aria nunca había estado más relajada a mi alrededor que después de nuestro entrenamiento. Nos había permitido estar cerca físicamente sin que ella tuviera tiempo de preocuparse hasta dónde podría llevarnos.

—Vamos a pedir comida para llevar —le dije mientras volvíamos a casa—. ¿Qué te apetece?

Aria frunció los labios.

—Nunca he probado el sushi.

Mis cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Nunca?

Ella sacudió su cabeza.

—Pero me gustaría intentarlo. Tal vez me guste.

Había tantas otras cosas que definitivamente le gustaría si las probaba, pero me tragué las palabras, no quería que se tensara de nuevo.

158

Pasé por mi lugar favorito de sushi y elegí una selección de todo para que así Aria encontrara algo que le gustara, antes de regresar a casa y quedarnos afuera en la terraza con nuestra comida y una botella de vino. Aria probó cada pieza de sushi con entusiasmo, asintiendo y murmurando en aprobación.

Me encantó mirarla.

—Estoy sorprendida —dijo Aria mientras se acomodaba contra el respaldo. Tenía mi brazo estirado sobre él, cerca de sus hombros desnudos. No estaba seguro a qué se refería—. No creí que realmente lo intentaras.

—Te dije que lo haría. Mantengo mi palabra —dije. Quería que este matrimonio funcionara.

—Apuesto a que esto es difícil para ti. —Aria hizo un gesto hacia el espacio entre nosotros.

—No tienes ni idea. Quiero besarte con todas mis jodidas ganas. —Los ojos de Aria se dispararon a mis labios. Volví a dejar mi copa sobre la mesa y me incliné más cerca, tocando su cintura—. Dime que no quieres que te bese.

LUCA VITIELLO

Aria abrió la boca, pero no dijo nada. Me incliné hacia delante lentamente, dándole tiempo para retirarse, pero no lo hizo. La besé, obligándome a ir despacio, pero pronto nuestro beso se tornó más caliente. Fue toda una lucha mantener mi mano en su cintura y no explorar el resto de su cuerpo. Empujé mi pulgar por debajo de su camisa y froté su piel desnuda. Aria gimió en mi boca suavemente. No estaba seguro si incluso se había dado cuenta. La guie hacia atrás suavemente hasta que estuvo estirada en el sofá y yo estaba medio inclinado sobre ella.

Aria sabía tan jodidamente dulce cuando mi lengua reclamó su boca. Podía decir que estaba cada vez más excitada por la forma en que se frotaba los muslos.

Levanté la cabeza para mirar su cara enrojecida.

—Podría hacerte sentir bien, Aria —dije, mis dedos temblando con entusiasmo en su cadera, ansiando ir hacia el sur—. Quieres venirte, ¿verdad?

El conflicto danzó en los ojos de Aria, pero luego un brillo determinado se hizo cargo.

—Estoy bien. Gracias.

Mi estómago se contrajo con una risa reprimida.

—Eres tan terca. —Sabía que estaba mojada. Por la forma en que se había presionado contra mí, la forma en que había gemido... maldición.

Reclamé sus labios una vez más, mi lengua burlándose de la suya como quería hacerlo con su coño, mi dedo frotando círculos justo por encima de su cintura, sabiendo que ella también lo sentiría entre sus piernas, pero Aria se mantuvo fiel a sus palabras, incluso cuando jadeó, gimió y se estremeció bajo mi beso. Tuve que detenerme con el tiempo, porque mi polla estaba jodidamente dura en mis pantalones, tornándose demasiado incómoda.

Aria parpadeó hacia mí aturdida.

—Será mejor que nos detengamos ahora —gemí—. Mis pantalones me están apretando.

Aria pareció presumida y avergonzada al mismo tiempo. Me reí entre dientes, presioné otro beso en su boca, luego me puse de pie y tiré de Aria conmigo. Ella sostuvo mi mano para variar, sorprendiéndome, y mierda, si eso no se sintió como una gran victoria. Incluso valió la pena las bolas azules que sufrí durante toda la noche a medida que Aria dormía en mis brazos.

DOCE

Mi teléfono zumbó en la mesita de noche, despertándome. Desenredé a Aria de mí con cuidado y se dio la vuelta. Me puse de pie, tomando el teléfono. Era Cesare. Tomé la llamada rápidamente.

—¿Qué pasa?

—La Bratva desmembró a uno de nuestros químicos y extendió sus restos alrededor de la Esfera.

—¿Alguien se está encargando de eso?

—El escuadrón de limpieza ya está allí.

—De acuerdo, estaré allí tan rápido como pueda. ¿Ya llamaste a Matteo?

—No.

—Entonces lo haré.

Llamé a mi hermano, aceptando reunirme con él en quince minutos antes de volver a la habitación, y recoger algo de ropa velozmente y agarrar mis armas.

Cuando me vestí, me dirigí al pasillo una vez más, diciéndole a Romero que necesitaba venir lo antes posible, luego entré en el dormitorio para despertar a Aria.

Pero ella ya estaba sentándose.

—¿Ya te vas?

De hecho, parecía decepcionada.

—La Bratva atrapó a uno de los nuestros. Lo dejaron en pequeños trozos alrededor de uno de nuestros clubes.

—¿Alguien que conozca? —preguntó Aria—. ¿Se involucrará la policía?

Me acerqué a ella. Se veía adorable con su cabello rubio despeinado.

—No si puedo evitarlo —murmuré, acunando su rostro—. Voy a tratar de estar en casa temprano, ¿de acuerdo?

LUCA VITIELLO

Aria asintió un poco y agaché la cabeza para besarla. No se estremeció ni retrocedió cuando nuestros labios se tocaron. En cambio, los separó para mí. Lo acepté como una invitación, profundizando el beso con entusiasmo, pero al final el deber me llamaba. Me retiré y me fui rápidamente.

La Bratva había grafitado sus putos Kalashnikov en la entrada de la Esfera, y el químico muerto no era el único al que habían matado. Uno de nuestros distribuidores más exitosos también había sido desmembrado y dejado en su patio trasero con el mismo maldito grafiti en el frente de su casa.

—Jodidos rusos —murmuró Matteo.

—Es otra advertencia. Quieren que les devuelvan sus drogas —dijo Cesare con el ceño fruncido.

Un grupo de soldados de la Famiglia había robado la última entrega de drogas de los rusos en retribución por su ataque a uno de nuestros laboratorios de drogas.

—Tenemos que enviarles una respuesta —dijo Matteo.

El escuadrón de limpieza de la Famiglia, un grupo de novatos en su mayoría, intentaba eliminar el grafiti Kalashnikov.

Ya se habían deshecho de las manchas de sangre en las paredes y aceras, pero el grafiti era más difícil de lavar.

Llamé a mi padre nuevamente, odiando que necesitara obtener su aprobación para posibles acciones. Contestó después de diez repiques, como de costumbre haciéndome esperar.

—Estoy ocupado.

No con negocios, eso quedó claro.

—Tenemos que enviar una clara advertencia a la Bratva. Se están volviendo demasiado atrevidos.

Padre se quedó en silencio. Su desinterés por los rusos nos costaría todo en algún momento.

—Llamaré a Fiore.

—Fiore no está aquí. Él no sabe lo que está pasando en Nueva York, y probablemente no le importa ni mierda. La Organización no va a ayudarnos. Tienen sus propios problemas. Tenemos que actuar ahora. No podemos esperar a que Fiore y tú discutan cada jodida cosa en detalle. Los rusos nos están dejando como tontos.

LUCA VITIELLO

Cesare me miró como si hubiera perdido la cabeza por hablar así con mi Capo, pero no me importaba un carajo.

Me preocupaba por la Familia, y si mi padre planteaba un riesgo, él tenía que darse cuenta.

—Aún no eres Capo, Luca. No serás Capo en mucho tiempo, y podrías no convertirte en Capo si te declaro indigno, no lo olvides.

La mayoría de los soldados en Nueva York ya confiaban en mi juicio más que en el suyo. No dije nada.

—Haz lo que debas hacer para que los rusos sepan cuál es su lugar —dijo eventualmente.

—Lo haré —solté, luego colgué.

—Me gusta la mirada en tu rostro —dijo Matteo con su sonrisa de tiburón.

—Atacaremos a uno de sus laboratorios. ¿Quieren que les devuelvan sus malditas drogas? Les robaremos más y aplastaremos algunos imbéciles de la Bratva.

Matteo aplaudió una vez, sonriendo.

—Eso suena como mi clase de entretenimiento.

Me volví hacia Cesare.

—Elige diez hombres para que se unan a nosotros.

No podíamos permitir que la Bratva destruya nuestro comercio de drogas. Nueva York era nuestra ciudad. Era *mi* ciudad, y nadie me la quitaría.

162



El ataque fue sangriento, brutal y estimulante, pero fue un éxito, incluso si la Bratva casi nos atrapa por sorpresa al final. Después de horas de matar y torturar a bastardos rusos para obtener información sobre posibles ataques futuros, un velo de oscuridad pareció encubrir mi mente, la necesidad de más violencia, más sangre. No me molesté en quitarme mi ropa empapada de sangre antes de dirigirme a casa. Solo quería ver a Aria, quería sentir esa calma y pertenencia que su cercanía me habían traído milagrosamente.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Pero apenas era yo, o tal vez era mi verdadero ser en esos momentos de derramamiento de sangre sin sentido, de crueldad sin restricciones. Era difícil decirlo. ¿Más monstruo u hombre? Antes de Aria, la respuesta habría sido fácil...

Romero me contempló preocupado cuando entré en el apartamento.

—¿Estás bien? ¿O quieres que me quede?

—Vete —gruñí, mis ojos aferrándose a Aria, que yacía en el sofá.

—No podía dormir porque estaba preocupada por ti, después se quedó dormida en el sofá y no quise cargarla arriba.

Le di una mirada severa y finalmente entró en el ascensor y desapareció. Me acerqué aún más a mi bella esposa lentamente. Estaba en su camisón de seda, revelando sus piernas esbeltas y la tentadora turgencia de sus pechos.

Mía. Solo mía. Tan jodidamente hermosa.

Un hambre oscura se desplegó en mi cuerpo, una necesidad de finalmente reclamar a la mujer ante mí. Deslicé mis manos por debajo de su espalda y piernas, y luego la levanté en mis brazos. Olía dulce e inocente. Quería corromperla, saborearla, follarla. Quería hacerla mía.

—¿Luca? —resonó la suave voz de Aria a través de los latidos en mis oídos, a través de la niebla que siempre se aferraba a mí después de horas de gritos y disparos.

163

Llevé a Aria a nuestra habitación y la acosté en nuestra cama. Mis ojos trazaron su cuerpo en la oscuridad.

Era como un faro de luz en la oscuridad de la habitación.

Se movió, y la habitación se inundó de luz.

Los ojos de Aria se encontraron con los míos. Completamente abiertos, temerosos.

Mi mirada se hundió en la hinchazón de sus pechos una vez más, después continuaron hasta su estrecha cintura y bajaron hacia el valle entre sus muslos.

—¿Luca?

Hoy pude haber muerto. Podría morir mañana.

Podría morir sin haber probado cada centímetro de mi esposa, sin haberla reclamado.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Me quité la camisa empapada de sangre y me desabroché el cinturón. Mis manos fueron firmes, siempre firmes, sin importar lo que hicieran. No temblaban cuando apretaba el gatillo, cuando cortaba una garganta o cuando despellejaba a un hijo de puta.

—Luca, me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

Me bajé los pantalones y me arrodillé en la cama antes de colocar una de mis rodillas entre las piernas de Aria. Me incliné sobre mi esposa, mis ojos observando la forma en que sus pechos subían y bajaban con cada respiración.

Mía para reclamar.

Aria levantó sus manos y tocó mi mejilla, cálida, suave y cuidadosa.

Parpadeé, mi enfoque cambiando a su rostro, a sus ojos ensanchados por el miedo, el terror apenas contenido en su expresión. ¿Hombre o monstruo?

Sumergí mi cara en el hueco de su cuello y respiré su aroma floral, sintiendo su pulso martillando contra mis labios. Me concentré en la sensación de la palma de Aria contra mi mejilla.

Aria era mi esposa. Mía para proteger.

—¿Luca?

Me asomé a mirar su rostro. No sería un monstruo con ella. Me aparté y avancé al baño rápidamente. Abriendo el grifo de la ducha hasta que se enfrió como hielo, me deslicé bajo el arroyo, observando cómo eliminaba la sangre y parte de la oscuridad, pero el resto se aferró a mí como lo hacía a menudo después de días como este.

Después de envolver una toalla alrededor de mi cintura, me dirigí a la habitación. Aria me vigilaba con recelo. Tenía que estar cerca de ella, necesitaba que ella se librara de esta jodida oscuridad por mí. Dejé caer la toalla, pero Aria se giró rápidamente para no verme desnudo. Me deslicé debajo de las mantas y me acerqué a ella hasta que su calor se filtró en mí. Queriendo ver su rostro, la tomé de la cadera y la giré. Ella no se resistió. La contemplé a medida que yacía de espaldas delante de mí, sus ojos evaluando mi rostro. La necesitaba aún más cerca. Cerca. Siempre cerca. Alcancé su camisón, deseando que esa barrera desapareciera, necesitando sentirla, piel con piel.

Aria tomó mi mano, deteniéndome.

—Luca. —Su voz albergaba preocupación, y cuando me encontré con su mirada, la misma preocupación se reflejaba en sus ojos.

No tenía que estar asustada, ya no.

—Esta noche quiero sentir tu cuerpo contra el mío. Quiero sostenerte.

Era una cosa débil de admitir, pero no me importaba.

—¿Solo sostenerme? —preguntó, sus ojos azules cuestionadores.

—Lo juro.

Aria finalmente me permitió sacar su camión sobre su cabeza, quedando solo con unas bragas blancas.

Mis ojos recorrieron sus hermosos senos, la forma en que sus pezones rosados se fruncían. Pasé mi dedo por la cinturilla de sus bragas, pero ella se congeló, y probablemente tenía razón. Era mejor si esa pequeña barrera permanecía entre nosotros. Me giré de espaldas y me llevé a Aria conmigo de modo que terminó encima de mí, con las rodillas junto a mi cintura.

Nuestros pechos se rozaron, pero ella se mantuvo suspendida como si le preocupara que pudiera lastimarme con su peso. Apreté mi agarre alrededor de su espalda, presionándola fuertemente contra mí. Tracé mi palma por la espalda de Aria hasta la curva de su culo y comencé a acariciarla ligeramente. Estuvo tensa al principio, pero se relajó lentamente cuando se hizo evidente que no la presionaría.

165

—¿Tu corte no necesita puntos? —preguntó Aria, su voz empapada de preocupación.

Preocupada por mí.

Presioné un suave beso en su boca, sintiendo que la violencia desaparecía de mi cuerpo.

—Mañana.

Estas heridas no importaban, en absoluto. Saborear a mi esposa lo hacía. Esos labios perfectos. Acaricé su culo, las yemas de mis dedos trazando las líneas de sus bragas, deslizándome por debajo ocasionalmente. Tan jodidamente suave.

Aria me miró con los ojos entrecerrados. Pasó sus dedos por mi garganta, un lugar que nunca dejaba que nadie toque. Demasiado vulnerable, pero con Aria disfrutaba el toque, y luego le dio un beso a una pequeña herida allí. Tan cariñosa. Aria levantó la cabeza y me dio una de las más pequeñas sonrisas.

La quería más cerca, aún más cerca. Mi mano acunó su culo y apretó ligeramente. Mi dedo rozando sus pliegues a través de la tela de sus bragas.

LUCA VITIELLO

Aria jadeó, tensándose encima de mí. La observé atentamente mientras la trazaba ligeramente. Pronto, sus bragas estuvieron empapadas. Mi polla se agitó, pero el hambre oscura de antes había quedado reemplazada por una necesidad más restringida.

Tan mojada.

Bajó su mirada en evidente vergüenza y detuve mis movimientos, necesitando ver sus ojos.

—Mírame, Aria —ordené, mi voz más áspera de lo que pretendía. Los ojos de Aria se alzaron de golpe, nadando con mortificación. ¿Cómo podía avergonzarse cuando quería gritar triunfalmente por la reacción de su cuerpo a mi toque?

—¿Estás avergonzada por esto? —Pasé mis dedos por sus pliegues y Aria meció sus caderas, sus labios abriéndose en un gemido sin aliento. Era tan receptiva.

La acaricié con cuidado, permitiéndole acostumbrarse a mi toque, para que viese me contenía. Su agarre en mis hombros se apretó y sus labios se separaron a medida que hacía pequeños movimientos de balanceo. Observar su hermoso rostro mientras la guiaba cada vez más cerca de su primer orgasmo, mientras sus jugos empapaban sus bragas, era lo mejor que podía imaginar.

Cuando mis dedos se deslizaron sobre su clítoris, Aria comenzó a temblar, su respiración se volvió irregular, y no aparté mis ojos de ella, ni por un solo segundo cuando se corrió por encima de mí.

Mantuve mis dedos en su coño, sintiéndome posesivo y deseando que ella no usara bragas para así poder sentir sus pliegues resbaladizos con su excitación.

Aria presionó su rostro contra mi garganta, abrazándose con fuerza a medida que intentaba recuperar el aliento.

Su coño estaba tan caliente y mojado. La idea de enterrar mi polla en ella era casi abrumadora. Hundí mi nariz en su cabello, empujando mis necesidades a un lado. Si me entregaba a ellas ahora mismo, las cosas se saldrían de mis manos. Demasiado de la oscuridad, de la energía violenta, todavía nadaba cerca de la superficie.

—Dios, estás tan mojada, Aria. Si supieras cuánto te deseo ahora mismo, huirías. —Una risa áspera brotó de mis labios. Una parte de mí quería que ella corriese de modo que pudiera perseguirla y atraparla. La emoción de la caza, la necesidad de reclamarla—. Casi puedo sentir tu humedad en mi polla.

Mi polla rozó el muslo de Aria y un gemido se alojó en mi garganta.

LUCA VITIELLO

—¿Quieres que te toque? —preguntó Aria en voz baja.

Quería más que eso, y ese era el problema.

—No —solté, incluso si me costó mucho. Aria levantó la cabeza, pareciendo herida. No entendía mi razonamiento. No *podía* entenderlo—. Todavía no soy del todo yo mismo, Aria. Hay demasiada oscuridad en la superficie, demasiada sangre y rabia. Hoy fue un día malo. Cuando vine a casa y te encontré tumbada en el sofá, tan inocente, vulnerable y mía... —Mi deseo se encendió una vez más, la necesidad de reclamar lo que era mío—. Me alegro que no sepas los pensamientos que entonces corrieron por mi mente. Eres mi esposa y juré protegerte, aún si es necesario de mí mismo.

—¿Crees que perderías el control?

—Lo sé.

—Tal vez te subestimas. —Acaricié mis hombros, con ese toque cuidadoso que estaba empezando a ansiar como una droga. No estaba seguro de lo que Aria me estaba haciendo, de lo que me estaba pasando, pero era peligroso para los dos.

—Tal vez confías demasiado en mí —murmuré, arrastrando mi dedo a lo largo de su espalda, sintiendo su escalofrío... no de miedo—. Cuando te acosté en la cama como un cordero de sacrificio, debiste haber corrido.

La boca de Aria se detuvo en *esa* sonrisa.

—Alguien me dijo una vez que no corriera de los monstruos ya que ellos te persiguen.

—La próxima vez, corre. O si no puedes, embiste tu rodilla en mis bolas. —Tenía el presentimiento que, si alguna vez lastimaba a Aria de la forma en que era capaz, me destrozaría de una forma que jamás creí posible.

Aria negó con la cabeza.

—Si hubiera hecho eso hoy, habrías perdido el control. La única razón por la que no lo hiciste fue porque te traté como mi marido, no como un monstruo.

Acaricié sus labios y mejilla, mi corazón aparentemente apretándose y aflojando al mismo tiempo.

—Eres demasiado hermosa e inocente para estar casada con alguien como yo, pero soy un bastardo demasiado egoísta para dejarte ir. Eres mía. Por siempre.

—Lo sé —dijo Aria, y por una vez no sonó resignada. Mierda, Aria, estabas destinada a ser nuestra garantía de tregua, no más.

LUCA VITIELLO

Apoyó su cabeza sobre mi pecho. Por alguna razón, se sintió como si estuviera destinado a ser así, como si Aria siempre hubiera pertenecido allí, cerca de mi frío y cruel corazón.

Apagué las luces, contemplando hacia la oscuridad, escuchando la respiración rítmica de Aria mientras se dormía encima de mí. La oscuridad siempre me había llamado porque era algo con lo que estaba familiarizado, un lugar en el que crecí. No pensé que alguna vez habría luz en mi vida, que podría perforar la oscuridad que era mi vida. Mis ojos se hundieron en la corona dorada de la cabeza de Aria: un faro de luz incluso en la oscuridad de la habitación.

B
O
O
K
Z
I
N
G
A

F
O
R
O

168

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

TRECE

Estaba envuelto en calor, pero mis extremidades aún estaban demasiado pesadas y doloridas para moverme. Me tomó un momento darme cuenta de la naturaleza de la fuente de calor: Aria. Estaba acostada encima de mí. El zumbido bajo de mi teléfono estalló a través de mi burbuja de sueño. Me levanté de golpe, mi pulso disparándose y mi brazo rodeando a mi esposa. Maldita sea, esperaba que Matteo no tuviera más malas noticias para mí. Ayer había sido todo un desastre total.

Tomé mi teléfono de la mesita de noche pero, antes de que pudiera acercarlo a mi oreja y atender la llamada, solté un suspiro fuerte. Mi polla estaba encajada entre los muslos de Aria, su longitud alineada perfectamente con su coño. Su calor se filtraba a través de sus finas bragas, dándome millones de ideas que no necesitaba. Tomé la llamada, mirando a mi esposa, que se aferraba a mí con los ojos sorprendidos.

Aria se movió y mi punta empujó en sus nalgas. El placer se disparó a través de mí. Gemí, mi cuerpo tensándose.

169

—Anoche te veías como una mierda. Habría apreciado una actualización —murmuró Matteo—. ¿Qué tan malo es?

—Estoy bien, Matteo —contesté. Mis heridas eran el menor de mis problemas ahora. Las bolas azules eran lo único que me mataría.

—No sueñas así.

Porque Aria está presionando su maldito coño contra mi polla.

—Estoy jodidamente bien.

—Podría enviar al Doc para que te revise.

—No. Puedo manejar esto. No necesito ver al Doc. Ahora déjame dormir.

Terminé la llamada antes de que Matteo pudiera decir otra palabra y volví a dejar el teléfono. Aria me miraba de reojo, la tensión irradiando de su cuerpo en oleadas. Sus dedos se clavaron en mis hombros. Los nervios en su expresión relajaron parte de mi deseo, y me recosté para poner algo de distancia entre nosotros y controlar mi polla demasiado entusiasta.

LUCA VITIELLO

Aria todavía me montaba a horcajadas, pero cubrió sus hermosas tetas con su brazo rápidamente, sus mejillas empezando a colorearse de rosa. Se apartó, intentando bajarse de mí, y su muslo rozó mi polla, enviando otra ráfaga de necesidad a través de mí.

—Mierda —siseé. Y entonces vi la expresión de Aria. Miraba mi polla con grandes ojos curiosos. Era tan jodidamente obvio que nunca había visto una polla. Me tomó todo mi autocontrol no enredar mis dedos en su cabello y guiar su cabeza hacia abajo para hundirme en su seductora boca—. Vas a ser mi muerte, Aria —murmuré.

Aria levantó la vista velozmente, prácticamente retorciéndose de la vergüenza. Sus ojos azules se encontraron con los míos y solo quise besarla hasta dejarla sin sentido, presionarla contra el colchón y mostrarle lo bien que podía hacerla sentir. Antes había deseado a las mujeres, pero había sido un breve estallido de interés, un destello que se había extinguido tan rápido como había llegado, pero mi necesidad por Aria ardía aún más profundo, y más feroz. La mirada de Aria se hundió en mi pecho y luego se deslizó más abajo nuevamente.

—Si sigues mirando mi verga con esa expresión aturdida, voy a explotar.

—Lo siento si mi expresión te molesta, pero esto es nuevo para mí. Nunca he visto a un hombre desnudo. Cada primera vez que voy a experimentar será contigo, así que... —dijo Aria a la defensiva.

Quise reírme de lo ajena que estaba a la realidad de la situación. No se daba cuenta de lo mucho que estaba ardiendo por ella, de lo jodidamente duro que me ponía con solo pensar en ser su primer hombre.

Me enderecé, acercando nuestros rostros.

—No me molesta. Es jodidamente caliente y voy a disfrutar de cada primera vez que compartirás conmigo —dije, arrastrando mi pulgar sobre la mejilla caliente de Aria. Sus ojos se movieron hacia los míos y esa boca irresistible se inclinó hacia la pequeña sonrisa que siempre me atraía—. Ni siquiera te das cuenta lo mucho que me excitas.

La besé, necesitando probar su dulzura. Aria acarició mi pecho, alimentando el deseo ya ardiendo en mi cuerpo. Me retiré.

—Anoche me preguntaste si quería que tú me tocaras.

Los labios de Aria se separaron.

—Sí. —Se lamió los labios, apretando mis entrañas con más necesidad—. ¿Quieres que te toque ahora?

Quería todo lo que ella estaba dispuesta a dar y mucho más.

—Mierda, sí. Más que cualquier cosa. —Aria todavía se estaba cubriendo. Agarré su muñeca pero no tiré, deseando que ella haga esto en sus propios términos. Otra primera vez—. Déjame verte.

La inseguridad se reflejó en su rostro. No entendía cómo una chica tan hermosa como ella podía ser tímida al exhibirse. Su cuerpo estaba destinado a hacer que los hombres se arrodillen, incluso cuando era solo mía para ver. Al final, bajó su mano a su regazo. Mis ojos la estudiaron y mi deseo ardió aún más.

—Sé que no son grandes —dijo Aria, devolviendo mi atención a su inseguro rostro.

—Eres jodidamente hermosa, Aria —dije, pero mi mente seguía desviándose a su pregunta anterior—. ¿Quieres tocarme ahora?

Aria asintió rápidamente, lamiendo esos labios irresistibles, antes de pasar sus dedos por mi polla. El toque apenas existió, pero maldición, atravesó cada músculo de mi cuerpo y mi pecho se contrajo en una fuerte exhalación. Mi mirada se posó en el rostro de Aria, en la forma en que sus labios estaban separados y sus ojos brillaban fascinados. Mierda. Nunca nadie había mirado así mi polla. Era tan jodidamente inocente, tan hermosamente mía. Las yemas de sus dedos tocaron mi punta y me sacudí, apenas conteniendo un empuje hacia arriba. Follarme la mano de Aria solo la habría perturbado. Su inocencia era tortura y placer combinados.

Le permití que me explorara todo el tiempo que pude soportarlo antes de decir con los dientes apretados:

—Tómame en tu mano.

El agarre de Aria sobre mi polla era tan inexistente como lo había sido su toque. Bombeó su mano de arriba hacia abajo, tan gentilmente, tan lentamente. Me recliné sobre la almohada. Y su mejilla se tornó rosa bajo mi atención inquebrantable. Tal vez habría sido más fácil para ella si hubiera apartado la vista, pero simplemente no podía.

—Puedes agarrar más duro.

Los dedos de Aria se tornaron más firmes alrededor de mi polla, pero aun así de ninguna manera tan duro como lo quería o lo necesitaba.

Esto era una dulce tortura.

—Más fuerte. No se caerá.

La vergüenza cruzó el rostro de Aria y apartó la mano bruscamente, apartando los ojos.

—No quería hacerte daño —susurró, sonando avergonzada y al borde del llanto. Maldita sea. Estaba dividido entre la risa porque en realidad pensara que podía hacerme daño, y la frustración por mis bolas azules, pero descarté ambos.

Tomando los brazos de Aria, la puse encima de mí, obligándola a encontrar mi mirada.

—Oye —murmuré, sorprendido por la calmada nota de mi voz cuando por dentro estaba cerca de la combustión—. Estaba bromeando. Está bien. —La besé, mis labios acariciando los de ella, saboreándola, obligándola a relajarse con el beso, y pronto lo hizo. Le acaricié el cuerpo, mi mano abriéndose paso lentamente sobre los seductores montículos de su culo.

Mis dedos se zambulleron entre sus muslos. Aria se detuvo cuando tracé mis dedos por su entrepierna. Mantuve mi toque ligero, recordándome una y otra vez que esto era nuevo para ella. Cuando se relajó y la tela de sus bragas estuvo empapada, me aventuré por debajo del material. Un gruñido se alojó en mi garganta ante la sensación sedosa de Aria. Sus ojos azules se clavaron en los míos con necesidad y curiosidad mientras rozaba mis dedos por su carne tierna hasta su clítoris. Aria soltó el gemido más torturado posible antes de inclinarse para otro beso, sorprendiéndome cuando lo profundizó por su cuenta a medida que se mecía ligeramente contra mis dedos mientras la acariciaba.

Me eché hacia atrás, mi respiración entrecortada.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

Seguí burlándome de su protuberancia, sabiendo que eso reduciría sus inhibiciones, y tenía razón. Cuando acerqué a Aria a su liberación, su propia mano se deslizó por mi cuerpo hasta que finalmente llegó a mi polla. La agarró con más fuerza que antes, pero aun así con demasiada suavidad. Mientras mis dedos seguían trabajando en el coño de Aria, envolví mi otra mano alrededor de la que aferraba mi polla y apreté con fuerza. La sorpresa cruzó el rostro de Aria por la fuerza de mi agarre. Después le mostré cómo acariciarme. La observé a medida que miraba nuestras manos trabajando en mi polla. Ya estaba goteando el pre semen como un niño púber.

Aria jadeó, presionando su coño contra mis dedos casi desesperadamente, persiguiendo su orgasmo mientras nuestras manos me bombeaban fuerte y rápido.

LUCA VITIELLO

Los ojos de Aria se abrieron por completo.

—Luca. —La exclamación se disparó justo a mi polla, que se hinchó incluso más. Le di un golpecito a su clítoris y ella explotó, levantando su trasero, empujando contra mi mano. La vista me envió al borde y el semen salió disparado de mi polla como un maldito fuego artificial en la víspera de Año Nuevo. Me estremecí y gemí como si acabara de tener el orgasmo más grande de mi vida, cuando solo había sido una masturbada. Aria se desplomó contra mi costado, mirando el desorden que había hecho sobre mi estómago. Retiré de mala gana mis dedos de su coño hinchado y acaricié su culo.

Aria parecía feliz a medida que cerraba los ojos y apoyaba la mejilla contra mi pecho. Presioné un suave beso en la coronilla de su cabeza. ¿Por qué? Nunca antes había hecho esto, jamás sentí la necesidad de hacerlo. La idea de tener el cabello de alguien por todo mi rostro y labios definitivamente nunca me había atraído.

Molesto por mi propia confusión, alcancé algunos pañuelos y limpié mi semen. Ni siquiera recordaba la última vez que no me había corrido dentro o sobre una mujer. Le di a Aria un montón de pañuelos y ella se limpió la mano sin encontrar mi mirada. Contemplé su rostro cuando sus cejas se fruncieron. Parecía tan confundida como yo, pero no estaba seguro de por qué.

Acaricié su brazo, intentando distraerla, otra maldita cosa nueva. ¿Por qué carajo estaba sintiendo la necesidad de hacer toda esta mierda?

Aria se sentó de golpe.

—Estás sangrando. —Sus dedos se cernieron sobre uno de los cortes en mis costillas—. ¿Te duele?

Miré hacia abajo. Me había olvidado por completo de ello. Mi cuerpo palpitaba con un dolor sordo, pero no era nada con lo que no pudiera lidiar, y este corte me serviría para aprender a no dejar que los hijos de putas se acercaran demasiado a mí.

—No mucho. No es nada. Estoy acostumbrado.

Las cejas de Aria se fruncieron mientras acariciaba la piel debajo de la herida.

—Necesita puntadas. ¿Y si se infecta? —Sus pestañas revolotearon a medida que me veía. ¿Estaba preocupada por mí?

—Tal vez tengas suerte y te vuelvas una viuda joven. —Era el sueño de muchas esposas, y no me engañaba pensando que Aria había estado feliz con nuestra

LUCA VITIELLO

unión. Ser encadenada a un hombre como yo era un destino por el que muchas mujeres harían cualquier cosa para escapar.

Me entrecerró los ojos.

—Eso no es gracioso.

La contemplé, intentando detectar engaño en su expresión o tono, pero no pude encontrar nada. Parecía seria. Su razonamiento era difícil de comprender. Tal vez temía casarse con el siguiente monstruo si yo muriera, aunque difícilmente podía pensar que hubiera monstruos peores que yo. Aunque había monstruos que no ocultaban su lado monstruoso.

Podría haber apaciguado su preocupación al decirle que no se volvería a casar, aunque muriera. Si Matteo era Capo entonces, no la obligaría, eso estaba claro. Pero ¿mi padre? No me extrañaría que se deshiciera de Nina y se casara con Aria.

—Si te molesta tanto, ¿por qué no tomas el estuche de primeros auxilios del baño y me lo traes? —dije, rompiendo mis inquietantes pensamientos.

Aria no dudó en saltar de la cama.

—¿En dónde está?

—En el cajón, bajo el lavamanos. —Mi mirada siguió su hermoso culo y su delgada cintura cuando entró al baño. Mierda. No temía a la muerte, pero en serio detestaba la idea de morir antes de tener la oportunidad de tener a Aria al menos una vez. E incluso una vez parecía completamente inadecuado para saciar mi deseo por mi joven esposa.

Aria volvió con el botiquín de primeros auxilios. Para mi decepción, se puso el camisón antes de subirse a la cama. Y evitó mirar a cualquier lado cerca de mi pene medio erecto.

Pasé mi pulgar sobre su mejilla caliente.

—Sigues siendo demasiado tímida para mirarme después de lo que pasó. —Toqué su camisón de satén—. Me gustabas más sin esto.

Aria ignoró mi comentario.

—¿Qué quieres que haga?

Por la forma en que fruncía los labios, solo una cosa vino inmediatamente a mi mente.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Muchas cosas.

Puso los ojos en blanco, pero capté el escalofrío de placer que atravesó su cuerpo. Aria se estaba poniendo más cómoda a mi alrededor.

—Con el corte.

—Hay toallitas desinfectantes. Limpia mi herida y yo prepararé la aguja.

Aria limpió mi herida a medida que yo desempaquetaba la aguja. El hedor agudo del desinfectante hormigueó en mi nariz y el escozor familiar de él entumeció mi herida.

—¿Arde?

—Estoy bien. Limpia más fuerte. —Por lo general, Matteo o Cesare se encargaban de mis heridas, si no me encargaba por mi cuenta, y definitivamente no eran tan cuidadosos como Aria.

Me cosí bajo su mirada atenta, preguntándome en qué estaba pensando. Descarté la aguja cuando terminé.

—Tenemos que cubrirlo —dijo Aria, buscando vendas en el botiquín.

La detuve.

—Se curará más rápido si permitimos que respire.

—¿En serio? ¿Estás seguro? ¿Qué tal si se infecta?

Si le dijera lo a menudo que había sido herido en la última década, confiaría en mi palabra.

—No necesitas preocuparte. Esta no será la última vez que llegaré a casa herido. —Abrí mis brazos, todavía sin estar de humor para levantarme—. Ven.

—¿No tienes que irte? —Los ojos de Aria se lanzaron al reloj. No habíamos pasado muchas mañanas juntos en la cama, pero en realidad tenía muchas ganas de cambiar eso.

—Hoy no. Nos hemos ocupado de la Bratva por el momento. Tendré que estar en uno de los clubes de la Famiglia por la tarde.

La sonrisa en respuesta de Aria fue deslumbrante y me dejó sin aliento. Se presionó contra mí, con un brazo sobre mi estómago, y la sostuve con fuerza, aturdido por la explosión de emociones que sentí.

—No esperaba que te vieras tan feliz —admití, incluso si lo lamenté justo después. Tenía que tener más cuidado con lo que dejaba escapar. Las emociones podían usarse como un arma, e incluso si pensaba que Aria jamás haría algo así, debía tener cuidado.

—Estoy muy sola —susurró Aria. La vida a mi lado siempre sería una jaula dorada, y hacer amigos como la esposa del futuro Capo era casi imposible. La mayoría de las personas solo buscarían la cercanía de Aria porque esperaban conseguir algo de ello. Sus hermanas probablemente siempre seguirían siendo sus únicas amigas verdaderas. Tal vez la obsesión de Matteo con Gianna sería buena para algo, después de todo.

Aria tendría a una de sus hermanas en Nueva York. Eso la haría feliz, incluso si la pelirroja molesta probablemente no me traería más que problemas. Desafortunadamente, no podía hablarle de Gianna todavía, no hasta que las cosas estuvieran listas para ser anunciadas.

—Tengo algunas primas con las que podrías salir. Estoy seguro que les gustaría ir de compras contigo.

—¿Por qué todo el mundo piensa que quiero ir de compras?

—Entonces haz algo más. Toma un café o ve a un spa, no sé.

—Aún tengo el certificado para un spa que me dieron en mi despedida de soltera.

—¿Ves? Si quieres puedo invitar a algunas de mis primas.

Sacudió la cabeza rápidamente.

—No tengo muchas ganas de conocer a otra de tus primas después de lo que Cosima hizo.

Cosima era una de mis primas menos favoritas. Era una buena amiga de Grace y ambas vivían para quejarse.

—¿Qué es lo que hizo?

Aria levantó la cabeza, sus ojos abriéndose en lo que pareció comprensión. Un jodido mal presentimiento me abrumó.

—Ella me dio la carta que me condujo hasta ti y Grace —susurró Aria, con voz entrecortada. Se retiró de mí y abrazó sus piernas contra su cuerpo, viéndose pequeña y dolida. La vista, la puta vista se sintió como un puñetazo en mis entrañas. Me levanté, acercándonos, queriendo consolarla y tranquilizarla pero, como pasaba

LUCA VITIELLO

a menudo, sin saber cómo hacerlo, especialmente ahora que mi preocupación por mi esposa batallaba con la furia que sentía hacia mi prima en mi mente. Siguiendo mi instinto, la besé en el hombro.

—¿Cosima te dio una carta que te pedía que fueras al apartamento? —No lo habría hecho sola. Grace y ella habían ideado el plan.

Iba a matar a la perra.

Aria se estremeció, y toqué su cintura, deslizando mi pulgar por su piel suave.

—Y una llave. Aún está en mi bolso —dijo en voz baja.

—Esa maldita perra. —Grace estaba enojada por mi matrimonio con Aria. La maldita imbécil descerebrada probablemente había esperado convertirse en la próxima señora Vitiello. Como si alguna vez me hubiera casado con una extraña a mi mundo, especialmente una de las putas buscadoras de emociones que siempre estarían conmigo solo para ser el centro de atención y añadir una chispa emocionante a sus patéticas vidas. Una mujer así nunca entendería lo que significaba estar vinculado a la mafia, la clase de sacrificios que se requerían para ser parte de nuestro mundo. Los sacrificios eran un concepto extraño para una criatura como Grace.

—¿Quién? —preguntó Aria.

—Ambas. Grace y Cosima. Son amigas. Grace debe haberla convencido para hacerlo. Esa zorra.

Aria se apartó de mi ira, con los ojos muy abiertos y sorprendidos. Mierda. Envolví un brazo alrededor de ella y la atraje hacia mí. Con la nariz en su cabello, respiré su aroma. De inmediato, mi ira se atenuó. No se suponía que Aria fuera testigo de mi lado brutal y vengativo.

Aria se ablandó en mi agarre.

—Grace quería humillarme. Se veía realmente feliz cuando los encontré.

—Apuesto que sí —murmuré. Grace y Cosima probablemente se habían encontrado justo después del incidente y se echaron a reír como unas putas hienas. No reirían por mucho tiempo—. Es una jodida rata tratando de humillar a una reina. No es nada.

Aria era una reina, y nadie la trataría como algo menos que eso.

—¿Cómo reaccionó cuando le dijiste que no podías verla nunca más? —preguntó Aria con curiosidad.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

No había visto ni hablado con Grace desde nuestro último encuentro, y no tenía ninguna intención de hacerlo. Nunca había considerado decirle que habíamos terminado. ¿Por qué? Nunca habíamos sido una pareja o incluso una aventura amorosa. Le había enviado un mensaje cuando quería follar, y ella siempre venía corriendo. No habíamos ido a citas, ni siquiera hemos sido exclusivos. Lejos de eso.

—Prometiste que no la verías a ella ni a otras mujeres de nuevo —susurró Aria, y me di cuenta de mi maldito error. Intentó escapar de mi abrazo, con el cuerpo temblando, pero no le permití que se apartara.

—Lo hice, y no lo haré. Pero no hablé con Grace. ¿Por qué debería? No le debo una explicación, al igual que no le debo ni una maldita explicación a las otras zorras que follé. —Aria estaba rígida en mi agarre, sin creermelo. Incliné su rostro hacia arriba de modo que no tuviera más remedio que encontrarse con mi mirada. Necesitaba grabarse mis siguientes palabras en su cabeza—. Tú eres la única que quiero. Mantendré mi promesa, Aria. —Era la puta verdad. Deseaba a Aria como nunca había deseado a una mujer, de la manera obvia, pero también de una manera más profunda que ni siquiera tenía sentido para mí.

Aria estudió mis ojos.

—Así que no la verás de nuevo.

—Oh, la veré de nuevo para decirle lo que pienso de su pequeño truco. — Probablemente termine matándola. Nunca había estado más cabreado en mi vida. Grace intentó meterse con mi matrimonio, y sabía que aún no había terminado; si no lo detenía de una vez por todas.

Aria tocó mi brazo.

—No lo hagas. —La miré con incredulidad. Pensé que quería que lo terminara verbalmente—. No quiero que hables con ella otra vez. Solo vamos a olvidarnos de ella. —¿Olvidar de cómo Grace no solo me había engañado, sino que también había tratado de humillar a mi esposa?—. Por favor —rogó Aria, sus dedos clavándose en mis bíceps.

Mierda. ¿Cómo se suponía que iba a negarme a ella cuando me miraba así? Rogar no funcionaba conmigo, pero Aria...

Asentí, incluso si sabía que no podía no hacer nada. Mantendría mi palabra y no me pondría en contacto con Grace, pero era jodidamente seguro que no olvidaría lo que pasó. La próxima vez que viera a su padre para darle dinero para su campaña, le diría exactamente lo que tenía en mente. Sabía que Grace no servía para nada.

—No me gusta, pero si eso es lo que quieres...

LUCA VITIELLO

—Lo es —dijo rápidamente—. Ni siquiera vamos a hablar de ella nunca más. Finjamos que no existe.

Aria me dio una sonrisa pequeña. Y toqué sus labios separados, amando su suavidad.

—Tus labios son tan jodidamente besables.

Aria desvió sus ojos avergonzada. Tímida y dulce. El hecho de que hombres como Fiore Cavallaro y mi padre hubieran elegido este tipo de mujer para mí era un milagro, pero uno por el que estaba definitivamente agradecido.

—Hay algo sobre lo que quería hablarte —murmuró.

—¿Más malas noticias? —pregunté cuidadosamente. Lo de Grace ya estaba agriando mi mañana.

Aria se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que eso depende de tu punto de vista. Quiero que Gianna me visite. La escuela no empieza hasta dentro de dos semanas y la extraño.

Ahogué un gemido.

—Han pasado solo algunos días desde que la viste.

—Lo sé. —La expresión de Aria se tornó suplicante una vez más, y supe que estaba jodido. Si Matteo se enteraba que Gianna iba a venir de visita, estaría extasiado.

—¿Dónde se quedaría?

Supe inmediatamente lo que estaba haciendo.

—No lo sé. ¿Tal vez en nuestra habitación de invitados? —Se mordió el labio inferior con esa sonrisa, sus ojos tan jodidamente esperanzados que sabía que no había manera de poder decirle que no, pero ella no necesitaba saber eso.

—Tu hermana es un gran dolor en el culo —murmuré.

Aria se inclinó más cerca, su expresión suplicante.

Mis ojos bajaron a su camión hasta sus hermosas tetas.

—¿Qué tal un trato?

La sonrisa de Aria cayó, la ansiedad haciéndose cargo.

—¿Un trato?

LUCA VITIELLO

Sonó como si fuera a obligarla a dejarme follarla. No quería nada más que finalmente estar con ella, reclamándola, pero no si estaba tan jodidamente aterrada.

—No luzcas tan nerviosa. No voy a pedir que duermas conmigo para que puedas ver a tu hermana. No soy así de imbécil.

—¿No? —Aria sonrió, toda su cara transformándose, y simplemente no pude resistirme. La besé con fuerza, necesitando saborear esos labios.

—No. Pero me gustaría explorar tu cuerpo —dije, mi mano arrastrándose por su cintura y cadera, imaginando cómo sería probar sus hermosas tetas y su coño, enterrarme entre sus piernas. Maldita sea, me estaba poniendo duro otra vez.

—¿Cómo? —preguntó Aria, en voz baja.

—Esta noche, trataré de estar en casa temprano después de la reunión en el club y quiero que nos relajemos en el jacuzzi por un rato y luego quiero que te recuestes y me dejes tocarte y besarte donde yo quiera. —Pasé la punta de mi lengua por su oreja, mostrándole lo que le haría a su adorable coño—. Te encantará.

Aria exhaló, su cuerpo tensándose bajo mi toque. Sus ojos reflejaban su conflicto, divididos entre curiosidad y ansiedad.

Deslicé mi mano entre sus muslos, presionando contra su clítoris. El gemido resultante de Aria y la contracción de sus caderas me hicieron sonreír. Su mente estaba ansiosa, pero su cuerpo definitivamente no lo estaba. Sus bragas ya estaban mojadas con su necesidad de más. Era tan maravillosamente sensible. La idea de cuán resbaladiza estaría alrededor de mi polla casi me llevó a la locura.

—Te gusta esto, Aria. Sé que lo haces. Admítelo. —En realidad no había ninguna duda al respecto. Su cuerpo enviaba un mensaje claro, y el encaje empapado era toda la respuesta que necesitaba. Presioné la palma de mi mano contra su clítoris nuevamente, ganando otro jadeo.

La cara de Aria estaba enrojecida, sus ojos pesados.

—Sí. —Observándola, froté mi palma sobre ella lentamente, disfrutando de sus jadeos asombrados—. No te detengas.

—No lo haré —jadeé contra su garganta. No me detendría en absoluto si ella lo permitía. Deseaba que se permitiera apagar su cerebro y dejar que su cuerpo tome el control—. Entonces, ¿me dejas tenerte a mi manera esta noche? No haré nada que no quieras.

—Sí.

LUCA VITIELLO

Besé y mordí su garganta a medida que acariciaba su coño a través de sus bragas, más rápido y más duro, a la par del ritmo de su balanceo desesperado. Después se arqueó y gritó cuando se corrió bajo mi toque.

Contemplé sus ojos cerrados, sus labios separados, sus mejillas teñidas de rosa. Impresionantemente hermosa.

Dejé otro beso persistente en la punta de su barbilla antes de encontrar su mirada. Era obvio que la mente de Aria era un torbellino de pensamientos otra vez, preocupados, cuestionadores.

Presionó su cabeza contra mi hombro, aferrando mis bíceps.

—Entonces, ¿puedo llamar a Gianna y decirle que compre sus boletos de avión? —susurró contra mi piel.

De vuelta a los negocios, la pequeña descarada.

—Claro, pero recuerda nuestro trato. —El zumbido de mi teléfono arruinó el momento nuevamente, y cualquier posibilidad de conseguir otra masturbada o, mejor aún, una mamada. Ni siquiera miré la pantalla antes de gruñir—: Por el amor de Dios, Matteo, ¿ahora qué?

—Recibimos otro mensaje de los rusos —contestó—. Dejaron cabezas de cerdo frente al mejor restaurante de Ferris.

181

Contuve la cadena de maldiciones persistiendo en la punta de mi lengua. Los negocios no eran algo que debíamos discutir en detalle por teléfono. Me desenredé de Aria suavemente y me puse de pie.

—Cubrimos su espalda. No dejaré que otro jodido restaurante vaya a los rusos.

—Padre quiere hablar con nosotros.

—Sí —murmuré entre dientes. Lo había imaginado. La cadena de restaurantes de Ferris pagaba un montón de dinero por nuestra puta protección. Definitivamente no queríamos perderlo con los rusos porque sus amenazas lo estuvieran afectando.

—Lo antes posible —agregó Matteo.

—Sí. Estaré listo dentro de media hora.

Menos mal que quería disfrutar de una agradable y tranquila mañana con mi esposa. Dejé mi teléfono en la mesita de noche. Al menos mi molestia por la Bratva se había deshecho de mi erección.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

—Tengo que hablar con el dueño de una cadena de restaurantes —le dije a Aria.

Estaba apoyada sobre sus codos, con el cabello extendido detrás de ella. Y hubo un millón de cosas que preferí hacer antes de convencer a Ferris de que estar de nuestro lado malo era peor que tener a la Bratva como su enemigo.

La expresión de Aria cayó.

—Está bien. —Pareció sinceramente triste por mi partida. Y la comprensión me dio una extraña sensación de satisfacción.

Me acerqué y me incliné sobre ella.

—Llama a tu hermana y dile que puede venir. Y estaré de regreso a tiempo para la cena, ¿de acuerdo? Tengo un par de menús de comida para llevar en la cocina. Ordena lo que quieras. —La besé, dándome cuenta sobresaltado que también estaba decepcionado por no tener la oportunidad de pasar más tiempo con ella. Disfrutaba estar cerca de Aria, y no solo porque no podía mantener mis manos alejadas de su cuerpo—. Dile a Romero que te lleve a un museo o algo por el estilo.

Aria asintió. La besé una vez más y luego me dirigí al baño para darme una ducha rápida. Cuando salí, Aria estaba escribiendo en su teléfono con una pequeña sonrisa, probablemente diciéndole a la pelirroja malintencionada que podía venir de visita. Al ver la felicidad de Aria, ni siquiera pude estar enojado por tener que soportar a Gianna por unos días.

Presionando un beso rápido en su frente, murmuré:

—No puedo esperar a esta noche.

—Ten cuidado —susurró Aria.

Me aparté, y después me di la vuelta y me fui, sintiéndome ligeramente aturdido por sus palabras. Nadie nunca me había dicho algo así.



Matteo me esperó en el garaje subterráneo y llevamos mi auto a la casa de Ferris. Era un tipo de negocio elegante que poseía cerca de treinta restaurantes en Nueva York y Nueva Jersey. Los rusos intentaban convencerlo de que se cambie con ellos. Y eso no iba a suceder.

LUCA VITIELLO

—Te ves mejor de lo que pensaba después de anoche —comentó Matteo, explorándome.

—Me ha ido peor.

—¿Aria te ayudó a recuperarte? —Sus labios se curvaron en una sonrisa sugerente.

—¿Tienes el video de mí torturando a ese bastardo de la Bratva en tu teléfono?

—Entonces, ¿no vas a compartir los detalles traviosos?

—Matteo —gruñí.

—Por supuesto. Fue una de tus horas más brillantes, en cuanto a la tortura. Después de todo, toda esa frustración sexual contenida es buena para algo. Si no fuera todo un maestro torturador, consideraría algunos días de celibato.

Puse los ojos en blanco.

Cuando nos detuvimos frente al restaurante en Brooklyn, vi a Ferris paseándose por el paseo marítimo, hablando por su teléfono. Salimos y nos dirigimos hacia él. Su expresión agitada se convirtió en una de ira cuando nos vio. Algunos de sus empleados estaban fregando el frente una vez blanco, intentando deshacerse de las salpicaduras de sangre. Las cabezas de cerdo ya se habían ido.

—Tengo un negocio que dirigir y una reputación que defender. Esto es inaceptable. Si no lo detienen, tendré que considerar una cooperación nueva.

¿Cooperación? ¿Creía que éramos una especie de empresa comercial con la que podía decidir trabajar?

Sonreí fríamente.

—¿Por qué no entramos para discutir esto lejos del ojo público? No quieres atraer la atención equivocada —dije en calma forzada.

Frunció el ceño y avanzó a su restaurante, de hecho, creyéndome. Maldito idiota.

Matteo y yo entramos detrás de él. Para el momento en que llegamos a su oficina, mi máscara agradable desapareció.

Lo agarré por el cuello y lo alcé, empujándolo contra la puerta.

—¿Has perdido la cabeza? Llamaré...

LUCA VITIELLO

—¿Llamarás a la policía? —terminé en un murmullo mortal—. Les pagamos a más de la mitad. También les pagamos a las personas que importan en esta ciudad. Y no olvidemos las cosas que no quieres que se sepan, Ferris. Como el bonito y pequeño botones que te estás follando a espaldas de tu esposa. —Lo bajé lentamente y le hice señas a Matteo para que avance—. Ahora escucha, Ferris, y escucha bien, porque voy a decir esto exactamente una vez. Nuestra *cooperación* termina cuando nosotros la terminamos, ni un jodido día antes, y si termina, créeme, no va a gustarte.

Matteo sostuvo su celular frente a la cara de Ferris, luego reprodujo el video de mí cortando al ruso en pequeños pedazos. Sus gritos resonaron por los altavoces. Ferris se retorció, intentando escapar. Cuando no lo dejé, cerró los ojos.

—O abres los ojos o te quitaré los malditos párpados.

Sus ojos se abrieron de golpe y su rostro comenzó a transpirar mientras veía el video. Vomitó y lo empujé lejos de mí rápidamente, de modo que terminó vomitando en sus zapatos y no los míos.

Matteo me mostró su sonrisa de tiburón y puso su celular en su bolsillo trasero.

—Nos encargaremos de los rusos —le dije—. Solo tienes que preocuparte por pagarnos a tiempo.

Matteo le dio una palmada en la espalda al hombre.

—Fue bueno hablar contigo.

Y con eso nos fuimos.

—¿Por qué siempre vomitan? —preguntó Matteo a medida que nos dirigíamos a mi auto.

—Tengo que hacerle una visita a Cosima —dije.

Matteo me lanzó una mirada curiosa. Nunca hablaba con Cosima por elección.

—Tengo el presentimiento de que tiene algo que ver con tu debacle con Grace.

—Así es. Le dijo a Aria dónde encontrarme.

Matteo silbó.

LUCA VITIELLO

—Perra. —Me contempló de cerca mientras nos acomodábamos en el auto—. Pero ¿Aria te perdonó?

Fruncí el ceño. Había evitado hablar con él sobre este tema.

—En realidad no tiene opción. Este matrimonio nos vincula a los dos. —Era la verdad a medias, pero no estaba dispuesto a discutir sobre Aria en detalle, especialmente no de mis sentimientos o los de ella. No estaba seguro si ella me había perdonado, y probablemente no debería, pero Aria quería que este matrimonio funcionara, y estaba agradecido por ello.

Nos detuvimos frente a la casa de Cosima y Giovanni. Había estado casada con él durante cuatro años. Su padre era uno de nuestros capitanes.

—¿Quieres que vaya contigo?

Negué con la cabeza.

—Me encargaré de esto solo. No tardará mucho.

Caminé hasta la casa y toqué el timbre. Una criada abrió la puerta, sus ojos abriéndose de par en par, alarmada al verme.

—El amo no está en casa.

—Necesito ver a su esposa —dije, dando un paso adelante, obligándola a abrir la puerta más ampliamente y permitiéndome la entrada.

—¿Quién es? ¡Te dije que no permitas que entre nadie, vaca inútil! —gritó Cosima, apareciendo en el pasillo. Se congeló. Todavía estaba en su bata de baño—. Giovanni no está aquí —añadió rápidamente.

Cerré la puerta de entrada, encontrándome con su mirada.

—No estoy aquí por él. —Me volví hacia la criada—. Déjanos a solas.

Se fue rápidamente. Cosima se cruzó de brazos, pero la preocupación brillaba en sus ojos oscuros.

—No puedes estar a solas conmigo. No es correcto.

Le di una sonrisa fría y avancé hacia ella.

—Sé que enviaste a mi esposa a mi jodido encuentro con Grace.

La expresión de Cosima patinó por un momento, y entonces la enmascaró rápidamente con un fingido shock.

—No hice nada. ¿Cómo puedes acusarme de algo así?

LUCA VITIELLO

—No me mientas —gruñí, y ella retrocedió, pero chocó contra la pared.

—Llamaré a Giovanni —dijo, alcanzando su teléfono en el bolsillo de su bata antes de levantarlo.

Agarré su brazo.

—Esto es entre tú y yo.

Apretó su bata cerrada con su mano libre, bajando la mirada.

—Giovanni y mi padre no estarán felices si me deshonras.

La solté como si me hubiera quemado.

—Mierda, Cosima, no voy a tocarte así.

—Todos conocen las historias de tu padre. No finjas que no eres como él. Él ni siquiera aplastó la garganta de un miembro de la familia.

Me incliné, frunciendo el ceño.

—Puedo prometerte que te aplastaría la garganta antes que follarte. —Asentí hacia su teléfono—. Llama a Giovanni. Así también puedo hablar con él. Debería vigilarte más de cerca.

No lo llamó. En cambio, me miró con una culpa jodidamente mal interpretada.

—No fue mi idea. A Grace se le ocurrió el plan. Quería recuperarte y destruir tu matrimonio.

Me reí sombríamente.

—Mi esposa es mi posesión, Cosima. Lo sabes tan bien como yo. Este matrimonio durará hasta el amargo final. —Nadie jamás descubría lo desesperado que había estado cuando Aria había escapado—. Lo único que hizo tu loco plan fue hacerme enojar, y créeme cuando te digo que nunca es bueno estar de mi lado malo, querida prima. Así que la próxima vez que Grace te pida un favor, dirás que no, o tu marido no se convertirá en capitán.

Palideció. Cosima era ambiciosa. Había soñado con casarse con un lugarteniente, pero no había sido honrada con la belleza necesaria para atraer a un hombre en esa posición. Si Giovanni continuaba siendo un simple soldado, eso sería una humillación a la que no sobreviviría.

La dejé allí parada. Se lo pensaría dos veces antes de volver a ir en mi contra.

CATORCE

Matteo se apoyaba en el capó de mi auto, por como parece, tomando un maldito baño de sol.

—¿Y? —preguntó, con la cara aún inclinada hacia el cielo.

—Sube al auto —dije.

Para el momento en que estuvo en el asiento del pasajero, levantó una ceja.

—Espero que no hayas hecho un desastre.

—Es nuestra prima.

—Eso no te detuvo con Junior.

—Es una mujer.

—Eso no te detuvo con las putas de la Bratva.

Le envié un ceño fruncido.

—No trató de matarme, ¿feliz?

—Tal vez la próxima vez Grace intentará envenenar a tu esposa —bromeó Matteo, pero casi nos obligó a dirigirnos hacia el tráfico contrario porque me estremecí bruscamente—. Estaba bromeando —dijo Matteo, sorprendido.

Tragué, intentando enmascarar la agitación que sus palabras habían causado.

—Ahora vamos a la Esfera. Todavía tenemos que conocer a nuestro contable.

Varias horas más tarde, estaba de camino a casa mientras Matteo salía de fiesta con Romero.

Sonó mi teléfono y el nombre de mi padre apareció en mi pantalla.

Tomé la llamada y la voz de mi padre resonó en el auto.

—¿Cómo les fue? ¿Convencieron a Ferris de las ventajas de trabajar con nosotros?

—Sí, Matteo y yo le dejamos muy claro nuestro punto —dije.

LUCA VITIELLO

No estaba de humor para hablar con mi padre ahora mismo. Solo quería volver a casa con mi hermosa esposa y descubrir su cuerpo con mis manos y labios. Era lo que me había mantenido en marcha durante todo el día.

—Muy bien —dijo arrastrando las palabras—. Creo que deberíamos atacar a algunos más de los establecimientos de la Bratva en represalia. ¿Cuál es su club más popular?

—La Pérgola. La mayoría de los miembros de alto rango de la Bratva lo frecuentan. Desafortunadamente, la mitad de la sociedad de Nueva York que no viene a la Esfera también va allí. Un ataque podría atraer mucha atención innecesaria de los medios hacia nosotros. —Los ataques en laboratorios o prostíbulos eran la opción más segura, ya que ambos estaban fuera del ojo público.

—Piensen en algo. Quiero que sangren —soltó padre. Me pregunté si había hablado con Fiore... o ¿por qué de repente le importaba una mierda la Bratva?

—Lo harán —le prometí a medida que guiaba mi automóvil hacia el garaje subterráneo—. ¿Hay algo más que quieras?

—¿Vas de camino a tu esposa, o por qué estás ansioso por deshacerte de mí?

Porque odio tus jodidas entrañas.

—Ha sido un maldito día largo.

—Quiero que Matteo, Aria y tú vengan a cenar lo antes posible. Habla con Nina para concertar una cita.

Colgó, sin esperar respuesta porque era una orden, no una solicitud. En realidad, no quería estar cerca de mi padre más de lo absolutamente necesario, pero más importante aún, es que no me gustaba tenerlo cerca de Aria.

Mis músculos se llenaron de tensión cuando entré en el ascensor. Otro jodido día complicado. A pesar de toda la mierda que nos lanzamos hoy, cumplí mi promesa a Aria y estuve en casa antes de lo habitual. Cuando entré en nuestro apartamento, Romero estaba sentado en un taburete, trabajando en su tableta. Le envié las fotos de una cámara de vigilancia del restaurante porque era el mejor cuando se trataba de detectar comportamientos sospechosos. Tal vez podría averiguar quién había dejado el puto mensaje, para que así pudiera matarlos personalmente. Llevar las cabezas de los cerdos a través de Brooklyn no podría haber pasado desapercibido.

Se puso de pie, agarró la tableta y entró en el ascensor.

—Trabajaré en esto esta noche.

LUCA VITIELLO

—Aria sigue siendo tu prioridad principal, así que no te trasnoches.

Romero sonrió.

—Ya me conoces. Estaré tan vigilante como siempre para trabajar mañana.

Asentí. Era uno de mis mejores hombres.

—Aria está en la terraza de la azotea —dijo antes de que las puertas se cerraran.

Puse mi teléfono en la encimera de la cocina. Matteo sería capaz de lidiar con la mierda si algo surgiera esta noche. Quería disfrutar de esta tarde sin interrupción con Aria.

Afuera, Aria había puesto la mesa con velas, mantel blanco y flores frescas. Estaba vestida con un elegante vestido amarillo suelto. Con los últimos rayos del sol poniente, era como una aparición dorada. La mujer más hermosa que la Organización tenía para ofrecer. En palabras de mi padre. Se había equivocado, tan jodidamente equivocado.

Aria era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto. No podría haber una mujer más hermosa que ella en este planeta.

Aria se fijó en mí y me dio una sonrisa pequeña.

—¿Pensé que podíamos comer aquí? —Hizo un gesto hacia la mesa. No tenía en absoluto hambre de comida, pero Aria ya había puesto una variedad de salsas, panes y samosas, así como un curry humeante sobre la mesa. Envolví mi brazo alrededor de ella y la besé ligeramente. Sus pestañas revolotearon y su sonrisa se volvió menos tensa—. Ordené comida india.

—Estoy hambriento por una sola cosa —dije en voz baja, sintiendo que mi ingle se tensaba ante la idea de sacar a Aria de este vestido.

Aria miró hacia otro lado.

—Vamos a comer. —Se apartó de mi abrazo y se hundió en su silla. Tal vez la comida la ayudaría a calmar sus nervios. Realmente no entendía por qué estaba tan nerviosa. Le dije que la tocaría y besaría, no que la follaría. Mi falta de práctica en el manejo de las emociones femeninas era definitivamente un problema cuando se trataba de lidiar con Aria correctamente. Me senté frente a ella. Algunas hebras de cabello se arremolinaban alrededor de su cabeza y el sol poniente hacía que los pómulos de Aria brillaran.

—Te ves jodidamente atractiva. —Mi cerebro y mi cuerpo estaban en una calle de sentido único. Simplemente hoy no podía pensar con claridad. Quería perderme en Aria, en su cuerpo esplendido, en la lujuria, y olvidarme de la Bratva.

Aria arrancó un pedazo de pan naan y lo comió con un poco de salsa.

—Romero me llevó al Metropolitan hoy. Fue increíble.

Comí un bocado, sofocando una risa ante el débil intento de Aria de distraerme.

—Bien.

—¿Qué pasó con el dueño del restaurante? ¿Lo convenciste de que la familia lo protegerá de los rusos?

No era en realidad un tema que quisiera discutir, especialmente con Aria. El negocio era algo de lo que quería protegerla.

—Por supuesto. Ha estado bajo nuestra protección durante más de una década. No hay ninguna razón para cambiar eso ahora.

—Claro. —Aria tomó su copa de vino y la engulló, sin mirarme a los ojos. Parecía muy lejos, pero no hacía falta ser un genio para adivinar lo que la estaba molestando.

—¿Aria?

—¿Hm? —Aún no levantaba la vista.

—Aria —dije, poniendo más fuerza en mi tono y, como era de esperar, levantó la cabeza de golpe. Sus ojos azules se llenaron de ansiedad. Era una experiencia nueva tener a una mujer asustada de estar conmigo. Me recosté en la silla, preguntándome cómo debía manejar la situación—. Estás asustada.

—No lo estoy —dijo rápidamente, pero sus mejillas se enrojecieron por su mentira. Era tan mala mentirosa. La miré fijamente, deseando que me diga la verdad. Mentir no era algo que toleraría—. Tal vez un poco, pero sobre todo estoy nerviosa.

Nerviosa. Podía trabajar con los nervios. Era mucho mejor que el miedo. Me puse de pie y caminé hacia ella, extendiendo mi mano.

—Vamos. —Aria levantó sus ojos a los míos, estudiándolos como tan a menudo lo hacía y encontrando cualquier cosa que pareciera buscar porque tomó mi mano y la levanté. Todavía estaba mirándome—. Vamos a entrar en el jacuzzi, ¿de acuerdo? Eso te relajará —dije en voz baja, amortiguando mi voz para

LUCA VITIELLO

tranquilizarla—. —¿Por qué no buscas tu bikini y yo voy a preparar el jacuzzi? — Habría preferido sumergirme en el jacuzzi con una Aria desnuda, pero dudaba que eso la ayudaría a relajarse.

Aria me dio un rápido asentimiento antes de desaparecer dentro. Suspirando, tomé un sorbo de vino. La paciencia nunca había sido mi fortaleza, y me sorprendía lo mucho que de hecho poseía, al menos alrededor de Aria. Después de activar el jacuzzi, seguí a mi esposa. Cuando llegué a la habitación, la oí en el baño. Me quité la ropa y me puse mis bañadores negros. Por un momento, me pregunté si Aria se estaba escondiendo de mí dentro del baño, pero entonces la puerta se abrió y salió en un bikini blanco con puntos. Casi gemí porque de alguna manera logró lucir sexy e inocente a la vez, sacando a la luz mi lado protector y también mi lado depredador. Jodida mierda.

Alcancé la cadera de Aria.

—Eres perfecta. —Me recompensó con una sonrisa pequeña y la llevé fuera de nuestro dormitorio y de vuelta a nuestra terraza.

La piel de gallina recubrió la piel de Aria y sus pezones se tensaron contra la parte superior del bikini. La alcé en mis brazos y se apretó contra mí, buscando protección contra el viento que se había levantado. Su palma descansó ligeramente contra mi pecho, justo por encima de mi corazón, como si necesitara asegurarse que sí, de hecho, tengo uno. A veces ni siquiera yo estaba seguro que ese fuera el caso.

Me metí en el agua caliente con ella y nos bajé de modo que ambos estuviéramos cubiertos hasta nuestros omóplatos. Aria se aferró a mi cuello, sus labios contra mi piel. Acaricé su espalda, sintiendo la tensión ondulando en su cuerpo.

—No hay razón para que estés asustada.

—Lo dice el hombre que aplastó la garganta de un hombre con sus propias manos.

—Eso no tiene que ver con nosotros, Aria. Eso son negocios. —No era un hombre bueno, y no me iba a engañar al pensar que podría serlo, ni quería serlo. Era el hombre que necesitaba ser para ser quien quería ser: Capo.

Aria suspiró.

—Lo sé. No debería haber sacado el tema.

Miré a mi esposa de reojo pero solo vi el cabello de Aria. Estaba escondiendo su rostro de mí.

—¿Cuál es realmente el problema?

—Estoy nerviosa porque me siento vulnerable, estoy a tu merced debido al trato.

Logré tragarme la primera respuesta que me pasó por la cabeza: que Aria había estado a mi merced desde el momento en que se había convertido en mi prometida. Si hubiera insistido, su padre me habría dado a su hija de quince años, y, desde que se había convertido en mi esposa, todos en nuestro mundo la consideraba mi propiedad.

—Aria, olvida el trato. ¿Por qué no intentas relajarte y disfrutar esto? —Levanté su cara para que así tuviera que mirarme.

Aria se lamió los labios nerviosamente.

—Prométeme que no vas a forzarme a hacer algo que no quiero hacer —susurró, luego continuó con una voz aún más suave, su mirada baja una vez más—. Prométeme que no me harás daño.

Por un segundo, no estaba seguro de qué decir. Pensé que estos últimos días le habían demostrado a Aria que estaba intentando ser bueno para ella; tan bueno como podría serlo un hombre como yo. Tal vez ese era el problema. Aria sabía qué tipo de hombre era, y estaba esperando que le revelara mi verdadera naturaleza. Tal vez tenía razones para ser cautelosa. Tal vez este lado de mí estaba destinado a fallar. Tal vez era un monstruo intentando ser más. ¿Era el lado amable algo que tenía en mí, o solo algo que me imponía?

—¿Por qué te haría daño? —pregunté en voz baja, manteniendo mis pensamientos para mí—. Te dije que no voy a dormir contigo a menos que tú quieras.

Los ojos de Aria se abrieron alarmados.

—¿Entonces me harás daño cuando durmamos juntos?

Su conmoción inocente casi me hizo reír.

—No, a propósito no, pero no creo que haya manera de evitarlo —murmuré, besando la suave piel debajo de su oreja—. Pero esta noche quiero hacerte retorcer de placer. Créeme. —Quería que confiara no porque la diera libremente, sino porque la merecía. Quería ganármela.

Empujando esos pensamientos a un lado, pasé mi lengua por su punto de pulso e inhalé el dulce aroma de Aria. Mi agarre en ella se apretó a medida que chupaba su piel. Se sentía y sabía tan bien, y mi cuerpo reaccionó a su cercanía.

LUCA VITIELLO

Arrastré mis besos de vuelta hasta que alcancé la dulce boca de Aria, que reclamé con un beso fuerte mientras presionaba mi erección contra su culo. Maldición, deseé que estuviéramos desnudos.

Aria se echó hacia atrás y solté un gemido frustrado. Quería perderme en su sabor.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó en voz baja.

Me recosté, intentando ocultar mi impaciencia.

—¿Sobre qué quieres hablar?

Mis manos tenían una mente propia, acariciando la espalda desnuda y la cintura de Aria, y luego más abajo hasta la parte inferior de su bikini. Su aliento se detuvo cuando mis dedos se deslizaron por su culo.

—¿Qué le pasó a tu madre? —preguntó, sorprendiéndome por completo.

Mis manos se congelaron y mi pecho se apretó en un nudo apretado.

—Murió —respondí cortante. Me aparté de la expresión compasiva de Aria, molesto de que trajera a colación algo así—. Ese no es el tipo de cosas de las que quiero hablar esta noche.

No quería hablar de ella en absoluto. Era el puto pasado. Su muerte ya había arruinado bastante de mi pasado; no arruinaría también mi futuro.

Aria asintió. Deslicé mi mano a lo largo de su muslo, queriendo distraerme y distraerla. Empujé mis dedos por debajo de la parte inferior de su bikini, rozando sus labios vaginales. Tan aterciopelados. Mierda. Usé mi otra mano para liberar sus pechos de su parte superior. Sus pezones se fruncieron deliciosamente en el frío. Buen Señor. Bajé la cabeza y llevé uno de sus pezones duros a mi boca, chupándola suavemente al principio, luego con más fuerza. Pasé mi pulgar sobre su clítoris, haciéndola arquear y jadear. Se presionó contra mí a medida que giraba mi lengua alrededor de su pezón. No podía apartar los ojos de la cara de Aria mientras se rendía al placer. Sus mejillas se calentaron bajo mi atención inquebrantable, y aparté la mirada.

—No. Mírame —le ordené, y sus ojos se lanzaron nuevamente hacia mí. Quería que ella viera lo que estaba haciendo, quería que recordara que era mía, que cada hermoso centímetro de ella era mío.

Fijándola con mis ojos, succioné su pezón en mi boca mientras mis dedos trabajaban en su coño, burlándose de su protuberancia y pliegues. Rocé el pezón de Aria con mis dientes, probando si disfrutaría un poco de dolor.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Aria meció sus caderas con un grito, su cuerpo tensándose a medida que se corría. La vista fue maravillosa, pero no me permití disfrutar de ella. Levanté a Aria rápidamente sobre el borde del jacuzzi, extendiendo sus piernas. Los ojos de Aria se abrieron en shock.

—Luca, ¿qué...?

Le arranqué el bikini, empujándome entre sus piernas. Mis ojos se hundieron en sus labios rosados y mi polla se sacudió. Agaché mi cabeza, necesitando probarla. Arrastré mi lengua por sus pliegues relucientes. Maldición, había esperado demasiado por la primera probada a mi esposa. Aria dejó escapar un grito de asombro. Sus piernas empezaron a relajarse contra mis bíceps mientras se rendía a las sensaciones nuevas.

Lamí a Aria larga y profundamente, mi punta deslizándose a lo largo de su hendidura, saboreando esa tortuosa dulzura.

—Mierda, sí. —Podía sentirme goteando a la primera probada. Una nueva ola de posesividad me golpeó a medida que contemplaba su coño rosa. Solo para que yo saboree. Succioné un suave pliegue en mi boca, burlándolo con mis labios y lengua. Aria jadeó sin aliento, con los ojos entrecerrados comprobando nuestros alrededores—. Mírame —exigí, apartándome un poco de ella. Después de un momento de vacilación, se encontró con mi mirada a pesar de su vergüenza evidente. Sus mejillas estaban enrojecidas, sus labios separados.

Quería que Aria viera cuando me la devoraba, quería ver su hermosa cara cuando se corriera en mi boca por primera vez. Lentamente, me incliné hacia delante y pasé mi lengua por su pliegue, empujando ligeramente en su preciosa protuberancia.

—Eres mía —exclamé, cuando su sabor se arremolinó en mi lengua, alimentando mi propia excitación. Le di otra lamida—. Dilo.

Los ojos de Aria brillaron con necesidad.

—Soy tuya.

Mía. Le acaricié los labios hinchados, desplegando su clítoris, sabiendo que se correría si chupaba ese pequeño botón. Fijando mis ojos en su rostro necesitado, agité mi lengua sobre su clítoris. Los ojos de Aria se abrieron de par en par, sus labios se derrumbaron en un gemido mientras tiraba de mi cabello, presionando su coño contra mi cara. Se apretó contra mí, esos hermosos pliegues retorciéndose bajo la fuerza de su orgasmo. Tan increíblemente sensible. Aria echó la cabeza hacia atrás a medida que temblaba contra mi boca, y tomé todo lo que ofreció, lamiendo

LUCA VITIELLO

su excitación, tan excitado por su obvio placer que apenas podía contenerme. Hundí mi lengua en ella, gimiendo contra ella por lo apretadas que estaban esas paredes alrededor de mí.

La chupé, asegurándome que pudiera escuchar lo mucho que disfrutaba esto, y su cuerpo no tardó mucho en responder a mi ruidosa apreciación. Aria estaba excitada por los sonidos, y mierda, si eso no me excitó aún más. La lamí con más fervor, y entonces mi encantadora esposa se arqueó de nuevo y me recompensó con otro hermoso orgasmo.

Retrocedí, mi respiración era irregular, mi polla palpitando con tanta furia que estaba seguro que perdería mi maldita cordura en cualquier momento. Necesitaba estar dentro de ella, necesitaba reclamar cada pequeña parte de ella. Ardía con la necesidad de hacerlo. Llevando un dedo a su coño, entré en ella con un movimiento rápido.

Aria gritó, sus paredes aferrándose contra mi dedo. Por un momento, consideré bajarme los pantalones y finalmente tomar lo que quería, pero el impulso duró menos de un segundo.

—Mierda, estás tan jodidamente apretada, Aria —dije con voz ronca. Su canal me aferraba con fuerza, y pude sentir más resistencia contra la punta de mi dedo. Maldición. Pronto estaría reclamando esa parte de ella, haciéndola mía de una vez por todas.

Aria no dijo nada, no se movió. Levanté la vista, saliendo de mi lujuria brumosa de golpe. Estaba tendida de espaldas, con los brazos apretados contra los costados, y contemplaba el cielo con el ceño fruncido. Eso no era lo que había esperado. Me levanté lentamente, y me incliné sobre ella.

—Oye —murmuré, intentando llamar su atención. La mirada distante tenía que irse. Aria finalmente arrastró sus ojos de vuelta a los míos. Su boca estaba apretada, sus cejas aún fruncidas, y me sentí como un imbécil, dándome cuenta que la había lastimado.

—Debí haber entrado más lento, pero estabas tan mojada —dije, acercándome lo más posible a una disculpa de lo que me permitía.

Aria inclinó la cabeza, luego nada. Una sensación extraña apretó mi pecho. Tal vez era culpa. Tenía problemas para descifrarlo. La besé, pero aún no había sacado mi dedo de ella. Se sentía demasiado bien. La quería jodidamente entera. Nunca había tenido que esperar por algo que quería.

—¿Todavía duele? —pregunté. Aria se movió, haciendo que mi dedo se mueve en su coño, y ahogué un gemido.

—Es incómodo y arde un poco —admitió.

Tracé mi lengua sobre la comisura de sus labios.

—Sé que soy un imbécil por decirlo, pero la idea de mi pene dentro de tu apretado coño me pone tan duro.

Aria se puso rígida, como todo un balde de agua fría para mi polla sobreexcitada.

—No estés tan aterrada. Te dije que no lo intentaría esta noche —dije, aunque deseaba que me dejara.

—También me dijiste que no me harías daño —dijo Aria, con una voz pequeña y vulnerable.

Mierda. Definitivamente era culpa lo que apretaba mi pecho como una jodida macilla.

—No pensé que lo haría, Aria —murmuré. Ni siquiera se me había ocurrido que mi dedo le causaría la más mínima incomodidad. Nunca había estado con una virgen, nunca había considerado lo diferente que eso haría las cosas—. Estabas tan mojada y dispuesta. Pensé que mi dedo entraría sin problemas. Quería usar mis dedos para tu cuarto orgasmo.

Un estremecimiento la atravesó. Acaricié su muslo interno ligeramente, mi disculpa silenciosa.

—Dolió porque tomaste mi ya sabes... —Aria se retorció, sus mejillas poniéndose rojas.

Santa mierda.

—¿Tu virginidad? —dije bruscamente—. No, *principessa*. No estoy tan profundo y quiero reclamar esa parte de ti con mi polla, no con mi dedo.

¿Acababa de llamarla *principessa*? Ni siquiera estaba seguro de por qué. Jamás había escuchado a nadie llamar a una mujer así. La esperanza se encendió en los ojos de Aria, esperanza que no debería estar allí porque lo que ella esperaba no iba a suceder.

Retiré mi dedo y lo llevé a sus labios separados, trazándolo sobre ellos antes de sumergirlo dentro. Quería que se probara a sí misma, y Aria me sorprendió cuando lamió el dedo como si fuera una paleta, o mejor aún, mi polla.

Mi pene se sacudió en mis pantalones. Definitivamente moriría de bolas azules. La besé con dureza, saboreándola pero todavía necesitaba más. Siempre más con Aria. No estaba seguro lo que estaba mal conmigo. Tal vez era la emoción de tener que esperar, primero los tres años hasta que fue mayor de edad y ahora hasta que estuviera lista. Tal vez por eso estaba tan jodidamente obsesionado con mi esposa. Nunca antes me había sentido así, y estaba empezando a preocuparme. Tal vez una vez que la reclamara, esa necesidad ardiente finalmente cesaría y podría volver a ser mi yo normal. Sin el pecho apretado ni sensaciones extrañas.

Me enderecé.

—Vamos adentro. Quiero lamerte otra vez. —Aria parpadeó hacia mí—. ¿Me dejarás poner mi dedo en ti una vez más? Esta vez voy a ir muy lento.

Al segundo en que ella accedió, salí del jacuzzi y la alcé en mis brazos. Aria colgó sus piernas alrededor de mi cintura, presionando ese coño mojado contra mi abdomen.

Me apresuré adentro, mis dedos clavándose en sus nalgas. Después de dejarla en nuestra habitación, fui al baño a tomar una toalla. Me tomé mi tiempo frotándola para secarla. Sus pestañas se cerraron mientras yo le daba un masaje en los hombros y brazos, luego avancé sobre su espalda y estómago. La piel de gallina erizó a Aria cuando deslicé la toalla por sus pechos.

—¿Tienes frío?

Aria abrió los ojos, mirándome de una manera como nadie nunca lo había hecho. No estaba seguro de lo que significaba. Solté la toalla y acaricié sus brazos desnudos.

—Un poco —respondió.

—Acuéstate. Te calentaré. —Aria se subió a la cama, dándome una vista privilegiada de su trasero antes de que se estirara sobre su espalda. Alcancé mis bañadores mojados y los empujé hacia abajo, sin querer mojar la cama, pero incluso más que eso: queriendo sentir a Aria lo más cerca posible. Mi erección rebotó y los ojos de Aria se vieron atraídos hacia ella.

Su expresión cambió, se volvió ansiosa y luego cautelosa. Se empujó contra la cabecera y llevó sus piernas contra su pecho protectoramente. ¿Qué demonios?

—¿Aria? —pregunté con cuidado, sin saber cómo reaccionar a su miedo obvio. Alcancé su pierna, pero ella se sacudió y la presionó aún más contra sí misma.

LUCA VITIELLO

Al ver a Aria de esta manera, surgieron emociones con las que no estaba familiarizado, emociones con las que no quería tratar. Las emociones eran una debilidad, y un Capo no podía ser débil.

—¿Ahora qué? —murmuré, enojado conmigo mismo y con Aria porque ella evocaba esas sensaciones en mí. Me hundí a su lado, intentando ser paciente y mantener mi frustración a raya—. Di algo.

Aria negó con la cabeza.

—Esto es demasiado rápido.

¿Demasiado rápido? No me la había follado en nuestra noche de bodas como todos esperaban, todavía no me la había follado ni había conseguido más que una masturbada. Eso no era rápido en mi mundo. La frustración del día, la confusión sobre mis emociones comenzó a alcanzarme, y supe que no podría dejarlo pasar.

—¿Porque estoy desnudo? —pregunté con voz moderadamente tranquila—. Ya has visto antes mi pene. Incluso me hiciste una paja.

Aria se sonrojó.

—Creo que estás tratando de manipularme. Si te diera la oportunidad, irías todo el camino hoy mismo.

—Por supuesto que lo haría, pero no puedo ver lo que la manipulación tiene que ver con eso —gruñí. ¿No entendía qué clase de hombre era y qué solían hacer los hombres como yo cuando tenían a una mujer hermosa, su esposa, a su disposición?—. Te deseo. Nunca mentí sobre eso. Voy a aceptar lo que sea que estés dispuesta a dar y estabas dispuesta en el jacuzzi.

Los ojos de Aria brillaron de ira.

—No con lo del dedo. Tal vez intentarás lo mismo con el sexo.

Me reí de su despiste.

—Eso no funcionará. Mi pene no se deslizará dentro de ti tan fácilmente, créeme, y va a dolerte mucho más.

Aria palideció. Podría haberme pateado por mis palabras. Era la verdad, pero no necesitaba saberlo. Reuniendo lo que quedaba de mi paciencia, continué con una voz más suave:

—No debería haber dicho eso. No fue mi intención asustarte.

LUCA VITIELLO

Pero lo hice. Estaba claro como el día en la cara de Aria. Acaricié su costado, mostrándole que todavía tenía toda la intención de ser amable con ella.

—Dime que disfrutaste lo que te hice en la terraza.

—Sí.

Gracias a Dios. Me incliné hacia ella.

—¿Qué te gustó más? ¿Mi lengua follándote? ¿O cuando pasé la lengua todo el camino por encima de tu coño? ¿O cuando chupe tu clítoris?

El deseo reemplazó la aprensión en el rostro de Aria.

—No lo sé.

—¿Tal vez tengo que mostrarte otra vez? —dije, luego deslicé mi mano entre sus piernas y cubrí su coño con mi palma. Aria se movió para recostarse, pero yo negué con la cabeza. Esta posición era perfecta—. No. Quédate de esa manera. —Empecé a acariciarla a medida que la sostenía en mis brazos. La forma en que sus piernas aún estaban presionadas contra su pecho, añadió presión adicional a su coño y se relajó en cuestión de segundos—. Relájate —la alenté antes de sumergir un dedo contra su abertura. Me tomé mi tiempo para entrar en ella esta vez, permitiéndole que se acostumbrara a la intrusión. La vista de mi dedo deslizándose en su coño fue lo mejor del mundo. —Arrastré mis ojos hacia arriba, atrapando a Aria mirando mi mano—. Mírame.

Aria levantó los ojos.

—Estás tan húmeda, suave y apretada. No puedes imaginar lo jodidamente bien que se siente —dije. La punta de mi pene se hundía en su muslo, goteando presemen en toda su piel suave. La besé, enredando mi lengua con la de ella mientras seguía follándola suavemente. Esta vez, cuando saqué mi dedo, Aria soltó un resoplido.

Riendo entre dientes, me arrodillé entre sus piernas y la penetré con mi dedo medio. Se deslizó tan fácilmente como lo había hecho mi dedo meñique. Vi la cara de Aria a medida que sus paredes lo envolvían. Cuando empecé a girar mi lengua alrededor de su clítoris, Aria abrió las piernas aún más, dándome un mejor acceso. Sonriendo contra su coño, la lamí y la chupé mientras me deslizaba dentro y fuera de ella. Los muslos de Aria comenzaron a temblar y luego se sacudió debajo de mí, recompensándome con su liberación. ¿Acaso verla deshaciéndose por mí dejará de quitarme el aliento?

Maldita sea.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Me limpié la boca, volví a subir, besé su lindo ombligo y me estiré a su lado.

Aria pasó sus dedos sobre mi punta resbaladiza. Y me atraganté con un gemido.

—Quiero tu boca sobre mí.

Aria me miró como si le hubiera pedido que mordiera vidrios rotos. Casi reí otra vez, pero podía decir que su mente ya iba a cien kilómetros por hora preocupada por mi petición.

—¿Es porque no quieres o porque no sabes cómo hacerlo? —pregunté—. Puedes masturbarme como la última vez. —Acaricié su cabello, evaluando sus ojos en busca de una pista sobre sus sentimientos. Tenía muchas ganas de entrar en su boca, pero no si me daba esta mirada de pánico. Me sentiría como si la estuviera obligando.

—No, quiero decir, creo que quiero hacerlo.

—¿Crees? ¿Pero?

Aria inclinó la cabeza hacia un lado en contemplación.

—¿Qué pasa si no me gusta?

En realidad, esperaba que ese no fuera el caso.

—Entonces no lo hagas. No voy a forzarte.

Aria se inclinó, acercando su boca a mi polla. Mis dedos en su cabello se apretaron, y tomó toda mi fuerza de voluntad para no guiar su cabeza hacia abajo. Aria se detuvo con una pequeña risa, sus ojos bebés azules estaban cargados de vergüenza.

—No sé qué hacer.

Mierda. Mi polla se contrajo. Aria volvió a reír, esta vez sin moderación, y no pude evitar sonreír.

—Te gusta torturarme con tu inocencia, ¿verdad?

Aria sopló contra mi polla, haciendo que tiemble nuevamente. Me sentí como un maldito adolescente.

—No creo que por eso se llame mamada, ¿verdad? —preguntó Aria, mordiendo el labio inferior juguetonamente, con los ojos llenos de malicia.

LUCA VITIELLO

Una risa brotó de mi interior. Ni siquiera podía recordar la última vez que sentí esto... estar en paz.

—Vas a ser mi muerte, *principessa*.

Otra vez, *principessa*. A la mierda si me importaba que hablar con Aria me hiciera parecer débil. Cualquiera que pensara que ya no era el mismo imbécil brutal que antes, probaría mi lado monstruoso.

—No te rías. No quiero hacer algo mal.

—¿Quieres que te diga qué hacer? —pregunté.

Aria asintió.

—Está bien —empecé, intentando relajarme contra las almohadas—. Cierra tus labios alrededor de la punta y ten cuidado con tus dientes. No me importa que sea un poco áspero, pero no lo mastiques.

Aria resopló de la manera más indigna posible, pero entonces se quedó muy callada. Podía decir que estaba nerviosa, lo que de hecho no tenía que estarlo. Sabía que no tenía ninguna experiencia y no esperaba que me dejara sin aliento con sus habilidades. Por la forma en que mis bolas ya palpitaban, probablemente dispararía mi carga al segundo en que sus labios tocaran mi puto pene.

201

Cuando Aria no se movió, le acaricié el cuero cabelludo hasta que tomé la parte de atrás de su cabeza. Una vez más tuve que luchar contra la necesidad de empujarla hacia abajo como lo habría hecho con mis compañeras de folladas anteriores. Finalmente, Aria cerró sus labios alrededor de mi punta. Y la vista de mi polla en su boca fue lo mejor que hubiera visto nunca. Todo lo que quería hacer, era empujar hacia arriba y enterrarme en ella.

—Ahora gira tu lengua alrededor de él. —Aria frunció el ceño a medida que intentaba moverse alrededor de mi gruesa cabeza—. Sí, de esa forma. —Poco a poco, le agarró el truco y le di el tiempo que necesitaba, deseando que aprendiera a disfrutar de esto—. Llévalo un poco más en tu boca y mueve tu cabeza de arriba hacia abajo. Ahora chupa mientras te mueves. Sí, mierda. —Esto se sentía increíble, porque ver a Aria me excitaba como nunca nadie lo había hecho. Me empujé hacia arriba sin pensarlo. Aria se estremeció cuando golpeé la parte posterior de su garganta.

Tosió, con los ojos llorosos.

—Mierda, lo siento —gruñí jadeante. Acaricié los labios de Aria antes de recostarme una vez más—. Voy a tratar de quedarme quieto.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Aria me sorprendió lamiendo toda mi longitud, desde la base hasta la punta. Luego hizo una pausa.

—¿Está bien así?

—Mierda, sí.

Comenzó a lamer mi polla como si fuera un helado, y maldita sea, eso se sintió increíble. Mis bolas se apretaron.

—Esto se siente jodidamente bien, pero en serio me quiero correr.

Aria me miró.

—¿Qué necesitas que haga?

—Chupa más duro y sigue mirándome con tus malditos hermosos ojos.

Aria comenzó a trabajar mi polla en serio ahora, sus mejillas ahuecándose mientras chupaba más fuerte a medida que sus dedos se apretaban alrededor de mi base. El placer se acumuló en mis bolas. Mierda, tan bueno. No duraría mucho más.

—Si no quieres tragar, tienes que apartarte... —solté apenas.

Aria se apartó, y me corrí por todo mi estómago y muslos. Mis ojos se cerraron mientras aspiraba entrecortadamente, mi polla todavía temblando. Froté las yemas de mis dedos a lo largo del cuero cabelludo de Aria y luego comencé a separarme para alcanzar un pañuelo. Aria agarró mi mano y se apoyó en el toque.

Abrí los ojos con sorpresa. Tener su mejilla presionada contra mi palma se sentía bien. Sus ojos contemplaron mi cara nerviosamente, como si le preocupara que la rechace. Acaricié su pómulo y, lentamente, sus labios se curvaron en una sonrisa agradecida. Mi estómago se llenó de calor. Alejé mi mirada de mi encantadora esposa y observé el pegajoso desastre que había hecho.

—Necesito una puta ducha. —Me sequé lo peor con un pañuelo antes de salir de la cama y permitir que mi semen se extienda por todas las sábanas.

Aria se giró hacia un lado, colocando sus brazos y piernas de modo que estuviera cubierta.

¿Creía que la dejaría allí tendida?

—Ven. No quiero ducharme solo. —Aria tomó mi mano rápidamente y la llevé conmigo al baño.

Abrí el grifo del agua, luego me metí debajo de la corriente caliente. Atraje a Aria contra mi cuerpo y le di un beso en la cabeza. Ella me sonrió como si le hubiera

LUCA VITIELLO

dado un regalo caro. Comencé a lavarla, disfrutando de la sensación de su piel bajo mis manos. Aria se relajó, cerrando los ojos. Nunca había lavado a otra persona, nunca sentí la necesidad de hacerlo. La abracé por detrás, luego me incliné hasta que mi boca estuvo cerca de su oído.

—Entonces, ¿eso estuvo bien para ti?

Aria asintió con una sonrisa tímida.

—Sí.

Presioné un beso en su garganta, apretando mis brazos alrededor de su cintura.

—Me alegra, porque en serio me gustó mucho estar en tu boca.

Aria se puso roja, pero me di cuenta que estaba complacida. ¿Había estado preocupado de que no lo disfrutara?

Inclinó la cabeza para mirarme.

—¿Estás enojado que no lo hice, ya sabes, tragar? Apuesto a que las mujeres con las que has estado hasta ahora siempre lo hacen.

Tenía razón, pero nunca antes había advertido a una mujer. Habían podido ver las señales de mi orgasmo y podrían haberse retirado si hubieran querido. Aunque nunca lo hicieron.

—No, no estoy enojado —dije honestamente—. No voy a mentir, me encantaría venirme en tu boca, pero si no quieres eso, está bien.

En serio esperaba que Aria lo intentara y disfrutara.

Diez minutos después, volvimos a la cama. Era cerca de la medianoche y tenía un día temprano por delante, pero la falta de sueño definitivamente valía la pena. Aria se acurrucó contra mí y puso su mejilla contra mi pecho. Apagué la luz y envolví mi brazo alrededor de ella. ¿Cómo podía sentirse tan bien? ¿Como si nunca hubiera sido diferente?

Ni siquiera estaba seguro de dónde exactamente había dejado mi arma. Siempre sabía dónde tenía mis armas cuando estaba con otras personas, pero con Aria... simplemente no sentía la necesidad.

—¿Cuál fue tu reacción, cuando tu padre te dijo que ibas a casarte conmigo?
—La voz de Aria me sacó de mis pensamientos.

Me pregunté qué esperaba que dijera.

LUCA VITIELLO

—Lo esperaba. Sabía que tendría que casarme por razones tácticas. Como futuro Capo, no puedes dejar que las emociones o los deseos gobiernen cualquier parte de tu vida.

Aria no dijo nada. Me alegré por la oscuridad, porque sabía que ella habría buscado algo en mis ojos otra vez, algo que nunca estaría allí.

—¿Y tú?

Aria exhaló.

—Estaba aterrada.

—Solo tenías quince. Por supuesto que estarías aterrada. —Había sido tan joven e inocente. Todavía era demasiado inocente para mí.

—Todavía estaba aterrada el día de nuestro matrimonio. Aún no estoy del todo segura que no me aterras.

Este lado de mí, el lado que Aria veía, era uno que nadie más lograba ver. Era tan gentil como podía, ¿y aun así estaba asustada de mí?

—Ya te lo dije, no tienes ninguna razón para temerme. Voy a proteger y cuidar de ti. Te voy a dar todo lo que quieras y necesites.

Solo tenía que pedir. A mi padre no le importaba ni mierda la cantidad de dinero que gastara. Teníamos más que suficiente, y de todos modos, pronto todo sería mío.

—Pero la Famiglia siempre es lo primero. Si tuvieras que matarme para proteger el negocio, lo harías.

Mis dedos en su cintura se cerraron en shock.

Nacido en sangre. Jurado en sangre.

Prácticamente podía sentir el pinchazo de la aguja del tatuaje cuando el lema de la Famiglia había quedado tatuado en mi pecho.

Juré mi vida a la Famiglia. Convertirme en su Capo, liderar a mis hombres, era el futuro por el que me criaron, el futuro por el que vivía. Cada vez que respiraba, cada vida que había terminado, cada herida que había sufrido me había acercado más a mi objetivo. No había nada más en mi vida. Antes de Aria, lo primero que pensaba cuando despertaba por las mañanas habían sido los negocios, y hasta ahora también había sido lo último antes de quedarme dormido.

LUCA VITIELLO

Nunca había considerado que algo o alguien pudiera compartir el foco de atención con la Familia, que nada podría importar en absoluto en comparación con mi vida como un hombre de la mafia.

El amor es una debilidad que un Capo no puede permitirse. Las palabras de mi padre resonaron fuertes y claras en mi cabeza. Siempre puse los ojos en blanco cuando les había pronunciado, convencido de que eran una pérdida de tiempo y esfuerzo teniendo en cuenta que era incapaz de preocuparme la más mínima mierda por una mujer.

Sin embargo, la mujer en mis brazos se había abierto paso en mis pensamientos, y peor aún, mi corazón. Más de una vez me sorprendía pensando en ella mientras estaba fuera por negocios.

Esto no era amor. No era capaz de amar. Esto era... no estaba seguro. Me preocupaba por Aria. Quería protegerla, simplemente quería mantener a una mujer a salvo en mi vida.

No era amor, pero era más de lo que mi padre jamás toleraría. Si descubriera que mi esposa no era solo una follada para mí, un hermoso trofeo que exhibía, entonces se aseguraría de borrar lo que consideraba un riesgo para mi vida.

El cuerpo de Aria se había suavizado en mi agarre, y su respiración se niveló. Enterré mi nariz en su cabello, respirando su aroma a vainilla. Estaría más a salvo si la trataba con desprendimiento frío, si la hiciera odiarme. Sería tan fácil ganarme su odio. Nada era más fácil. Solo tendría que tomar lo que era mío sin consideración, sin cuidado. Pero la idea de hacerlo, de hacer que Aria me mire de la misma manera que mi madre y Nina miraban a mi padre, hizo que mi estómago se convirtiera en hielo.

Mierda.

205

QUINCE

Mi tono de llamada me arrancó del sueño. Tristemente, abrí mis ojos, buscando mi teléfono en la mesita de noche. Cuando finalmente lo agarré, lo llevé contra mi oreja sin mirar la pantalla.

—¿No puedes lidiar con cualquier cosa que haya surgido solo? Tengo una maldita erección de la que encargarme, Matteo.

—Buenos días, Luca —dijo Nina.

Gruñí. Aria levantó la cabeza, con un aspecto adorablemente desaliñado y jodidamente besable.

—Nina, ¿qué quieres?

—Salvatore me pidió que te invitara a cenar.

Mierda. Estaba demasiado ansioso por invitarnos a cenar a Aria y a mí. Odiaba al viejo bastardo.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, Matteo y yo estamos ocupados lidiando con los rusos.

—Haré que los cocineros preparen un banquete para esta noche. Estén aquí a las siete.

—No tengo tiempo, Nina —grité. Escuchar la voz aguda de mi madrastra tan temprano en la mañana me estaba dando una jodida migraña.

—Luca, tu padre fue muy insistente en invitarlos a cenar —dijo. Hubo un momento de silencio—. ¿Vendrás? —Su voz tembló, pero lo enmascaró rápidamente con una tos y luego se aclaró la garganta—. No estará contento contigo si rechazas su invitación.

Él no estaría feliz con ella. La culparía, diciéndole que era incapaz de hacer bien las tareas más fáciles.

—Allí estaremos —murmuré y colgué—. Maldita sea.

Los ojos de Aria se abrieron por completo.

LUCA VITIELLO

—¿Qué pasa? —Tocó mi pecho. ¿Por qué siempre tenía que estar tan preocupada? No había razón para preocuparse por mí. Ella era a la que necesitaba proteger.

—Nina nos invitó a cenar por esta noche.

—Oh —dijo Aria, frunciendo el ceño—. Así que ¿vamos a comer con tu padre y su esposa?

Asentí.

—Matteo también estará allí. —No le gustaría ni un poco, pero más le valía llevar su puto culo hasta allí si sabía lo que era bueno para él.

—No pareces feliz —dijo con cuidado.

Suspirando, me desenredé de su abrazo y me senté en el borde de la cama. Eso era un eufemismo.

—Mi padre... es... —Un violador sádico. Un maldito psicópata. Un hijo de puta asesino que merecía morir—... un hombre difícil.

Aria asintió como si entendiera.

No podía, y no lo haría, si tenía algo que decir en el asunto. Se sentó y tocó mi hombro.

—Es sólo la cena. Todo va a estar bien.

Tenía razón. Estaría bien porque no dejaría que mi padre arruine la única cosa buena en mi vida.

El teléfono de Aria sonó. Y me reí entre dientes.

—Parece que ninguno de los dos no vamos a tener nuestra tranquilidad esta mañana.

Aria se acercó, agarrando su teléfono y escaneando el mensaje rápidamente. Toda su cara se transformó en una sonrisa.

—¿Tu hermana? —supuse, apartando un mechón de su cara resplandeciente.

Ella asintió.

—¡Consiguió un vuelo en dos días!

La sonrisa de Aria iluminó todo, y mis propios labios quisieron sonreír, incluso si tenía ganas de romper algo en pedazos al mismo tiempo, pero me contuve. Me puse de pie, necesitando poner algo de distancia entre mi esposa y yo, no solo

LUCA VITIELLO

físicamente sino también mentalmente si quería superar esta noche sin que mi padre sospechara.

Aria levantó la vista de su teléfono, pero entré al baño sin decir una palabra y cerré la puerta.



Me fui poco después del desayuno para reunirme con el gerente de varios de nuestros burdeles. Lo único que padre hacía más que a menudo era jugar al golf con políticos o probar a las putas.

Llegamos un poco temprano al Foxy y tomamos asiento en dos sillones lujosos. Una de las putas se acercó con nuestras bebidas. Las dejó en la mesita baja, dándonos una vista privilegiada de su culo, luego se enderezó y tocó mi hombro con una mano coqueta.

—¿Te di permiso para tocarme? —Mis ojos se enfocaron en los de ella y dejó caer su mano rápidamente antes de apresurarse a volver a la barra. No rompería la promesa que le había hecho a Aria, ni siquiera de esa manera mínima.

208

—¿Qué se te metió en el culo? —preguntó Matteo después de haber tomado un sorbo de su Negroni.

—¿Crees que me estoy ablandando?

Me recliné y observé a través de mis ojos entrecerrados mientras mi jodido hermano casi se orina de risa.

—Da... dame un momento —soltó Matteo apenas.

—¿Sabes qué? —murmuré—. Tal vez debería hacerte entrar en razón para poner a prueba mi teoría.

Matteo sonrió, con los ojos llorosos.

—Oh, Luca. Eso estuvo bueno. —Sacudió la cabeza con otra maldita risita—. Eres muchas cosas, pero ¿blando? Vamos, ¿qué diablos te pasa?

Consideré no decir nada. Mostrarme vulnerable frente a los demás, incluso mi hermano, no era algo que alguna vez hiciera.

La sonrisa de Matteo se esfumó.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Es por Aria?

Maldita sea, confiaba en el imbécil, así que a la mierda todo.

—Aún no he follado con ella, y le prometí que nunca más tocaría a otra mujer. ¿Qué me hace eso?

Matteo se encogió de hombros.

—Supongo que, un buen marido para los estándares normales.

—Como si nos importara una mierda los estándares normales. Esas no son las reglas por las que jugamos.

—Serás Capo en cuanto muera nuestro padre. Pronto tú harás las reglas.

—Algunas tradiciones no pueden desaparecer simplemente, y nuestro padre todavía es Capo. Si él supiera que aún no me he follado a mi esposa... —Me detuve.

—Probablemente lo haría él mismo —dijo Matteo. Y perdí el control.

—Toca un jodido cabello en su cuerpo, y lo mataré, esa es una puta promesa —gruñí.

Matteo asintió.

—Solo una palabra tuya, y me encargo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —respondí en voz baja. Matteo y yo habíamos estado pensando en cómo matar a nuestro padre por años—. Pero la Familia no aceptará a un Capo que mató a su padre.

Matteo suspiró.

—¿Por qué el viejo sádico no puede solo morirse?

—Tal vez Nina encuentre el coraje para deslizar veneno en su comida en algún momento. ¿Cuánto tiempo más puede ella o alguien soportar la humillación y las palizas que él le da?

—Tal vez se suicide en lugar de él —murmuró Matteo. Sin expresar el “como nuestra madre” que ambos estábamos pensando—. Y tendrías que matarla si asesina a nuestro padre.

—Huiría a Europa, y no tendré tiempo para cazar a una mujer —dije. Si Nina terminara con nuestro padre, definitivamente no la castigaría por eso. La odiaba pero, en comparación con mi padre, era una víctima.

LUCA VITIELLO

—Sabes —dijo Matteo en voz baja—, sabía que no obligarías a Aria. —Lo contemplé, sin gustarme la nota pesada minimizando sus palabras—. ¿Aún oyes las súplicas de nuestra madre en tus pesadillas? —continuó en un susurro.

Mi estómago se retorció.

—Muy a menudo.

Matteo sacó su cuchillo, sus ojos enfocándose en la hoja brillante mientras la giraba lentamente. Era su favorito. El cuchillo que nuestra madre había usado para cortarse las muñecas.

—Una mujer no debería tener que rogarle a su marido que no la viole, la golpee ni la humille. Soy un jodido cabrón cruel, pero incluso yo sé eso.

Asentí. Recordaba demasiado bien cómo se veía nuestra madre en las mañanas después de esas noches. Magullada, con una mirada en sus ojos similar a un perro golpeado. La idea de que Aria pudiera verse así me hacía querer matar a todos a mi alrededor. Aria nunca se vería así. Nunca sufriría la violencia a través de mis manos o las de nadie más. Me cortaría los dedos antes de golpearla y cortaría mi polla en pedazos antes de violar a mi esposa. Estaría a salvo conmigo, en la cama y en cualquier otro lugar.

—Otra vez tienes tu “expresión Aria”.

210

Fruncí el ceño.

—¿Qué demonios se supone que es eso?

Matteo sonrió.

—Es una mezcla de protectividad asesina y reverencia de ensueño.

Me puse de pie inmediatamente.

—Jódete, Matteo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Tengo suficientes mujeres para follar, pero gracias.

Le mostré el dedo medio y giré sobre mis talones, dirigiéndome al baño para orinar.



CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Unos minutos antes de las siete, nos detuvimos frente a la mansión Vitiello. El camino había pasado en silencio; ni Matteo ni yo teníamos ganas de charlar antes de una cena con nuestro padre y Nina, y Aria tampoco había intentado entablar una conversación.

Nina abrió la puerta antes de que pudiéramos siquiera tocar el timbre. Verla tan ansiosa por hacernos pasar no era una buena señal. Mi mano en la cadera de Aria se tensó, y ella me miró con curiosidad, pero luego saludó a mi madrastra con un abrazo incómodo. Los ojos de Aria se posaron en la cara de Nina, que estaba cubierta por una gruesa capa de maquillaje, pero no ocultaba su labio hinchado a pesar del lápiz labial oscuro que llevaba. La expresión de Aria se mantuvo perfectamente educada. Probablemente había visto más que suficientes magulladuras en su vida.

Nina sonrió con su sonrisa falsa.

—Es bueno tenerlos por aquí. La cena está a punto de ser servida.

Nos condujo al comedor donde padre esperaba en su silla habitual en la cabecera de la mesa. No se puso de pie, solo asintió, pero sus ojos se clavaron en Aria.

Me senté a su lado antes de que él pudiera sugerirlo y le di una sonrisa tensa.

211

Nina se sentó al otro lado de padre y Matteo frente a Aria. Mi madrastra chasqueó los dedos y, de inmediato, la criada entró corriendo con los entrantes. El favorito de padre: paté de hígado.

Comí un bocado mientras Aria miraba su comida y luego a mí. Me tomó un momento darme cuenta por qué.

A ella no le gustaba el hígado. Me lo mencionó en nuestra primera cita.

—¿No te gusta tu comida? —preguntó Nina con los labios fruncidos, su mirada pasando de padre a Aria.

Él contemplaba a Aria de una manera que no me gustaba ni un poco.

Aria le dio una sonrisa avergonzada.

—No soy muy aficionada al hígado. Aunque se ve delicioso.

—Luca come hígado —dijo padre con desaprobación.

Aria me echó un vistazo, obviamente no estando segura de a dónde iba mi padre con su comentario. No podía saber que a Nina le tenía que gustar lo que le

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

gustara a mi padre o enfrentar las consecuencias. Abrí la boca para decirle que me importaba una mierda si Aria comía hígado o no, pero Matteo fue más rápido.

—A Luca también le gusta torturar y matar, eso no significa que a su esposa le tenga que gustar. —Le envió a nuestro padre su sonrisa falsa.

Un músculo en la mejilla de mi padre se contrajo.

—No aprecio que la buena comida se desperdicie, Aria —le dijo a mi esposa.

—Yo me lo comeré —gruñí, alcanzando el plato.

—Tu esposa se lo comerá —ordenó padre.

Aria se congeló.

—No lo hará —gruñí—. Aria es mi esposa. No responderá a tus demandas, padre.

Nina se había quedado perfectamente inmóvil en su asiento, aferrando su cuchillo.

La mano de Matteo se había deslizado de la mesa. No alcancé mi propia arma y le di una mirada de advertencia.

Así no. Hoy no.

—¡Qué posesivo! —comentó padre riendo, echando la cabeza hacia atrás como si hubiera contado una maldita broma, como si toda la situación fuera graciosa. Nina cayó al instante.

Forcé una sonrisa y también Matteo. Aria rio con incertidumbre. No conocía a mi padre lo suficientemente bien. Tal vez en realidad pensaba que había sido su forma retorcida de bromear. Eso esperaba, para su propio bien.

Al momento en que regresamos al auto, lejos de mi padre, Matteo se inclinó hacia adelante con una sonrisa, pero lucía fuera de lugar.

—Escuché que tu hermana viene a visitarnos.

Al momento, la tensión desapareció del cuerpo de Aria y asintió con una sonrisa.

—Sí. —Entrecerró los ojos después de un momento—. ¿Por qué te importa?

La nota protectora en su voz fue inconfundible y podría haberme hecho reír si no estuviera tan jodidamente tenso por la cena con mi padre. Era bueno que Matteo lograra distraerla de eso. Aria no necesitaba saber que hoy bien podría marcar la

LUCA VITIELLO

fecha en que renuncié a mi vida, y cualquier oportunidad de tener una Familia unida. Incluso sin decirle una palabra, Matteo simplemente *sabía*, y estaría a mi lado, sin hacer preguntas.



Para cuando Aria se unió a mí en la cama, la empujé sobre su espalda y bajé por su cuerpo, arrastrando sus bragas por sus piernas antes de acomodarme entre sus muslos separados. Aria seguía siendo mía, siempre sería mía. La hice correrse dos veces con la lengua antes de acostarme a su lado. Ella me besó suavemente, sus dedos acariciando mi pecho. Y se sintió bien en muchos niveles. Siempre atravesaba mis paredes. Ni siquiera estaba seguro de cómo lo hacía. Me aparté del beso.

—Quiero tu boca.

Aria se detuvo un momento. Incluso sin ver su expresión, supe que estaba confundida por mi tono áspero. Pero bajó y luego sentí sus labios alrededor de mi punta. Me relajé, dejando que las palabras de mi padre se esfumen, disfrutando el momento, mi esposa, de la única forma segura.

Me corrí sobre mi estómago como la última vez, luego me limpié bruscamente antes de acomodarme sobre mi espalda con Aria presionada contra mi costado.

—¿Está todo bien? —susurró.

—Sí. —Se puso rígida ante mi respuesta tajante, pero asintió después de un momento. Pasó mucho tiempo antes de que se durmiera. Sabía que yo no dormiría esta noche, no cuando pensaba en formas de deshacerme de mi padre sin que nadie se enterara.

DIECISÉIS

Aria siguió lanzándome miradas cuando nos detuvimos frente al aeropuerto JFK. Apenas había hablado con ella en todo el día, y eso obviamente le estaba molestando. Pero esto era lo mejor. A pesar de mi decisión de mantener una distancia segura de Aria, mi mano se abrió camino hacia su espalda cuando entramos en la sala de llegadas del aeropuerto. No podía dejar de tocarla. Era enloquecedor.

—¿Estás seguro que estarás bien con Gianna viviendo con nosotros durante los próximos días? —preguntó.

—Sí. Y le prometí a tu padre que la protegería. Es más fácil si está viviendo en nuestro apartamento.

Scuderri había dejado claro que Gianna necesitaba una supervisión estrecha, y no lo dudaba. La chica era problemas.

Aria sonrió a modo de disculpas.

—Te provocará.

—Puedo manejar a una niña.

—No es tan pequeña. Apenas es más joven que yo.

Contemplé a mi esposa. A veces olvidaba lo joven que era. Cuando tenía su edad, ya había sido mafioso durante siete años, había dormido con innumerables mujeres, había hecho y visto tantas mierdas, pero Aria era joven y había sido resguardada, y también su hermana.

—Puedo manejarla.

—Luca, Gianna sabe cómo presionar los botones en las personas. Si no estás absolutamente seguro que puedes controlarte, no la dejaré cerca de ti.

¿Qué pensaba que haría? Gianna era una niña de diecisiete años.

—No te preocupes. No la mataré *ni a ti* en los próximos días.

—¡Aria! —El chillido de Gianna resonó por el pasillo.

LUCA VITIELLO

La pelirroja asaltó en nuestra dirección y chocó con Aria. Se abrazaron como si no se hubieran visto en meses.

Cuando finalmente se separaron, Gianna hizo un gran show al revisar el cuerpo de Aria.

—No hay moretones visibles. ¿Solo golpeas lugares que estén cubiertos por la ropa? —Me fulminó con los ojos entrecerrados y le di una sonrisa fría. Me importaba una soberana mierda lo que pensara. Aria, por otro lado, parecía preocupada.

—Ve por tu equipaje. No quiero quedarme aquí toda la noche —dije.

Gianna se dio la vuelta y agarró su maleta de donde la había dejado.

—Un caballero lo habría traído por mí.

—Un caballero, sí. —Gianna definitivamente no provocaba nada caballeresco en mí. Era bueno que mi padre no la hubiera elegido para mí.

Me di la vuelta y comencé a caminar de regreso al auto, solo asegurándome ocasionalmente de que Aria y Gianna estuvieran cerca por si ocurría algo.

Aria y Gianna de hecho quisieron sentarse las dos en el asiento trasero.

Le di mi ceño fruncido a mi esposa.

—No soy tu chófer. Ven al frente conmigo.

Ella se estremeció ante mi tono, y una vez más quise encontrar una manera de deshacerme de mi padre. Odiaba mantener a Aria a la distancia hasta que él estuviera fuera del camino.

—No deberías hablarle de esa forma —interrumpió Gianna.

Aria se deslizó en el asiento a mi lado.

—Es mi esposa. Puedo hacerle y decirle lo que quiera —le dije a Gianna.

Aria me contempló con el ceño fruncido, el dolor y la confusión arremolinándose en sus ojos. Casi estiré la mano para acariciarle la mejilla. Maldición, mantener mi distancia era imposible.

Volviendo mi atención a la calle y alejándome de la expresión de reproche de Aria, encendí el auto y me alejé del aeropuerto.

—¿Cómo están Lily y Fabi? —preguntó Aria, girándose en su asiento para mirar a su hermana.

LUCA VITIELLO

—Tan molestos como el infierno. Especialmente Lily. No deja de hablar de Romero. Está enamorada de él. —Aria soltó una carcajada tintineante, indiferente y despreocupada. Sentí el traicionero temblor en mi propio estómago, luego en mi boca, pero me contuve.

Aria puso su mano en mi muslo con una sonrisa suave. Mis ojos se dirigieron a los de ella y, sin pensarlo, cubrí su pequeña mano con la mía. Mantener mi distancia era un juego perdido.



Cuando entramos en el apartamento, el olor a cordero asado y romero nos invadió.

—Le pedí a Marianna que prepare una agradable cena —dije casualmente. Si realmente quería tener éxito en alejar a mi joven esposa, definitivamente estaba usando el enfoque equivocado. Mierda.

Aria me dio esa sonrisa, esa maldita sonrisa.

—Gracias.

216

Resistí la tentación de inclinar mi cabeza para besar esa dulce boca.

—Muéstrale a tu hermana su habitación y luego podemos comer. —No esperé su reacción. En cambio, seguí a la zona de la cocina donde Marianna estaba empuñando su magia de cocina.

—Luca —dijo con una sonrisa enérgica, luego comprobó el cordero.

Alcancé una de las mitades de papas asadas nadando en un mar de aceite de oliva y romero.

Marianna me dio un golpecito en la mano, chasqueándome la lengua.

—*No antes de la cena* —me reprendió en italiano.

Mis cejas se alzaron y, sosteniendo su mirada, tomé una papa y la puse en mi boca. Ella sacudió la cabeza. La puta cosa me quemó la lengua, pero el sabor delicioso valió la pena.

—*¿Cómo está tu chica?*

—*Bien* —respondí.

LUCA VITIELLO

Sacudió su cabeza.

—*Es demasiado hermosa para estar sola tan a menudo.*

—Marianna —advertí. Me agradaba Marianna, y la había conocido toda mi vida, pero no la dejaría entrometerse.

Suspiró y se volvió hacia el cordero.

El ascensor comenzó su ascenso, y luego se detuvo en este piso. Presioné el botón que desbloqueaba las puertas y se abrieron un momento después. Matteo salió como un maldito modelo de pasarela. Sus ojos escudriñaron el ático y, cuando no vio su nueva obsesión, su molesta sonrisa cayó. Se acercó a mí y robó una papa al romero. Marianna intentó golpearlo con la cuchara de madera, algo que no intentó conmigo, pero Matteo se giró y salió de su alcance.

—No sé por qué me aguanto a este par de muchachos insolentes.

—Porque no puedes resistirte a nuestro encanto como el resto de las mujeres —dijo Matteo con una sonrisa arrogante—. Aunque el áspero encanto de Luca realmente deja algo que desear.

Marianna murmuró algo en voz baja. Había estado agradecida cuando le pedí a mi padre que ella fuera la doncella de Matteo y yo. Marianna siempre había estado aterrorizada por padre, pero nunca podría haber dejado de trabajar para él. Él no la habría dejado hacerlo.

—¿Por qué no se sientan a la mesa y no se interponen en mi camino? —dijo Marianna.

Matteo y yo nos dirigimos hacia el comedor.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo se ve?

Levanté mis cejas hacia él cuando llegamos a la mesa.

—Tiene su cara de perra en su lugar.

Matteo rio entre dientes, como si esas fueran las mejores noticias que pudiera imaginar.

—¿De verdad crees que casarte con ella es una buena idea? —Lo intenté una vez más. No podía dejar de esperar que Matteo entrara en razón.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Unos pasos sonaron, luego Aria y Gianna entraron en la habitación.

Gianna vio a mi hermano e hizo una mueca como si oliera algo podrido.

—¿Qué está haciendo él aquí?

Como una polilla masoquista, por supuesto él se sintió atraído por su irritabilidad feroz. Se acercó a ella y le besó la mano.

—Es bueno verte de nuevo, Gianna.

Puse los ojos en blanco ante sus tácticas.

Gianna apartó la mano bruscamente.

—No me toques.

Los ojos de Matteo fulguraron con entusiasmo. Conocí esa mirada. Tendría que vigilar de cerca a esos dos.

Ya se habían besado. No necesitaba otro intercambio de fluidos corporales mientras la chica estuviera bajo mi protección. Todos tomamos nuestros asientos, Matteo frente a mí y junto a su futura esposa.

Aria los observó con un pequeño ceño fruncido, obviamente tan preocupada como yo, y ni siquiera sabía de sus inminentes nupcias.

Marianna entró entonces, sirviendo cordero asado, papas al romero y judías verdes. Su rostro se suavizó cuando acarició el hombro de Aria. ¿Qué había en Aria que hacía que las personas se ablanden?

—¿Por qué aplastaste la garganta de ese tipo? —preguntó Gianna cuando terminamos de comer.

Aria se congeló antes de volverse hacia mí. Me recosté en la silla. Esta era una historia que había contado innumerables veces en mi vida.

—Vamos. No puede ser un gran secreto. Tienes tu apodo por eso —comentó Gianna mofándose de mí, sus ojos albergando un desafío obvio, pero yo no era Matteo y no era tan fácil de cebar.

Matteo sonrió.

—Tenazas es un lindo apodo.

—Lo odio —dije. Como si ese único momento me definiera. Había matado aún más brutalmente, y sin embargo, todos solo recordaban ese maldito día.

—Te lo ganaste —dijo Matteo—. Ahora cuéntales la historia, o lo haré yo.

LUCA VITIELLO

—Tenía diecisiete. Nuestro padre tiene muchos hermanos y hermanas, uno de mis primos subió a las filas de la mafia a mi lado. Él era varios años mayor y quería convertirse en Capo. Sabía que mi padre me elegiría, así que me invitó a su casa y trató de apuñalarme por la espalda. El cuchillo solo rozó mi brazo y cuando tuve la oportunidad envolví mis manos alrededor de su garganta y lo ahogué.

—¿Por qué no le disparaste? —preguntó Gianna.

—Era de la familia y solía ser parte de la tradición dejar nuestras armas cuando entrábamos a la casa de un miembro de la familia. Ya no es así, por supuesto.

Familia. Esa palabra era una broma. A mis tíos y tías no les importábamos ni mierda Matteo o yo; tampoco nuestro padre. Para los primeros, éramos competidores para la posición de Capo, para él último, solo éramos un medio para un fin. Si padre descubriera la manera de clonarse o vivir para siempre, nos mataría a mi hermano y a mí sin dudarlo. Una familia basada en la confianza y el amor era algo que jamás hubiera experimentado, ni lo esperaba. Algunas cosas estaban fuera de alcance, y aprendí a no gastar energía anhelándolas cuando tenía algo por lo que podía luchar: la Famiglia.

—La traición enojó tanto a Luca, que aplastó por completo la garganta de nuestro primo. Se ahogó en su propia sangre debido a que los huesos de su cuello cortaron a través de la arteria. Fue un desastre. Nunca había visto nada igual. — Matteo me lanzó una sonrisa.

Siempre había estado más ansioso por contar mi historia que yo. Lo encontraba divertido, mientras que a mí solo me enojaba. En el pasado había sido un tonto, había confiado en personas que no lo merecían y casi me había matado. No volvería a cometer ese error. La confianza era estupidez. El amor era debilidad. Mis ojos encontraron a Aria, que me observaba con compasión.

—Es por eso que Luca siempre duerme con un ojo abierto. Ni siquiera pasa la noche con una mujer sin un arma bajo la almohada o en algún lugar de su cuerpo — la voz de Matteo cortó mis pensamientos, y me di cuenta que tenía razón. Desde ese día, nunca había estado sin un arma alrededor de otras personas... hasta Aria.

Miré a mi hermano. ¿No podía simplemente callarse? Matteo levantó las manos.

—No es como si Aria no sepa que te follabas a otras mujeres.

¿Creía que era por eso que estaba enojado? Acababa de soltar algunos hechos que no tenía intención de compartir. Aria sabía que estaba desarmado a su alrededor.

LUCA VITIELLO

No quería que interpretara demasiado en eso. Gianna se inclinó hacia delante sobre los codos, con las cejas enarcadas.

—Así que, ¿estás llevando un arma ahora mismo? Todos somos de la familia, después de todo.

—Luca siempre lleva un arma. —Matteo se inclinó hacia Gianna—. No lo tomes como algo personal. No creo haberlo visto nunca sin un arma desde ese día. Es la manía de Luca.

Podía sentir los ojos de Aria sobre mí, podía ver sus pensamientos zumbando detrás de esos azules claros. Ella *sabía*. Le envié una mirada severa, intentando disuadirla de sobrevalorar mis acciones. ¿Y qué? No llevaba una pistola alrededor de ella porque no era una oponente a temer. Eso era todo.

Después de la cena, ayudé a Aria a llevar los platos al lavavajillas mientras Matteo y Gianna continuaban discutiendo en la sala de estar.

Aria bostezó de nuevo, parpadeando lentamente.

—Vamos a la cama.

Sus ojos se dispararon a mi hermano y su hermana sentados uno frente al otro en los sofás.

—No antes de que Matteo se vaya. No voy a dejarlo solo con mi hermana.

Tenía un punto. No confiaba en que Matteo respetara las reglas de nuestro mundo cuando se trataba de Gianna, y dudaba que a ella le importara una mierda la pérdida de su virginidad antes de su noche de bodas.

—Tienes razón. No debería estar a solas con él.

Me acerqué a mi hermano, quien apartó la mirada de Gianna con una sonrisa. Me agaché.

—Esa es tu sonrisa derrite-bragas. Guárdatela y baja a tu maldito apartamento. No te acercarás ni remotamente cerca de las bragas de Gianna antes de que sea tu esposa.

—¿Quién lo dice? —desafió Matteo.

Le di una mirada de advertencia y él se puso de pie con el ceño fruncido. ¿Qué había pensado? ¿Que le permitiría pasar la noche con la chica? Esa sería toda una declaración de guerra. Padre perdería la jodida cordura y nos haría pagar a ambos por desprestigiarlo. Tenía el presentimiento de que finalmente encontraría una forma de hacerme pagar de una manera que tendría un efecto persistente. Mis

LUCA VITIELLO

ojos encontraron a Aria que se apoyaba en la encimera de la cocina. Tomaría tiempo idear un plan infalible para deshacerse del bastardo; hasta entonces, tenía que asegurarme que mi padre no tuviera motivos para atacar a mi esposa.

Matteo dejó el apartamento, con una última sonrisa a Gianna.

Ignorándome, Gianna se movió hacia su hermana.

—Está obsesionado conmigo.

Tenía razón.

—Entonces deja de meterte con él. Le gusta que lo hagas —dijo Aria a medida que caminaba hacia ella y me inclinaba a su lado.

—No me importa lo que le gusta.

Envolví un brazo alrededor de la cintura de Aria, recordando un momento demasiado tarde que estaba intentando ser menos cariñoso con ella.

—Matteo es un cazador. Ama la persecución. Será mejor que no hagas que quiera perseguirte —le dije a Gianna.

Gianna puso los ojos en blanco.

—Me puede cazar todo lo que quiera. No llegará hasta mí. —Allí estaba equivocada. Matteo ya era su dueño, y pronto lo descubriría—. No te vas a ir a la cama, ¿verdad? —le preguntó Gianna a Aria.

—Estoy muy cansada.

Los hombros de Gianna se desplomaron.

—Sí, yo también. Pero mañana te quiero toda para mí. —Me lanzó una mirada mordaz, como si eso tuviera un efecto en mí, antes de dirigirse a la habitación de invitados—. Si escucho gritos, ninguna pistola debajo de la almohada te salvará, Luca. —Cerró la puerta de un portazo.

Las mejillas de Aria estaban enrojecidas. Bajé la cabeza.

—¿Vas a gritar para mí esta noche? —Le pasé la lengua por la garganta.

—No con mi hermana bajo el mismo techo —dijo Aria avergonzada.

—Ya lo veremos —murmuré, mordisqueando su garganta como a ella le encantaba, y fui recompensado con un gemido airado. Esta noche tendría los gritos de Aria. Sin otra palabra, la conduje a nuestra habitación. Cerrando la puerta, atraje a Aria hacia mí y luego le quité el vestido. Mis ojos se perdieron en su ropa interior

LUCA VITIELLO

de encaje blanco en apreciación antes de levantarla del suelo y llevarla a la cama donde la dejé. No perdí tiempo antes de inclinar mi cabeza sobre sus piernas separadas y besar su coño a través de sus bragas. El material ya estaba empapado, y el dulce aroma de Aria tensó mi ingle con excitación. Besé mi camino hasta su pecho.

—Mía —murmuré contra su pecho antes de abrir su sujetador y quitarlo—. Amo tus putos pezones. Son tan rosados, pequeños y perfectos.

Después bajé sus bragas y acaricié sus hinchados labios vaginales, ya ansiosos por recibir atención, pero me concentré en sus pezones hasta que Aria se estaba retorciendo debajo de mí. Luego seguí más abajo y hundí mi lengua entre sus pliegues. Pronto estaba jadeando. Cuando la chupé más fuerte otra vez, ella puso su mano sobre su boca, sofocando sus gemidos.

—No —ordené, agarrando sus manos y sujetándolas contra su estómago.

—Gianna escuchará.

Esperaba que lo haga. Probablemente la volvería loca. Manteniendo mis ojos en el rostro necesitado de Aria, comencé a burlar su clítoris con mis labios hasta que ya no pudo contener más sus sonidos. Estaba tan jodidamente mojada que mi dedo se deslizó en su interior fácilmente.

—Oh, Dios —jadeó Aria.

Me la follé con los dedos suavemente a media que chupaba su clítoris, y entonces, se tensó. Hundió la cara en la almohada, pero unos cuantos gemidos sonaron fuertes y claros. Ver a Aria perdiendo el control solo me hizo querer comerla todos los días.

Me arrastré hacia ella, arrodillándome entre sus piernas.

—¿Cuándo vas a dejar que te tome? —pregunté en voz baja mientras presionaba un beso en su punto de pulso. Aria se puso rígida. La contemplé—. Mierda. ¿Por qué tienes que verte tan jodidamente asustada cuando te hago esa pregunta?

—Lo siento. Solo necesito más tiempo.

Más tiempo, cuando no estaba seguro de cuánto tiempo más teníamos. Di un asentimiento conciso.

Aria acarició mi pecho a través de mi ropa, sonriendo a modo de disculpa. Me eché hacia atrás y me quité camisa. Ella me ayudó a sacar las fundas de mi arma y mi cuchillo antes de besar mi tatuaje, después la herida sobre mis costillas. De

LUCA VITIELLO

repente, su expresión se tornó atrevida, y pasó los dedos por mis pezones. Gemí y luego me desnudé rápidamente y me acomodé en mi espalda.

Aria se inclinó sobre mi erección y se detuvo con sus labios a solo unos centímetros de mi punta.

—Si no te quedas en silencio, voy a parar.

Toqué la parte posterior de su cabeza, amando este lado burlón de Aria.

—Tal vez no voy a permitir que pares.

—Tal vez voy a morderte.

Crucé mis brazos detrás de mi cabeza.

—No te detengas, no voy a hacer ni un sonido. No quiero ofender los oídos virginales de tu hermana.

—¿Y qué hay de mis oídos virginales? —Besó mi polla, haciéndome temblar.

Todavía una virgen.

—No deberías ser una virgen todavía —solté, pero entonces Aria comenzó a chuparme y me concentré en la sensación de su boca caliente y permanecí en silencio. Como la última vez, le advertí antes de correrme y ella se retiró rápidamente.

Después, la abracé desde atrás y apagué las luces.

—Lo siento, por lo que te hizo tu primo —dijo Aria de repente.

Me tomó un momento entender a quién se refería: Junior, mi primo traidor. Lo peor era que ya casi nunca pensaba en su traición porque había tantas nuevas amenazas en mi vida, y no todas rusas.

—Debería haber sabido bien que no podía confiar en nadie. La confianza es un lujo que la gente en mi posición no puede permitirse.

—La vida sin confianza es solitaria.

—Sí, lo es —concordé, besando su cuello. Una parte de mí quería arriesgarse a confiar en Aria. Era una parte que creí muerta hace tiempo.



CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Desperté después de Aria por una vez. Cuando ella regresó de su ducha, ya estaba luciendo una erección matutina.

Aria me dio una sonrisa incrédula, pero no esperé mucho. Me levanté de la cama y la apreté contra mi pecho, de cara al espejo. La hice mirar a medida que jugueteaba con sus pezones, incluso cuando sus mejillas se enrojecieron de vergüenza.

Por supuesto, su hermana también era madrugadora, y pronto llamó a Aria justo en frente de nuestra puerta, pero no la solté. No había terminado con ella todavía. Lejos de eso.

—Tu hermana es una jodida molestia —susurré al oído mientras deslizaba mi dedo entre sus pliegues y luego empujaba dentro de ella—. Pero estás tan jodidamente mojada, *principessa*. —Aria me recompensó con más excitación—. Sí —gemí a medida que hundía mi dedo en ella lentamente, observándola mientras observaba todo.

—¿Aria? —Gianna golpeó contra la puerta.

Acaricié su clítoris y la besé con dureza, tragándome sus gritos cuando se corrió duro bajo mis dedos.

La empujé hacia adelante y me arrodillé detrás de ella. Mierda, la vista de su culo y su coño expuestos fue casi demasiado. Arrastré mi lengua a lo largo de su pliegue y luego volví a hundirme hasta que el segundo orgasmo de Aria hizo que sus piernas cedieran.

Se arrodilló a mi lado, jadeando. Me enderecé, acercando mi polla a su cara.

Después de un momento de vacilación, Aria me tomó en su boca. Tenerla de rodillas chupando mi polla era la visión más caliente que podría imaginar.

—Eres tan hermosa, Aria —murmuré a medida que empezaba a empujar suavemente, intentando ver si ella podía tomarme así.

Gianna también se rindió finalmente, pero solo podía ver a Aria mientras me chupaba lentamente. Comencé a guiar su cabeza a un ritmo más rápido.

—Agarra mis bolas. —Maldición, esto se sentía increíble. Mecí mis caderas a medida que Aria chupaba—. Quiero correrme en tu boca, *principessa*.

Cuando Aria asintió, casi me corrí justo en ese momento, pero me contuve hasta que se tornó demasiado. Mis caderas se sacudieron a medida que me corría duro, todo el tiempo observando a mi esposa. Le acaricié la mejilla mientras

LUCA VITIELLO

intentaba tragar todo. Atraje a Aria hacia mí, sin querer que sienta insegura, y la besé con dureza.

—Espero que recuerdes esto todo el día. —Yo definitivamente lo haría.



Después de un desayuno rápido, me fui para empezar el día en la Esfera. Matteo y yo teníamos que repasar nuestros números con las ventas de drogas y finalmente discutir el final de nuestro padre.

Nos acomodamos uno frente al otro en la oficina.

—Entonces, ¿finalmente quieres darle al sádico imbécil lo que se merece?

—Apenas está haciendo lo que hay que hacer para que la Famiglia se mantenga en la cima.

Matteo sonrió.

—Como si por eso quieres matarlo. No te gusta cómo trató a tu esposa.

—No me gusta cómo trata a mucha gente.

La expresión de Matteo dejó en claro que quería que cortara las tonterías.

Me incliné hacia delante, bajando la voz.

—Lo arruina todo. Prospera en la miseria. Solo quiero que se vaya. ¿Estás conmigo?

—¿En serio tienes que preguntar? He querido matarlo desde que puedo recordar.

Asentí, luego me eché hacia atrás.

—Tenemos que ser cuidadosos. No podemos arriesgarnos a que algo nos involucre.

Matteo lo consideró.

—Padre es paranoico. La única vez que no está tan resguardado y no tiene sus guardaespaldas sentados justo a su lado es cuando se encuentra con sus amantes.

—No podemos matarlo nosotros mismos.

LUCA VITIELLO

La boca de Matteo se tensó.

—En realidad quiero ser el que lo haga, pero entiendo tu punto.

—Pensaremos en algo. Padre tiene una larga fila de enemigos. Tiene que haber una manera de conseguir que uno de ellos lo mate.

BOOKZINGA FORO

226

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

DIECISIETE

Matteo y yo estábamos revisando nuestros números en ventas de cocaína y drogas sintéticas cuando mi teléfono sonó.

Era un mensaje del celular de Romero.

A quiere ir a un club. ¿Tiene permiso?

—Espero que no haya más malas noticias —murmuró Matteo mientras yo escribía: **No**, y lo enviaba.

—Aria y Gianna quieren ir a bailar.

—Supongo que dijiste que no.

—Si Aria quiere ir a un club, tendrá que hacerlo conmigo.

Volvimos a los negocios. Repasar las cifras de ventas ordenadas por ciudades en nuestro territorio llevó una eternidad, pero quería saber qué estaba pasando en nuestro territorio.

Pasó otra hora antes de que un golpe me hiciera levantar la vista de la computadora portátil.

—Adelante —dije.

Nuestro barman, Tony, asomó la cabeza. Fruncí el ceño. Normalmente se quedaba detrás de la barra. Esto era cerca de la hora pico, así que dudaba que el bar pudiera prescindir de él.

—¿Sin bebidas para nosotros? —dijo Matteo con una sonrisa.

Tony sonrió, pero me di cuenta que estaba nervioso. Entrecerré los ojos. Eso significaba que no me gustaría lo que tenía que decir.

—Romero me envió —dijo con cuidado—. Tu esposa y su hermana están aquí, bailando.

Empujé el portátil hacia un lado y me levanté, al igual que Matteo. La furia se disparó a través de mí. Había dado Romero una orden clara. Por supuesto, dudaba que hubiera ido en contra de eso sin una buena razón, y tenía el presentimiento de

que Aria y su hermana habrían encontrado una manera de obligarlo hasta aquí. Le hice una seña para que se fuera, y lo hizo con rapidez.

—Maldita sea —gruñí, luego salí enfurecido de la oficina. Matteo permaneció cerca de mí.

—Parece que Aria no está tan bien entrenada como pensabas.

Le lancé una mirada furiosa.

—Esto es culpa de Gianna, sin duda alguna. Esa chica es una alborotadora.

Entramos en la pista de baile y no tardé en ver a Aria. Era imposible pasarla por alto. Su largo cabello rubio resplandecía bajo las luces, y una multitud de hombres bailaba a su alrededor y Gianna, admirándolas.

Mierda. Nunca había visto a Aria vestida así. Me acerqué, fijándome en cada centímetro de sus apretados pantalones de cuero, la forma en que acentuaban su trasero perfecto. Balanceaba sus caderas al ritmo, girando y sacudiendo, haciéndome preguntarme cómo sería una vez que me montara. Envié miradas de muerte hacia los cabrones que se habían atrevido a bailar cerca de mi esposa, y retrocedieron de inmediato. Un maldito hijo de puta no me había notado todavía, demasiado concentrado en Aria y de hecho indicándole que bailara con él. Me encontré con su mirada con la plena fuerza de mi furia, y él miró hacia otro lado y se fue. Bien por él.

Me detuve justo detrás de Aria. Ella balanceaba sus caderas al ritmo, luego arqueó la espalda, presentándome ese culo perfecto en forma de melocotón. Agarré sus caderas, sintiendo su calor. Aria se tensó y entonces se relajó. Me sorprendió al frotar su culo contra mí. Con sus tacones, sus nalgas se presionaban tentadoramente contra mi polla. La froté contra mí, y luego me incliné hacia su oreja.

—¿Para quién estás bailando? —pregunté, mi voz temblando con posesividad.

Aria se echó hacia atrás, sus ojos azules encontrándose con los míos.

—Para ti. Solo para ti.

Solo para mí. Siempre.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Bailando.

—Le dije a Romero que no.

LUCA VITIELLO

—No soy tu posesión, Luca. No me trates como si lo fuera.

Aria no entendía hasta qué punto iría para asegurarme que solo fuera mía, para garantizar su seguridad.

—Eres mía, Aria, protejo lo que es mío.

—No me importa ser protegida, pero me importa estar presa —gritó Aria cuando se volvió hacia mi cara, permitiéndome echar un vistazo por su camisa transparente a un sujetador brillante por debajo que acentuaba sus senos. Otra ola de posesividad me golpeó—. Baila conmigo —suplicó con una sonrisa suave.

Mierda. Esa sonrisa. Aferrando sus caderas con más fuerza, comencé a moverme al ritmo de la música. Había pasado un tiempo desde que hubiera disfrutado pasar el rato en un club, pero para Aria, esta era la primera vez. Otra primera vez que compartía conmigo.

Sumergí mi cabeza hasta su oreja.

—Te ves jodidamente caliente, Aria. Cada hombre en este club te desea y por eso, quiero matarlos a todos.

—Soy solo tuya —dijo sin dudar. La besé, queriendo probarla y mostrarles a todos que era mía.

—Estoy tan jodidamente duro —gemí—. Mierda. Tengo una reunión con uno de nuestros distribuidores en cinco minutos. —Se aseguraba que tuviéramos suficiente ácido, éxtasis y todas las otras mierdas que vendíamos a las multitudes en nuestros clubes.

Aria tocó mi pecho.

—Está bien. Regresa cuando tengas tiempo. Voy a tomar una bebida.

—Ve al área VIP. —Eso haría el trabajo de Romero mucho más fácil.

—Quiero pretender que soy una chica ordinaria esta noche.

¿En serio creía que eso funcionaría? Aria era el centro de atención dondequiera que iba.

—Nadie que te mire pensará que eres ordinaria. —Miré mi reloj. Maldición. Tenía que regresar a la oficina—. Cesare y Romero te estarán vigilando.

Aria palideció cuando miró hacia el área VIP.

Seguí su mirada.

—Mierda —murmuré cuando vi a Grace haciendo un baile de regazo para un chico—. No está aquí por mí.

Aria me dio una sonrisa triste.

—Sí, claro que lo está.

Grace levantó la vista brevemente, atrapando mis ojos. Aria probablemente tenía razón. Tenía que poner una puta parada a la obsesión de Grace.

—No puedo sacarla. Viene aquí todas las veces de fiesta. Ni siquiera la he visto desde esa noche. Usualmente me quedo en la parte trasera.

Aria no dijo nada y acuné su mejilla, obligándola a encontrar mi mirada...

—Solo eres tú, Aria. —Me arriesgué a echar otro vistazo a mi reloj. Maldita sea—. Realmente necesito irme ahora. Estaré de regreso tan pronto como pueda. — Con una última mirada a mi esposa, regresé a mi oficina rápidamente, seguido por Matteo.

Al segundo en que entré en la habitación, llevé mi celular a mi oído antes de continuar a la oficina de atrás donde tenía más silencio. Matteo se quedó en el frente, revisando el resto de nuestros números.

230



Matteo entró en la oficina con una expresión mortalmente seria.

—Alguien puso drogas en la bebida de Aria.

Me levanté de golpe, colgando sin decir una palabra. Nuestras malditas drogas podían esperar.

—No le hicieron nada. Romero y Cesare estaban allí —agregó Matteo apresuradamente, pero apenas escuché mientras pasaba a toda prisa junto a él en la oficina principal. Aria se aferraba a Cesare, con el rostro pálido, las piernas apenas soportándola. La furia ardió a través de mí cuando eché un vistazo de mi esposa drogada a Rick, uno de nuestros distribuidores de drogas. Muy pronto el hijo de puta desearía nunca haber nacido.

—¿Qué pasó? —solté más allá de la furia ardiendo ferozmente en mi garganta, en mis venas, en cada puto centímetro de mi cuerpo. Crucé la habitación y

LUCA VITIELLO

tomé a Aria de Cesare, quien la soltó de inmediato. La alcé en mis brazos y su cabeza cayó contra mi pecho, sus ojos aturdidos contemplándome. Maldita sea.

Por eso no quería a Aria en lugares como este. Con tanta gente alrededor, protegerla era casi imposible, y necesitaba protegerla sin importar el costo. Un breve estallido de ira hacia ella por desobedecer traspasó mi cuerpo, pero desapareció tan pronto como miré a mi esposa indefensa.

Gianna seguía quejándose con su voz aguda, pero mi atención estaba centrada en Aria. Sus ojos azules se aferraban a mi cara, sus dedos apretando mi camisa.

Romero le explicó a Gianna alguna mierda sobre las drogas en la bebida a medida que dejaba a Aria en el sofá. Se veía pequeña y vulnerable. Me volví hacia Rick y me acerqué a él lentamente. Quería aplastar su cráneo contra la pared, dejar una maldita abolladura en el yeso de la fuerza del mismo. Pero ¿un rápido final como ese? No, eso no iba a pasar.

—¿Pusiste drogas en la bebida de mi esposa, Rick? —pregunté, mi voz vibrando con mi apenas contenida ira. Sin Aria y Gianna en la habitación, ya habría empezado a rebanarlo en minúsculos pedacitos.

Los ojos brillantes de Rick se abrieron de golpe, y su boca cayó.

—¿Esposa? No sabía que era tuya. No lo sabía. ¡Lo juro!

231

Empujé a Romero a un lado para entrar en la fea cara de Rick, luego agarré el cuchillo que aún sobresalía de su muslo y lo giró bruscamente. Rick rugió en agonía, sus ojos poniéndose en blancos, pero Romero mantuvo al maldito de pie.

—¿Qué planeabas hacer con ella una vez que la sacaras? —Los malditos cabrones como Rick utilizaban drogas para poder tener la oportunidad de mojar las pollas, y vendían drogas a imbéciles que querían hacer lo mismo porque ninguna mujer jamás le daría la hora del día.

—¡Nada!

—¿Nada? Así que, si mis hombres no te hubieran detenido, ¿tú simplemente la habrías dejado en el hospital?

La mera idea de que su pedazo de mierda podría haber tocado a Aria condujo una ardiente bola de fuego hacia mi pecho.

Aria murmuró unas cuantas palabras incoherentes. Me acerqué a ella y me puse en cuclillas para estar al nivel de sus ojos.

—¿Qué has dicho, Aria?

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Voy a follar tu culo apretado. Te haré gritar, zorra. Te follaré como un maldito salvaje, perra. Eso fue lo que me dijo —logró Aria arrastrar las palabras de su boca, sus párpados revoloteando. Gianna perdió el jodido control antes de que yo pudiera, furiosa y gritando.

—¡Vas a morir! —le gritó a Rick.

No solo moriría. La muerte era para una transgresión simple. Este era el crimen final, el maldito pecado final.

Me puse de pie, sintiendo mi pulso lento como siempre lo hacía antes de la muerte, antes de la tortura. Matteo estaba reteniendo a Gianna evitando que le arranque los ojos a Rick.

—Te harán sangrar, Y espero que violen ese culo feo tuyo con ese palo de escoba que está ahí.

—Gianna —gimió Aria, y mi pulso se disparó brevemente, luego mis ojos se enfocaron en Rick, evaluándolo, intentando decidir cómo causarle la mayor agonía posible en el menor tiempo posible. Aria necesitaba ir a casa, dormir el efecto de las drogas.

—Le haré pagar, Gianna —le prometió Matteo a su pelirroja obsesión.

Negué con la cabeza.

—No. Es mi responsabilidad. —Matteo me echó un vistazo, examinando mi rostro. Me conocía, y sabía que necesitaba aplastar al maldito bastardo que estaba frente a mí.

Me acerqué a Rick. Su barbilla tembló, sus ojos se crisparon con jodido terror. Oh, él conocía las historias de lo que hacía con las personas que me jodían. Aquellos distribuidores de drogas que se quedaban con un porcentaje más alto del que se acordaba, los malditos imbéciles de la Bratva que intentaban arruinar todo con sus drogas de baja calidad... él conocía esas historias, y eso había sido por negocios. Esto era jodidamente personal. No podía *ser* más personal.

Me incliné hacia abajo, incluso si el hedor a cigarro y colonia barata hiciera que mis labios se crispen.

—¿Querías follarte a mi esposa? ¿Querías hacerla gritar?

No era merecedor de respirar el mismo aire que Aria. Jamás debería haberse atrevido a mirarla.

Rick comenzó a llorar.

LUCA VITIELLO

—No, por favor.

Agarré su garganta y lo levanté, asfixiándolo, pero este no sería su final. Demasiado fácil, demasiado indoloro. Lo empujé lejos de mí de modo que se estrelló contra la pared y luego cayó al suelo. Su mirada se dirigió brevemente hacia Aria como si esperara su ayuda, y maldita sea, perdí el control.

—Espero que tengas hambre, porque voy a hacerte comer tu polla. —Me acerqué enloquecido hacia él, una ira estática corriendo en mis oídos, una furia venenosa chapoteando en mis venas mientras sacaba mi cuchillo.

Registré a Matteo sacando a las chicas velozmente. Bien. Me arrodillé junto a Rick. Y un momento después Matteo estaba a mi lado, sosteniendo al bastardo inútil. Tiré de sus pantalones y él gritó.

—No, no, ¡por favor!

Rogar no funcionaba conmigo. Bajé el cuchillo, aunque no sobre su polla. Aún no. Primero, quería respuestas.

Pronto, Rick reveló que una mujer rubia le había dado dinero para que pusiera las drogas en la bebida de Aria.

Debe haber sido Grace. Debí haber sabido que esa perra no se rendiría fácilmente. La única otra opción era una espía rusa, como las asesinas que habían sido enviadas a matarnos a Matteo y a mí. O tal vez incluso una mujer enviada por mi padre, en caso de que temiera que Aria pudiera ablandarme. Pero Rick era un lío lloroso y su cerebro demasiado arruinado por años metiéndose mierdas. No conseguiría más información de él.

Rick no había sabido que Aria era mi esposa. No importaba.

—Por favor —rogó de nuevo—. Te lo dije todo. No volverá a suceder.

Acerqué mi rostro, sonriendo sombríamente.

—Tienes razón. No volverá a suceder. —Entonces, llevé mi cuchillo sobre su polla, y sus gritos agudos resonaron hasta que se convirtieron en un gorgoteo ahogado. Cuando terminé, me puse de pie y también lo hizo Matteo. Rick todavía se retorció ocasionalmente en el mar de sangre a su alrededor.

Fui al lavabo, me lavé la sangre sucia de mis manos, cara y cuchillo. Después, me fui sin una palabra. Matteo encontraría a alguien para limpiar el desastre.

LUCA VITIELLO

Salí por la puerta trasera hacia el auto esperando. Romero estaba de pie a un lado de él. Al momento en que Gianna me vio, su cara de perra cayó, convirtiéndose en una de shock.

—Mierda. Estás cubierto en sangre.

—Solo mi camisa —le dije. Romero agarró una camisa nueva del baúl a medida que salía de la que arruiné.

—Eres un sinvergüenza —dijo Gianna mientras me observaba. Aunque no apartó los ojos de mi torso.

—Me voy a quitar la camisa, no mis malditos pantalones. ¿Alguna vez cierras la boca? —gruñí, mi oscuridad seguía rumiando bajo mi piel, la llamada por más sangre aún cantando su canción de sirena en mis malditas venas.

Romero me tendió la camisa limpia.

—Tome, jefe.

Me la puse y le entregué a Romero la ensangrentada.

—Quema eso, y encárgate de todo, Romero. Yo manejaré. —Romero vaciló, sus ojos dirigiéndose hacia Gianna y Aria, y me di cuenta que estaba reacio a dejarlas solas conmigo. Mi primer impulso fue golpearlo contra la pared por incluso considerar desafiarme, pero luego decidí que probablemente tenía motivos para desconfiar de mí. Pero no era su lugar recalcarlo. Después de un momento, se dio la vuelta y se fue. Me apoyé en la parte trasera del auto donde Aria estaba tendida, con aspecto paliducho y temblando. Toqué su mejilla y sus ojos se enfocaron brevemente en mi cara.

Parte de mi furia se desvaneció. Retrocedí y me puse detrás del volante. Quería llevarnos a casa, donde podría tener a Aria en mis jodidos brazos hasta que lo último de mi sed de sangre hubiera desaparecido.

Unos rizos rojos tomaron forma en mi visión periférica.

—Eres bastante sexy, ¿lo sabías? Si no estuvieras casado con mi hermana y no fueras tan cabrón, podría considerar darte una oportunidad.

Le di una rápida mirada, ya con una desagradable respuesta en mi lengua.

—Gianna —medio rogó Aria a su hermana. ¿Estaba preocupada de que perdiera mi puto control con la pelirroja malintencionada? No me gustaba Gianna, pero era una niña de diecisiete años.

LUCA VITIELLO

—¿Qué? ¿Un gato se comió tu lengua? He oído que usualmente saltas a todo lo que no tiene un pene.

Al final se calló cuando no mordí el anzuelo. Nos detuvimos en el garaje y salí del auto. Levanté a Aria en mis brazos y la llevé al ascensor. Gianna se inclinó frente a mí, y no me gustó su expresión ni un poco. Bajé mi mirada hacia Aria, sabiendo que convocaría a la calma en mí, un lugar que pocas personas sabían que existía.

—¿Alguna vez has tenido un trío?

¿La perra en serio esperaba alguna respuesta?

—¿Cuántas mujeres has violado antes de mi hermana?

Mi cabeza se alzó de golpe. No estaba seguro de cuánto había compartido Aria con su hermana. Quería aplastar a Gianna y sabía que podía hacerlo al revelar la simple verdad de que Matteo era dueño de su coño, pero Aria tocó mi pecho, y la ira se desvaneció cuando me encontré con su mirada. Me rogaba que mantuviera la calma.

—¿No puedes hacer algo más con tu boca que ladrar? —murmuré.

—¿Como qué? ¿Darte una mamada?

Levanté la vista. Ese sería el privilegio de Matteo.

—Chica, nunca has visto ni siquiera una polla. Solo mantén tu boca cerrada.

—Gianna —susurró Aria.

Me dirigí rápidamente hacia las escaleras para llevar a Aria a nuestra habitación, pero Gianna me impidió el paso.

—¿A dónde la estás llevando?

—A la cama —contesté, intentando pasar junto a ella, pero se interpuso en el camino.

—Está drogada con Roofies. Esta es probablemente la oportunidad que has estado esperando. No voy a dejarla sola contigo.

¿Estaba sugiriendo que me follaría a Aria mientras estaba indefensa de esta manera?

—Voy a decirlo una sola vez y es mejor que obedezcas. Sal de mi camino y ve a la cama.

—¿O qué?

Ese era el maldito problema. Había poco que pudiera hacer. Por un lado, porque era una chica, y por el otro, porque era la chica de *Matteo*.

—Gianna, por favor —suplicó Aria.

Gianna finalmente detuvo la mierda.

—Mejorate.

Sin otra mirada a la perra, llevé a Aria a nuestra habitación. Ella se retorció en mi agarre, temblando.

—Voy a vomitar.

Al momento en que la sostuve sobre el inodoro, Aria vomitó, todavía temblando.

—Lo siento —susurró, sonando avergonzada y miserable.

—¿Por qué? —pregunté mientras envolvía mi brazo alrededor de ella y la ayudaba a levantarse.

—Por vomitar.

Empapé una toalla y se la tendí. Aria la tomó con una sonrisa débil y se limpió la cara, temblando en mi agarre.

—Es bueno que sacaras algo de esa mierda de tu sistema. Putas drogas, es la única manera para que feos como Rick metan sus pollas en un coño —gruñí, mi ira reavivando. Si no tuviera ya suficiente en mi plato, habría prolongado su tortura durante unos días. Ayudé a Aria a entrar en el dormitorio. Ella se apoyó pesadamente en mí. Y mirándola, le pregunté—: ¿Puedes desnudarte?

Dio un pequeño asentimiento.

—Sí.

La solté y perdió el equilibrio. Aterrizó en la cama y se echó a reír antes de hacer una mueca, sosteniendo su cabeza. Definitivamente no sería capaz de desvestirse a sí misma. Me incliné sobre ella, intentando llamar su atención. Tomó un momento antes de que sus ojos se enfocaran en mí.

—Voy a sacarte tu ropa, huele a humo y vómito —le expliqué lentamente. Por alguna razón se sentía mal desnudarla en su estado. Estaba drogada y obviamente no en un estado para rechazar los avances. Había una buena razón por la que esta clase droga eran las elegidas por los violadores.

LUCA VITIELLO

Enganché mis dedos por debajo de la camisa de Aria y la deslicé suavemente. Ella soltó otra risita, pero la ignoré así como si contoneo. A pesar de mis mejores intenciones, no pude evitar admirarla cuando bajé sus pantalones de cuero. La piel de gallina cubrió sus hermosas piernas esbeltas hasta sus diminutas bragas de encaje. Me estiré hacia su espalda, haciendo que se arqueara con otra risita como si le hubiera hecho cosquillas. Dudaba que se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Sus ojos desenfocados lucían juguetones cuando me observó. Desenganché su sujetador y se lo quité, luego lo arrojé descuidadamente.

Dios mío, incluso drogada Aria me robaba el aliento. Estaba tendida delante de mí en nada más que un pequeño trozo de encaje cubriendo su coño, sus pezones erectos en la habitación fresca y sonriéndome. No había ansiedad, ni miedo. Me di la vuelta rápidamente antes de que mis pensamientos pudieran vagar por un camino oscuro. Me quité la ropa antes de agarrar una camisa de mi cajón y luego ayudé a Aria a sentarse. Tomó varios intentos poder ponerle la camisa, pero habría tomado aún más intentos ponerle uno de sus camisones endebles. Alcé a Aria una vez más y la acosté con la cabeza sobre la almohada. No se movió, solo me miró con la misma sonrisa soñadora. Me tendí a su lado.

—Eres impresionante, ¿sabes? —dijo, sus ojos recorriendo mi pecho, entrando y saliendo de foco.

Toqué su frente. Estaba demasiado caliente. Aria rio y tocó mi abdomen inferior antes de deslizarse aún más bajo. Detuve su mano errante rápidamente y la retuve firmemente.

—Aria, estás drogada. Intenta dormir.

Me dio una sonrisa tonta que probablemente era con intención de ser seductora.

—Tal vez no quiero dormir.

Aparté su cabello cuidadosamente de su frente.

—Sí quieres.

Aria parpadeó y luego bostezó.

—¿Vas a sostenerme?

Apagué las luces y la acuné en mis brazos.

—Es mejor que te recuestes de lado en caso de que te sientas enferma de nuevo —murmuré contra su cuello.

LUCA VITIELLO

—¿Lo mataste? —masculló.

Consideré cuánto decirle, pero Aria conocía las reglas de nuestro mundo. Conocía al hombre que era.

—Sí.

—Ahora hay sangre en mis manos.

—Tú no lo mataste.

—Pero tú lo mataste por mí.

—Soy un asesino, Aria. Eso no tiene nada que ver contigo. —No quería que se sintiera culpable por algo como eso. Esta muerte estaba sobre mí, como cada muerte en mi pasado, como cada muerte en mi futuro. Jamás opacarían a Aria, porque no los dejaría. Quería que su vida estuviera libre de los horrores de mi existencia. No dejaría que la oscuridad la consuma como lo había hecho con mi madre, como lo hacía con tantas mujeres en nuestros círculos porque a sus maridos no les importaban ni mierda.

La suave voz de Aria desgarró la oscuridad una vez más.

—Sabes, a veces me gustaría poder odiarte, pero no puedo. Creo que te amo. Nunca pensé que pudiera.

Mi corazón tartamudeó como nunca lo había hecho, y el calor inundó mi pecho. ¿Amor? Mierda. Aria no podía amarme. No sabía de lo que estaba hablando. Estaba drogada. Las drogas se habían metido con su cerebro.

Después de una larga exhalación, Aria continuó, su voz cada vez más somnolienta:

—Y a veces me pregunto cómo sería si me hicieras el amor.

Quería reclamar a Aria, ser su dueño, follarla... ¿hacerle el amor? Nunca había hecho el amor, y no pensaba que fuera capaz de hacerlo.

—Duerme.

—Pero no me amas —continuó Aria, sus palabras una calumnia llena de miseria—. No quieres hacerme el amor. Quieres follar conmigo porque te pertenezco.

Tenía razón y, sin embargo, sus palabras no sonaban ciertas. Quería más que eso. Con Aria, simplemente quería. Quería todo de ella, cada pequeña cosa, no solo su cuerpo, también sus sonrisas, su cercanía, sus jadeos asombrados y sus gemidos

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

sin aliento. Apreté mi brazo alrededor de ella. Amor. ¿Cómo sabías si amabas a alguien?

—A veces me gustaría que me hubieras tomado en nuestra noche de bodas, entonces por lo menos ya no desearía algo que nunca será. Me quieres follar como follaste a Grace, como un animal. Por eso es que me dijo que vas a follarme salvajemente, ¿cierto?

Me tomó un momento procesar completamente sus palabras. ¿Grace le había dicho a Aria que la follaría salvajemente?

—¿Cuándo te dijo eso? ¿Aria, cuándo? —Agarré el brazo de Aria—. ¿Cuándo? —gruñí, pero se había dormido.

Había sospechado que era Grace quien estaba detrás del ataque, y ahora las palabras de Aria confirmaban mi sospecha. Mi cuerpo se llenó de tensión y necesidad de buscar venganza. Rick ya había conseguido lo que se merecía, pero aún quedaba Grace. Quería matarla. Era mujer, pero era un ser humano despreciable más que nada. ¿Podría disponer de ella? No era la hija favorita de su padre, ni mucho menos, pero había una diferencia entre no gustarle su hija y querer que la maten. Necesitábamos su cooperación si queríamos ganar influencia. Padre definitivamente no me permitiría arriesgar su cooperación matando a Grace por rabia ciega. Solo lo haría cuestionar mis sentimientos por Aria, otra cosa con la que no podía arriesgarme.

239

DIECIOCHO

El sueño de Aria fue irregular, lo que a su vez me llevó a estar despierto la mayor parte de la noche. No pude parar de controlar su respiración, preocupado de que las drogas la llevaran a perder la conciencia o algo peor. La idea de perder a Aria, de casi haberla perdido anoche, me dejó inquieto... y furioso.

Yacía acurrucada de costado, sus párpados revoloteando, su cuerpo temblando. Aparté un mechón de cabello de su frente sudorosa. Un gemido pequeño pasó por sus labios; no los hermosos sonidos que hacía cuando le daba placer, sino un sonido estremecedor de incomodidad.

Abrió los ojos y, por un momento, parpadeó hacia mí antes de levantarse, acunando una mano sobre su boca y corriendo hacia el baño.

Me desenredé de las mantas y la seguí. Estaba aferrando el inodoro, respirando bruscamente.

Descargué el inodoro porque era obvio que estaba demasiado inestable para hacerlo, luego aparté más hebras caprichosas de su frente.

Aria dejó escapar una risita sin alegría, mirándome con los ojos llorosos.

—No luzco tan sexy, ¿verdad?

Aria era mía para proteger. Era mi responsabilidad y, sin embargo, alguien se había atrevido a atacarla en mi propio club.

—Esto no debería haber sucedido. Debería haberte mantenido a salvo.

—Lo hiciste —dijo Aria débilmente, poniéndose de pie. La estabilicé, preocupado de que se desmaye.

—Tal vez un baño te ayudará —le dije. Mi mente todavía estaba intentando encontrar maneras de hacerle pagar a Grace.

Aria negó con la cabeza.

—Creo que me ahogaría si me tumbo en la bañera ahora mismo.

Abrí el grifo, pero no solté a Aria en caso de que se desmayara. No tenía intención de dejarla entrar al agua sola en el estado en que estaba.

LUCA VITIELLO

—Podemos tomar un baño juntos.

La esquina derecha de la boca de Aria se inclinó hacia arriba.

—Solo quieres agarrar y tocar.

Le acaricié la muñeca con el pulgar.

—No voy a tocarte mientras estás drogada. —Cuando imaginé nuestro primer baño juntos en la bañera, definitivamente hubo sexo caliente involucrado, pero eso estaba fuera de cuestión por varias razones. Una de ellas es que mi esposa aún era virgen... no podía dejar de pensar en lo que habría pasado si Rick hubiera salido del club con Aria, si esa hubiera sido su primera experiencia. Una furia irrazonable ardió por mis venas una vez más, y solo la presencia de Aria me impidió volverme loco.

—¿Un Capo con moral? —bromeó.

—Aún no soy un Capo —objeté. Pero si todo iba como esperaba, padre no sería Capo por mucho más tiempo, definitivamente no más allá de este año—. Y tengo moral. No mucha, pero un poco. —Y uno de ellos siempre sería no hacerle daño a Aria.

Aria presionó su frente contra mi pecho. Su piel estaba ardiendo.

—Solo estoy bromeando. —Corriendo mi mano a lo largo de su espalda, besé la coronilla de su cabeza. Aria se relajó bajo el toque y soltó un suspiro pequeño. Con el tiempo avanzó hacia el lavabo para cepillarse los dientes. Mis ojos siguieron cada uno de sus movimientos. Se veía pequeña en mi camisa. Vulnerable.

Cerré el grifo antes de sacar la camisa por su cabeza. Se aferró a mis brazos para estabilizarse a sí misma. Enganchando mis dedos en sus bragas, las arrastré hacia abajo por sus piernas delgadas, sin poder evitar fijarme en su hermoso cuerpo cuando lo hacía.

A pesar de todo, podía sentir la sangre disparándose hacia mi polla cuando me bajé mi bóxer. Ayudé a Aria a meterse en la bañera y luego me coloqué detrás de ella, atrayéndola al ras contra mí. Mi polla se deslizó a lo largo de su muslo externo. Definitivamente no era un hombre bueno. Aria me sorprendió cuando se dio la vuelta para mirarme, montándose a horcajadas en mis piernas. La posición hizo que su coño se deslizara sobre mi polla. Ella se puso tensa al sentirme contra ella. Mierda, la sensación de su abertura contra mi punta era la tortura más dulce que podía imaginar.

241

LUCA VITIELLO

Empujé mi polla hacia atrás y luego me deslicé más profundamente en el agua de modo que Aria se tendiera sobre mi pecho, ya sin presionarse a mi erección.

Aria me dio esa mirada de confianza que no merecía.

—Algunos hombres se habrían aprovechado de la situación.

—Soy esa clase de hombre, Aria. No te engañes creyendo que soy un buen hombre. No soy ni noble ni un caballero. Soy un bastardo cruel.

—No conmigo —dijo Aria en voz baja y hundió su nariz contra mi garganta, aferrándose con fuerza.

Mi corazón se aceleró, recordando sus palabras de la noche anterior, y volví a besarle la coronilla.

—Es mejor si me odias. Hay menos posibilidades que te lastimes de esa manera.

—Pero no te odio.

Las emociones nunca habían sido parte del trato. Esto era por la paz, por el poder y el dinero. Aria había sido mi manera de asegurar el éxito de la Famiglia, de asegurar que gobernaría sobre una Famiglia más fuerte que la de mi padre.

—Mencionaste algo que Grace te dijo —comenté, sin querer considerar los sentimientos de Aria por mí, o los míos—. Algo sobre follarte salvajemente. —La furia familiar resurgió, una emoción con la que podía lidiar.

—Oh, sí. Dijo que me harías daño, follarme como un animal, follarme como un maldito salvaje, cuando me habló durante la recepción de nuestra boda. Me asustó mucho. —No era de extrañar que Aria se hubiera visto como si se hubiera encontrado a un fantasma. Me preguntaba si las palabras de Grace eran la principal razón por la que estaba tan aterrorizada de dormir conmigo. ¿No le había mostrado que iba a ser amable con ella?—. Creo que ese tipo de anoche dijo lo mismo —agregó después de un momento.

—Antes de que lo matara, dijo que una de las mujeres que le compró la droga le dijo que eras una mujerzuela que necesitaba que le dieran una lección. Le dio dinero en efectivo. —No mencioné los sórdidos detalles de sus últimos minutos.

Aria levantó la cabeza.

—¿Crees que fue Grace?

—Estoy seguro que fue ella. La descripción encaja y quién más tendría interés en atacarte.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

Nunca habría pensado que Grace iría tan lejos, pero obviamente había subestimado su obsesión conmigo.

—¿Qué vas a hacer?

—No puedo matarla, incluso si quiero cortar su puta garganta, causaría demasiados problemas con su padre y hermano. Sin embargo, voy a tener que hablar con ellos. Decirles que necesitan ponerle una puta correa o no habrá más dinero de nuestra parte.

—¿Qué pasa si se niegan?

Acaricié la espalda de Aria. No sabía cuánto dinero metíamos en los putos bolsillos del senador Parker.

—No lo harán. Grace ha jodido las cosas durante mucho tiempo. Probablemente la enviarán lejos a Europa o Asia para rehabilitación o alguna mierda como esa.

Aria se inclinó y dejó un dulce beso en mi boca. Nunca me habían besado así, nunca había pensado que fuera algo que me gustaría. Era dulzura pura, y era mía. Una vez más, la imagen de las asquerosas manos de Rick sobre ella y cómo la habría lastimado pasaron por mi mente, y casi perdí la puta cordura. Aria merecía ser tratada como una reina.

243

—No puedo dejar de pensar en lo que habría ocurrido si Romero y Cesare no hubieran estado allí, si ese hijo de puta te hubiera sacado del club. El pensamiento de sus sucias manos sobre ti me da ganas de matarlo de nuevo. La idea de que podría haber...

Aria asintió, pero no pude leer la mirada en sus ojos, y entonces, agachó la cabeza y lo hizo completamente imposible,

—Cuando Gianna se marche en unos pocos días, puedes tenerme.

La sorpresa se apoderó de mí. Tal vez debí haberle dicho que no tenía que prometerme algo así, pero ardía del deseo de estar lo más cerca posible de ella, de hacerla mía.



Al segundo en que Aria y yo salimos de nuestra habitación alrededor del mediodía, Gianna corrió hacia su hermana.

LUCA VITIELLO

—¿Estás bien? Estaba tan preocupada porque no salías de tu habitación. — Me envió una mirada rápida desaprobadora como si me importara. Mantuve mi mano en la espalda baja de Aria a medida que la guiaba hacia la cocina. Necesitaba comer algo.

—¿Sabes cocinar? —le pregunté a la pelirroja.

Gianna frunció el ceño.

—¿Porque soy mujer?

Alcé una ceja.

—Tu hermana es una prueba viviente de que no todas las mujeres saben cocinar —dije, acariciando la espalda de Aria para suavizar mis palabras.

Aria me miró con una pequeña risa, y supe que quemaría el mundo para proteger a esta mujer. Comenzaría matando a mi padre, incluso si eso significaba gobernar a una Familia desgarrada hasta que removiera a cada uno de mis enemigos.

Gianna nos observó por un momento antes de encogerse de hombros.

—Puedo intentar hacer tortitas o algo así, pero no puedo prometer nada.

Gianna no era mucho mejor cocinera, pero fue comestible. Después, le di a Aria y su hermana un poco de privacidad y bajé al apartamento de Matteo mientras Romero cuidaba el ático.

—¿Cómo está Aria? —preguntó Matteo cuando me hundí en su sofá.

—Mejor —contesté—. Necesito hablar con el senador Parker. Tiene que enviar a Grace muy lejos de aquí. Si se queda en Nueva York, la mataré.

—A padre no le gustará eso. Sabes lo mucho que se preocupa por ganarse a los políticos. —Eso era lo único que todavía hacía. Matteo apoyó los codos en los muslos—. ¿Has pensado en cómo resolver el problema? La Bratva es siempre una opción.

Negué con la cabeza.

—Los haría demasiado confiados. Matar a un Capo es un gran asunto. La Familia parecería débil.

Matteo asintió, pero podía decir que consideraba que la Bratva era nuestra mejor apuesta, y probablemente tenía razón, pero prefería una solución menos obvia.

—Creo que deberíamos ir por la ruta del veneno. Muchos hombres en la familia de padre han sufrido de accidentes cerebrovasculares o ataques cardíacos. Hay venenos que tienen el mismo efecto.

—Muy pocos de ellos son imposibles de rastrear.

—La mayoría de nuestras opciones solo son rastreables si los buscas específicamente. Ni Nina ni nosotros pediremos un examen completo.

—Nuestros tíos podrían hacerlo —dijo Matteo con una sonrisa torcida.

—Entonces nos encargaremos de ellos.

—¿Cuándo?

Había considerado nuestras opciones. Quería que se fuera lo más rápido posible, pero teníamos que descubrir el momento perfecto, sin mencionar que todavía no estaba seguro de quién debía poner el veneno en su bebida.

—Padre está sospechando. Deberíamos esperar unos días al menos. Tal vez podamos esperar hasta que Gottardo o Ermano vengan de visita. Podemos culparlos si se detecta el veneno.

—Supongo que no quieres involucrar a Nina.

—No confío en ella. Odia a padre y quiere que se vaya, pero una vez que él muera, podría echarnos la culpa a nosotros.

Matteo y yo discutimos algunos detalles más antes de tomar mi teléfono para hablar con padre sobre Grace. Como era de esperar, no le gustó la idea de que le pidiera al senador que desterrara a su hija. No podía esperar para matarlo.



Matteo se acercó a cenar ese día, para consternación de Gianna, pero ella estuvo casi siempre ocupada vigilando de cerca a su hermana. Tenía que concedérselo a la pelirroja: era ferozmente protectora de Aria. Era uno de sus pocos rasgos de carácter que me gustaba.

Después de la cena, Aria y Gianna desaparecieron arriba para regresar unos minutos más tarde en bikini.

Matteo siguió a su futura esposa con ojos entusiastas, pero a mí también me costó mirar a cualquier otro lado excepto a Aria en su diminuto bikini rosa.

LUCA VITIELLO

—En serio espero que tengas tus ojos enfocados firmemente en tu futura esposa —murmuré. Sabía que Matteo jamás intentaría algo con mi esposa, pero aun así odiaba que la viera con tan poca ropa.

—No puedo procesar tus palabras, la sangre ha dejado mi cerebro —dijo Matteo con una risita.

Aria me envió una rápida sonrisa antes de que Gianna y ella salieran a la terraza del techo y entraran al jacuzzi.

—Podríamos unirnos a ellas —dijo Matteo con entusiasmo.

—Sí, claro. Gianna y tú en un jacuzzi medio desnudos juntos. Eso no va a suceder. —Señalé hacia la cocina—. Vamos a tomar un expreso.

Matteo me siguió a regañadientes. Nos preparé un expreso, pero mis ojos siguieron volviendo a Aria, recordando cuando habíamos estado en el jacuzzi.

—La miras como si quisieras devorarla —dijo Matteo.

—Mira quién habla. Te has estado follando a Gianna con los ojos todo el día, cuando aún ni es tu esposa.

—Aria es tu esposa y todavía no tienes más acción que yo —se burló Matteo.

—Créeme, estoy consiguiendo más de lo que puedes soñar, y pronto... —Me detuve al darme cuenta que estaba hablando de sexo con Aria con mi hermano. En el pasado, siempre habíamos compartido nuestras aventuras sexuales entre nosotros, pero Aria era mi esposa y la respetaba demasiado para divulgar ese tipo de información.

Matteo rio entre dientes.

—Vamos, Luca. Nunca has sido así. Soy tu hermano. Dime, ¿cómo es estar con una de nuestras chicas? ¿Son demasiado estiradas para las mamadas? No puedo imaginar a Aria intentándolo. No parece una mujer que alguna vez chupara una polla a menos que la obligaras, y ambos sabemos que no puedes lastimar ni un solo cabello dorado de ella.

La ira se disparó a través de mí, y levanté una mano en señal de advertencia.

—No hables así de Aria. Nunca.

Matteo inclinó la cabeza, contemplándome con curiosidad. Frunciendo el ceño, aparté mis ojos. Mierda.

—Eres muy protector con ella, y definitivamente no es solo posesividad.

LUCA VITIELLO

Mis ojos se dirigieron a mi esposa una vez más mientras ella y Gianna conversaban y reían en el jacuzzi.

Me sentía posesivo con Aria, no podía negarlo, pero definitivamente no era el alcance de mis sentimientos, ni siquiera cerca.

BOOKZINGA FORO

247

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

DIECINUEVE

Estuve jodidamente extasiado cuando Gianna finalmente desapareció de vista ya de camino a su avión de regreso a Chicago. Aria pareció desconsolada. Me dio una extraña sensación de... inquietud, porque me di cuenta que se sentía sola en Nueva York. Aria se dio la vuelta y se arrojó a mis brazos, sollozando. Acaricié su espalda, mi mente vagando a mis planes para la noche. Con suerte distraerían a Aria de su tristeza.

—Pensé que podríamos ir a cenar y luego tener una noche relajante.

—Suena bien —dijo en voz baja, pero su expresión vaciló con ansiedad. No estaba seguro de cómo aliviarla de su miedo. Toda mi vida mi propósito había sido aterrorizar a los demás. Calmar el miedo de alguien estaba completamente fuera de mi zona de confort.



Aria estuvo tensa durante la cena y apenas tocó su comida. Tenía miedo de lo inesperado, tal vez aún tenía miedo de lo que haría, pero no tenía ninguna intención de ser rudo con ella.

—¿Por qué no entramos? —sugerí.

Ella dio un pequeño asentimiento.

No era un hombre paciente. Nunca había tenido que esperar por nada en mi vida. Sabía que estaba nerviosa, pero la deseaba esta noche; mi polla estaba jodidamente ansiosa por reclamarla. Entramos y Aria avanzó hacia el gabinete de licores, buscando el brandy. Agarré su muñeca y la jalé contra mí. Sus ojos se abrieron por completo.

—No lo hagas —dije en voz baja. No quería que se emborrachara cuando la reclamara. Necesitaba que su “sí” fuera real.

La levanté en mis brazos y la cargué escaleras arriba, casi sin poder esperar. La dejé en la cama, mi polla tensándose contra mis pantalones a medida que me subía sobre ella, reclamando sus labios. Sabía a la jodida perfección, y era el único

LUCA VITIELLO

que llegaría a saborearla alguna vez. Ese conocimiento me llenó con una desesperada necesidad de poseerla por completo. La besé con más fuerza antes de retroceder y chupar un pezón perfecto y firme en mi boca. Mierda. Estaba tan duro. Ayudé a Aria a quitarse el vestido y luego bajé aún más. Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo. Era simplemente impresionante. Y era solo mía.

Bajé la cara hasta sus bragas y hundí mi lengua entre los labios perfectos de su coño. Mierda. La perfección. Mi pene se contrajo. Retrocedí, agarré sus bragas endebles y las arranqué antes de saborear su coño nuevamente. Pero mi necesidad era jodidamente enorme. Necesitaba hacerla mía. Solo mía. Empujé un dedo dentro de ella y la idea de cómo se sentiría tener sus paredes apretadas aferrándose a mi polla casi me envió al borde. Me puse de pie y me quité la ropa.

Aria yacía en la cama, con su cabello rubio extendido alrededor de ella, sus piernas separadas, revelando su perfecto coño rosado.

—Eres mía —gruñí. Había esperado tanto jodido tiempo por esto.

Me moví entre sus piernas y las separé, abriéndola para mí y alineando mi polla con su entrada caliente. La sensación de su coño contra mi pene fue como una revelación. Nunca antes había tenido relaciones sexuales sin condón.

Las uñas de Aria se hundieron en mis hombros, sacándome de mi niebla de deseo. Miré hacia abajo. Ella cerraba los ojos con fuerza, apretaba los labios entre sí, como si esperara el dolor. Podía sentir lo tensa que estaba contra mi polla.

Aria se alzó y presionó su cara contra mi cuello, temblando, respirando profundamente.

Su calor me invitaba a enterrar mi polla dentro de ella, pero su cuerpo tembloroso y su tensión me detuvieron.

—Aria —murmuré—. Mírame.

Se apartó y abrió los ojos, y el miedo me devolvió la mirada. Estaba completamente aterrorizada, y me había lanzado sobre ella como si fuera una puta. Bajé hasta que nuestros cuerpos se presionaron uno contra el otro.

—Soy un idiota —jadeé mientras besaba su sien y su mejilla.

Esos hermosos labios suyos se separaron en sorpresa.

—¿Por qué? —Su voz era un susurro roto.

Juré ser amable con ella, juré que la protegería, y ahora, cuando necesitaba que fuera aún más amable, actuaba como un maldito hombre de las cavernas.

LUCA VITIELLO

—Estás asustada y se me ocurre perder el control de esta manera. Debería saberlo mejor. Debería prepararte adecuadamente y en su lugar casi empujo mi polla en ti.

Aria se movió debajo de mí y dejó que mi punta se deslice por su abertura. Jadeó con miedo y exhalé bruscamente porque una parte oscura de mí quería mover mis caderas hacia delante y terminar lo que había comenzado. Era mía para tomarla, lo había sido durante semanas. Cerré los ojos, intentando controlarme. Esa parte de mí, el monstruo, no estaba destinado para ella. Esta era Aria, mi esposa, mía para proteger. La trataría como a una reina. Abrí los ojos y la encontré observándome con una mezcla de miedo y confusión. Cambié de posición hasta que mi cabeza se cernió sobre sus senos perfectos y su coño se presionó contra mis abdominales.

—Eres mi esposa —dije.

Aria me sostuvo la mirada y la confianza brilló en sus ojos. Mis dedos se cerraron alrededor de sus pezones y tiré ligeramente de la forma que a ella le gustaba. Un gemido fue mi recompensa, pero Aria se arqueó al mismo tiempo e hizo que su coño se frotara contra mis abdominales. Maldita sea, demasiado tentador.

—Deja de retorcerte —solté bruscamente. Me tambaleaba al borde, mi oscuridad estando tan jodidamente cerca de la superficie que no me costaría mucho desatarla, y eso no es algo que le hiciera a Aria alguna vez. Tiré de su pezón, disfrutando de los gemidos de Aria a medida que jugaba con sus senos sin la prisa previa. Pronto estaba sin aliento y retorciéndose debajo de mí. Bajé mi mano por sus costillas y cintura, adorándola con la punta de mis dedos antes de que mis labios hicieran lo mismo. Mordí la suave piel sobre su cadera posesivamente mientras amasaba sus muslos.

Aria estaba empezando a relajarse. Separé sus piernas, dejándola completamente abierta para mí. Estaba brillando, y presioné un suave beso contra sus pliegues. Ella dejó escapar un pequeño suspiro, temblando. Mordí su muslo interno ligeramente.

Aria se arqueó, jadeando, y deslicé mis palmas por debajo de su culo firme. Manteniendo mis ojos en su cara, llevé su coño a mi boca y planté otro beso en su suave carne. Aria gimió, y repetí el movimiento. Sus ojos se abrieron y estuvieron cargados de necesidad. Disfrutaba que besara su coño de esa forma. Mis ojos se clavaron en los de ella. La separé un poco más y besé su abertura apretada, mis labios rozando sus suaves pliegues internos. Los labios de Aria se separaron en un gemido suave. Su olor embriagador llegó a mi nariz y la abrí con mis pulgares, revelando sus jugos. Los lamí, y ella tembló de necesidad y me recompensó con otra oleada de su dulzura. Amaba su sabor, y me encantaba jodidamente que respondiera

LUCA VITIELLO

con tanto entusiasmo. Se puso más y más húmeda a medida que chupaba sus labios ligeramente. No podía apartar mis ojos de ella mientras gemía y jadeaba, a medida que cerraba los ojos y frotaba su coño contra mí. La rodeé ligeramente y sus paredes se apretaron. Mi polla se sacudió contra el colchón, pero necesitaba ser paciente, así que arrastré mi lengua hacia arriba, nunca hacia su clítoris.

—Luca, por favor —suplicó, alzando sus caderas, y maldición, casi perdí el control.

—¿Quieres esto? —pregunté rozando su clítoris y ella gimió.

—Sí.

—Pronto —gruñí y hundí un dedo en ella lentamente. Tan jodidamente apretada. Pasé mi lengua alrededor de mi dedo y la entrada de Aria, después la arrastré hasta su nudo. Aria gimió cuando cerré mis labios suavemente alrededor de su clítoris y comencé a chupar.

—Dime cuando te corras —murmuré antes de continuar con mi succión. Mi dedo se deslizó más fácilmente dentro y fuera del canal de Aria a medida que se ponía más húmeda.

—Me voy a co...

Retraje mi dedo rápidamente y empujé dos dedos a la vez. Mierda, estaba tensa. Su rostro reflejó dolor y placer cuando sus paredes se apretaron alrededor de mis dedos. Besé su muslo y luego gemí del agarre de sus paredes en mis dedos.

—Estás tan jodidamente apretada, Aria. Tus músculos están exprimiendo mis dedos ferozmente.

Maldición, esto no debería haberme excitado tanto como lo hizo.

Aria me miró con la cara enrojecida. Saqué mis dedos un poco muy despacio, pero ella se tensó aún más e hizo una mueca. Me deslicé de vuelta y establecí un ritmo lento y gentil follándola con mis dedos.

—Relájate —le dije, pero no lo hizo—. Tengo que dilatarte, *principessa*.

Si ya estaba tan tensa con solo dos dedos, conseguir meter mi polla en ella sería un puto desastre. Rodeé su clítoris con mi lengua ligeramente hasta que dejó escapar un suave suspiro, sus paredes aflojando su agarre alrededor de mis dedos mientras se excitaba aún más.

Cuando se relajó, saqué mis dedos y me moví hacia arriba, cerniéndome sobre ella. Empujé sus piernas más lejos suavemente y alineé mi polla con su

LUCA VITIELLO

entrada. Mi pene se veía jodidamente enorme contra su coño rosa, y me excitó, sabiendo lo fuerte que me aferraría. Se tensó cuando mi punta rozó su abertura. Me incliné y le dejé suaves besos en la cara, esperando que eso le quitara parte de su miedo.

—Aria —jadeé. Levantó su mirada hacia la mía, sus ojos azules se arremolinaban con ansiedad. Envolvió sus brazos alrededor de mí, sus dedos temblando contra mi espalda. Me dio una sonrisa tensa. Mierda. Quería proteger y cuidar a esta mujer.

Aumenté la presión sobre la entrada de Aria, intentando pasar sus paredes cerradas, pero estaba muy tensa. Podría haber roto su tensión con más fuerza, pero eso era lo último que quería hacer.

—Relájate —dije, acunando su mejilla y besando sus labios—. Ni siquiera estoy dentro todavía.

Pasé las yemas de mis dedos por su costado antes de agarrar su muslo y separarlo más para mí, con la esperanza de que me permitiera entrar con más facilidad. Meciendo mis caderas y apretando mis dientes, me deslicé dentro de ella alrededor de unos centímetros. Ella clavó sus uñas en mi piel, su cara reflejando dolor, su cuerpo tensándose aún más con la expectativa de más dolor. El agarre de sus paredes trajo una cegadora ola de placer. Solo la mirada en su rostro dolorido me permitió mantener el control y no buscar más del placer que su estrechez podía ofrecerme. Aria gimoteó, un sonido que cortó limpiamente a través de mí. Había escuchado gritos de agonía que no me habían molestado ni un poco, pero esto...

Me detuve y comencé a acariciar los senos de Aria, esperando que eso le permitiera a su cuerpo adaptarse a la penetración.

—Eres tan hermosa —le susurré al oído, sin saber siquiera de dónde venían esas palabras. Nunca había hablado con dulzura a una mujer. En todo caso, les decía cómo quería follarlas—. Tan perfecta, *principessa*.

Mis palabras finalmente hicieron que Aria se relaje y sus ojos resplandecieron con agradecimiento. No debería haber sentido eso por mí, no cuando era quien la lastimaba, quien la empujaba más allá de sus límites porque no quería esperar más para reclamarla. Sabía todo eso y aun así no me detuve, maldita sea, no podía parar. La necesidad de tener finalmente a esta mujer era demasiado fuerte, y era un bastardo.

Metí mi polla más profundamente en ella y se tensó una vez más. Besándola, jadeé:

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Ya casi. —Era una puta mentira. Ni siquiera estaba a mitad de camino. Moví una mano entre nosotros y froté su clítoris, con la esperanza de que se relaje con placer.

Aria soltó un pequeño resoplido, sus labios separándose, y vacilantes chispas de placer se reflejaron en su rostro.

Pronto Aria se ablandó a mi alrededor y dejó escapar gemidos vacilantes.

No le advertí cuando empujé el resto del camino en ella, rompiendo la resistencia de su cuerpo con más fuerza de la que había planeado. Aria se arqueó debajo de mí, jadeando, sus ojos cerrándose bajo la fuerza del dolor. Me quedé inmóvil, abrumado por las sensaciones de su estrechez y la expresión de dolor en su rostro. Se apretó contra mí, su respiración áspera contra mi garganta, su cuerpo temblando.

Me deslizaba para salir lentamente, pero ella se atragantó:

—Por favor, no te muevas.

Me quedé inmóvil ante la nota de mendicidad en la voz de mi esposa. Me levanté y alcé su cara hacia la mía. Le tomó un momento antes de encontrarse con mi mirada. Sus ojos estaban llorosos y llenos de aguda vergüenza. Tragó con fuerza.

—¿Te duele tanto?

—No, no mucho. —Hizo una mueca, tensándose aún más alrededor de mi polla, enviando una ráfaga de placer a través de mi cuerpo—. Está bien, Luca. Solo muévete. No voy a enojarme contigo. No tienes que contenerte por mí. Solo acaba de una vez.

Miré a mi esposa, dándome cuenta de lo mucho que odiaba la idea de lastimarla.

—¿Crees que quiero usarte de esa forma? Puedo ver lo jodidamente doloroso que es. He hecho muchas cosas horribles en mi vida, pero no voy a añadir eso a mi lista.

—¿Por qué? Haces daño a la gente todo el tiempo. Solo porque estamos casados no tienes que fingir que te importan mis sentimientos.

¿Cómo podía pensar que no me importaba? Jamás había tratado a nadie como la había tratado a ella, jamás había sentido un instinto protector tan fuerte hacia otra persona.

—¿Qué te hace pensar que tengo que fingir?

LUCA VITIELLO

La expresión de Aria reflejó esperanza mientras sus ojos contemplaban los míos, y la mirada en ellos apretó mi pecho. Mierda, no debería mirarme así.

—Dime qué hacer.

Sus dedos acariciaron mi omóplato suavemente.

—¿Puedes abrazarme un tiempo? Pero no te muevas. —Una vez más, la aguda vergüenza se mezcló con una pizca de mendicidad, como si todavía no estuviera segura si ignoraría su petición. No iba a ser esa clase de monstruo con ella, ni hoy, ni nunca.

—No lo haré. —Besé sus labios y luego bajé completamente. El movimiento hizo que sus paredes se aferraran fuertemente a mi pene y, por un segundo, estuve seguro que me volvería loco por la fuerza de las sensaciones.

En cambio, me concentré en Aria y la envolví con cuidado en mis brazos, abrazándola con fuerza. La besé nuevamente, despacio, con suavidad, tan diferente a cualquier otro beso que haya tenido antes. La cercanía de Aria, la sensación de su cuerpo suavizándose bajo mi amabilidad, la tierna confianza en su expresión... inundó mi pecho con una extraña sensación de paz y calidez. Arrastré mi palma por su costado y cadera, y luego retrocedí. Cambiando de posición, puse mi mano entre nosotros para jugar con sus pechos, esperando que eso la relaje. Era tan hermosamente receptiva como de costumbre, y sentí que su cuerpo se suavizó gradualmente, acostumbándose a la intrusión. A pesar de mi necesidad de moverme, sentir las paredes de Aria deslizándose a mi alrededor, me quedé quieto. Aria se arqueó cuando mordisqueé su pezón y se alejó de mis labios. Su respiración era irregular y sus labios estaban hinchados por nuestro beso. Era tan jodidamente sexy.

Aria sonrió suavemente.

—¿Aún puedes...?

Casi me reí, pero sofiqué la reacción. En su lugar, mecí mis caderas con cuidado, permitiendo que Aria sienta mi erección moviéndose dentro de ella. La sorpresa cruzó su rostro.

—Te dije que no soy un buen hombre. Aunque sé que estás sufriendo, todavía tengo una erección porque estoy dentro de ti —le dije porque era la verdad. Si fuera un hombre bueno, no la habría presionado, le habría dado todo el tiempo que necesitara, pero era un maldito bastardo, incluso cuando intentaba no serlo con ella.

Aria acarició mi espalda.

LUCA VITIELLO

—Porque me deseas —susurró. Había un indicio de incertidumbre en su voz. ¿Cómo podía tener alguna duda al respecto?

—Nunca he deseado nada más en mi vida. —De nuevo la verdad. Una verdad que no debería haber expresado en voz alta porque le daba poder a Aria, porque le mostraba lo mucho que ardía por su cercanía y no solo por el sexo. Mierda, no solo por el sexo.

—¿Podemos ir despacio? —preguntó Aria, con una pequeña sonrisa de disculpa tirando de sus labios. Como si tuviera motivos para disculparse por eso.

—Por supuesto, *principessa* —dije con firmeza. Contemplé su expresión atentamente cuando comencé a moverme, asegurándome de mantener mi movimiento lo más controlado y delicado posible. Mis músculos temblaban por el esfuerzo que tomó. Era algo extraño para mí, algo que nunca antes hubiera hecho.

Aria soltó un suspiro pequeño, sus cejas frunciéndose. Malestar, pero no tan malo como antes.

Nunca aparté mis ojos de ella mientras me deslizaba dentro y fuera lentamente. Mi placer se enroscó más y más, haciendo que los músculos de mis piernas tiemblen. Mi cuerpo me gritaba que fuera más rápido, pero empujé mi necesidad a un lado. Otra primera vez. Aria no era la única que compartía sus primeras veces conmigo. Solo que las mías eran un poco diferentes. Reposicioné mis rodillas y cambié el ángulo. Ella se estremeció con un jadeo.

Perdí el ritmo.

—¿Te he hecho daño?

Aria sacudió la cabeza levemente.

—No, me ha gustado.

Finalmente. Incliné mis estocadas de la misma manera, y luego besé los labios separados de Aria, probándola, necesiéndola aún más cerca cuando ya estábamos más cerca de lo que nunca antes había estado con alguien. La necesidad pulsante en mis bolas, en todo mi cuerpo, se tornó en una hoguera baja de deseo. Aria se movió ligeramente debajo de mí y pude sentir que su cuerpo se ponía un poco más tenso, y definitivamente no porque fuera a correrse.

—¿Estás bien? —pregunté.

La vergüenza cruzó su rostro enrojecido.

—¿Cuánto queda hasta que tú...?

LUCA VITIELLO

—No mucho, si voy un poco más deprisa.

No estaba seguro si el cuerpo de Aria sería capaz de soportarlo. No es que la embestiría como un jodido animal, pero este nivel de sexo suave no iba a hacerme correrme. Aria asintió, dándome el permiso que necesitaba.

Me levanté sobre mis codos y aceleré, empujando cada vez más profundo y más fuerte. Mis bolas pronto empezaron a apretarse, el familiar pulso del deseo volviendo. Aria se aferró a mí, su cuerpo enroscándose aún más fuerte, apretando mi polla. Mierda, esto se sentía como el paraíso.

—¿Aria? —gruñí entre mis dientes apretados cuando ella se estremeció después de otro empuje.

—Sigue. Por favor. Quiero que te corras.

Un maldito bastardo, eso era lo que era, pero ahora estaba más allá de detenerme. Mis bolas se apretaron, las olas de placer se irradiaron de mi polla, y me rompí, gimiendo, mis embestidas tornándose más descoordinadas a medida que disparaba mi semen en ella. Mi pene se contrajo y se contrajo como si no hubiera tenido sexo en años. Una fuerte oleada de posesividad ardió a través de mí, pero debajo había una emoción más cálida que era completamente extraña. Besé la garganta de Aria, sintiendo que su pulso se aceleraba bajo mis labios. Su aliento cálido abanicaba sobre mi piel, tan irregular como el mío. Sus palmas acariciaban mi espalda, sus dedos delicados y temblorosos. Mi esposa. La mujer que protegería a cualquier costo, incluso si eso significaba matar a mi padre.

Cerré los ojos por un momento, disfrutando de la sensación de su cuerpo flexible debajo del mío, en su dulce aroma ahora mezclado con el mío, y una nota más oscura del sexo. Mía. Jodidamente mía.

Salí de ella con cuidado, y me estiré en la cama, luego la atraje hacia mí, envolviendo mis brazos alrededor de ella. Lo hice sin pensar, queriéndola cerca. Sabía que ahora necesitaría mi cercanía, pero cuando acaricié su cara enrojecida, me di cuenta que no era la única razón por la que la tenía entre mis brazos. Ella quería ver lo bueno en mí cuando nadie jamás se había molestado, y no estaba del todo seguro que hubiera algo dentro de mí digno de la etiqueta “bueno”.

Los ojos de Aria se abrieron por completo y luego se lanzaron hacia abajo. En mi estupor posterior al sexo, tardé un segundo en darme cuenta de por qué.

Mi semen. Besando su sien, salí de la cama.

—Te traeré una toallita.

LUCA VITIELLO

Me dirigí al baño y mis ojos se posaron en mi pene. Estaba cubierto de sangre. Aria había estado tan jodidamente apretada. Había sido excitante y tortuoso a la vez. Me limpié y empapé una toallita con agua tibia antes de regresar al dormitorio, encontrándola mirando las manchas de sangre en las sábanas.

—Hay mucha más sangre que en la escena falsa que creaste durante nuestra noche de bodas —susurró.

Me hundí junto a mi esposa y le separé las piernas con suavidad. Su coño estaba hinchado y manchado con sangre. La vista apretó mi pecho porque era otro recordatorio de lo doloroso que había sido para ella. Provocar dolor era algo en lo que siempre había sido bueno. Presioné la tela contra su carne adolorida, ganando un jadeo.

Besé su rodilla, jodidamente aliviado de que esta no fuera nuestra noche de bodas, de que no tuviera que presentar estas sábanas.

—Eres mucho más ceñida de lo que pensaba —dije en voz baja. El rojo en las mejillas de Aria se tornó más pronunciado. Deseché la toallita antes de presionar mi palma contra su vientre. Sus músculos se contrajeron bajo el toque y tuve que resistir el impulso de deslizarme hacia abajo otra vez. Aria no estaría lista para el sexo en un tiempo—. ¿Qué tan malo es? —pregunté.

Aria se estiró en el colchón delante de mí.

—No tan mal. ¿Cómo puedo quejarme cuando tú estás cubierto de cicatrices de cuchillos y heridas de bala?

Negué con la cabeza. Ese no era el punto. No estaba destinada a experimentar dolor. Jamás. No lo permitiría.

—No estamos hablando de mí. Quiero saber cómo te sientes, Aria. En una escala del uno al diez, ¿cuánto te duele?

—¿Ahora? ¿Cinco?

Mierda. ¿Ahora cinco? Había esperado cinco durante. Me acosté a su lado y envolví un brazo alrededor de ella. Me contempló con un toque de timidez y un destello de alivio. Alivio porque consiguió y terminó con su primera vez. No un pensamiento de lo más alentador.

—¿Y durante?

Aria miró hacia otro lado, lamiéndose los labios.

LUCA VITIELLO

—Si diez es para el peor dolor que nunca haya sentido, entonces ocho. — Había una nota en su voz que me decía que aún no estaba diciendo la verdad. Maldición.

—La verdad.

—Diez.

Acaricié su vientre. La admisión de Aria no me sentó bien, incluso si me recordaba a mí mismo que tenía un nivel de dolor diferente al que yo tenía. Nunca quise ser el que le causara tanto dolor.

—La próxima vez será mejor. —Esperaba que lo fuera. No estaba seguro de cómo hacer esto más fácil para ella. Era pequeña y nerviosa, y yo era un imbécil que ardía con la necesidad de tenerla.

Aria me dio una mirada de disculpa.

—No creo que pueda pronto otra vez.

—No me refería ahora. Estarás dolorida por un tiempo. —Todavía la deseaba, tal vez más que nunca. Reclamarla definitivamente no había saciado mi deseo por ella, o la necesidad de tenerla lo más cerca posible. Y eso era desconcertante

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de duro fuiste? La verdad —preguntó Aria con voz burlona.

Consideré mentir, pero por alguna razón no quise hacerlo. Quería que Aria supiera la verdad sobre cada aspecto de mí, lo malo, lo peor. Ni siquiera estaba seguro de por qué. Nunca me había molestado en compartir algo con nadie, excepto con Matteo.

—Dos —respondí, observándola de cerca mientras lo hacía. Ella se tensó, el shock destellando en su rostro. Fui tan amable con ella como era capaz de serlo. Nunca había estado tan cerca de alguien mientras tenía relaciones sexuales, nunca había ido tan lento, ni había intentado prestar atención a las expresiones faciales de una mujer para asegurarme que estaba bien.

—¿Dos?

—Tenemos tiempo, seré tan amable como necesites. —Mierda, y era la más pura verdad de Dios. Si Aria lo necesitaba, iría por la rutina vainilla durante meses.

Aria sonrió de una manera que me atravesó por completo. Era una mirada que quería ver tan a menudo como fuera posible.

LUCA VITIELLO

—No puedo creer que Luca, El Tenazas, Vitiello haya dicho “amable”.

Mis hombres no lo creerían si alguien les dijera que podía ser amable. Y mi padre, mi maldito padre, perdería la razón. Me exigiría que me hiciera crecer un puto par y obligara a mi esposa a golpes a someterse. Nunca había entendido que no mostraba fuerza abusar de alguien que no podía protegerse a sí mismo, alguien destinado a estar bajo tu protección. Un hombre debería saber a quién tratar con cuidado y a quién aplastar. Toqué la mejilla de Aria y me incliné, murmurando:

—Será nuestro secreto. —Tenía que serlo. Nadie podía saberlo. Si mi padre consideraba a Aria un riesgo para mi crueldad, la mataría de inmediato. Y yo terminaría con su miserable vida, le mostraría la misma veta sádica que había corrido profundamente en mis venas, pero eso no salvaría a Aria.

Nada jamás le pasaría a ella. No mientras estuviera vivo. Mataría a cualquiera que se atreviera a considerar lastimarla.

Aria asintió, su expresión suavizándose.

—Gracias por ser amable. Nunca pensé que lo serías.

—Créeme, nadie está más sorprendido que yo de esto —dije. La amabilidad no estaba en mi naturaleza, nunca lo había estado, y dudaba que alguien más que Aria alguna vez la experimentara.

Aria se volvió hacia mí y se presionó contra mi costado, con la cabeza apoyada en mi hombro. Apreté mi agarre sobre ella. Dejó escapar un suspiro pequeño como si le hubiera dado un jodido regalo al permitir la cercanía. Le acaricié ligeramente la suave piel de su cintura, sintiendo una sensación de calma.

—¿Nunca has sido amable con nadie?

Me devané el cerebro pensando en un momento de mi vida cuando mostré mi lado más suave, pero el único recuerdo que se me ocurrió fue cuando era un niño de cinco años. Encontré a mi madre llorando en su cama y avancé hacia ella a pesar de que no estaba permitido estar en su habitación. Me había asustado por sus lamentos y le había tocado la mano para detenerlos. Mi madre había quitado su mano bruscamente y padre había llegado un momento después. Me había arrastrado y me había golpeado por tratar de satisfacer los caprichos de una mujer.

—No. Nuestro padre nos enseñó a Matteo y a mí que cualquier tipo de amabilidad era una debilidad. Y nunca hubo espacio en mi vida para ello —dije. Todo el equipaje emocional de mi pasado no era algo que me gustara dejar al descubierto, ni siquiera a mi esposa.

LUCA VITIELLO

—¿Qué pasa con las chicas con las que estuviste? —preguntó Aria. Su voz tembló con un toque de preocupación y celos. Le eché un vistazo a su coronilla rubia, su cuerpo desnudo tendido junto al mío, elegante, increíblemente hermoso, y mío. Era comprensible que se preocupara por otras mujeres después del incidente con Grace, pero no tenía la menor intención de volver a tocar a otras mujeres, y todas las mujeres de mi pasado no habían significado nada. Ni siquiera recordaba la mayoría de sus nombres o caras.

—Eran el medio para un fin. Quería follar, así que buscaba una chica y me la follaba. Era duro y rápido, definitivamente no amable. Mayormente me las follaba desde atrás así no tenía que mirarlas a los ojos y pretender que me importaban una mierda.

Aria me sorprendió al besar mi tatuaje de la Famiglia, sus labios delicados. La abracé aún más fuerte, sin estar seguro de cómo reaccionar ante su adoración, su ternura inocente. No era algo de lo que alguna vez hubiera estado en el lado receptor. Quería darle algo tan significativo a cambio, y solo había una manera de hacerlo.

—La única persona que podría haberme enseñado cómo ser amable era mi madre —dije, incluso cuando las palabras se sintieron como metralla en mi garganta. No me gustaba hablar de ella, ni siquiera recordarla—. Pero se mató cuando tenía nueve años.

—Lo siento —susurró Aria, inclinando su cabeza hacia atrás para encontrar mi mirada. Presionó su suave palma contra mi mejilla. Nadie nunca había hecho algo así antes de Aria, y cada vez que había presenciado ese tipo de gesto cariñoso con otras personas, me pregunté por qué diablos alguien tocaría una mejilla o querría que toquen su mejilla cuando podían chupar su polla. Era una puta mejilla.

Pero esto se sentía bien. No tan bien como lo otro, pero de todos modos, jodidamente bien. Los ojos de Aria albergaban compasión, pero no quería morar en el pasado.

—¿Todavía te duele? —pregunté, y cuando quedó claro que no estaba segura de lo que estaba hablando, pasé mis dedos por su abdomen.

Aria se sonrojó, sus pestañas doradas revoloteando avergonzadas.

—Sí, pero hablar ayuda.

—¿Cómo te ayuda? —Parecía imposible que las meras palabras hicieran eso. Cuando estaba en agonía, definitivamente no quería hablar con nadie, mucho menos

LUCA VITIELLO

escuchar las divagaciones de nadie, a pesar de que Matteo ignoraba mis deseos casi siempre.

—Me distrae —admitió Aria, sus ojos todavía en los míos. Era el más largo tiempo que hubiera sostenido mi mirada, y tenía que admitir que lo disfruté—. ¿Puedes decirme más cosas sobre tu madre?

Había tantas cosas que recordaba como si hubieran sucedido ayer, pero ninguna de ellas era feliz. No estaba seguro si mi madre y yo habíamos compartido un solo recuerdo feliz, si algo no había quedado manchado por la sombra brutal de mi padre.

—Mi padre le pegaba. La violaba. Yo era joven pero entendía lo que pasaba. No pudo soportar a mi padre mucho más, así que decidió cortarse las venas y meterse una sobredosis.

Aria se estremeció. No estaba seguro si era porque se había imaginado por lo que mi madre había pasado. Estaba bastante seguro que a Aria le preocupaba que también fuera su destino. La mera idea de que podía hacerle a Aria lo que mi padre le había hecho a mi madre, de que Aria se acostaría rota y aterrada, me dio ganas de ducharme.

—No debió dejarlos a ti y a Matteo solos.

261

¿Eso fue lo que le afectó? Aria era demasiado amable, demasiado buena para mí, y como de costumbre, atravesó directamente otra de mis paredes. Me había pasado toda la vida construyéndolas, fuertes como el acero, y aquí estaba ella derribándolas sin darse cuenta.

—Yo la encontré.

Aria contuvo el aliento y esos ojos azules suyos se llenaron de lágrimas. Lágrimas por mí.

—¿Tú encontraste a tu madre después de que se cortara las venas?

Las emociones apretaron mi pecho, pero las empujé hacia abajo, en lo más profundo a donde pertenecían.

—En realidad, ese fue el primer cadáver que vi. Por supuesto, no fue el último —dije, contento de que mi voz fuera firme y dura.

—Esto es horrible. Debes haber estado aterrorizado. Solo eras un niño.

Había sido un niño y no lo había sido a la vez. Mi vida siempre había estado llena de sangre y violencia, con los gritos de mi madre por las noches.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Me hizo duro. Llegado el momento, cada niño tiene que perder su inocencia. La mafia no es lugar para los débiles.

—Las emociones no son una debilidad.

Contemplé los ojos de Aria. La suavidad y compasión en ellos ya eran un riesgo. Esas eran emociones con las que no podía arriesgarme, definitivamente no en público, e incluso detrás de puertas cerradas no era sabio sentirlas. Tenía que ser duro como el acero, temido y brutal, si quería gobernar sobre la Famiglia algún día, y hasta entonces tenía que quitarme de encima al cabrón de mi padre.

—Sí, lo son. Los enemigos siempre apuntan a aquello que pueda hacerte más daño.

Mi padre usaría a Aria contra mí en sus putos juegos mentales si pensaba que era para mí más que una cosa bonita y follable que podía dominar y brutalizar. Él planteaba tanto riesgo para mi esposa como la misma Bratva, tal vez más porque mis opciones para protegerla de él eran limitadas por ahora.

—¿Y a dónde tendría que apuntar la Bratva si quisieran hacerte daño? — preguntó Aria suavemente, sonando esperanzada y curiosa a la vez. Mi mirada trazó las tiernas líneas de su rostro.

Dado que Matteo era lo suficientemente fuerte como para defenderse por sí mismo, no había habido nadie que mis enemigos pudieran haber usado como ventaja contra mí. Sabían que no había nadie que me importara un carajo, solo la Famiglia. Mi vida estaba dedicada a la mafia, mi único objetivo en la vida era convertirme en Capo. Me habían criado solo con ese propósito. Se suponía que todo lo demás era irrelevante, especialmente una mujer. Las mujeres podían ser reemplazadas. Eso es lo que padre nos había enseñado a Matteo y a mí, y era algo por lo que vivía. No le había llevado mucho tiempo reemplazar a madre con Nina.

La mirada en los ojos de Aria atravesó otra de mis paredes, pero no podía dejarla hacerlo. Apagué las luces, necesitando la oscuridad para ocultar la emoción en su cara.

—Nunca lo sabrán —le dije.

Aria soltó un suspiro pequeño, desinflándose contra mí. Tenía que dejar de desear algo que no podía darle, no le daría por nuestro bien. Habría sido fácil aplastar sus esperanzas, cortar de raíz sus emociones. Unas pocas palabras crueles que siempre me resultaban tan fáciles: *Ya conseguí lo que quería, deja la puta mierda emocional. Todo lo que me importa un carajo es tu apretado coño ordeñando mi polla. No eres nada para mí más que unas piernas abiertas para*

LUCA VITIELLO

aliviar la tensión. Esas palabras habrían destruido a Aria hasta los huesos, habrían impedido que se entrometa más allá de mis paredes otra vez. Habría creído que eran ciertas, sin duda, porque eran palabras más adecuadas para el hombre que era en lugar de las sandeces dulces que murmuré mientras tomaba su virginidad. Todos creerían que reflejaban la verdadera naturaleza de mis sentimientos por la mujer que estaba a mi lado. Las palabras se demoraron en mi lengua, necesitando ser dichas para proteger a Aria y mi reclamo al poder, pero no pude pasarlas por mis labios. Maldita sea, no podía mentirle así a Aria, no podía aplastarla así.

Pero sobre todo, no podía soportar la idea de cómo me miraría después, de cómo nunca más me volvería a dar esa pequeña y confiada sonrisa.

VEINTE

Desperté con Aria presionada contra mí, su frente apoyada contra mi pecho, nuestras piernas entrelazadas.

Su agitación me había despertado. Intentaba desenredarse de mi agarre sin despertarme, lo cual solo fue un esfuerzo inútil. Mi sueño era ligero, y despertaba con el menor sonido o movimiento posible.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—Necesito ir al baño —dijo Aria con voz adormilada.

Aflojé mi agarre de hierro a su alrededor y ella se echó hacia atrás, mirándome. La observé con los ojos entornados. Aria se mordía el labio, sonriendo con incertidumbre. Era tímida por lo que habíamos hecho anoche.

Froté mi pulgar sobre sus labios hinchados, observando el rubor florecer en sus mejillas. Salió de la cama poco a poco, sus movimientos rígidos. Mis ojos siguieron su hermoso culo mientras caminaba hacia el baño. Su andar era ligeramente torpe. Me alegré por el recordatorio porque mi pene ya estaba erigiendo una carpa con las cubiertas. Gimiendo, alcancé mi teléfono en la mesita de noche. Solo eran las ocho, y se suponía que Romero llegaría a las nueve para vigilar a Aria.

Le envié un mensaje de texto breve, diciéndole que llegara aquí a las doce, luego otro texto a Matteo informándole que los negocios tendrían que esperar hasta más tarde. Después apagué mi teléfono, aún no estando de humor para las molestas preguntas de mi hermano.

Aria regresó diez minutos después, su rostro retorciéndose ocasionalmente.

—¿Adolorida? —pregunté, incluso si era una pregunta retórica. Incluso alguien menos familiarizado con las señales del dolor habría visto que estaba incómoda.

Aria se detuvo frente a la cama, con la nariz arrugada de vergüenza.

—Sí. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

LUCA VITIELLO

Aria se estiró a mi lado, sus ojos dirigiéndose brevemente a mi ingle y luego a mi cara.

No había manera de que pudiera haber ocultado mi deseo por ella, pero eso no significaba que no tuviera en cuenta las necesidades de su cuerpo.

—Pensé que tal vez querías hacerlo de nuevo, pero no creo que yo pueda hacerlo.

Acaricié sus costillas y costado.

—Lo sé. No esperaba que estuvieras lista tan pronto. —La piel de Aria se erizó bajo mis cuidados. Acaricié su vientre y luego el borde de su precioso triángulo rubio. Ella contuvo la respiración—. Podría lamerte si estás dispuesta a ello. —El deseo consumió mi interior ante la idea de enterrarme entre sus muslos.

Aria tragó con fuerza.

—No creo que sea buena idea.

Me recosté nuevamente, pero no aparté mis ojos de ella. Sus pezones se fruncieron bajo mi atención.

Aria se inclinó sobre mí, su mirada deteniéndose en mi pecho y abdomen. Su expresión no era sexual, de modo que no estaba admirando mis músculos, pero sabía que la encendían, al igual que el cuerpo de Aria me enloquecía de deseo. Me estiré y pasé la yema de mi pulgar sobre su pezón rosado. Cada centímetro de Aria era la perfección absoluta, no solo el exterior, sino también su personalidad dulce. Había estado con tantas mujeres hermosas que habían cumplido todos mis jodidos deseos. Mujeres que nunca habían sabido ni una sola verdad sobre mí, mujeres que nunca habían querido saber más de lo que podía darles.

Había tomado todo lo que deseaba sin preocuparme por sus emociones, las había elegido por su apariencia, el tamaño de sus tetas o la forma de sus labios, por la habilidad de su lengua o la voluntad de tener sexo anal.

Aria era la primera mujer que no había elegido por mi cuenta, y probablemente nunca la habría elegido. Si padre me hubiera dejado la elección de elegir a una chica de la Organización, habría elegido a otra persona porque, desde el primer momento en que vi a Aria, quise protegerla. Incluso en aquel entonces había sabido en lo profundo que casarme con ella suponía un puto riesgo para todo lo que había construido. Casarme con Gianna habría sido la elección segura porque, con su personalidad, no habría tenido problemas para ser un imbécil, para mantener mi máscara monstruosa. Con Aria era un juego perdido. El juego más peligroso que jamás hubiera jugado.

LUCA VITIELLO

¿Qué carajo me estaba haciendo ella?

—Tus pechos son jodidamente perfectos —dije en el silencio, necesitando romper este momento de locura.

Aria pasó los dedos por una cicatriz en mi estómago.

—¿Cuándo obtuviste esta cicatriz?

Terreno más seguro.

—Tenía once años. —Los recuerdos regresaron, abriéndose paso a través de todos los otros, muchos peores recuerdos.

El shock cruzó el rostro de Aria. Sabía qué historia venía. Todos sabían la historia.

El niño que mató a su primer hombre a los once, incluso entonces un monstruo. El hijo de su padre. Tal vez la gente me había temido incluso antes de eso, pero la primera vez que me di cuenta de cómo otras personas me consideraban como alguien con quien tener cuidado fue después de ese primer asesinato.

—La Famiglia no estaba tan unida como lo está ahora —comencé y le conté cómo había empezado todo, cómo me había convertido en un hombre de la mafia, un asesino. Incluso en aquel entonces no me había sentido culpable por matar a otro ser humano. Matar a mi padre podría destrozar a la Famiglia una vez más si no tenía cuidado.

Aria me observaba con una expresión atenta, sin la fascinación enfermiza o el temor reverente que usualmente me dirigían cuando contaba esta historia.

—Fue tu primer asesinato, ¿cierto?

—Sí. El primero de muchos. —No estaba exactamente seguro de a cuántas personas había matado, no solo porque no siempre estaba claro si la bala de Matteo o la mía acababan con alguien en el caos de un tiroteo en masa, sino también porque en algún momento había dejado de contar. ¿Qué importaba si hubiera matado a veinte, cincuenta o cien? Los dedos de Aria todavía acariciaban mi cicatriz, pero dudaba que ella lo notara. Estaba completamente enfocada en mi cara.

—¿Cuándo volviste a matar?

—Esa misma noche. Después de ese primer hombre, le dije a Matteo que se escondiera en mi armario. Protestó pero era más grande y lo encerré. Para entonces había perdido mucha sangre, pero tenía mucha adrenalina y podía seguir oyendo los balazos en la parte de abajo, así que me dirigí hacia el ruido con mi pistola en alto.

LUCA VITIELLO

Mi padre estaba en un duelo con dos atacantes. Bajé las escaleras pero nadie me prestó atención, así que le disparé a uno de ellos por la espalda. Mi padre se encargó del otro con un disparo en el hombro.

—¿Por qué no lo mató?

Oh, Aria, tan inocente.

—Quería interrogarlo para saber si aún había otros traidores en la familia.

—¿Entonces qué hizo con el tipo mientras te llevaba al hospital?

Como si mi padre hubiera dejado de torturar a alguien para buscarme ayuda médica, mucho menos llevarme a un hospital.

—No me digas que no te llevó.

—Llamó al Doc de la familia, me dijo que presionara la herida y comenzó a torturar al tipo para obtener información.

Aria negó con la cabeza lentamente.

—Podrías haber muerto. Algunas cosas deben de atenderse en el hospital. ¿Cómo pudo hacer eso?

—La Familia es lo primero —le dije. Era una verdad por la que vivía. Era algo que exigíamos a nuestros soldados y algo con lo que Matteo y yo también teníamos que vivir—. Nunca llevamos a los heridos a un hospital. Hacen muchas preguntas y la policía se ve involucrada, además, significa admitir debilidad. Y mi padre tenía que asegurarse que el traidor hablara antes de tener oportunidad de suicidarse.

—¿Entonces estás de acuerdo con lo que hizo? ¿Habrías visto a alguien que amas sangrar hasta morir para así poder proteger a la familia y tu poder?

Amor.

Alguien a quien amas.

¿Aria en serio creía que era capaz de amar? ¿Qué los hombres como mi padre o yo teníamos en nosotros albergar ese tipo de emoción pura? Tal vez todos los niños nacían con la necesidad de amar y ser amados, pero me criaron sin esa idea y, finalmente, me habían programado con violencia, traición y crueldad.

—Mi padre no me ama. Matteo y yo somos su garantía para el poder y una manera de mantener el nombre de la familia. El amor no tiene nada que ver con eso.

LUCA VITIELLO

El rostro de Aria se arrugó, la desesperación destellando en esos azules claros.

—Odio esta vida. Odio a la mafia. Algunas veces desearía que hubiera alguna manera de escapar.

—¿De mí? —pregunté, conteniendo la furia y el dolor que me había traído la idea.

—No. De este mundo. ¿Nunca has querido llevar una vida normal? —Inclinó la cabeza y otra vez estudió mis ojos, buscando una pizca de bien o esperanza. Necesitaba entender quién era yo, quién sería siempre.

—No. Esto es quien soy, quien nací para ser, Aria. Es la única vida que conozco, es la única vida que quiero. Para mí el conformarme con una vida normal sería como ser un águila en una pequeña jaula del zoológico. —Mierda, nunca había considerado una vida normal como una opción. Nunca había soñado con ir a la universidad, tener un trabajo normal. Ni siquiera estaba seguro de en qué podría haberme convertido si no fuera mafioso. Desde que podía recordar, convertirme en mafioso, convertirme en Capo había sido mi objetivo. Nada más había importado jamás. Terminé la secundaria, más por las apariencias que por cualquier otra cosa, y solo porque la influencia y el dinero de padre hicieron que la junta escolar ignorara mi tasa de ausencia—. Tu casamiento conmigo te encadena a la mafia. Sangre y muerte serán tu vida mientras yo viva —dije al final, odiando tener que aplastar los deseos y esperanzas de Aria, pero sabiendo que era mejor hacerlo en un principio.

Siempre sería mía, no tenía elección en el asunto porque no le daría una. Si se conformaba con lo que tenía en lugar de esperar más, si se resignaba a un matrimonio de respeto en lugar de amor, tal vez podría sobrevivir a esta vida y su vínculo conmigo.

El pensamiento no me sentó bien, pero me habían sacado a duras palizas todas esas estúpidas fantasías emocionales cuando era niño.

Aria asintió, pero no pareció devastada. De hecho, pareció determinada.

—Entonces que así sea. Iré a donde tú vayas, sin importar lo oscuro que sea el camino.

Y, al verdadero estilo de Aria, inocente y cariñosa, atravesó otra pared que no tenía ninguna intención de bajar, llevándose con ella mi maldita determinación de hacer que se conformara con un vínculo de respeto y comodidad. La besé con dureza, ardiendo con una gran cantidad de emociones conflictivas, la mayoría de ellas completamente extrañas y absolutamente locas.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Aria quería un maldito cuento de hadas, una historia de amor digna de una jodida superproducción de Hollywood. Estaba decidida a conseguirlo, y no estaba seguro si era lo suficientemente fuerte como para negárselo.



Aria y yo bajamos a la cocina juntos. Faltaba poco para el mediodía, y luego tenía que encontrarme con Matteo y conducir a la Esfera. No había tenido la intención de quedarme en cama durante tanto tiempo, pero después de la noche anterior sentí la necesidad de mantener a Aria lo más cerca posible.

Romero aún no había llegado cuando Aria buscó en la nevera algo que pudiéramos convertir en algo comestible y preparé café. Mis ojos siguieron volviendo a ella. Estaba vestida con un vestido blanco veraniego con puntos coloridos, su cabello aún húmedo de nuestra ducha, sus pies descalzos y un tarareo suave que no reconocía. Parecía como si un peso se hubiera alzado de sus hombros.

Cuando llené las tazas con café, puse una junto a Aria, que había armado dos tazones con fruta y cereal. Tomando un sorbo de mi café, deslicé mi brazo alrededor de su cintura desde atrás. Aria se reclinó de inmediato en el abrazo, la parte posterior de su cabeza descansando sobre mi esternón a medida que me miraba.

269

—Te ves feliz y aliviada —dije en voz baja.

Ella se mordió el labio con una pequeña risa.

—Lo estoy.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja. No podía dejar de tocarla y apenas evité enterrar mi nariz en su cabello rubio.

Suspiró.

—¿Prometes no enojarte?

Fruncí el ceño.

—Eso no es algo que pueda prometer, pero confía en mí cuando digo que me cuesta mucho estar enojado contigo.

Aria sonrió.

—Estoy aliviada de que haya terminado.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Mis cejas subieron a mi frente.

—¿Te das cuenta que vamos a tener relaciones sexuales de nuevo?

Aria soltó una risita, empujándome con el codo.

—Lo sé. Pero me siento aliviada de que finalmente me hayas hecho tuya...

—Su voz se desvaneció, sus ojos bajando a mi nariz con vergüenza. Eso nos hizo a dos, pero viniendo de Aria sonaba como si hubiera sobrevivido a un doloroso tratamiento médico, no a sexo. Mi confusión debe haber sido tan clara como el día, porque Aria continuó de inmediato—. Estaba tan asustada porque no estaba segura de qué esperar, asustada por lo desconocido, especialmente porque no estaba segura si serías amable conmigo... pero ahora sé que no tengo que tener miedo de estar contigo.

Tomé su cara y la besé.

—Nunca tendrás que tenerme miedo, Aria, ni en la cama ni fuera de ella. Siempre seré amable contigo.

Estaba completamente jodido.

El ascensor tintineó. Mis ojos se dirigieron al reloj en la nevera. Las doce en punto. Romero llegaba a tiempo como siempre. Me alejé de Aria, me enderecé y tomé otro sorbo de mi café. Cuando las puertas del ascensor se abrieron y Romero salió, seguido por mi hermano jodidamente insoportable, mi cara estaba de vuelta a mi máscara sin emociones. Aria me observó, luego tomó su propio café y caminó hacia el taburete. Su andar fue ligeramente torpe y, por supuesto, tanto Romero como Matteo se dieron cuenta. Como mafiosos, nos habían enseñado durante años a notar el cambio más leve en el comportamiento de los demás, ya que eso generalmente significaba peligro.

Aria notó su atención y se puso de un color rojo brillante, sus ojos lanzándose hacia mí, después bajaron a sus manos aferrando la taza rápidamente. Una sonrisa curvó mis labios. Era jodidamente linda cuando estaba avergonzada.

Romero entrecerró los ojos confundido, pero Matteo me dio su puta sonrisa de tiburón.

—Veo que finalmente has dado un paseo por tierra sin descubrir —dijo.

Aria dejó su taza con un sonido sordo, su expresión cayendo en horror abierto.

Iba a matar a Matteo.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Por qué no mantienes tu puta boca cerrada? —gruñí. Hirviendo, contemplé a Romero, intentando evaluar si había entendido el estúpido comentario de Matteo. La expresión de Romero lucía cuidadosamente en blanco, pero no me estaba engañando. Sabía exactamente lo que había querido decir Matteo, especialmente considerando el comportamiento de Aria. Maldición.

—¿Quieres desayunar? —preguntó Aria ante el tenso silencio, señalando el bol con cereal.

—No hay tiempo —espeté, lamentando la brusquedad en mi tono cuando Aria saltó. Mi ira no estaba dirigida a ella. Mierda. Y frente a Romero y Matteo, ni siquiera podía compensarlo. Me acerqué a ella, ocultándola a la vista con mi cuerpo, y entonces me incliné. Matteo y Romero solo me verían actuando posesivamente y besando a mi joven esposa después de reclamarla—. Cenaremos esta noche —murmuré en su oído, frotando sus labios ligeramente con mi pulgar antes de retirarme.

Aria dio un pequeño asentimiento. Mi expresión era de piedra cuando me volví hacia Romero y mi hermano.

Matteo parecía que estaba a punto de estallar en carcajadas. Un día lo iba a ahogar en el río Hudson.

Con una última mirada a Romero, sabiendo que tendría que enfrentarme a él más tarde, entré en el ascensor.

Matteo se inclinó a mi lado y, al momento en que la puerta se cerró, su boca se abrió de par en par.

—¿Aria finalmente te permitió mojar el churro? —Lo fulminé con la mirada. Se encogió de hombros—. Vamos. Por la forma en que actuó fue tan evidente que mojaste tu polla en aguas vírgenes.

—Cuidado —advertí.

Sacudió la cabeza con una risa incrédula.

—No compartes los detalles traviosos. Siempre andas en modo de marido protector. Y esperas a que tu esposa virgen esté lista antes de reclamarla. Si no te conociera, diría que tienes debilidad por tu pequeña esposa.

—¿Por qué no lo gritas desde los putos tejados o, mejor aún, lo anuncias a nuestro maldito padre para que así pueda usar a Aria para controlarme? Pensará que me estoy ablandando, o que me importa, y los dos sabemos que se asegurará que eso no suceda.

LUCA VITIELLO

—¿Y lo haces? —preguntó Matteo con cuidado.

—¿Qué hago? —gruñí, todas mis defensas disparándose en su lugar.

—¿Te importa? Los dos sabemos que no hay manera de que te ablandes. Eres un hijo de puta brutal. —Fulminar a Matteo con la mirada era inútil. Cualquier otra persona se habría encogido bajo la fuerza de mi ira, pero él sostuvo mi mirada. Las puertas del ascensor se abrieron y salí al estacionamiento a toda prisa. Qué de joda esta mierda. Se suponía que este matrimonio traería paz y nos quitaría de encima a la jodida Organización, no me convertiría en un tonto—. Tomaré eso como un sí —contestó Matteo detrás de mí.

Me di la vuelta y agarré su hombro con fuerza.

—Esto no es un puto juego, Matteo. No quiero que la gente piense que pueden usar a Aria contra mí, así que mantén la jodida boca cerrada por una vez.

—Mierda —murmuró—. Te importa la chica. ¿La...?

—Solo cállate, ¿de acuerdo? —dije, perdiendo la paciencia.

Matteo asintió bruscamente, sorprendiéndome.

—Sabes que no le diré a nadie que estás siendo un ser humano decente con tu pequeña esposa.

Le entrecerré los ojos.

—Como muy bien le dijiste a Romero que no me había follado a mi esposa hasta anoche.

—Conoces a Romero, no se lo dirá ni a un alma viviente, probablemente ni siquiera al fantasma de su padre.

Confiarle mis secretos a la gente, especialmente si tenían el potencial de destruir todo, no era algo que me gustara hacer, pero ahora tenía que confiar en Aria, Romero y Matteo para que guardaran silencio.

Matteo chocó mi hombro.

—Deja de ser tan marica. Todo va a funcionar. La gente te teme demasiado para siquiera considerar la posibilidad de que esas sábanas eran falsas. Eres el Tenazas. —Su sonrisa me hizo suspirar, pero el nudo en mi pecho aflojó—. Y ahora cuéntame, ¿qué tal estuvo?

Le di una mirada.

—Voy a fingir que no preguntaste eso.

LUCA VITIELLO

—Puedo preguntar de nuevo.

Rodeé mi auto y entré.

—¡Dame al menos algunos consejos para cuando tenga que desflorar a Gianna! —gritó Matteo y luego se echó a reír.

Le enseñé el dedo medio, luego aceleré el motor y partí. Él podría irse en su puta moto.



Matteo siguió intentando sacarme información sobre mi noche con Aria todo el día, pero finalmente se rindió cuando lo ignoré. Las amenazas y la ira solo lo instigaron más. Cuando volví a casa esa noche, Aria y Romero estaban sentados afuera en la terraza de la azotea, jugando a las cartas.

Le hice un gesto a Romero para que entre y lo hizo de inmediato.

—Quiero hablar contigo.

Romero asintió, su expresión cuidadosamente en blanco. Estaba bastante seguro que sabía por qué lo acorralaba.

—Es sobre lo que dijo Matteo esta mañana. Me conoces, pero algunas personas podrían no entender que mataré a cada hijo de puta que me tome por débil.

Romero negó con la cabeza.

—No escuché nada.

Entrecerré los ojos.

—Corta la mierda. Eres uno de mis mejores hombres. Sabes exactamente a qué se refería Matteo.

—Nunca he sido fanático de la tradición de las sábanas sangrientas. Un hombre no debería tener la meta de hacer sangrar a su esposa.

—Pero es nuestra tradición y sabes por qué.

Romero inclinó la cabeza, después se encontró con mi mirada.

LUCA VITIELLO

—Siempre te respeté, Luca, y por tratar a tu esposa como debería tratarse a una mujer, te respeto aún más. Serás el mejor Capo que haya visto la Familia alguna vez.

No dije nada. Romero siempre había sido el hombre en el que más confiaba junto a Matteo y Cesare, y un día le daría el reconocimiento que merecía y lo haría Capitán. A la mierda la tradición en ese sentido.



Esperé dos días, a pesar de que casi me mató no tocar a Aria, pero podía decir qué tan tierna se sentía después de su primera vez, y no quería empeorar las cosas actuando como un maldito bastardo cachondo.

Esa noche, nos sentamos en la terraza y disfrutamos del aire cálido del verano.

Acariciaba el costado de Aria distraídamente, mi pulgar rozando su costilla, sintiéndome tranquilo y en paz, y tratando de recordar si alguna vez había sentido algo cerca de eso.

—Nunca pensé que me gustaría Nueva York.

La miré con sorpresa.

—¿Te gusta?

Asintió.

—Es casi tranquilo aquí arriba.

—Si ignoras el sonido de las bocinas —dije.

Se echó a reír.

—No está tan mal. En serio me encanta la vista, y no es como si hubiera vivido en el campo. Chicago también es muy movida.

—Me alegro que llegues a un acuerdo con mi ciudad.

—Tu ciudad —dijo Aria, con una sonrisa en su voz, mirándome—. Es extraño pensar que algún día estarás gobernando en la Costa Este, que seré la esposa de un Capo.

LUCA VITIELLO

Encontré muy extraño que estuviera sentado en mi terraza con mi esposa como si hubiera estado destinado a ser así.

—Con tu belleza, debes haber sabido desde una edad temprana que te entregarían a un hombre de poder.

Aria frunció los labios.

—Lo sabía. La gente nunca dejó de decirme eso, pero nunca pensé que me entregarían a un futuro Capo. Un lugarteniente, sí, seguro.

—Escuché que algunos miembros de la Organización te habrían preferido junto a Dante —dije, mi voz tensa con posesividad.

Aria rio.

—El rumor de la “pareja dorada”. —Sacudió la cabeza—. Tú y yo ya estábamos comprometidos cuando él empezó a buscar una esposa nueva.

—¿Habrías preferido casarte con él? —No pude evitar los celos de mi voz.

Aria parpadeó y luego se echó a reír con ganas. Mi propia boca se retrajo en una sonrisa, observándola.

—No —soltó—. Siempre me aterrorizó su frialdad.

—Bien —murmuré a medida que presionaba un beso en la sien de Aria. Ella bajó su cabeza a mi hombro.

—¿Tenías a alguien en mente para el matrimonio antes que yo?

—No —respondí sin dudarlo—. Nunca me importó el matrimonio. Sabía que me darían a alguien de una familia de alto rango.

—No es muy romántico, ¿verdad? —susurró.

—La mafia no es realmente un lugar para nociones románticas.

Aria se quedó en silencio por un momento.

—Pero esto se siente romántico.

Tenía razón. No tenía ninguna experiencia con el romance, pero este momento se sentía correcto.

Seguí acariciando el costado de Aria. Su respiración se tornó más lenta y, por un momento, pensé que se había quedado dormida, pero entonces cambió de posición y me miró. Se inclinó hacia delante, besándome suavemente. Acuné su mejilla y saqué su boca, saboreándola. Nuestro beso fue lento y profundo, nuestras

LUCA VITIELLO

lenguas deslizándose una sobre la otra sin prisa. Pronto, Aria comenzó a mecer sus caderas casi imperceptiblemente, y mi polla se alzó firme.

—Vamos adentro —dije con voz áspera. Aria asintió, mordiéndose el labio. Capté el indicio de ansiedad detrás de la aparente necesidad—. Sin sexo —le prometí.

La alcé en mis brazos y la llevé adentro, luego arriba a nuestra habitación, donde la dejé en el colchón y la cubrí con mi cuerpo. Mis labios encontraron los de ella una vez más y la besé hasta que ella frotó sus caderas contra mi pierna. Saboreando cada segundo de descubrir centímetro a centímetro de su piel lentamente, bajé sus pantalones y levanté su camisa sobre su cabeza. La ropa interior de encaje me permitió ver sus pezones rosados y el atractivo triángulo dorado entre sus muslos.

—Jodidamente hermosa —gemí antes de hundir mi cabeza y chupar su pecho en mi boca.

Aria jadeó, apretando sus piernas entre sí. Me tomé mi tiempo con sus senos, chupando y mordisqueando antes de ayudarla a salir de su sujetador. Luego me incliné sobre sus bragas y separé sus piernas. Presioné un beso en la delicada tela sobre sus pliegues. Aria gimió suavemente. Besé el mismo lugar y después un poco más abajo. Pronto las bragas de Aria se pegaron a su coño con su excitación. Enganché mi dedo índice en la prenda y tiré a un lado, revelando sus labios rosados. Todavía estaban ligeramente rojos, tiernos y adoloridos. Chupé un labio en mi boca, ganándome un delicioso jadeo.

Arrastrando las bragas por sus piernas, dejé un rastro de besos sobre su piel. Luego me puse de pie y me quité la ropa. Aria me miró con ojos pesados, sus piernas cerradas, todavía tímida por exhibirse.

—Probemos algo nuevo —le dije.

Me estiré sobre mi espalda y Aria frunció el ceño.

—Arrodíllate sobre mí. Así podré lamerte y tú podrás chuparme.

Un feroz rubor tiñó las mejillas de Aria con mis palabras, pero se arrodilló y se sentó a horcajadas en mi pecho. Sujetando sus caderas, la alcé más cerca de mí de modo que su coño se extendiera ante mí como un delicioso obsequio.

Aria estaba un poco rígida, probablemente por la cohibición al quedar expuesta de esta manera ante mí. Pero buen Señor, no necesitaba estarlo. La vista de sus labios rosados y su trasero perfectamente moldeado era como una jodida dosis de placer inyectada directamente en mis venas.

LUCA VITIELLO

Aria soltó una risita.

—Te retorciste.

—Porque mi boca se hace agua con simplemente imaginar saborear tus labios brillantes, *principessa*.

Su coño se apretó y no pude evitar sonreír con suficiencia, sabiendo que mis palabras la habían excitado. A Aria le encantaba que hable con ella, incluso cuando aún se quedara muy callada.

Tomé sus nalgas y entonces me incliné hacia delante para deleitarme con ella, arrastrando mi lengua sobre su abertura, separando esos labios rosados. Aria gimió, luego bajó la cabeza y tomó mi punta en su boca, chupando ligeramente. Gemí contra ella.

—Tu barba rasguña —susurró, después gimió nuevamente cuando le di una larga lamida.

—¿Quieres que pare?

—No —jadeó. Usé la fricción de mi barba para provocar su clítoris y Aria jadeó de nuevo. Pronto se arqueó hacia atrás, presentándose su coño ansiosamente. La separé y tracé mi lengua ligeramente sobre su tierna abertura hasta que se relajó. Entonces hundí mi lengua gentilmente en ella. Comencé a follarla con mi lengua a medida que mi pulgar frotaba su clítoris. Mierda, no podía esperar para meter mi polla en ella otra vez. Empujé mis caderas hacia arriba ligeramente contra la cálida boca de Aria. Ya era mucho mejor en esto, intentando igualar mis empujes, y apretando mi polla con sus dedos.

Aria se tensó cuando finalmente se corrió, empujando su coño contra mi cara, y apreté su culo de manera alentadora, amando verla soltándose. Dejó de chupar mi polla mientras gemía y se estremeció impotente encima de mí. Frotándole la espalda y el culo, dije con voz ronca:

—Date la vuelta, *principessa*. Quiero verte cuando me corra en tu boca.

Aria se bajó de mí y se arrodilló entre mis piernas, sus mejillas enrojecidas, tanto por su orgasmo como por mis palabras. Me agarró una vez más y luego bajó la boca nuevamente a mi polla palpitante. Gemí cuando vi que mi gruesa punta se deslizó por sus labios rosados. El cabello de Aria le cubrió la mitad del rostro y lo aparté para verla.

—Mírame —le ordené.

LUCA VITIELLO

Los ojos de Aria se alzaron, sus mejillas poniéndose rosadas. Guie su cabeza suavemente para mostrarle el ángulo y el ritmo que quería. Volvió a desviar la vista y no la presioné, sabiendo que le tomaría más tiempo volverse más audaz. Pronto mis estocadas se volvieron bruscas hasta que me corrí con un gemido. Los movimientos de Aria se tornaron descoordinados a medida que intentaba tragar alrededor de mi punta. Luego se echó hacia atrás y se lamió los labios vacilantemente. Todavía estaba acunando su cabeza y, como lo había hecho antes, Aria inclinó su cabeza, presionándola contra mi palma. Se arrastró de vuelta hacia mí y la atraje contra mi pecho.

—¿Estoy mejorando? —preguntó Aria con una pequeña risa.

Mis cejas se fruncieron, y la miré de reajo, pero ella no me estaba mirando, sino la mano trazando mi estómago.

—¿Mejorando con las mamadas? —pregunté riendo entre dientes.

Aria asintió.

—Sé que no fui nada buena las primeras veces, y probablemente todavía no sea muy buena, pero quiero mejorar...

—Eres perfecta —dije, deslizando mi mano a lo largo de la curva de su cuerpo.

Aria me miró con indignación.

—No estoy ni cerca de ser perfecta.

—Aria, no esperaba que fueras una especie de diosa del sexo cuando me casé contigo.

—Te resignaste a una vida de sexo mediocre —dijo con las cejas levantadas.

Reí de nuevo.

—Eso no es lo que dije. Sabía que tendrías que aprender, y lo haces. Estoy jodidamente contento que no seas una remilgada que no quiera probar cosas nuevas.

—Está bien —dijo, relajándose una vez más en mi abrazo. Acaricié su brazo hasta que su respiración se tornó uniforme, su cuerpo durmiéndose con una pequeña sacudida. Quedarse dormido en los brazos de alguien más o simplemente en su compañía requería un nivel de confianza que apenas podía comprender. Aria no tenía problemas en mostrarse vulnerable en mi compañía. Por otra parte, no era como si fuera menos vulnerable cuando estaba despierta. Estaba a mi merced dormida o despierta, y ella lo sabía. Pasé mi pulgar por su brazo y luego sobre sus

LUCA VITIELLO

caderas y la suave piel de su vientre. Con un suspiro pequeño, se apretó aún más contra mí, sus dedos curvándose sobre mi cadera y aferrándose a mí.

En momentos como este, parecía toda una vida que hubiera dormido sin Aria a mi lado.

BOOKZINGA FORO

279

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

VEINTIUNO

Cesare nos esperó a Matteo y a mí frente a nuestro almacén. Me había llamado hace diez minutos para decirme que los rusos habían atacado el edificio.

—El Doc todavía está intentando estabilizar a uno de ellos —dijo Cesare, con sus ojos oscuros inyectados en sangre mientras me llevaba dentro del gimnasio. El olor a sangre y vómito teñía el aire.

Mis ojos se fijaron en la escena frente a mí. La sangre cubría el suelo y las paredes. Parecía como si los rusos la hubieran rociado por todas partes a propósito. Pasé por delante de los cuerpos desmembrados y avancé hacia Doc y su asistente, una joven de una familia de soldados. Conté dos hombres muertos pero, cuando llegué junto al Doc, me sorprendió que no fueran tres. Me arrodillé junto a mi soldado. Era uno de los novatos más reciente, ni siquiera de edad todavía. Aún recordaba su inducción hace unos dos años. No estaba seguro de lo que Doc estaba intentando hacer, porque poco de su cuerpo estaba intacto. Los rusos habían roto cada uno de los huesos en sus piernas y brazos por cómo se veía, antes de desollar sus extremidades y rajarle el vientre.

—Nico —dije con firmeza.

Los ojos hinchados del chico se enfocaron en mí brevemente antes de cerrarse nuevamente. Miré al Doc, quien negó con la cabeza.

—Me duele... —lloró.

—Lo sé —le dije, tocando su hombro ligeramente. Se estremeció, más sangre brotando de su boca.

Doc me mostró cinco dedos. Cinco minutos de agonía.

Saqué mi cuchillo, y luego me incliné hacia abajo.

—Le diré a tu familia lo valientemente que luchaste. Estarán orgullosos de ti, Nico.

Dio un pequeño asentimiento. Puse mi mano sobre su caja torácica y apoyé la punta de mi cuchillo debajo de ella. Entonces, con un fuerte empujón, clavé la hijilla en su corazón. Saqué mi cuchillo lentamente y me puse de pie, empapado en la

LUCA VITIELLO

sangre de mi soldado. Una oleada de ira se estrelló contra mí. Demasiado joven para morir.

Matteo se paró a mi lado, sacudiendo la cabeza.

—La Bratva sangrará por esto.

Sangrarían y sufrirían como lo hicieron mis hombres.

—Dame las direcciones de las familias —le dije a Cesare. Intentaba decirles personalmente a las familias de mis soldados cuando moría uno de los nuestros. Merecían ser informados por su Capo, el hombre por el que lucharon y por el que murieron, pero a mi padre no le importaba ni mierda ninguno de ellos, así que iba en su lugar.

La familia del niño fue la última. La puerta de su apartamento se abrió antes de que tuviera la oportunidad de llamar. Una mujer de treinta y tantos años apareció en la puerta y, a su lado, una niña más joven. Su esposo había muerto hacía dos años, ahora la recordaba, y su hijo Nico había prestado juramento poco después.

Ella dejó escapar un grito al verme. Sabía por qué estaba aquí. Recordaba la última vez que había venido a visitar.

Me acerqué y ella sacudió la cabeza desesperadamente, sollozando. Otro hijo, un niño, apareció detrás de ella. Tenía trece o catorce años, no más que eso. Cuando me vio, sus ojos se abrieron por completo y luego su rostro también se transformó con una realización horrorizada.

Su madre corrió hacia mí, su rostro retorciéndose con desesperación a medida que comenzaba a golpearme con los puños.

—¡No! Nico no. No él también.

Sus otros dos hijos estaban congelados. Le permití que me golpeará, pero pronto su hijo la agarró de los brazos y la apartó.

—Mamá, cálmate. Por favor.

No lo hizo. Las palabras de consuelo no estaban en mi naturaleza.

—Tu hijo luchó valientemente.

Asintió débilmente. El chico me miró, intentando parecer un hombre incluso con lágrimas en los ojos.

—Tomaré el juramento para ocuparme de mi familia.

LUCA VITIELLO

Saqué mi billetera y le entregué diez mil dólares para el funeral y las próximas semanas.

—En dos años. Hasta entonces, la Famiglia se ocupará por ti.

Si mi padre desaprobaba mis decisiones, debería actuar como un Capo. Hasta entonces, me encargaría de las cosas como quisiera. El chico llevó a su madre de vuelta a su apartamento, y me giré y me fui.

Después, volví al almacén para ayudar a mis hombres a lavar la sangre.



Sentía que me había atropellado un camión. La ira y la frustración inundaban mi pecho cuando entré en el ático. Romero se levantó de donde estaba sentado en el taburete, la única fuente de luz proviniendo de la pantalla de su teléfono.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Tres —contesté, ya pasando por delante de él. No estaba de humor para hablar. Quería lavar la suciedad y la sangre, y dormir un poco. Si mi cuerpo me permitía encontrar el sueño esta noche.

El tintineo del ascensor me indicó que Romero se había ido, y subí las escaleras. Era pasada la medianoche, así que me sorprendió encontrar a Aria todavía levantada, leyendo un libro.

Sus ojos se llenaron de preocupación cuando continué al baño sin otra palabra. Cerré la puerta y me duché por un largo tiempo, esperando sentirme más como el hombre que quería ser alrededor de Aria pero, cuando salí, una corriente oculta de violencia e ira todavía abrumaba mi cuerpo.

Salí, todavía sin decir nada, y medio me derrumbé en la cama. La mirada de Aria se posó en mi cara mientras yo veía al techo. Esta noche había perdido a buenos hombres y sus familias habían perdido a sus padres e hijos.

El dinero no sería un problema, la Famiglia se encargaba de los suyos, pero eso no proporcionaba consuelo para nadie.

—¿Mal día? —preguntó Aria suavemente.

Se había levantado y, por el rabillo del ojo, vi la forma en que sus pezones se erizaban. Estaba dividido entre querer reclamarla otra vez, más duro que la última

LUCA VITIELLO

vez, para encontrar una salida a mi tensión, y sostenerla en mis brazos para recordarme a mí mismo que algunas cosas buenas permanecían presentes en esta vida.

—¿Luca?

—Perdí a tres de mis hombres hoy —dije con voz ronca. No era la primera vez, pero hoy había sido brutal. La Bratva se estaba volviendo jodidamente confiada, y habían comenzado a trabajar con los clubes moteros locales que prosperaban en el caos y la anarquía. En el pasado, después de días como este, iba a uno de los clubes de la Famiglia y encontraba a una mujer para una follada brusca o llamaba a Grace, porque se excitaba con mi lado violento. Esa ya no era una opción. La mujer junto a mí, mi esposa, no era alguien con quien pudiera desquitar mi enojo.

Aria tocó mis bíceps, intentando captar mis ojos, pero no quería mirar su cara inocente, y mucho menos que ella viera la puta oscuridad en la mía.

—¿Qué pasó?

—La Bratva atacó uno de nuestros almacenes. —Eso ni siquiera comenzaba a describir el maldito desastre que había presenciado, pero era demasiado para el estómago de Aria—. Haremos que ellos paguen. Nuestra respuesta los hará sangrar. —Habían hecho que mis hombres pasaran un infierno. Así que les mostraría por qué algunas personas me temían como al diablo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Aria, acariciando mi pecho ligeramente. Al final, me volví hacia ella, dándome cuenta que estaba intentando consolarme con su toque, con la suavidad en él. En el pasado, había follado hasta sacar la ira de mi sistema, había quemado el fuego ardiendo en mis venas con más fuego. Nunca había considerado otra opción, nunca quise una, hasta Aria.

—Te necesito —solté. Mierda, la necesitaba, pero todavía había una guerra en mi cuerpo.

—De acuerdo. —No hubo vacilación en sus palabras. Se desnudó, y luego esperó a mi lado. Mis ojos se perdieron sobre su cuerpo y una ráfaga de deseo ahogó todo lo demás. Empujé mi bóxer, ya estando dolorosamente duro. Alcancé a Aria y la alcé por encima de mí, sintiendo su coño contra mi piel. La idea de que Aria me montara me atraía demasiado, pero capté la pizca de aprensión en sus ojos, la forma en que su cuerpo se tensó. Era solo su segunda vez, y la última vez había sido dolorosa para ella. No podía follarla enojado.

Agarré a Aria y la levanté sobre mi cara. Su grito de sorpresa se convirtió en un grito de placer cuando chupé sus labios en mi boca. Se meció hacia adelante, con

LUCA VITIELLO

las manos sujetando el cabecero mientras mi lengua salía para lamer cada centímetro de su coño antes de sumergirse en su abertura. Me había comido a Aria muchas veces antes, pero esta vez no me contuve. La devoré, dejándola sin más remedio que rendirse. Me la comí como quería follarla, sin moderación, despiadado y duro.

Los ojos completamente abiertos de Aria me miraron a medida que la chupaba. Estaba tan jodidamente mojada, y la forma en que mecía sus caderas, imitando la forma en que pronto embestiría en ella, me volvió loco. Gruñí, y mis caderas comenzaron a temblar con mi puta necesidad de estar dentro de ella. Aria presionó su coño más fuerte contra mi cara mientras su cabeza caía hacia atrás y la follaba con mi lengua.

Gimió más fuerte que nunca, su cuerpo comenzando a sufrir espasmos. Se estremeció, con un grito.

—¡Luca, oh Dios! —Hundí mis dedos en sus nalgas, empujando su coño contra mi cara a medida que mi lengua se metía en ella una y otra vez.

Aria se enderezó encima de mí e intentó alejarse de mi boca, pero quería dejarla aún más húmeda antes de reclamarla otra vez. La sostuve firmemente en su lugar a pesar de su gemido y me tomé mi tiempo saboreándola. Parte de la ira ardiente se había filtrado por mis poros, y me tomé mi tiempo para disfrutar de la excitación de Aria y volver a aumentar su placer.

Los gemidos de Aria se alzaron una vez más, sus caderas sacudiéndose, pero, antes de que pudiera encontrar su liberación, la arrojé sobre la cama y me metí entre sus piernas, necesitando follarla. Mi polla rozó su abertura, pero me impedí hundirme en ella de una sola estocada dura. Ya estaba tensa con la expectativa del dolor.

Incliné la cabeza para así poder alcanzar su pezón rosado y lo succioné mientras deslizaba mi punta sobre su coño mojado. Pronto mi polla estaba resbaladiza con su excitación y Aria estaba haciendo pequeños movimientos de balanceo, su cuerpo buscando mi polla a pesar de su miedo al dolor.

Quería que Aria se corriera con mi polla dentro de ella. *Paciencia.*

Deslicé mi punta en ella, ahogando un gemido por la forma en que sus paredes agarraron mi polla. Me tomé un largo tiempo burlándola con solo mi punta hasta que ella dejó de tensarse. Sus pezones estaban rojos y duros de mis cuidados cuando finalmente los solté.

Miré la cara de Aria cuando empujé mi punta en ella nuevamente, pero esta vez no me detuve. Me hundí más profundo en su estrechez. Era tanto para medir su

LUCA VITIELLO

reacción como para satisfacer el lado posesivo en mí que necesitaba verme reclamándola.

Aria contuvo el aliento cuando la llené por completo, mis bolas descansando contra sus nalgas firmes. Acuné su cabeza, sosteniendo su suave mirada cuando comencé a embestir en su interior a ritmo lento y cuidadoso. Su cuerpo aún se tensaba de incomodidad, pero podía sentir sus paredes aflojándose a mi alrededor lentamente. Me estrellé un poco más fuerte contra ella, pero el estremecimiento inmediato de Aria y la forma en que sus dedos se clavaron en mis bíceps me hicieron ir lento otra vez.

Esta noche no se trataba de follar duro y con ira. Presioné mi boca contra su oreja.

—Me encanta tu sabor, *principessa*. Me encanta cómo montaste mi maldita boca. Me encanta mi lengua en ti. Me encanta tu coño y tus tetas, y me encanta que eres toda mía. —Seguí embistiendo lenta y constantemente, mientras le susurraba al oído, diciéndole exactamente lo mucho que me encantaba devorarla. Y maldita sea, funcionó. El canal de Aria se volvió más resbaladizo y mi polla se movió más fácilmente dentro y fuera de ella.

Mi dedo encontró su clítoris y comencé a burlarlo. Aria gimió, el placer reflejándose en su rostro.

La follé más rápido, aunque no más brusco, y mantuve el ritmo incluso cuando ella jadeó. Por la forma en que sus caderas se mecían hacia arriba para encontrar mis embestidas, por los sonidos húmedos de nuestros cuerpos, por los gemidos de asombro de Aria, supe que estaba cerca.

—Córrete para mí, Aria —le dije, jugando con su clítoris nuevamente a medida que me estrellaba en ella y Aria se arqueó, gritando, sus paredes aferrando mi polla como unas tenazas. La mezcla de dolor y placer intenso me empujó al límite. Mis estocadas se tornaron más duras y descoordinadas a medida que me corría en ella.

Salí de Aria, gimiendo por el agarre apretado que sus paredes todavía tenían sobre mí. Ella jadeó. Me relajé entre sus piernas, soportando mi peso para no aplastarla.

—¿Fui demasiado rudo? —Empujé más fuerte de lo previsto cuando mi orgasmo había tomado el control.

—No, estuvo bien.

Besé la esquina de su boca y su labio inferior, mostrándole que estaba a salvo en mis brazos y en la cama conmigo. Besar a Aria siempre me daba una extraña sensación de calma, de pertenencia. No pasó mucho tiempo para que mi polla se endureciera de nuevo. Deseaba tanto a esta mujer.

Aria retrocedió con los ojos completamente abiertos.

—¿Tan pronto? Pensé que los hombres necesitaban tiempo para descansar.

Tiempo para descansar. Me reí entre dientes, amando su inocencia entrañable, y aún más sabiendo que sería el único en deshacerse de ello. Corrompería a Aria, le mostraría todas las formas de placer. Maldita sea, no podía esperar.

—No con tu cuerpo desnudo debajo de mí. —Deslicé mi palma por su muslo externo antes de amasar su nalga—. ¿Cuán dolorida estás?

—No demasiado adolorida —respondió Aria. Pero era una mentirosa terrible.

Nos di la vuelta de modo que se sentara encima de mi abdomen. De esa manera ella podría decidir cuánto podría tomar su cuerpo tan pronto.

Acaricié las piernas de Aria, intentando tomar su ansiedad.

—Tómate tu tiempo. Tienes el control.

Levanté mis caderas, deslizándome sobre su culo firme para mostrarle lo mucho que la deseaba.

Aria presionó sus palmas contra mi pecho, todavía sin moverse.

—Te quiero en control.

Mierda.

—No le digas algo así a un hombre como yo. —Empujé la necesidad de reclamarla de una sola embestida. En cambio, cambié su cuerpo hasta que mi polla le dio un pequeño empujón contra su coño. Aria miró hacia abajo con el ceño fruncido. Deslicé mi punta a través de su humedad, burlando su clítoris con ella, intentando relajarla. Mi mano libre acarició su pecho. Aria comenzó a aflojarse y la agarré de la cadera para bajar su cuerpo lentamente.

Su mano se aferró a mis hombros, y tomó una respiración profunda cuando iba a más de la mitad.

Pasó su mano por mi pecho muy despacio, sus dedos temblando contra mi piel. Acaricié y tiré de sus pezones, antes de que una de mis manos encontrara su camino hacia su nudo rosado y deslicé mi pulgar sobre él. Aria gimió, y aproveché

LUCA VITIELLO

el momento para llenarla por completo, gimiendo por la sensación deliciosa de su coño presionando contra mi pelvis, por lo profundamente enterrado que estaba en ella.

Aria se tensó con un grito.

Me quedé inmóvil, con la mirada fija en sus ojos, intentando ver si la había lastimado.

—Aria —murmuré.

Una sonrisa vacilante tiró de sus labios y el puño alrededor de mi corazón se aflojó.

—Dame un momento.

Pasé mis pulgares sobre sus caderas y más alto, luego volví a bajar, nunca apartando los ojos de la cara de mi esposa a medida que respiraba profundamente unas cuantas veces. Luego exhaló y movió sus caderas. Sus movimientos torpes y vacilantes, y siendo obvio que aún no le daban mucho placer, pero me contuve, esperando que se acostumbrara a la posición, incluso cuando solo quería mostrarle lo increíble que podía ser.

Los ojos de Aria se encontraron con los míos.

—¿Me ayudas?

Mi pecho se contrajo. Me aferré a su cintura, mis grandes manos tocando su culo firme. La ayudé a girar sus caderas mientras hacía pequeños empujes hacia arriba. La observé atentamente para ver el ángulo que más le gustaba a medida que cambiaba la posición de mis caderas con cada empuje.

Aria era hermosa, y me encantaba cómo confiaba en mí para que esto fuera bueno para ella, cómo confiaba en mí lo suficiente como para pedirme ayuda. Confiaba en que yo me contuviera, y mierda, lo hacía. No era el mejor sexo que hubiera tenido alguna vez, si solo contabas el aspecto físico, pero por Dios, aun así superaba a todo lo demás, porque al cuidar de Aria, al reducir mis propias necesidades, sentí un tipo diferente de satisfacción que nunca antes había sentido. Habría sido fácil buscar el máximo placer con Aria, tomar más de lo que su cuerpo era capaz de dar por el momento. Aria podría haberse negado en nuestra noche de bodas pero, en el fondo, sabía que algo había cambiado, que ahora se rendiría a mis demandas, sin importa lo que pidiera, y esa era exactamente la razón por la que tendría el doble de cuidado al honrar sus propias necesidades.

LUCA VITIELLO

Y cuando Aria finalmente se corrió encima de mí, su cuerpo relajándose de placer, sus mechones rubios arrastrándose como la seda por su espalda, y mi propio cuerpo se tensó con mi liberación, me pregunté cómo alguna vez en el pasado pude disfrutar de follar sin razón ni sentido, solo buscando el placer despreocupadamente.

Aria cayó hacia adelante, besó mis labios, luego se aferró a mi cuello y la sostuve firmemente, sintiendo que mi corazón se aceleraba sin ninguna razón en absoluta, y superado con algo que solo podía describir como... miedo. Una emoción que rara vez sentía desde que me convertí en un mafioso y mucho menos en los últimos años.

—No voy a perderte —dije en voz ronca, confundido por el caos revolviéndome el interior.

—No lo harás.

Aria no entendía en cuánto peligro estaba.

—La Bratva se está acercando. ¿Cómo puedo protegerte? —La Bratva apuntaría a mi punto más débil, y cada día se hacía más evidente que Aria era esa debilidad porque me preocupaba por ella cuando nunca me había preocupado por nada más que la Famiglia.

Protegerla sería difícil.

—Encontrarás una manera —dijo Aria con firmeza. Una vez más con esa confianza inquebrantable en mí. Una confianza que estaba obligado a romper en algún momento.

288

VEINTIDÓS

Mis días en las próximas dos semanas estuvieron llenos de innumerables discusiones con mi padre sobre las posibles formas de hacer que la Bratva pague. Nos dirigimos a otro de sus laboratorios de drogas y matamos a algunos de sus traficantes porque padre estaba convencido de que perder dinero los perjudicaría más. La única luz en mi día era cuando regresaba con mi esposa, veía su hermosa sonrisa y adoraba su cuerpo.

Hoy, al momento en que entré en el ático, quedó claro que no estaría en el extremo receptor de su sonrisa.

El rostro de Aria era una máscara de furia cuando entró corriendo desde la terraza del techo.

No disminuyó la velocidad hasta que estuvo justo frente a mí y me golpeó el pecho con los puños, atrapándome con la guardia baja. ¿Qué carajo se le había metido? Agarré sus muñecas, sosteniéndola con fuerza.

—Aria, ¿qué...?

Aria empujó su rodilla hacia arriba, pero logré evadir un golpe directo saltando hacia atrás.

—Vete —le gruñí a Romero, quien desapareció en el ascensor de una vez. Aria me fulminó con la mirada y de hecho, intentó clavar su rodilla en mis pelotas nuevamente. La ira se apoderó de mí y la empujé sobre el sofá antes de sujetarla con mi cuerpo—. Por el amor de Dios, Aria. ¿Qué te pasa?

—Sé lo de Gianna y Matteo —siseó, y entonces la ira se desvaneció y comenzó a llorar.

La solté y dejé de retenerla.

—¿De eso se trata esto? —No podía creer que estuviera perdiendo la cabeza por algo así. De todos modos, su hermana tendría que casarse. Habría pensado que estaría feliz de tenerla en Nueva York.

—Por supuesto que no entiendes, porque nunca has querido a nadie más que a tu propia vida. Jamás podrás entender cómo se siente que tu propio corazón se

LUCA VITIELLO

rompa al pensar en la persona que amas siendo lastimada. Yo moriría por las personas que amo.

Darí­a mi puta vida por Aria, ni siquiera dudaría en hacerlo, pero ella no lo sabía. Me puse de pie.

—Tienes razón. No entiendo.

Aria también se levantó del sofá.

—¿Por qué no me lo dijiste? Lo has sabido desde hace semanas.

—Porque sabía que no te gustaría.

—Sabías que estaría enojada contigo y no querías arruinar tus posibilidades de follar conmigo.

¿Follar con ella? ¿Pensaba que solo me la había follado?

—Por supuesto que quería follarte. Pero me dio la impresión de que disfrutaste nuestras sesiones *follando*.

La cara de Aria se contrajo de ira.

—Y te preocupaba que no fuera una actriz lo suficientemente buena para engañar a todo el mundo después de nuestro pequeño truco en nuestra noche de bodas. Incluso te engañé. Te hice creer que en realidad lo disfruté.

Algunas esposas fingían que disfrutaban el toque de su esposo y su compañía, como Nina, porque era la única forma de sobrevivir al matrimonio con un hombre como mi padre.

Había intentado no ser ese tipo de hombre con Aria, y sin embargo me hizo sentir como si lo fuera. Sonreí con crueldad.

—No me mientas. He follado con suficientes putas para reconocer un orgasmo cuando lo veo.

Aria se estremeció, sus ojos abriéndose de par en par.

—Algunas mujeres incluso experimentan un orgasmo cuando están siendo violadas. No es porque lo estén disfrutando. Es la forma en que su cuerpo le hace frente.

No tenía que decirme nada sobre la violación. Había visto lo que hacía a las mujeres, lo que le había hecho a mi madre y todavía le hacía a Nina. La furia se deslizó bajo mi piel, deseando ser desatada, pero la empujé abajo.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Tu hermana debería estar feliz de que Matteo la quiera. Pocos hombres pueden soportar su labia —dije con frialdad.

Aria negó con la cabeza con una mirada de disgusto cuando me miró.

—Dios, esa es la razón, ¿verdad? Es porque ella le dijo que nunca conseguiría su cuerpo caliente ese día en el hotel. No le gustó. No pudo soportar que ella fuera inmune a su encanto espeluznante.

—No debió haberlo desafiado. Matteo es un cazador determinado. Consigue lo que quiere.

—¿Consigue lo que quiere? No es una cacería si la obliga a casarse al pedirle a mi padre su mano. Eso es cobardía.

—No importa. Se van a casar. —Empecé a girarme, cansado de esta discusión. Vi a Aria correr hacia el ascensor por el rabillo de mi ojo, y mi primer instinto fue pensar que estaba intentando huir—. Aria, ¿qué coño estás haciendo?

Fui demasiado lento para alcanzarla a tiempo. Las puertas del ascensor se cerraron en mi cara y bajó un piso. La tensión inundó mi cuerpo cuando me di cuenta que ella estaba enfrentando a Matteo. Maldita sea. Golpeé el botón del ascensor hasta que volvió a subir. Matteo no haría daño a Aria. No lo haría porque ella era mía.

291

Cuando salí, Matteo tenía a Aria presionada contra la pared, sosteniendo sus muñecas por encima de su cabeza. Mis dedos se contrajeron, y una feroz oleada protectora corrió a través de mí.

—Suéltala —exigí. Matteo no dudó en liberar a Aria y en traer espacio entre ellos, pero podía ver que estaba absolutamente cabreado con ella. Por la forma en que su mejilla estaba roja, tuve el presentimiento de que sabía por qué.

Me acerqué a ellos, comprobando a Aria para detectar cualquier señal de que Matteo la hubiera lastimado, incluso cuando sabía que llevaría más que una bofetada para hacerle daño a una mujer, especialmente a *mi* mujer.

—No vas a hacer eso otra vez —le dije a mi hermano, fulminándolo con la mirada.

Matteo me miró fijamente enojado.

—Entonces, enséñale modales. No voy a dejar que me golpee de nuevo.

Me metí directamente en su cara.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—No vas a tocar a mi esposa otra vez, Matteo. Eres mi hermano y recibiría una bala por ti, pero si lo haces de nuevo, tendrás que vivir con las consecuencias. —El desafío brilló en los ojos de Matteo. No estaba acostumbrado a que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

—No voy a golpearte de nuevo, Matteo. No debería haberlo hecho —dijo Aria, sorprendiéndome.

Aria miró entre Matteo y yo.

—Lamento si te lastimé o asusté —dijo Matteo. Todavía podía ver su ira, pero no estaba seguro si aún estaba dirigida a Aria o a mí por estar del lado de ella.

—No lo hiciste —mintió Aria. Matteo vería a través de su mentira como yo lo hacía. Caminé hacia ella y envolví un brazo alrededor de su cintura. Me echó un vistazo, sus ojos llenos de decepción. ¿Todavía estaba cabreada por lo de Gianna? Por el amor de Dios, su hermana tendría que casarse de todos modos y Matteo definitivamente no era la peor opción. Él no abusaría de Gianna, por muy perra que fuera.

Aria se enfrentó a Matteo una vez más.

—No te cases con Gianna. —Apreté su cintura en advertencia, pero Aria continuó—: Ella no quiere casarse contigo.

—Tú tampoco querías casarte con Luca, y aquí están —dijo Matteo, señalando con la cabeza hacia nosotros. Era cierto, pero no estaba considerando el carácter de Gianna. Ella no sería tan sensible como Aria.

—Gianna no es como yo. Ella no va a llegar a un acuerdo con un matrimonio arreglado.

Contemplé a Aria, preguntándome si esto era solo aceptar lo inevitable, o si este matrimonio significaba en realidad más para ella, si sus palabras sobre el amor realmente podían ser reales y no su manera de hacer esto más fácil para ella. Pero más que eso, preguntándome por qué diablos me importaba.

—Va a ser mi esposa en el momento en que cumpla dieciocho años. Ningún poder en este universo me detendrá de hacerla mía —dijo Matteo.

Aria negó con la cabeza.

—Me das asco. Todos ustedes lo hacen.

Pasó junto a mí, pero no la seguí, ni siquiera cuando tomó el ascensor hasta nuestro apartamento.

LUCA VITIELLO

—Y dices que Gianna es un problema —murmuró Matteo, frotándose la mejilla—. Tu esposa es una mierda.

Solté un ruido despreocupado. Aria se estaba tornando cada vez más confiada, y aunque una parte de mí estaba molesta por su arrebató, no pude evitar sentirme aliviado de que ya no fuera tan jodidamente sumisa a mi alrededor. Amaba su lado feroz tanto como el resto de ella.

Amaba cada pequeña cosa de ella, incluso su frustración emocional.

Amor.

Amaba a Aria.

—Parece que tuviste un derrame cerebral —dijo Matteo.

El amor era un riesgo. Una debilidad. Algo que no debería ni pensar.

—¿Luca?

Negué con la cabeza hacia él, y hacia mis adentros. No era capaz de amar.

VEINTITRÉS

E vité a Aria durante los próximos tres días, esperando que mis sentimientos se desvanecieran si mantenía mi distancia, pero no lo hicieron. Fue una tortura, acostarse a su lado en las noches sin besarla ni tocarla, pero aún peor fue no verla sonreír.

Pasé aún más tiempo en la Esfera, determinado a expulsar a Aria de mi sistema con una sobrecarga de trabajo total, pero ni siquiera eso estaba funcionando. Matteo y yo volvíamos a casa cuando Cesare llamó. Supe de inmediato que algo estaba mal. Lo había visto hace solo dos horas para un entrenamiento rápido de lucha. Si hubiera habido algo que tuviera que decir, podría haberlo hecho entonces.

Contesté.

—La Bratva le disparó a tu padre —gruñó Cesare, sonando sin aliento.

Por un momento, estaba seguro que no lo había oído bien. Solo la mirada asombrada de Matteo confirmó las palabras.

—¿Qué?

—Salía con su amante y fue alcanzado por varias balas. Estoy de camino allí. Está en su restaurante favorito. Aún está vivo. El Doc llegará allí en unos minutos. ¿Debería llamar a una ambulancia?

—No, sin ambulancias. Ya conoces las reglas —dije luego colgué. Giré el volante bruscamente y di una vuelta en U antes de golpear el acelerador y correr hacia el restaurante.

—Mierda —susurró Matteo—. Tal vez esto es todo. Tal vez alguien nos quitó el trabajo de las manos.

—Aún no está muerto —gruñí—. Y la Bratva son los últimos que quiero involucrados en su muerte. Se pondrán demasiado confiados.

Llegamos al restaurante a los cinco minutos. Salté del auto. Unos cuantos hombres se reunían dentro y fuera del restaurante, la mayoría de ellos soldados que vivían cerca. La policía todavía no había llegado. Todos en esta área sabían qué tipo de restaurante era este. Llamar a la policía estaba fuera de discusión. Corrí al restaurante. Los soldados de la Famiglia tenían sus armas desplegadas, y Cesare

LUCA VITIELLO

estaba de pie junto al Doc que estaba inclinado sobre padre. El suelo estaba cubierto de cristales rotos y sangre.

Una mujer joven con un agujero en la frente estaba tendida junto a una silla volcada.

Matteo y yo nos dirigimos hacia nuestro padre. El doctor estaba presionando una herida en el estómago de padre mientras su asistente sostenía una bolsa de transfusión. Padre estaba aferrado al brazo del doctor con desesperación, aspirando una respiración entrecortada tras otra, y mirándonos con los ojos completamente abiertos. Desde que podía recordar, me había preguntado cómo se sentiría ver a mi padre así, verlo respirar por última vez. De vez en cuando temía sentirme arrepentido o triste, pero no había nada. Solo alivio.

Me arrodillé junto a él y Matteo lo hizo al otro lado.

—No puedo ayudarlo. Si llamamos a una ambulancia, podría sobrevivir —dijo Doc, su arrugado rostro cansado y solemne.

Padre aferró mi mano, sus ojos saltones dirigidos sobre mí, rogándome. ¿No recordaba cómo me había golpeado y me había arrancado cualquier pizca de compasión? Estaba intentando decir algo. Así que, me incliné hacia abajo.

—Hospital... llévame... llévame al hospital.

295

Me encontré con su mirada y asentí, luego me volví hacia el Doc, indicándole que se levantara. Se puso de pie y también lo hizo su asistente.

—Vete y díganse a los demás —les dije—. Padre no quiere que sus hombres sean testigos de sus últimos momentos. Quiere ser recordado como el Capo fuerte que fue.

Doc y su asistente se dirigieron hacia el frente del restaurante. Por el rabillo del ojo, atrapé a Matteo presionando una herida en el costado de padre para detener las palabras que quería decir y convertirlas en un gorgoteo doloroso. Esta noche, no sería salvado.

Los hombres restantes se fueron con la cabeza inclinada hasta que solo Matteo y yo nos quedamos con nuestro padre. Me puse de rodillas junto a ellos una vez más.

Padre jadeó con bocanadas entrecortadas, cada vez más pálido.

—Tú... tú traidor...

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Matteo arrancó la aguja de transfusión y ambos nos inclinamos sobre nuestro padre. El hombre que nos había torturado, así como a sus esposas, que había llevado a nuestra madre al suicidio, finalmente estaba desapareciendo.

—Igual pronto te habríamos matado envenenado. Habría sido indoloro —murmuró Matteo, luego se detuvo con una sonrisa retorcida a medida que contemplaba la herida de bala en el estómago de padre—. Lo prefiero de esta forma. Con tus últimos momentos llenos de agonía.

Padre tomó una bocanada de aliento superficial. Intentó moverse, buscar ayuda, pero Matteo y yo tapábamos la vista de todos, y dudaba que alguien incluso estuviera mirando. Nos estaban dando tiempo para despedirnos.

—Esa puta te metió en esto...

Por un momento pensé que se refería a Nina, pero entonces me di cuenta de quién estaba hablando: Aria.

—Arrastrado por tu polla —escupió con disgusto—. Desearía... desearía habérmela follado antes que tú.

Me incliné aún más hacia él y hundí uno de mis dedos en la herida de su estómago mientras la furia consumía mis venas con un furioso fuego. Matteo presionó una palma sobre su boca para sofocar los gritos.

—Jamás tocarás a mi esposa, padre. Aria es una reina, y la trataré como a una. No seré como tú. Tu legado muere hoy. Matteo y yo nos aseguraremos de ello. —El pecho de padre se agitó pesadamente cada vez más, y la sangre se escurrió entre los dedos de Matteo todavía presionados contra la boca de padre—. Le diré a Nina que sufriste durante tus últimos minutos. Estará absolutamente encantada de escucharlo. Tal vez Matteo y yo brindemos tu muerte con ella con tu botella de vino favorita —gruñí. Los ojos de padre se hincharon y convulsionó, luego se quedó inmóvil. Saqué mi dedo de su herida y Matteo soltó su boca, y por un momento todo quedó en silencio.

Mis ojos y los de Matteo se encontraron, nuestras manos cubiertas con la sangre de nuestro padre. Matteo se apoderó de mi hombro.

—Se ha ido.

Ido. Finalmente se ha ido de nuestras vidas.

Mis ojos se fijaron en el desastre en el restaurante. Las balas de las armas rusas ensuciaban el suelo.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

—Un traidor debe haberle dicho a la Bratva dónde encontrarlo. Muy poca gente lo sabía.

—Probablemente uno de nuestros tíos.

—Probablemente. La pregunta es cuántos hombres estuvieron involucrados además de ellos, y cómo probarlo.

—Tenemos...

—¡Abajo! —gritó Cesare. Se oyeron disparos. Matteo y yo caímos al suelo justo cuando las balas llovieron a través del restaurante. Saqué mi arma mientras me arrastraba hacia la barra. Matteo siguiéndome de cerca.

Afuera, mis hombres gritaban y disparaban.

Asomándome por detrás de la barra, intenté distinguir a nuestros atacantes. Deben haber estado esperando nuestra llegada desde los tejados cercanos, o alguien les había avisado que Matteo y yo habíamos venido a ver a nuestro padre.

Un maldito traidor en nuestras filas. Comencé a disparar una bala tras otra en la dirección de los tiradores, dejando que mi furia me consuma, dejando que guíe mis acciones. Al final, las luces intermitentes de la policía inundaron la oscuridad. Metí mi arma en mis pantalones antes de salir del restaurante con los brazos levantados, mi pulso martillando en mis sienes. Cesare estaba intentando hablar con la policía, pero ellos habían sacado sus armas. Él señaló hacia mí. Uno de los policías se me acercó a medida que sus colegas apuntaban sus armas a mis hombres y a mí.

—¿Estás a cargo?

Por un momento solo miré al hombre fijamente antes de que la realidad se hundiera en mi cerebro. Todos me observaban mientras permanecía de pie cubierto de sangre entre cristales rotos. Este lío era ahora mi responsabilidad. Mis hombres esperaban que encontrara a las personas responsables, que repartiera venganza, que mantuviera a la Famiglia unida.

—Soy el Capo de la Famiglia.

Apenas escuché al oficial. Esto no era de su incumbencia. Era mío, y me encargaría. Encontraría a los hombres que habían trabajado con la Bratva para matar a mi padre y trataron de matarnos a Matteo y a mí nuevamente.

Mi ira se disparó descontrolada cada vez más alto. Y pronto la zona estuvo llena de soldados de la Famiglia y la policía. El Consigliere de mi padre, Bardoni, llegó poco después.

LUCA VITIELLO

—¿Dónde está nuestro Capo?

Lo fulminé con la mirada. Fiel a mi padre hasta el final.

—Está de pie delante de ti.

Los ojos de Bardoni se abrieron por completo, y luego plasmó esa sonrisa asquerosa en su rostro.

—Mis condolencias. Estoy seguro que tú y tu hermano necesitan tiempo para el duelo. Puedo hacerme cargo del negocio hasta que te sientas listo.

Le di mi sonrisa más fría. ¿En serio pensaba que le permitiría tomar el control? No confiaba ni un poco en él, pero ¿en realidad en quién podía confiar a estas alturas? Mis ojos se fijaron en los hombres a mi alrededor. En Matteo, siempre. Cesare tal vez. Pero todos los demás podrían ser traidores.

—No necesito tiempo. Gobernaré sobre la Famiglia, y Matteo será mi Consigliere a partir de este día.

Bardoni retrocedió un paso, la ira destellando en su rostro.

—Pero...

Agarré su cuello bruscamente, acercándolo más a mí.

—Soy tu Capo. No tolero las palabras de objeción. Harías bien en recordar que soy el hijo de mi padre. La crueldad corre por mis venas, y justo en este momento no quiero nada más que derramar sangre.

—Me disculpo, Capo —balbuceó Bardoni, y lo solté.

Dos horas después, finalmente estaba camino a casa. Mi ira solo había aumentado más alto. Ni siquiera estaba seguro de por qué. Sentía una gran cantidad de emociones pero la ira era la opción más familiar. Durante años soñé con deshacerme de mi padre, convertirme en Capo, y hoy mi deseo finalmente se había cumplido.

Pero había llegado a través de la traición. Los traidores todavía estaban entre nosotros, esperando su próxima oportunidad de eliminar a Matteo y también a mí.

Alguien nos había traicionado otra vez. Maldita sea, de nuevo. ¿En quién podía confiar?

La furia convirtió mi visión en una bruma roja. La violencia ardía en mis venas, martillaba en mis sienes, deseando ser desatada.

Salí del ascensor tempestuoso. Romero se levantó del sofá.

LUCA VITIELLO

—Escuché lo que pasó.

Lo sabía, ¿no? Me acerqué hacia él. ¿Cómo podía estar seguro de que era digno de confianza? Pocas personas sabían lo que hacía mi padre. Empujé a Romero contra la pared.

—¿Quién te dijo? —gruñí.

—Matteo —masculló.

—Entonces, ¿no lo sabías antes?

Romero intentó aflojar mi agarre en su garganta pero presioné más fuerte contra él, tan jodidamente desesperado por romper algo en pedazos.

—Nunca traicionaría a la Familia —dijo Romero atragantado, luego tosió—. Soy leal. Moriría por ti. Si fuera un traidor, Aria no estaría aquí, segura e ilesa. Estaría en manos de la Bratva.

Lo solté y él se dejó caer al suelo, farfullando. Aria bajó las escaleras en cuestión de segundos.

Romero miró en su dirección y perdí la puta razón.

—Fuera, ahora —ordené, el rugido en mis oídos aumentando en crescendo. Agarré a Romero, mi cuerpo temblando con rabia apenas reprimida. Lo arrojé al ascensor y luego apreté el botón. Las puertas se cerraron y bloqueé este piso de modo que nadie pudiera subir.

Quién sabía si el asesino de mi padre también estaba ahí afuera por Aria.

Aria.

Mi cuerpo palpitó con un hambre oscuro, un ardor feroz. Todo alrededor de mí era oscuridad absoluta, excepto ella.

—¿Estás bien? —preguntó Aria.

Volví la cabeza hacia ella a medida que se me acercaba lentamente. Mis ojos se fijaron en sus pezones tensos contra su camisón. Mi necesidad por derramar sangre luchó con la lujuria en mi cuerpo.

Aria se acercó un paso más y me rompí, dejando que mi hambre tome el control. Mis pensamientos se tornaron en estática, mi cuerpo impulsado por el instinto. Agarré a Aria, sintiendo su calor, oliendo su aroma divino. Mía.

Siempre mía.

LUCA VITIELLO

La necesitaba, cada centímetro de ella. La atraje con fuerza contra mí y la silencí con un beso brusco.



Me giré, la incomodidad arrastrándome del sueño. Mi cerebro estaba empañado, mis músculos tensos y doloridos como si hubiera entrenado durante horas. Gimiendo, miré hacia el techo antes de darme cuenta que no estaba en el dormitorio. Me di vuelta rápidamente, buscando a tientas mi arma, que no estaba allí, y me incorporé. La luz de la mañana entraba en la sala de estar. Estaba en el suelo, completamente desnudo. Imágenes de la noche anterior, pequeños destellos como si fueran tomados a través de una lente nublada, se materializaron ante mi ojo interno. Padre siendo fusilado. Yo volviendo a casa con rabia, atacando a Romero y... Aria.

Mi pecho se contrajo. Miré a mi alrededor y entonces mis ojos se posaron en mi esposa, acostada de lado en el suelo de madera. Estaba acurrucada en sí misma, su cuerpo cubierto con piel de gallina. Me arrodillé lentamente y me acerqué. Magulladuras florecían en su espalda baja donde debe haberse restregado contra el suelo. La bilis viajó por mi garganta ante la vista. Una imagen que recordaba de mi infancia cuando mi padre había violado a mi madre.

¿Qué había hecho? Mierda, ¿qué carajo había hecho?

Me puse de pie, contemplando a Aria. La levanté con manos temblorosas y encontré más contusiones en sus caderas, moretones en forma de dedos. Por un momento, estaba seguro que vomitaría. No había vomitado en una década, ni siquiera cuando había estado rodeado por la sangre, los intestinos, la mierda, el vómito y la orina de mis enemigos. Llevé a Aria a nuestra habitación y la dejé suavemente en la cama. Aria ni se movió, dormida profundamente. Y entonces una nueva preocupación se disparó a través de mí. Palpé la parte posterior de su cabeza cuidadosamente en busca de golpes, pero no había ninguno. Ella dejó escapar un pequeño suspiro. Me hundí al borde de la cama, sintiéndome agotado.

Mis ojos estaban congelados en mi esposa maltratada. Me juré toda mi vida que nunca me convertiría en mi padre, al menos no en ese sentido. Apreté mis manos en puños, la desesperación y la culpa batallando una guerra furiosa en mi pecho. Consideré llamar a Matteo pero la vergüenza me detuvo. Él y yo habíamos odiado a nuestro padre con fiereza por cómo trataba a sus mujeres. ¿Cómo podía admitir que era tan malo como él?

LUCA VITIELLO

Los párpados de Aria revolotearon y me tensé, temiendo la mirada en sus ojos cuando me viera. ¿Me odiaría? ¿Me tendría miedo?

¿Cómo podría compensárselo? ¿Alguna vez me perdonaría si la había lastimado como pensaba que lo había hecho? No había disculpas para algo como eso. Era imperdonable.

Aria me miró con un pequeño ceño fruncido.

—¿Qué hice? —jadeé, desgarrado entre no querer saber y necesítándolo saberlo desesperadamente.

Aria miró hacia su cuerpo. No entendía su reacción. ¿Estaba en shock? ¿Qué tanto lo había jodido? Se pasó los dedos por la garganta e hice una mueca ante las marcas de mordidas que había dejado en su piel impecable. Era un monstruo. Jamás debí haberme unido a alguien como Aria.

Aria se sentó e hizo una mueca, el dolor recorriéndole el rostro. Una nueva ola de autodesprecio me atravesó más fuerte y afilado que cualquier cuchillo.

—Aria, por favor dime. ¿Yo...? —Ni siquiera podía decir la puta palabra. ¿Qué clase de hombre podía realizar el acto pero no decir la palabra?

Las cejas de Aria se fruncieron a medida que me miraba como si no entendiera ni una palabra de lo que estaba diciendo.

—¿No recuerdas?

—Recuerdo fragmentos. Recuerdo someterte. —Ese era el peor recuerdo de todos.

Aria inclinada sobre el sofá, yo encima de ella.

—No me heriste —dijo Aria en voz baja.

Su cuerpo hablaba un idioma diferente. ¿Por qué estaba intentando protegerme?

—No me mientas.

Aria se arrastró hacia mí. La contemplé sin moverme.

—Fuiste un poco más rudo que de costumbre pero lo deseaba. Lo disfruté.

Tenía problemas para creerlo, considerando cómo era mi lado más áspero.

—No, en serio, Luca —murmuró Aria, besando mi mejilla. No se veía asustada o rota—. Me vine por lo menos cuatro veces. No recuerdo exactamente

LUCA VITIELLO

todo. Me desmayé por la sobrecarga de sensaciones. —Cerré los ojos un momento. Mierda. No era como mi padre—. No entiendo qué te pasó. Incluso atacaste a Romero.

Puse mi mano en la rodilla de Aria, saboreando la sensación de su suave piel, contento de que no se hubiera inmutado.

—Mi padre está muerto.

Los ojos de Aria se abrieron por completo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Anoche. Tenía una cena en un restaurante pequeño en Brooklyn cuando un francotirador le metió una bala en la cabeza. —Aria no necesitaba saber toda la verdad. No serviría de nada. Cuanto menos supiera al respecto, más segura estaría.

—¿Y tu madrastra?

—Ella no estaba allí. Estaba con su amante. También fue asesinada, probablemente porque la Bratva pensó que era su esposa. Alguien debe haberles dicho dónde encontrarlo. Solo unos pocos sabían que iba allí. Estaba de incógnito. Nadie podría haberlo reconocido. Tiene que haber un traidor entre nosotros.

Nina probablemente estaba sorbiendo champán y bailando en las mesas mientras hablábamos. Tenía que ir a verla con Matteo más tarde hoy. Una parte de mí se preguntaba si tal vez había estado involucrada en su muerte. Tenía que descubrirlo para así poder averiguar si había un traidor entre nuestros hombres. Por supuesto, tenía mis sospechas.

—¿Cómo te sientes? —Tocó mi pecho como si necesitara el consuelo. No había sentido ni una onza de tristeza por la muerte de mi padre. Al verlo acostado en su propia sangre con los ojos abiertos y vacíos, no había sentido ni una pizca de las emociones que la visión de las magulladuras de Aria había evocado en mí. Acaricé la parte superior del brazo de Aria, y luego tracé ligeramente las marcas de mordidas en su garganta.

—Aliviado.

Aria inclinó la cabeza.

—¿Por qué finalmente eres Capo?

Porque mi padre nunca podría lastimar a Aria, porque ya no tendría que matar al hombre para protegerla. Finalmente se había ido, y yo reconstruiría a la Famiglia en algo más fuerte y mejor.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Sí —respondí. Me incliné hacia delante y la besé en la frente—. ¿En serio no te hice daño?

Aria me besó.

—Me necesitabas y yo te necesitaba a ti, Luca. —La mirada en los ojos de Aria rasgó mi última pared.

Me levanté rápidamente.

—Necesito encargarme de la situación. La Familia necesita que tome el control y descubra a los traidores.

Aria sonrió.

—Vas a ser un gran Capo. —No dije nada, solo contemplé el rostro amable de mi esposa. Se deslizó fuera de la cama—. ¿Puedo ayudarte con algo? ¿Debería acompañar a Nina?

Negué con la cabeza.

—Toma un baño y relájate. Me encargaré de todo.

Aria asintió, pero podía decir que estaba decepcionada, pero no quería que se involucrara en este lío mientras no supiera exactamente lo que había sucedido, y Nina no necesitaba consuelo más que yo. Después de un último beso, me metí en la ducha. Cuando terminé de prepararme, la encontré abajo en una bata de baño de satén, tomando un sorbo de café.

—¿Romero no debería estar aquí a esta hora?

—Mierda —suspiré. Buscando entre el desorden de mis ropas ensangrentadas en el piso, hasta que finalmente encontré mi celular. Lo recogí. Lo había puesto en silencio y tenía diez llamadas perdidas e innumerables mensajes de Romero y Matteo, así como de Dante y Scuderi.

Llamé a Matteo a medida que desbloqueaba el ascensor. Matteo contestó después del segundo timbre.

—¿Has perdido la puta razón? Llevo horas intentando llamarte. ¿Cuál es tu maldito problema?

—¿Pasó algo?

—Yo debería preguntarte eso —contestó Matteo con cuidado. El ascensor comenzó a ascender desde su piso—. Romero está aquí. ¿Dónde está Aria?

Matteo sonaba preocupado.

LUCA VITIELLO

Eché un vistazo a mi esposa que sostenía su taza contra sus labios, observándome preocupadamente. Le di una sonrisa tensa, que ella regresó de inmediato.

—¿Luca?

Las puertas del ascensor se abrieron y Matteo y Romero salieron, ambos moviéndose con cuidado como si esperaran lo peor.

Sus ojos me encontraron y luego se movieron detrás de mí. La desaprobación cruzó el rostro de Romero y apretó la boca, pero no dijo nada. Podía imaginar lo que pensaba, viendo las marcas en la garganta de Aria. Un moretón rodeaba su propia garganta donde lo sostuve en un estrangulamiento.

—Eso no debería haber ocurrido —dije, intentando ignorar la forma en que Matteo me estaba radiografiando con su mirada.

Los ojos enojados de Romero me golpearon.

—Yo puedo soportarlo.

Me enderecé. Me habría despreciado para siempre si hubiera lastimado a Aria como lo había pensado en un principio, pero Romero no tenía derecho a criticarme, ni ahora, ni nunca.

—Soy tu Capo —dije en voz baja, y esas palabras me llenaron con un propósito nuevo, una extraña sensación de arribo—. Si hay algo que quieras decirme, entonces hazlo.

Romero miró hacia otro lado con el tiempo, pero podía decir que todavía estaba cabreado en nombre de Aria.

—¿Quieren café? —intervino Aria, como de costumbre, salvando el día.

—Sí —respondió Romero sin dudarlo y se acercó a ella. Entrecerré los ojos ante su numerito, incluso si tenía que admitir que su instinto protector con respecto a Aria era algo bueno.

Aria saltó del taburete de la barra y se dirigió a la cafetera.

—¿Qué hay de ti, Matteo?

Mi hermano negó con la cabeza, sus ojos aún enfocados en mí.

Aria preparó un café mientras Romero permanecía cerca de ella, con los ojos fijos en los moretones. Aria le sonrió y dijo algo que no capté, y él se relajó.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—¿Qué pasó? —preguntó Matteo a medida que se acercaba a mí—. ¿Aria está bien?

—¿Qué crees? —murmuré.

Evaluó mis ojos.

—Creo que incluso cegado por la rabia, no lastimarías a tu esposa.

Le di un asentimiento conciso.

—Deberíamos ver a Nina y concertar una reunión con los lugartenientes y Capitanes lo antes posible. Y alguien tiene que organizar el funeral.

—No seré yo. Por todo lo que me importa, podemos arrojar el cuerpo en el Hudson.

—Le daremos la tarea a Nina. Hará que sea todo un espectáculo por el bien de las apariencias —dije. Entonces, recordé algo—. ¿Le dijiste a Dante o Scuderi sobre la muerte de nuestro padre?

Matteo negó con la cabeza.

—Eres el Capo. Es tu trabajo.

Entramos en el ascensor y le mostré a Matteo mi lista de llamadas perdidas.

—Tengo el presentimiento de que alguien más les dijo.

—Entonces deberíamos averiguar quién fue y tener una larga conversación con ellos. —Sus labios se crisparon.

Di un asentimiento. El peso que se había alzado cuando mi padre murió quedó reemplazado por un nuevo peso de responsabilidad. La Famiglia necesitaba un Capo fuerte.

—Serás un Capo mejor que nuestro padre —dijo Matteo.



Matteo y yo entramos en la mansión Vitiello. Estaba extrañamente tranquilo. Habría pensado que Nina ya estaba bailando en las mesas. Matteo me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Nina? —llamé.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

Sin respuesta. Sacamos nuestras armas y subimos las escaleras lentamente.

—¿Dónde están los guardias? —murmuró Matteo.

Eso era lo que también me había preguntado. Nina aún podía ser objeto de posibles ataques a menos que estuviera involucrada en la muerte de padre.

No la encontramos en su habitación cuando una risa ahogada provino desde el pasillo. Matteo y yo seguimos el sonido hacia la habitación de mi padre y encontramos a Nina en el suelo en medio de montones de ropas en jirones. En una mano sostenía unas tijeras y, en la otra, una botella casi vacía del whisky más caro de padre. Su ligero camión estaba salpicado de sangre de heridas en sus manos y antebrazos. Debe haberse cortado en su estupor ebrio mientras destruía los trajes y las camisas de vestir de padre.

Nos miró entonces con los ojos llorosos y desenfocados.

—¿Está muerto?

—Murió en agonía —respondí.

Nina echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar otra risa ahogada que se convirtió en un sollozo. Levantó la mano con las tijeras para apartarse un mechón de cabello de su frente. Agarré su muñeca rápidamente y le quité las tijeras de los dedos antes de que perdiera un ojo por accidente. Se aferró a mi camisa cuando la ayudé a levantarse.

—¿Qué va a pasarme ahora? —preguntó arrastrando las palabras.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, intentando aflojar su agarre sin romperle los dedos, pero se hizo evidente con bastante rapidez que no podía pararse por sí misma.

—No tengo nada... nada. Tu padre me desheredó. Él no quería que fuera feliz cuando muriese.

No quería que nadie fuera feliz jamás. Matteo me dio una mirada. Había sospechado que mi padre encontraría la manera de hacer que la vida de Nina fuera un infierno incluso después de su muerte.

—Toma una ducha, Nina —ordené—. Hablaremos cuando estés sobria.

La llevé al baño, abrí el grifo del agua fría de la ducha y la senté debajo. Ella jadeó bruscamente.

—Estaremos esperando abajo. Date prisa. Tenemos mucho que discutir —dije, luego me di vuelta y me fui con Matteo a mi lado.

LUCA VITIELLO

La familia de Nina consistía en soldados bajos. Padre la había elegido por esa misma razón, porque le garantizaba que podía torturarla sin que una familia influyente se interponga en el camino. Nina no tenía nada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Supongo que no la casarás de nuevo?

—No —contesté de inmediato—. Llama a Cesare y dile que envíe a un par de hombres de confianza para convertirse en los nuevos guardias de Nina. No quiero a los hombres de padre alrededor de ella.

Nos dirigimos a la cocina, que también estaba desierta. ¿Se habían ido todos al momento en que se enteraron de la muerte de padre? Activé la cafetera mientras llamaba a Bardoni. Contestó al instante.

—Luca, qué placer.

Hice una mueca.

—¿Por qué Nina está sola en la casa?

—Tu padre me dio órdenes en caso de su muerte. Se suponía que el personal no trabajaría para Nina, y se supone que debe mudarse de la casa.

—Mi padre está muerto. Ahora soy el Capo. Todo me pertenece, y yo decido lo que pasa. Jamás dará ni una sola orden sin consultarme primero, ¿entendido? — Colgué, furioso.

Matteo se inclinó a mi lado.

—Cesare envió a dos hombres.

Preparé café, intentando controlar mi ira. Unos pasos resonaron y Nina entró. Estaba pálida y no usaba maquillaje. Parecía tener menos de treinta y tres años en ese momento, recordándome a la niña a merced de mi padre hace muchos años. Había pasado por el infierno con él, por eso no la odiaba tanto como debería por la forma en que nos había tratado cuando solo éramos niños.

Llevaba un vestido negro sin mangas que revelaba los moretones en sus muñecas, antebrazos y tobillos. Nos contempló a Matteo y a mí como a menudo lo hacía con mi padre y luego envolvió sus brazos alrededor de su cintura.

—Me echarás a la calle, ¿verdad?

Llené una taza de café y me acerqué a ella.

—Bebe.

LUCA VITIELLO

La tomó con manos temblorosas, mirándome como un perro golpeado esperando que su amo lo castigue. Maldición. Prefería la malicia de Nina a esto. Tragó con fuerza y luego miró a Matteo.

—Podría... tal vez tú... yo...

Matteo hizo una mueca. Se estaba ofreciendo a él por cualquier cosa que pensara que él podría querer con ella.

—Nina —dije con firmeza, y sus ojos se dispararon hacia mí. Padre había hecho un trabajo maravilloso rompiéndola.

—Te daré esta casa. Haz con ella lo que quieras. Véndela o quémala, me importa un carajo. —Sus ojos se abrieron de par en par. La casa tenía un valor de mercado de alrededor de quince millones de dólares—. Elegí dos nuevos guardaespaldas para ti. Te protegerán de ahora en adelante. Como madrastra del nuevo Capo, necesitas protección. —No dijo nada, solo me miró fijamente—. Conserva tu tarjeta de crédito. Te daré diez mil dólares al mes para que así puedas vivir cómodamente. Eres libre de vivir tu vida dentro de los límites de nuestras reglas.

Dejó la taza sobre la encimera, y dio un paso hacia mí, luego se detuvo.

—¿Qué quieres a cambio?

—La verdad sobre la muerte de mi padre y que me digas si alguien intenta conspirar a mis espaldas.

Ella levantó la barbilla.

—No sé quién mató a Salvatore, pero me gustaría poder agradecerles.

Asentí.

—¿Y?

—Sabes que tus tíos quieren que tú y tu hermano desaparezcan, pero no sé nada. No me hablan. Solo soy una mujer.

—Una última cosa —dije. Nina se tensó, pero su rostro ya no lucía tan sumiso—. Organiza un funeral espléndido. Queremos que todos crean que estamos inconsolables por la muerte de mi padre. Gasta tanto dinero como necesites.

Con eso me fui. No tenía sentido fingir que éramos una familia o que nos preocupábamos los unos por los otros. Hice lo que dictaba el honor, y ahora Nina ya no era mi problema.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Tenía más que suficiente que hacer, lo más importante era hablar con Fiore Cavallaro y dejar claro que la muerte de mi padre no debilitaba a la Familia. Me aseguraría que la Familia superara esto y emergiera más fuerte.

BOOKZINGA FORO

309

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

VEINTICUATRO

Nina se había superado a sí misma. Mi padre fue enterrado en el ataúd de caoba más caro que se podía comprar. Todos los que importaban de la Famiglia y la Organización de Chicago se congregaron en el cementerio, así como muchos políticos de alto rango.

Todos me habían buscado en los últimos días, queriendo asegurarse que la Famiglia seguiría pagando por sus campañas ahora que estaba en el poder. Lo mismo podría decirse de los Capitanes y lugartenientes, incluso de mis tíos: todos acudieron a mí para ofrecerme sus condolencias y confirmar sus posiciones. Esta mañana me había hecho cargo oficialmente como Capo, había pronunciado el juramento frente a los Capitanes y lugartenientes, pero sabía que eso no significaba que todos me aceptarían sin reservas.

Ninguno estaba triste de que mi padre se hubiera ido, excepto Bardoni, y eso solo porque había perdido su puesto como Consigliere. Cada par de ojos se posó sobre Matteo y yo, evaluándonos, buscando alguna pizca de debilidad. Los dos éramos jóvenes, y muchos intentarían debilitarnos. Dudaba que esperaran hasta la primera reunión oficial de la Famiglia conmigo como Capo para hacerlo. Mis tíos probablemente ya habían comenzado a mis espaldas.

Eché un vistazo a Aria cuando sentí sus ojos en mí. Me contemplaba con un toque de preocupación, como había hecho a menudo estos últimos días. Resistí la tentación de tomar su mano o besarla y mantuve mi expresión fría y dura. Bajó la mirada hacia el ataúd que seis hombres de la mafia bajaban al suelo. Aria pensaba que, en el fondo, una parte de mí se sentía triste por la muerte de mi padre. No sabía que había planeado matarlo para protegerla, y nunca lo haría. Ahora estaba muerto. Eso era todo lo que importaba.

Mis tíos siguieron dándome falsas sonrisas empáticas como si alguno de nosotros lo extrañaría.

Después, todos vinieron a Matteo, Nina y a mí para ofrecer sus condolencias y felicitarme por convertirme en Capo. Nina había perfeccionado sus lágrimas falsas mientras se aferraba a la tía Criminella. Intenté vigilar el área a pesar de los muchos guardias rodeando el perímetro. Tenía el presentimiento de que la Bratva intentaría una vez más eliminarnos a Matteo y a mí pronto. Hoy era la oportunidad perfecta para deshacerse de muchos miembros importantes de la mafia italiana.

LUCA VITIELLO

Aparté a Romero a un lado durante el velatorio.

—Lleva a Aria y sus hermanos a los Hampton. No los quiero en Nueva York para la reunión de esta noche.

Romero asintió.

—Supongo que Umberto vendrá con nosotros.

—Sí, y también Cesare —le dije. Scuderi quería tener a sus propios guardaespaldas cuando sus hijos estuvieran en mi mansión, y no me importó la protección adicional.

Varias horas más tarde, tanto los Cavallaro como Scuderi se habían reunido alrededor de la mesa en la Esfera con Matteo y conmigo para discutir la creciente amenaza rusa pero, como de costumbre, no fueron muy comunicativos con respecto a la Bratva en su territorio. Desde el inicio de nuestra cooperación, siempre intercambiamos solo el más mínimo de información. Después de una tensa cena juntos, Matteo y yo nos dirigíamos a mi auto para ir a casa cuando Cesare llamó.

Una sensación de temor se instaló en mi estómago.

—¿Cesare?

Disparos sonaron en el fondo.

—Estamos bajo ataque. La Bratva está intentando entrar en las premisas.

—Lleva a Aria a la habitación de pánico. ¡No dejes que los rusos la atrapen! ¡Tomaremos el helicóptero! —grité, ya corriendo hacia el auto.

—¿Qué pasa? —preguntó Matteo mientras se arrojaba en el asiento a mi lado.

—La Bratva ataca la mansión —solté a través de mi garganta apretada y luego llamé a nuestro piloto para preparar el helicóptero. Matteo estaba al teléfono con nuestros Capitanes para organizar el refuerzo.

Al segundo en que estuvimos en el helicóptero, llamé al celular de Aria. Pasó casi un minuto antes de que finalmente contestara, momentos que parecieron una eternidad.

—¿Aria? ¿Estás a salvo?

—Mataron a Umberto —susurró Aria.

Me importaba un carajo quién muriera mientras Aria estuviera a salvo. Los mataría a todos con mis propias manos si eso significaba que ella volvería conmigo.

LUCA VITIELLO

—¿Dónde estás?

La respiración de Aria era rápida.

—Buscando a Gianna.

Mi estómago se hundió.

—Aria, ¿dónde está Romero? ¿Por qué no está llevándote a la habitación de pánico?

—Tengo que encontrar a Gianna.

—Aria, la Bratva te quiere. Ve a la habitación de pánico. Estoy tomando el helicóptero. Estaré ahí en veinte minutos. Ya estoy en camino. —Podría haber una sola razón por la que la Bratva atacaba la mansión cuando todos los miembros de la mafia estaban en Nueva York. Querían a Aria porque habían descubierto que ella era la única manera de alcanzarme.

—No puedo hablar más —dijo Aria.

—Aria... —No llegué más lejos cuando se cortó la llamada. Por un segundo, no pude hacer nada más que mirar mi teléfono.

—¿Luca? ¿Qué te dijo? ¿Gianna está con ella? —preguntó Matteo, pero lo ignoré. Si hubiéramos estado solos, tal vez habría hablado con él, pero como había otros tres hombres en el helicóptero, no quería que se dieran cuenta de lo preocupado que estaba por mi esposa. Nunca antes me había sentido tan indefenso. Alcancé mi arma y comencé a revisarla para asegurarme que todo estuviera funcionando. No podía permitirme considerar lo que podría suceder en caso de que la Bratva pusiera sus manos en Aria. Llegaría a tiempo.

Nuestro piloto descendió el helicóptero sobre el césped detrás de la mansión. Al segundo en que saltamos de él, las balas llovieron en el aire hacia nosotros. Nos escondimos detrás de una de las estatuas de mármol italiano decorando el jardín y comenzamos a disparar.

Pronto, nos abrimos paso hasta la casa. Hice un gesto para que Matteo y mis otros hombres cubrieran mis espaldas. Entonces asalté en la casa. Le disparé al primer ruso en la cabeza, al segundo en la garganta.

—Tenemos a tu esposa, Vitiello. Si quieres verla en una sola pieza es mejor que detengas el combate y sueltes tus armas —gritó Vitali.

312

LUCA VITIELLO

—Nadie actúa hasta que yo dé una orden. ¿Entendido? —gruñí, fijando mi mirada en Matteo. Asintió, pero no estaba seguro de cuánto valía, después de todo, Gianna también estaba allí.

Tratar de mantener la calma en mi cara fue una batalla perdida. Podía sentir la furia hirviendo a fuego lento bajo mi piel, y peor aún: miedo. Me centré en lo primero. Mostrar miedo por la vida de Aria frente a mis enemigos habría sido el error final.

Entré en la sala de estar de la mansión lentamente, con las armas aun aferradas en mis manos. Mis ojos registraron a Cesare tendido en su propia sangre en el suelo, con los ojos completamente abiertos mientras su pecho se agitaba con cada aliento entrecortado. Levanté mi vista. Ya estaba muerto. Matteo permaneció cerca de mí, pero mis ojos se enfocaron en Vitali y Ari. La sostenía contra su cuerpo, su cuchillo presionado contra su garganta. Lo desmembraría de la manera más cruel posible.

—Entonces, ¿esta es tu esposa, Vitiello? —preguntó Vitali con una sonrisa sucia. Presionó su cuchillo contra la piel de Aria y la sangre brotó. Mi corazón se aceleró, el miedo disparándose más fuerte y rápido. Un movimiento de su cuchillo podría matarla, podría arruinar todo.

—Déjala ir, Vitali —gruñí, furioso y aterrorizado. No recordaba la última vez que tuve miedo durante una confrontación. No temía a la muerte, pero perder a Aria... la idea me abrió un agujero en el pecho.

Vitali agarró la garganta de Aria. Sus ojos aterrados se encontraron con los míos.

—No lo creo —dijo—. Tomaste algo que nos pertenece, Vitiello, y ahora tengo algo que te pertenece a ti. —Vitali pasó su mano por la mejilla de Aria, y casi perdí la cordura. Si su maldita cabeza no hubiera estado tan cerca de la de Aria, habría puesto un agujero en su puta frente—. Quiero saber dónde está. —Me balanceé hacia adelante, deseando romperlo en pedazos, pero Vitali levantó su cuchillo una vez más—. Bajen sus armas o cortaré su garganta.

Aria cerró los ojos por un momento, resignándose a su destino. ¿Creía que rechazaría la orden de Vitali porque no quería prestigio? ¿Que la dejaría ir para parecer fuerte delante del imbécil ruso?

Solté mis armas. Daría mi vida por Aria. Haría cualquier cosa por ella. Matteo me miró como si hubiera perdido la jodida cabeza, pero entrecerré los ojos hasta que él también dejó caer sus armas.

LUCA VITIELLO

Vitali sonrió a medida que lamía la cara de Aria otra vez.

—Tu esposa sabe deliciosa. Me pregunto si sabe así de delicioso en todas partes. —Él obligó a Aria a mirarlo. Ella parecía que iba a llorar cuando él acercó su rostro, y todo en lo que pude pensar fue en cómo podría protegerla, cómo podría matar al bastardo para mantener a mi esposa a salvo.

Aria intentó retroceder, su expresión desesperada, y miré mis armas.

Vitali lamió la barbilla de Aria y comencé a temblar con tanta rabia que, estaba seguro que me consumiría en cualquier momento. Y entonces todo sucedió muy rápido. Aria sacó un cuchillo de su bolsillo trasero y lo empujó en el muslo de Vitali. Gritó de dolor, liberándola. Saqué mi propio cuchillo de la pistolera de mi espalda, corrí hacia ellos, atraje a Aria a mi lado y rajé la garganta de Vitali. La sangre salió disparada de su herida abierta y en mi ropa.

Sonaron disparos y gritos. Apreté a Aria contra mi cuerpo, agarré las armas del suelo y comencé a disparar. Aria se agachó y tomó una pistola para ella. Apunté a otro hijo de puta ruso y le destruí el cráneo. Arrastrando a Aria hacia el imbécil, alcancé su arma porque una de las mías se había quedado sin balas.

—¡Luca! —gritó Aria. Mi mirada se disparó en alto cuando otro atacante apuntó su arma hacia mí. Mierda.

Aria saltó frente a mí y disparó al mismo tiempo que el ruso apretó el gatillo. El disparo resonó en mis oídos y Aria se sacudió.

Sus ojos se abrieron de par en par, sus labios se separaron en un grito agonizante, y todo mi mundo pareció detenerse. Empujé a Aria contra mí una vez más, pero sus piernas cedieron, y ahí fue cuando vi la sangre empapando su camisa. Mi ritmo cardíaco se triplicó a medida que un miedo frío me atravesó por dentro. La bajé al suelo, sosteniéndola en mis brazos, pero ella yacía completamente inmóvil. Por un segundo estuve seguro que estaba muerta, que había perdido a la única persona que amaba más que a mi propia vida. Nunca había sabido que el amor significaba tener miedo todo el tiempo, miedo de perder a alguien sin el que no podías vivir.

—Aria —susurré con voz ronca, mis ojos ardiendo de una manera que no lo habían hecho en casi quince años. Mis dedos rozaron su garganta, sintiendo su pulso errático. Viva. Un alivio puro estalló a través de mí. Presioné sobre su herida para detener la hemorragia, haciendo que Aria dejara escapar un gemido.

Se había arrojado delante de mí, había recibido una bala por mí. Tragué con fuerza, y le aparté el cabello de la frente.

LUCA VITIELLO

—Aria, amor, despierta —murmuré, inclinándome sobre su cara pálida.

Todo estaba en silencio a nuestro alrededor.

—¿Luca?

Miré a mi hermano, que se aferraba a Gianna. La mirada en sus ojos era una de absoluta preocupación, como si esperara a que perdiera mi puta cordura.

Aria gimió y la miré rápidamente. Debido a la presión que aplicaba a su herida, había dejado de sangrar, pero estaba pálida. Y entonces sus ojos se abrieron muy despacio y esos ojos azules que habían tenido poder sobre mí desde el primer momento se encontraron con los míos.

Amaba a esta mujer. Las palabras se cernieron en mi lengua, pero todos estaban mirando y no podía decirlas, no ahora.

—¿Estás bien? —preguntó Aria en un susurro.

¿Me preguntaba si estaba bien? Fui yo quien había fallado en protegerla. Jamás me habría perdonado si Aria hubiera muerto hoy.

—Sí —respondí apenas a través de mi garganta apretada—. Pero tú no.

La expresión de Aria se retorció de dolor, pero no podía aflojar mi agarre en su herida.

—¿Qué hay de Gianna, Lily y Fabi?

—Bien —gritó Gianna, todavía presionada contra mi hermano. Los ojos de Aria se desenfocaron una vez más.

Necesitaba tratamiento. Ahora.

Solté la herida de Aria y la levanté con cuidado en mis brazos. Su grito de dolor me puso tenso, pero peor fueron las lágrimas bajando por sus pálidas mejillas. La llevé hasta el vestíbulo de entrada, que a estas alturas estaba llena con mis soldados. La mayoría de los atacantes estaban muertos, y aquellos que no lo estaban, pronto desearían la muerte.

—Te llevaré al hospital —le dije.

Matteo apareció frente a mí.

—Luca, deja que el Doc lo maneje. Él ha estado cuidando de nuestros asuntos desde hace años.

LUCA VITIELLO

Le fruncí el ceño a mi hermano. Si no estuviera llevando a Aria, lo habría empujado fuera del camino.

—No —gruñí—. Aria necesita una atención adecuada. Ha perdido demasiada sangre.

—Puedo hacer una transfusión de sangre —dijo Doc cuando entró en la mansión.

Le entrecerré los ojos. Aria tocó mi brazo.

—Está bien, Luca. Deja que cuide de mí. No quiero que me lleves a un hospital. Es demasiado peligroso.

Evalué el rostro de Aria. Me estaba rogando que acceda. Aria era demasiado desinteresada, demasiado buena. Asentí lentamente, dándome cuenta por qué lo hacía. Quería que yo pareciera fuerte. Aria no era una debilidad. Alejé mis ojos y sacudí mi cabeza hacia el Doc.

—¡Sígueme!

Aria se desmayó de nuevo en mi agarre.

—Tengo que buscar todo lo que necesito del auto —dijo Doc.

—Apúrate —gruñí mientras llevaba a Aria por las escaleras y me metía en un dormitorio. La puse sobre el colchón con suavidad y luego le acaricié la mejilla—. Aria, te amo —dije en voz baja. Admitirlo en voz alta, incluso cuando nadie pudiera oírme, se sintió como un gran paso. Me agaché y besé su frente, pero me enderecé cuando escuché pasos.

Doc entró cojeando con su asistente femenina. A veces también trabajaba con un chico, pero probablemente sabía que no habría dejado que un hombre joven estuviera cerca de mi esposa.

—Tengo que echar un vistazo a su lesión —dijo Doc con cuidado.

Retrocedí un paso de modo que él pudiera pasar, pero me quedé cerca. No dejaría a Aria sola con nadie en su estado. Doc me miró brevemente antes de inclinarse sobre ella. Sintió su pulso y luego levantó un párpado para revisar sus ojos antes de continuar con más exámenes.

—¿Estará bien? —pregunté bruscamente.

Doc levantó la vista y frunció el ceño.

—Por supuesto. Pero necesita una transfusión de sangre. B positivo.

LUCA VITIELLO

—Soy O positivo —dije inmediatamente—. Toma mi sangre. No pierdas el tiempo.

Doc no discutió conmigo. Extendí mi brazo a medida que él preparaba todo para la transfusión directa.

Miré de nuevo a mi esposa, yaciendo impotente frente a mí.

—¿Puedes quitarle la camisa? —me preguntó Doc con respeto.

Dudé, pero entonces tomé mi cuchillo y corté la camiseta de Aria. Su sujetador blanco estaba cubierto de sangre, pero lo dejé puesto.

Doc revisó su herida mientras su asistente metía la aguja en mi brazo y luego en la de Aria. Cuando mi sangre finalmente entró en las venas de Aria, me relajé. Mantuve una estrecha vigilancia sobre el Doc cuando sacó la bala de la herida de Aria y la cosió. La culpa me desgarró profundamente ante la vista. Siempre serviría como mi recordatorio para protegerla.

Mi mirada volvió a la pálida cara de Aria. Era difícil quedarse quieto y no besar su frente y abrazarla lo más cerca posible. Al final, se hizo la transfusión y el Doc y su asistente se fueron. Estaba a solas con Aria por primera vez. Me estiré a su lado y la acuné con cuidado en mi brazo, enterrando mi nariz en su cabello. Cerrando los ojos, intenté calmar mi pulso aún acelerado. Aria estaría bien.

317

Solo una pequeña cicatriz, nada más, pero dudaba que pudiera olvidar el momento en que pensé que la había perdido.

—Jamás te perderé, *principessa* —murmuré contra su sien.

Matteo entró sin llamar. Sus ojos fijándose en la vista de mí sosteniendo a Aria contra mi pecho y, por una vez, no me importó. Confiaba en mi hermano, incluso con esta verdad.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja mientras se acercaba.

—Todavía dormida por los medicamentos para el dolor que el Doc le dio. No se despertará en unas horas más.

—El Doc se quedará en una de las habitaciones de invitados en caso de que lo necesitemos.

—Bien —dije, mirando el rostro de Aria una vez más.

—Vamos a empezar a interrogar a los bastardos rusos. Supongo que quieres ser parte de ello.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

Quería desgarrarlos, pero la idea de dejar a Aria justo en este momento hacía que mi pulso se acelerara.

—Me reuniré contigo más tarde.

La sorpresa cruzó el rostro de Matteo.

—No puedo prometer que quede mucho para ti entonces.

—Concéntrate en uno de los cabrones y déjame a los demás —gruñí, encontrándome con la mirada de mi hermano. Evaluó mis ojos y luego asintió lentamente antes de salir.

Debo haberme quedado dormido porque desperté bruscamente cuando un grito desgarrador resonó en la casa. Aria todavía estaba noqueada a mi lado. Con cuidado, saqué mi brazo de debajo de ella, agarré mi arma y salí corriendo de la habitación. Escuché por un posible ataque, pero todo estaba tranquilo en la casa excepto por el chillido.

Me tomó un momento darme cuenta que era Liliana quien hacía el sonido. Al cerrar la puerta de Aria, me precipité escaleras abajo y seguí los gritos hasta el sótano, encontrando a Gianna y Liliana allí abajo.

La vista de los rusos torturados debe haber hecho que Liliana enloqueciera. Me importaba una mierda. Todo lo que importaba era que Aria no despertara. Estaría molesta.

Matteo, Romero y yo tardamos casi quince minutos en silenciar a Liliana y llevarla a su habitación, así como a Gianna de vuelta a la suya bajo fuertes protestas.

—Maldita sea —gruñí cuando estuve solo con Matteo.

Estaba cubierto de sangre y tenía un brillo entusiasta en sus ojos.

—¿Nos vas a ayudar ahora?

Mis ojos se dirigieron al dormitorio principal.

—Quiero que el Doc vuelva a revisar a Aria, luego me uniré a ti.

—Nunca te había visto así —dijo Matteo.

No hice ningún comentario.

—Envía al Doc.

Después de que el Doc revisó a Aria, finalmente permití que Gianna visitara a su hermana y me reuní con mi hermano en el sótano.

LUCA VITIELLO

Al segundo en que entré, mis hombres se apartaron de nuestros cautivos. Romero me dio una sonrisa tensa.

Matteo hizo un gesto al cabrón en la izquierda. No estaba tan mal como el chico de la derecha. Ese era el bastardo en el que Matteo parecía tener un interés particular.

Me subí las mangas a medida que me acercaba a mi objetivo.

—¿Así que Vitali quería poner sus manos sucias en mi esposa?

Me quedé mirando al bastardo que me dio una sonrisa sangrienta.

—Nos habríamos follado a la puta. Cada uno de sus agujeros. Para eso son las putas baratas.

Mi sonrisa se ensanchó mientras acercaba mi cara a la suya.

—Vamos a ver cuántos de tus agujeros puedo follarte con mi cuchillo antes de que te disculpes por llamar puta a mi esposa.

Escupió contra mi pecho.

—No me disculparé por una puta italiana.

Me enderecé y extendí mi mano hacia Matteo, quien me entregó uno de sus cuchillos.

—Antes de tu muerte, la llamarás reina.

319



Estaba cubierto de sangre de pies a cabeza cuando me arrodillé momentos después junto al bastardo ruso gimoteando y me incliné hacia su oreja.

—Dime otra vez, ¿quién es mi esposa?

Sostuve la hojilla cubierta de sangre delante del ojo que aún tenía. Él gimoteó.

—Puedo prolongar esto por al menos otra hora, quizás más —dije con una sonrisa.

—Es... es una reina —dijo atragantado.

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

—Eso es correcto. —Clavé mi cuchillo en su ojo, terminando con su existencia miserable.



Salí de la ducha en el dormitorio de invitados cuando escuché que llamaban. Envolví una toalla alrededor de mi cintura rápidamente y corrí hacia la puerta, abriéndola y mirando fijamente a la pelirroja.

Ella frunció.

—¿Intentando lavarte la sangre?

—¿Qué quieres? —gruñí. Todavía estaba al borde de los eventos del día y no tenía paciencia para su sarcasmo.

—Pensé que te gustaría saber que Aria está despierta.

Regresé a la habitación y me vestí rápidamente, luego fui a la habitación principal descalzo.

Para el segundo en que vi a Aria, mi corazón palpitó salvajemente en mi pecho. Sombras oscuras se extendían bajo sus hermosos ojos azules y me dio una sonrisa pequeña.

Mis piernas me llevaron hasta ella y la besé en la frente. Para mi sorpresa, Gianna se fue sin dudarlo.

—¿Necesitas morfina? —pregunté.

—Sí.

Le inyecté la morfina a Aria y luego sostuve su mano en la mía, necesitando tocarla.

—¿Perdimos a alguien? —preguntó.

—Unos pocos. Cesare y un par de soldados —respondí antes de agregar—: Y Umberto.

La tristeza se reflejó en los ojos de Aria.

—Lo sé. Lo vi recibir un disparo.

LUCA VITIELLO

No podía sentirme triste por los hombres que habíamos perdido porque Aria estaba aquí.

Aria tragó.

—¿Qué quiso decir ese tipo Vitali cuando dijo que tenías algo que le pertenecía?

—Interceptamos una de sus entregas de drogas. Pero eso no es importante ahora. —Lo único que importaba era mantener a Aria a salvo.

—¿Qué es importante, entonces? —susurró.

—Que casi te pierdo. Vi que te dispararon —solté, recordando ese momento. Nunca antes me había sentido así, como si una parte de mí fuera arrancada por otra persona—. Tienes suerte que la bala solo golpeó tu hombro. El doctor dice que se curará por completo y serás capaz de utilizar tu brazo como antes.

Aria parpadeó lentamente y las comisuras de su boca se torcieron brevemente. Los medicamentos la estaban arrastrando de nuevo.

Acerqué mi cara a la de ella.

—No hagas eso de nuevo, nunca —dije con voz ronca.

Ella inclinó la cabeza como si no supiera a qué me refería.

—¿Qué?

—Recibir una bala por mí.

Aria apretó mi mano ligeramente, sus párpados cayendo.

—Siempre recibiré una bala por ti. —Se quedó dormida antes de que pudiera decir una palabra más.

Besé sus labios suavemente.

—No lo permitiré. Nunca más.

VEINTICINCO

Aria durmió la mayor parte del día, solo despertando unas cuantas veces para hablar con sus hermanos. Intenté visitarla lo más a menudo posible, pero tuve que hablar por teléfono con mis Capitanes y Dante. No iría a Nueva York para ninguna reunión hasta que pudiera llevar a Aria conmigo a la ciudad, y ella todavía estaba demasiado inestable.

Las cosas empezaron a calmarse un poco cuando su familia se fue a Chicago, y ordené a mis Capitanes que esperaran con los ataques a la Bratva hasta que tuviéramos el objetivo perfecto. No quería perder más hombres con ataques de rabia ciega. Necesitábamos golpearlos donde más les doliera.

Después de mi última llamada, regresé al dormitorio principal. Había agua corriendo en el baño, así que me senté en la cama, esperando a Aria. Cuando finalmente emergió, estaba hurgando a tientas su camisión, intentando deslizarse la segunda correa en su hombro, pero con su lesión era imposible.

—¿Terminaste con los negocios? —preguntó con una suave sonrisa mientras caminaba hacia ella. La conduje hacia la cama y la empujé suavemente hacia abajo. Sus ojos lucían claros y amables, no llenos de dolor ni abrumados por las drogas. Mi Aria—. Estoy bien —dijo con firmeza.

Toda la preocupación y el miedo que había estado sintiendo chocaron contra mí. Me arrodillé ante ella y presioné mi cara contra su estómago.

—Podría haberte perdido hace dos días.

Aria tembló.

—Pero no lo hiciste.

Me encontré con su mirada suave.

—¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué recibiste una bala por mí? —Si hubiera muerto por mi culpa, si la hubiera perdido, habría perdido la cabeza. Incluso solo pensarlo, revivir el momento en que pensé que estaba muerta, me rasgaba un enorme agujero negro en el pecho.

Los ojos de Aria se tornaron aún más suaves.

—¿De verdad no sabes por qué?

LUCA VITIELLO

Su expresión me dijo por qué. Y todo pareció detenerse. Sabía lo que sentía por la mujer que tenía delante, lo supe con absoluta certeza al momento en que casi la perdí, pero incluso antes de eso había conocido la naturaleza de mis sentimientos, pero me había aferrado a mis dudas. Amaba a Aria. ¿Y cómo no podría? Era de amar. Era amable, gentil y compasiva. Era luz pura. Era alguien que merecía ser amada.

Y yo no.

Sabía lo que era.

—Te amo, Luca.

Acuné su cara, acercando nuestros rostros pero nunca lo suficientemente cerca. Estudié sus ojos, intentando entender cómo podía amarme, cómo encontró algo en mí que merecía ser amado.

—Me amas —repetí. Nadie nunca antes me había dicho esas palabras. Nadie debería—. No deberías amarme, Aria. No soy alguien que debe ser amado. La gente me teme, me odia, me respeta, me admira, pero no me ama. Soy un asesino. Soy bueno asesinando. Probablemente mejor que en cualquier otra cosa, y no me arrepiento. Mierda, incluso a veces me gusta. ¿Esa es la clase de hombre que deseas amar?

323

Aria me dio esa sonrisa; la sonrisa que iluminaba como un rayo de sol en mi oscuridad, que calentaba todo incluso mi corazón frío.

—No es una cuestión de desear, Luca. No es como si pudiera optar por dejar de amarte —susurró.

Pocas cosas en su vida habían sido su elección. Era justo que incluso sus sentimientos por mí no lo fueran. Estaba tan atrapada en su amor por mí como estaba atrapada en este matrimonio.

—Y odias amarme. Recuerdo que dijiste eso antes.

Aria negó con la cabeza.

—No. Ya no. Sé que no eres un buen hombre. Siempre lo he sabido, y no me importa. Sé que debería hacerlo. Sé que debería pasar las noches despierta, odiándome por estar bien con el hecho de que mi marido es el jefe de una de las organizaciones criminales más brutales y más mortales en los Estados Unidos. Pero no lo hago. ¿En qué me convierte eso? —Aria inclinó su cabeza en mi agarre, mirando sus manos en su regazo con un pequeño ceño fruncido—. Maté a un hombre y no me siento mal. Ni un poco. Lo haría de nuevo. —Se encontró con mi

LUCA VITIELLO

mirada y sus ojos desbordaban amor. No odio, ni arrepiento, nada más que amor—. ¿En qué me conviertes eso, Luca? Soy una asesina como tú.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Él se merecía morir. —Desearía haberlo matado, no solo porque quería que todos y cada uno de los miembros de la Bratva sufrieran tanto como fuera posible, sino también porque no quería que Aria estuviera agobiada con la muerte.

—No hay uno de nosotros que no merezca la muerte. Probablemente nos la merecemos más que la mayoría —susurró Aria.

—Eres buena, Aria. Eres inocente. Te obligué a entrar en esto. —¿Cómo podía compararse conmigo? No sabía lo que había hecho, lo que me gustaba hacer. Había matado para proteger a alguien que amaba. Yo mataba por muchas razones, pocas de ellas nobles o altruistas.

—No lo hiciste, Luca. Nací en este mundo. Elegí quedarme en este mundo. El hecho de nacer en nuestro mundo significa nacer con sangre en tus manos. Con cada aliento que tomamos el pecado está grabado profundamente en nuestra piel.

—No tienes otra opción. No hay manera de escapar de nuestro mundo. Tampoco tenías opción al casarte conmigo. Si hubieras dejado que esa bala me matara, al menos habrías escapado de nuestro matrimonio.

No habría sido libre porque la libertad no existía en nuestro mundo, pero Matteo no la habría obligado a casarse otra vez.

—Hay pocas cosas buenas en nuestro mundo, Luca, y si encuentras una por lo general te aferras a ella con todas tus fuerzas. Tú eres una de esas buenas cosas en mi vida.

Mi pecho se hinchó de amor.

—No soy bueno.

—No eres un buen hombre, no. Pero eres bueno para mí. Me siento segura en tus brazos. No sé por qué, ni siquiera sé por qué te quiero, pero lo hago y eso no va a cambiar.

Tuve que cerrar los ojos contra la feroz emoción en su expresión.

—El amor es un riesgo en nuestro mundo y una debilidad que un Capo no puede permitirse. —Había creído en esas palabras toda mi vida. Todavía debía creer en ellas si quería ser un Capo invencible.

—Lo sé —susurró Aria miserablemente.

LUCA VITIELLO

La miré fijamente. ¿No lo sabía? ¿No podía verlo?

—Pero no me importa, porque amarte es lo único puro en mi vida.

Los ojos de Aria se llenaron de lágrimas e incredulidad.

—¿Me amas?

—Sí, aunque no debería. Si mis enemigos supieran lo mucho que significas para mí, harían cualquier cosa para conseguir poner sus manos sobre ti, para hacerme daño a través de ti, para controlarme mediante amenazas. La Bratva lo intentará de nuevo, y los demás también lo harán. Cuando me convertí en un hombre de la mafia, juré poner en primer lugar a la familia y reforcé ese mismo juramento cuando llegué a ser el Capo dei Capi a pesar de que sabía que estaba mintiendo. Mi primera opción siempre debería ser la familia.

Aria me observó con los labios entreabiertos como si no confiara en sus oídos.

—Pero tú eres mi primera opción, Aria. Acabaré con el mundo entero si tengo que hacerlo. Mataré, mutilaré y chantajearé. Haré cualquier cosa por ti. —No podía ni siquiera imaginar lo que haría por ella, las distancias que recorrería para protegerla. El cabrón ruso de hoy solo había probado un poco y cualquier otra persona que se atreviera a insultarla o lastimarla terminaría de la misma manera—. Tal vez el amor es un riesgo, pero es un riesgo que estoy dispuesto asumir, y como has dicho, no es una opción. Nunca pensé que lo haría, nunca pensé que *podría* amar a alguien así, pero me enamoré de ti. Luché contra eso. Es la primera batalla que no me importa perder.

Aria envolvió sus brazos alrededor de mí, sus lágrimas cayendo sobre mi cuello. Se estremeció con un gemido cuando su hombro chocó contra mí. Me retiré lentamente, preocupado por lastimarla.

—Necesitas descansar. Tu cuerpo necesita sanar.

La empujé suavemente hacia abajo hasta que se recostó, pero clavó sus dedos en mis bíceps, y me miró a través de sus pestañas.

—No quiero descansar. Quiero hacerte el amor.

Mis ojos se dirigieron de inmediato a sus hermosas piernas y luego a su rostro suplicante. No quería nada más que estar lo más cerca posible de Aria, pero estaba herida.

—Voy a hacerte daño. Tus suturas podrían rasgarse.

LUCA VITIELLO

Aria acarició mi pecho y luego mi estómago hasta que sus dedos alcanzaron el bulto creciente en mis pantalones. Ahogué un gemido cuando comenzó a frotarme ligeramente. Su expresión tornándose burlona.

—Él está de acuerdo conmigo.

—Siempre lo está pero no es la voz de la razón, créeme —murmuré.

Aria rio solo para estremecerse un momento después.

Estaba dolorida.

—A eso me refiero.

—Por favor. Quiero hacerte el amor. He querido esto por mucho tiempo. — Sus súplicas rompieron mi resolución pieza por pieza.

—Siempre he hecho el amor contigo, Aria —admití. Los sentimientos que no había entendido al principio y con los que luché más tarde, habían estado allí cuando tomé la virginidad de Aria. Había sido la primera vez que hacía el amor, y Aria siempre sería la única mujer con la que haría el amor.

Aria me frotó más fuerte.

—¿No quieres esto?

Casi me rio.

—Por supuesto que quiero. Casi nos perdimos el uno al otro. No quiero nada más que estar lo más cerca posible de ti.

—Entonces, haz el amor conmigo. Lento y suave.

Y mi última pared se derrumbó como siempre lo hacía con Aria.

—Lento y suave —concordé.

Me arrodillé al final de la cama y masajé los pies y pantorrillas de Aria, disfrutando de la sensación de su suave piel.

Aria separó sus piernas y mis ojos se fijaron en la invitación. Mi polla se sacudió al ver sus bragas empapadas. Gimiendo, le di un beso en el tobillo.

Arrastré mis dedos por su pierna hasta que rocé su entrepierna. Estaba tan mojada y caliente.

—Haces que lento y suave sea muy duro para mí. Si no estuvieras herida, me enterraría en ti y te haría gritar mi nombre.

LUCA VITIELLO

—Si no estuviera herida, querría que lo hicieras.

Chupé el tobillo de Aria.

—Mía. —Besé su pantorrilla—. Mía. —Luego su rodilla—. Mía. —Su muslo—. Mía. —Hasta que finalmente llegué a su coño. Arrastré sus bragas hacia abajo antes de meterme entre sus muslos. Le planté un beso en sus pliegues—. Mía.

Aria jadeó y luego gimió de dolor porque se había movido.

—Quiero que te relajes por completo. Sin tensar los músculos o el hombro te hará daño —ordené a medida que pasaba mis labios por sus pliegues.

—Siempre me tenso cuando me vengo. Y realmente, en serio, tengo muchas ganas de venirme.

La haría venir tan a menudo como quisiera, no solo hoy, sino por el resto de nuestras vidas.

—Lo harás, pero sin tensarte.

Aria me lanzó una mirada que dejó en claro que no funcionaría.

Comencé a complacerla con mis labios y lengua, manteniendo mis atenciones ligeras y suaves, guiándola lentamente hacia su liberación. Los gemidos sin aliento de Aria y la excitación de su cuerpo me alentaron hasta que me tomó todo lo necesario para no frotarme contra el borde del colchón. Cuando Aria finalmente se corrió, su cuerpo pareció volverse aún más suave, sus piernas cayendo abiertas a medida que se rendía al placer.

Me quité la ropa y me coloqué entre las piernas de Aria. Entré en ella lentamente, observando su rostro mientras gemía bajo y dulce.

—Mía —dije cuando estuve enterrado por completo dentro de ella.

Aria sostuvo mi mirada a medida que le hacía el amor suavemente.

—Tuya —susurró, su expresión la mayor declaración de amor que podía imaginar.

Toda mi vida había pensado que convertirse en Capo sería el mayor triunfo de mi vida. No el día más feliz, porque no había conocido la verdadera felicidad. Pero ahora, mientras encontraba la mirada amorosa de Aria, supe que ella era mi mayor victoria. Solo ella traía la felicidad en días de sangre y violencia, solo ella podría llenar mi mundo oscuro de luz.

Era mi luz, mi amor... mi vida.

LUCA VITIELLO

Con la sonrisa que siempre me atrapaba, presionó su palma contra mi tatuaje de la Familia, justo encima de mi corazón. Un corazón cruel que solo latía por ella.

—Mío —dijo sin duda alguna.

Sostuve su mirada.

—Siempre.

FIN

328

BOOKZINGA FORO

CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.

LUCA VITIELLO

SOBRE LA AUTORA

Cora Reilly es la autora de la serie Born in Blood Mafia, Camorra Chronicles y muchos otros libros, la mayoría de ellos con chicos malos peligrosamente sexy. Antes de encontrar su pasión en los libros románticos, fue una autora publicada tradicionalmente de literatura para adultos jóvenes.

Cora vive en Alemania con un lindo pero loco Collie barbudo, así como con el hombre lindo pero loco a su lado. Cuando no pasa sus días soñando despierta con libros sensuales, planea su próxima aventura de viaje o cocina platos muy picantes de todo el mundo.

A pesar de su licenciatura en derecho, Cora prefiere hablar de libros a leyes cualquier día.

Born in Blood Mafia Chronicles:

1. Luca Vitiello
2. Bound by Honor
3. Bound by Duty
4. Bound by Hatred
5. Bound by Temptation
6. Bound by Vengeance
7. Bound by Love
8. Bound by the Past

329

The Camorra Chronicles:

1. Twisted Loyalties
2. Twisted Emotions
3. Twisted Pride
4. Twisted Bonds
5. Twisted Hearts
6. Próximamente

LUCA VITIELLO

CRÉDITOS

Moderación

LizC

Traducción

LizC

Corrección, recopilación y revisión

Indiehope y LizC

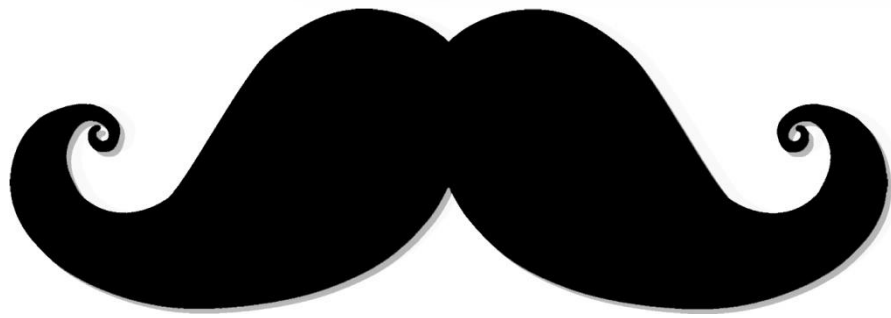
330

Diseño

JanLove

LUCA VITIELLO

BOOKZINGA FORO



331



CORA REILLY

ERA FÁCIL SER EL MONSTRUO QUE TODOS TEMÍAN.